

DRAMAS DEL TERROR

DON JUAN MANUEL DE ROSAS

ESCRITO PARA "LA PATRIA ARGENTINA"

POR

EDUARDO GUTIERREZ

(SIN CORRECCION DEL AUTOR)

LIBRO III.

BUENOS AIRES

IMPRESA DE «LA PATRIA ARGENTINA», CALLE BOLIVAR, N° 92 ½

1882

LIBRO TERCERO

LA MAZORCA

El Congreso de la muerte

Con el espíritu impregnado aún por el horror de esa época tremenda, vamos á exhibir ante nuestros lectores, el cuadro sombrío y sangriento que encierra la época maldecida comprendida entre los años 35 y 51.

El espíritu se conmueve, el corazón se estremece sollozante, y la inteligencia se resiste á creer en los horrores de aquellos tiempos inolvidables.

Es necesario recorrer una á una las páginas del proceso seguido al asesino Juan Manuel Rosas y sus instrumentos.

Es necesario escuchar de los labios estremecidos de algun anciano, escapado milagrosamente á la matanza, aquellos crímenes bestiales.

Es necesario, en fin, escuchar la indignacion que brota aún del alma de alguna de aquellas patriotas azotadas por la mazorca, para convenirse de todo aquel horror, de toda aquella tragedia de diez y siete años!

El espíritu aterrado, cree asistir á una alucinacion fantástica, porque parece increíble que el espíritu humano pueda asimilarse de aquella manera con los instintos bestiales de la fiera.

Y sin embargo, todo lo que se conoce de aquella larga noche de diez y siete años, es pálido y frio al lado de la realidad.

Aquellas cabezas sangrientas adornadas de pe-rejil y exhibidas en los mercados;

Aquello los labios violados y oprimidos, en que la muerte ha ahogado una maldicion;

Aquellos ojos cristalizados por la muerte, acusando en una mirada suprema la agonía que precedió á la muerte;

Aquellos cuellos sangrientos, destrozados por el serrucho con que se degollaba á la gente decen-te;

Aquella mirada brillante que parece mirar aún la esposa azotada ó el hijo apuñaleado, son ver-dades terribles que narraremos con sus mas exactos detalles, pero son verdades pálidas y déb-iles, al lado de otros horrores mas ignorados,

que exhibiremos de manera á no dejar la mas remota duda.

El cuchillo desafilado reemplazando al puñal, y el serrucho sustituyendo á aquel, muestran el crescendo monstruoso de aquella turba de asesinos miserables, que se distinguian bajo el nombre de la mazorca.

Vamos á empezar este tercer libro, con una descripcion de aquella asociacion infernal, para que el lector pueda comprender mejor la traja-dia de que fué principal actora.

La mazorca, presidida en su primera época por el tremendo Salomon, se reunia en una casa si-tuada frente al paredon de San Miguel, de propie-dad de don Lucas Gonzalez.

Una de sus primeras hazañas habia sido el degüello de este caballero, cuyos bienes fueron confiscados y entregada su casa para que sirviera de punto de reunion á sus asesinos.

Era don Lucas Gonzalez un rico hacendado del Sud, cuyo único delito consistia en ser persona decente y honrada, delito imperdonable en aque-lla época nefanda.

Don Lucas Gonzalez se habia casado en la fa-milia de Borbon, cuyos deudos viven aún á inme-diaciones de la Recoleta, en la calle Larga.

Deseando la tranquilidad de espíritu, tan difi-cil entonces, y el bienestar de su esposa é hijos, el señor Gonzalez habia facilitado diversas veces sumas de dinero, á federales encumbrados.

Y creyendo que con ellas compraba su bien estar, compró su muerte terrible y dolorosa.

Creyendo que don Lucas Gonzalez les cobra-ria de un momento á otro, las personas á quienes les habia facilitado el dinero, resolvieron des-hacerse de él, para cancelar sus créditos de una manera definitiva.

Y la voz de que Gonzalez era un salvaje unita-rio, empezó á correr entre los altos círculos prime-ro, descendiendo en seguida hasta Salomon y su gavilla.

No se necesitaba mas sentencia de muerte.

Aquellas insinuaciones eran órdenes terribles, que la mazorca no tardaba mucho en ejecutar.

Sus miembros eran asesinos feroces que estaban en su elemento al cumplir aquellas órdenes.

Y además tenían el poderoso aliciente del saqueo de las casas á cuyos dueños degollaban.

Así, el calificativo de salvaje unitario, fué una sentencia de muerte que recayó en el desgraciado señor Gonzalez.

Serian las ocho de la noche, cuando esto sintió golpear desahoradamente á la puerta.

Era la mazorca que con el cabo de sus puñales llamaba á la víctima anunciándole su próximo fin.

Sobrecojido de espanto el señor Gonzalez, mandó á la puerta un peon que tenia en su casa, para que sin abrirla, preguntara quién era.

Demasiado sabia él que solo la mazorca se anunciaba de aquella manera, pero no queria creer que fuera él á quien buscaban.

—Abra usted á quien debe! respondieron al peon desde la calle, sinó echamos la puerta abajo y degollamos á todos los que hay adentro!

Y con los cabos de los puñales volvieron á golpear la puerta, produciendo un estrépito infernal.

El peon, sobrecojido de espanto, fué á dar cuenta á Gonzalez de lo q' sucedia, quien comprendió que era necesario tomar una resolucion estrema.

A las ocho de la noche, la ciudad presentaba entonces un aspecto imponente.

Todas las puertas estaban cerradas "á piedra y lodo" y por sus rendijas no se veia la menor claridad de luz, ni se escuchaba el mas leverumor.

Bien podia armar la mazorca en plena calle el escándalo mas formidable, ninguna ventana se abria, ni se daba en las casas la menor señal de vida.

Es que al primer grito destemplado, las familias huian al fondo de las casas, para no oir los lamentos de la víctima y las imprecaciones de los asesinos.

Las calles silenciosas, no acusaban el rumor de paso alguno, á no ser el tropel de los asesinos que las cruzaban en todas direcciones, ó el paso tranquilo del caballo del sereno, cuyo sereno no era otra cosa que un ayudante ó espectador impasible de los crímenes que en plena calle perpetraba la mazorca.

Cada dos ó mas cuadras, se veia un resplandor y se apercibia un vocerío atronador.

Era alguna pulperia donde algun grupo de la mazorca se jactaba del último crimen, que narra-ba con todos sus repugnantes detalles, ó hacia el sangriento programa del que iba á cometer, detallando las prendas y dinero que pensaba obtener en el saqueo.

Aquel grupo se retiraba, pero era reemplazado en el acto por otro que iba á repetir la misma exena.

Y aquella concurrencia terrible se iba reno-

vando á cada momento en las pulperias y almacenes, que permanecian abiertos hasta altas horas de la noche.

La mayor parte de estos grupos no pagaba la bebida consumida.

Pero cuál era el pulpero que se atrevia á exigir el pago?

El calificativo de salvaje unitario y un par de puñaladas habria sido la respuesta inmediata.

De todos modos, cuando el saqueo de alguna casa habia sido grande, casi todo el dinero quedaba en los mostradores de las pulperias y con esto cobraban con morrudos intereses todos los fiados del mes.

Así, pues, mientras la mazorca llamaba de aquella manera desahorada á la puerta de Gonzalez, no solo no se abrió puerta alguna, sinó que la que por casualidad permanecia abierta se cerró de una manera precipitada.

De la pulperia mas próxima acudió una pareja de mazorqueros, que se unió á los que golpeaban, entablando el diálogo siguiente:

—Qué, están de bolada?

—Si, hemos venido á saludar al salvaje de don Lucas que anda por volar.

—Y no habrá palomas adentro?

—Creemos que sí porque estos inmundos salvajes están siempre bien acompañados.

Yo no sé que estómago tienen estas mujeres!

—Pues entonces y por si acaso les echaremos una manito.

Siempre serán dos facones mas.

Y aquellos dos foragidos sacaron sus puñales y unieron sus golpes á los de los primeros.

Don Lucas Gonzalez era un hombre bravo en toda la estension de la palabra.

Era mendocino y habia hecho su fortuna en aquel comercio, guando él mismo sus primeras árrias.

Los peligros personales no lo espantaban pero no podia conformarse ante la idea de que su familia pudiera ser víctima de aquellos asesinos feroces.

Al momento se dió cuenta de su situacion, resolviéndose á abrir la puerta.

—Yo no tengo enemigos entre esa gente, dijo, por el contrario los federales mejor colocados me deben servicios y no debo tener nada que temer.

Pero, si me niego á abrir, me hago sospechoso, y poco es lo que adelanto, pues de todos modos concluirán por echar la puerta abajo.

Resuelto á todo, se echó un par de pistolas al bolsillo y mandó abrir la puerta.

Apenas se hubieron corrido los pasadores, la mazorca dió un empujon á la puerta y se lanzó dentro de la casa blandiendo los puñales y dando terribles gritos de viva la federacion! mueran los inmundos salvajes unitarios!

La primera víctima fué el peon que habia abierto la puerta.

Dos manos hercúleas lo tomaron de los cabellos, antes que el paisano intentara defenderse, echándole la cabeza hácia atrás.

Por un movimiento instintivo, se llevó ambas manos al cuello como única defensa, pues ya los asesinos le habian arrebatado el puñal de la cintura y se le habian prendido de las piernas.

Poca defensa fué aquella para las filosas cuchillas que se disputaron su garganta.

Los dedos cayeron primero, y momentos despues su cabeza destilando sangre, era levantada como un trofeo por el que le tenia agarrado de los cabellos.

Una estrepitosa carcajada saludó aquella cabeza.

El cuerpo fué arrojado á un lado del zaguan, despues de sacarle el tirador de la cintura, y la turba, siguiendo al que llevaba la cabeza, penetró en la casa.

El señor Gonzalez estaba en el comedor, que cuadrada el primer patio, de pié delante de la mesa y completamente dominado por el terror.

Hacia pocos momentos que acababa de comer la familia, y aún estaban sobre la mesa los últimos platos.

El comedor estaba alumbrado por la luz de un quinqué, que bañaba de lleno la persona del dueño de casa.

Aunque solo él estaba en el comedor, por los asientos de la mesa se comprendia que allí habian comido mas personas.

Era la desgraciada familia de Gonzalez que este acababa de mandar esconderse en el interior de la casa.

Aunque no habia podido ver lo que pasó en el zaguan, por la oscuridad del patio, don Lúcas, por el rumor de la lucha y el estertor del peon comprendió lo sucedido.

De modo que, mudo y aterrado, de pié en el comedor y sin atinar á sacar las pistolas del bolsillo, contempló con miraba estraviada la invasion de aquellos asesinos.

Estos penetraron al comedor mostrando sus cuchillos empapados en la sangre del peon.

Uno de ellos tomó una copa de vino que se hallaba servida y se la echó al colete despues de dirigir á la cabeza del peon estas palabras:

A tu salud, cara de maíz frito! frase que fué saludada con un trueno de risas y dicterios.

—Viva Rosas!

—Viva la federacion!

—Mueran los salvajes unitarios! gritó la turba, arrojando á la cara de Gonzalez la cabeza de su peon.

—Yo no soy un salvaje unitario, balbuceó Gonzalez.

Soy bastante conocido como buen federal y mañana entablaré la queja de este atropello.

—Mañana será tarde, repuso el que encabeza-

ba la turba, porque ahora mismo te vamos á tocar el violín.

—Y cuál es la causa? preguntó Gonzalez, que ante la realidad del peligro empezaba á serenarse.

—De que sos un salvaje unitario!

—Mentira! soy federal, insistió Gonzalez.

—Ya te daremos federal! replicó el mismo bandido y se le fué encima dándole en la cabeza con el cabo de la daga.

Gonzalez vió que no habia mas remedio que morir matando, y sacó sus pistolas.

Pero demasiado tarde ya.

Los asesinos se le fueron encima y lo desarmaron en medio de sangrientas burlas.

Y mientras unos vaciaban el vino que habia quedado en las botellas y otros empezaban por el saqueo de los cubiertos de plata que habia sobre la mesa, los demás sacaron á Gonzalez á empujones hasta el patio.

Don Lúcas trataba de defenderse de todos modos pero mientras mas desesperada era la defensa, mas récios eran los empujones y mas terribles los insultos.

Aquellos miserables trataban de divertirse con la victima, haciéndole apurar todo género de humillaciones antes de degollarlo.

—Primero con vos! le gritaban, primero con vos, y despues con la asquerosa de tu mujer, que es muy buena moza, la muy puerca y muy salvajona.

Hemos de bailar un federal, rodeando tu cabeza.

—Por Dios gritó Gonzalez, sintiendo que su razon empezaba á turbarse.

Yo les daré toda mi fortuna, les entrego mi casa para que se lleven todo lo que hay en ella, les regalo cuanto poseo, pero no me maten!

—No señor, porque todo eso lo vamos á tener aunque no querás, y en ancas tu cabeza y la de tu mujer.

—Todo cuanto tengo, inclusive mi misma cabeza! gritó Gonzalez, vencido por el horror de aquella amenaza.

—Ni los gatos van á quedar aquí con vida!

Gonzalez, por ir en auxilio de su esposa, ya con la razon perdida, quiso abrirse paso entre los asesinos y dió un bofetón al que tenia mas cerca.

Esta fué la señal de muerte.

Los asesinos, mientras unos concluian de arrojar al patio, con infernal estrépito, la loza y cristales que habia en el comedor, empezaron á empujar á Gonzalez en direccion á la calle, pinchándole con la punta de los puñales.

En el zaguan, resbaló en la sangre de su peon que habia formado un charco, y cayó sobre su cuerpo.

De allí fué levantado del pelo, á golpes y puntapiés y sacado á la calle.

—Socorro! socorro que me asesinan! gritó en-

tonces Gonzalez aferrándose al cuello de uno de los asesinos.

Pero sus voces no tuvieron mas contestacion que las risotadas de estos.

Un sereno ocurrió al laberinto que se habia armado, y el socorro que prestó á Gonzalez, fueron las siguientes palabras:

—Maten de una vez ese chanco que con sus gritos no deja dormir á los buenos federales!

—Querés una mojada, tuerto? le preguntó uno.

—No porque hace mucho frio y tengo pereza de sacar las manos.

Los serenos como las demás autoridades anáogas, reclutados entre los bandidos mas feroces, sabian que aquellos degüellos se hacian por orden del patron, y lejos de impedirlos, los aplaudian, cuando no tomaban parte en ellos.

Gonzalez fué puesto contra la pared, y aunque opuso toda la resistencia de que es capaz un hombre bravo en tan amargo trance, sintió en su cuello el filo de dos ó mas puñales que se disputaban por dividirlo.

Un momento despues su cabeza pasaba de mano en mano, mientras su cuerpo, dejando escapar un grueso chorro de sangre por el cuello destrozado, daba algunos pasos aún y caia al medio de la calle.

—Ya cantó esa maula gritaron entonces los asesinos, y volvieron á penetrar á la casa para entregarse al saqueo.

Este fué tan completo como lo podia hacer la mazorca.

Los muebles fueron despedazados y vaciados de cuanto contenian.

Dinero, alhajas, ropas, todo lo que representaba un valor fácil de realizar, fué atado entre los ponchos y repartido entre los asesinos por propia adjudicacion.

Lo que no podian llevar consigo, por demasiado pesado, ó porque no sabian que hacer de ello, era despedazado ó quemado.

Los marcos de los espejos sirvieron para hacer una fogata, donde los asesinos calentaron agua y terminaron la jarana con un cimarron.

Concluido el saqueo, que los habia embargado por completo mas de dos horas, recordaron recien que aún les faltaba algo que hacer.

—Y qué se habrá hecho la compañera? preguntó el mas harapiiento de todos ellos.

—Es verdad, con todos los diablos! ahulló el que tenia atada á la cintura por los cabellos, la cabeza de Gonzalez.

Ha de estar por ahí escondida.

Vamos á hacerla que le dé un beso á su marido. Que lo bese!

—Y despues la castigamos!

—Viva Rosas! vociferaron los demás.

Y aquella turba feroz, enardecida por el olor de la sangre que habia derramado, se desparra-

mó por la casa buscando á la señora de Gonzalez.

Mientras efectuaban la pesquisa, cada uno de ellos proponia en medio de estruendosas carcajadas la iniquidad que con ella habian de cometer.

Pero felizmente no pudleron dar con ella.

La señora se habia salvado por los fondos de la casa y pasado á la vecindad, forzada por otros criados que habian obedecido la última orden de Gonzalez.

La pobre señora huia creyendo que su marido habia logrado hacer lo mismo por la puerta de calle.

Así se lo habian hecho creer los servidores que la acompañaban, para decidirla á abandonar la casa.

No hallando á la señora, el furor de los asesinos no reconoció limites y empezaron á despedazar lo poco que quedaba en pié.

En esta tarea estaban, cuando descubrieron dos barriles de vino que habia en una pieza.

Era vino de la tierra del señor Gonzalez, que recibia con frecuencia para su uso.

Los asesinos rodearon los dos barriles y se pusieron á beber con comodidad.

Estaban en lo mas grato de la ocupacion, cuando se apareció un nuevo tertuliano que venia á tomar parte en el beberaje.

—Hijos de mala madre! les gritó desde la puerta del cuarto ¿qué todavia no han concluido?

Venga un trago que tengo el garguero entumido, de tanto tiempo que no tomo ni agua.

La presencia del sereno, que era el mismo que habia presenciado el degüello, renovó la algazara de los bandidos.

Quien le dió un empujón, como prueba del placer que experimentaba al verlo allí, quien le tiró una canchada, y quien por fin le hizo subir á caballo sobre uno de los barriles.

Las cabezas de Gonzalez y su peon fueron colgadas por los cabellos, de los pasadores para que presenciaran la fiesta, mientras los asesinos se prendian del vino con un entusiasmo febril.

De cuando en cuando se dirijian á las cabezas elogiando el licor y cruzándoles el rostro livido con algun golpe de lomo de facon.

Aquello tocaba ya el limite del horror, si es que para esa canalla el horror tenia algun limite.

De pronto el sereno bajó del barril y levantó las manos como pidiendo silencio.

—Voy á darles una noticia de lo fino! chilló, pero me van á dar mi parte.

Concedido! concedido, ahulló la turba, pero si no es de lo fino, te echamos á la calle y no te damos mas vino.

—Pero si es como digo me dán la parte que voy á pedir.

—Concedido! concedido!

—Qué cante! qué cante pronto

El vino de Mendoza habia comenzado á hacer su efecto y la escena tomaba su aspecto mas nauseabundo.

—Yo conozco una moza, gritó el sereno, pero una moza como no se ha visto otra.

—Vaya una noticia! si no tenés otra mejor, á la calle.

—Es que la moza que yo conozco, añadió el sereno, es nada menos que la querida del aparcerero.

Y señaló con una guiñada la cabeza ensangrentada del señor Gonzalez, colgada del pasador como hemos dicho.

Tiene la cabeza hecha un chiche, y debe haber allí un platal, como que el aparcerero la tenia á lo decente.

Y volvió á señalar la cabeza de Gonzalez.

—Y dónde vive?

Dónde vive? preguntaron los asesinos, cuya mayor parte estaban ya completamente borrachos.

—Alto ahí—replicó el sereno.

Yo digo donde vive, pero quiero mi parte.

—Y cuál es tu parte, condenado?

—Mi parte ha de ser una mulatilla muy donosita que hay en la casa, y un poco de platita.

Si no, cierro la de beber vino y no hay señas.

—Se te concede la plata, fuerte trompudo!

—Se te dará la mulatilla, pero no la has de ahogar con la trompa.

Todos festejaron esta farsa hecha á la enorme boca y gruesísimos lábios del tuerto.

—Entonces en marcha que yo guio.

Las cabezas fueron descolgadas de los pasadores, y atadas á la cintura.

Y los que podian tenerse en pié, siguieron al tuerto, dando desaforados vivas á la federacion y al ilustre Restaurador de las leyes.

Como á las cuatro ó cinco cuadras de San Miguel hácia el campo, el tuerto se detuvo ante una casa pequeña, pero cuyo aspecto exterior indicaba que se vivia allí, sinó con lujo, con gran comodidad.

Segun se decia entonces y lo que aseguró el tuerto, allí vivia una dama con quien el señor Gonzalez tenia estrecha relacion.

Esta dama, bastanté hermosa, y cuyo lujo habia llamado alguna vez la atencion del barrio, vivia allí desde hacia algunos meses, en compañía de una pardita, cuya hermosura habia levantado furiosa algarabía entre los compadritos de todo el barrio.

—Aquí es, dijo el tuerto desmontando, pero ya saben mi comision.

—No te apurés, dijo uno—bien dicen que no hay tuerto que no sea desconfiado!

Apenas el sereno habia indicado la puerta, los bandidos sacaron las dagas y empezaron á golpear con la empuñadura.

Los que llevaban las cabezas no se tomaban

tanto trabajo, y golpeaban con ellas, tomándolas de las orejas.

Al poco rato se sintieron carreras en el interior de la casa y un rumor como llanto de mujeres.

Conyencidos de que no les abririan, los bandidos forzaron la puerta, ayudados de sus facones y del sable del tuerto, que habia dicho:

—Yo garanto que adentro no hay ningun hombre.

Forzada la puerta, los mazorqueros penetraron á la casa forzando las de las habitaciones para penetrar á las piezas.

En el dormitorio de la señora, se hallaba esta, envuelta con las ropas de la cama, acurrucada contra una pardita sonrosada y bella.

Las dos mujeres se hallaban dominadas por el mas hondo y conmovedor espanto.

La vista de aquellos hombres visiblemente borrachos, blandiendo enormes cuchillos ensangrentados, ostentando como trofeos dos cabezas humanas, concluyó de aterrar á aquellas infelices.

—Buena noche salvajona, dijo el de la cabeza, aquí te traemos á tu gaucho para que le des un beso.

Y acercó al bello semblante de la jóven dama aquella ensangrentada cabeza.

La señora lanzó un grito estridente, abrió los ojos de una manera vaga y se cubrió el semblante sin poder articular una palabra.

Los asesinos, con sus manos ensangrentadas separaron las de la jóven de su bello semblante y le acercaron la cabeza livida de Gonzalez.

El espanto devolvió la palabra á aquella desventurada, que empezó á dar voces de socorro, mientras la pardita se prendia de su cuello llorando amargamente.

El tuerto se aproximó á ella y tomándola de un brazo la arrancó del lado de su ama.

—Vamos prenda, le dijo, vamos que yo la voy á sacar para que no le suceda una desgracia.

La pardita empezó á dar terribles gritos, que se mezclaban á las voces de auxilio de la señora y á los juramentos y ternos de los bandidos.

—Si no caminás roñosa, te hago yo caminar pronto, vociferó el que parecia desde un principio que tenia mas ascendiente sobre los otros.

Y dió un puñetazo terrible sobre la espalda de la mulatilla.

—Me van á degollar! gritó esta entonces—socorro!

El tuerto tiró de ella con fuerza, mientras sus compañeros le descargaban una andanada de puñetazos y trompadas.

La negrilla al ser arrancada de su ama, llevó con ella las cobijas que la cubrian, dejándola en la situacion mas desesperante que pueda hallarse una mujer.

El tuerto salió con su presa, que una vez en la

puerta de calle volvió á prorumpir en gritos desahorados.

—Te callás ó te deslomo, dijo el tuerto echando mano á su sable.

La mulatilla para no empeorar su triste situacion guardó silencio.

El sereno entonces la acomodó sobre su caballo, saltó en seguida con sin igual limpieza y salió al galope en direceion al hueco de Lorea, hoy plaza del mismo nombre.

Ignoramos cual fué la suerte de aquella desgraciada.

Volvamos á donde quedaba su ama en trance tan anargo.

Al ver sus carnes blancas, los bandidos prorumpieron en su mas insolente carcajada.

—Bese á su gaucho maula! gritó de nuevo el bandido que tenia la cabeza de Gonzalez, acercándose al semblante.

Despues nos besará á nosotros y sabrá lo que vale una boca federal.

Y como la dama retrocedia aterrada, aquel bandido cobarde envolvió su hermoso cuerpo con la lonja de su rebenque.

La señora lanzó un ¡ay! prolongado y quiso correr para las otras piezas, pero los asesinos le cerraron el paso.

—Bese á su gaucho, salvajona unitaria! replicó el bandido, acercándole aún la cabeza ensangrentada.

Y el segundo rebencazo vino á formar una larga y cárdena lista sobre aquella espalda mórbida y bella.

Los otros no quisieron ser menos y los que tenian rebenque imitaron la accion del primero, á las voces de "bese á su gaucho"!

Aquello era monstruoso y bestial.

La dama vencida por el dolor y el espanto, creyendo salvar la vida por este medio, besó aquella cabeza pálida y helada y aquella boca violada y entreabierta.

Pero con esto no hizo sinó escitar mas la ferocidad de aquellos bárbaros.

Las lonjas de los rebenques empezaron á caer implacables sobre su cuerpo, al compás de las risotadas mas infernales y de las palabrotas mas nauseabundas.

Y siguieron castigando hasta que la jóven dama estenuada y moribunda cayó al suelo privada del sentido.

De todo su cuerpo, convertido en un tejido de costurones, brotaba la sangre negruzca y coagulada por la misma fuerza de los golpes.

Una patada tremenda fué el punto final de aquella escena salvaje.

Los asesinos se desparramaron en seguida por la casa, despedazando los muebles y rastreando todos los objetos y prendas de algun valor.

Aquella desventurada poseia en realidad, gran cantidad de alhajas ricas y bastante dinero, que el que lo hallaba trataba de ocultarlo apresura-

damente, para no tener que partirlo entre los demás compañeros.

Como lo habian hecho en lo de Gonzalez, destrozaron todo aquello que por su peso y volúmen no pudieron llevar.

Los muebles y espejos fueron despedazados y la loza y cristales arrojados al patio con un estrépito infernal.

Antes de retirarse de la casa, cargados del producto del robo, pasaron por delante de la jóven que permanecia aún en el suelo, sin conocimiento.

Y para ver si finjia algun desmayo ó lo estaba realmente, todavia le pegaron algunos golpes de lonja, como yapa de la infamia.

Aquel cuerpo presentaba en toda su estension una gran mancha que variaba desde el violado hasta el verde y el negro.

Aquellos miserables, despues de apartarlo con el pié, se retiraron á los gritos de ¡muera los salvajes unitarios!

Viva la federacion!

De allí se dirijieron en pandilla al mercado, con los primeros resplandores del dia.

El mercado era el foco de los bandidos, sobre todo el gremio de los carniceros.

Allí habia un tal don Ramon, que mas tarde, en 1840, sostenia que en muchas mañanas habia vendido trozos de carne humana, á los que le parecia que tenian caras de salvajes unitarios.

Cuántas veces en aquella época tremenda salió don Ramon de su puesto á dar una puñalada, delante de todos, y volver con el mismo cuchillo ensangrentado á cortar cinco pesos de puchero para el marchante que los habia pedido!

Y desgraciado del que se hubiera resistido á tomar la carne!

Hubiera sido calificado de salvaje unitario y tal vez muerto á puñaladas allí mismo.

Don Ramon era un tipo especial como bandido, que mas tarde hemos de ver figurar en las escenas mas terribles.

Fué al puesto de don Ramon donde se dirijieron los asesinos de Gonzalez.

Y allí, despues de relatar todo lo sucedido, colgaron al lado de las tiras de asado aquellas cabezas lívidas, adornándolas con perejil y toda clase de verdura.

Allí estuvieron todo el dia espuestas al escarnio federal, hasta la tarde, que fueron arrojadas al carro de los desperdicios.

La Policia recojió al dia siguiente los dos cuerpos de las víctimas, sin tomarse siquiera el trabajo de averiguar qué grupo de la mazorca los habia degollado.

La casa de don Lucas Gonzalez, fué declarada oficialmente, el recinto donde la mazorca habia de celebrar sus sesiones.

La autoridad lejos de perseguir el crimen infame, trató de ocultarlo.

El cuerpo de Gonzalez fué llevado al cuartel de serenos, en la calle de las Piedras, donde se simuló fusilarlo por salvaje unitario.

El cuerpo de serenos era una asociación tan terrible como la misma mazorca.

Mas tarde nos ocuparemos de ella detalladamente.

El cuerpo de Gonzalez fué colocado, para hacer el simulacro de fusilamiento, al lado del doctor Saráchaga, á quien iban á fusilar realmente aquella noche.

Mas adelante nos hemos de ocupar tambien de este asesinato, por los detalles terribles que lo precedieron.

El cadáver y Saráchaga, fueron así fusilados bajo una misma descarga, en medio de las sátiras mas miserables, pretendiendo hacer creer á la población que Lucas Gonzalez habia sido fusilado por delitos políticos incalificables.

Al dia siguiente el mercado era teatro de una nueva escena, tan imponente y conmovedora como las que acabamos de narrar.

Moreira, el terrible Moreira á quien el mismo Rosas hizo fusilar, para librarse de tan feroz asesino, era el héroe de este nuevo horror.

Yendo al mercado á hacer sus compras aquella madrugada, vió las dos cabezas que adornadas de verdura y cintas celestes, exhibia don Ramon al lado de las tiras de carne.

El tremendo Moreira se acercó á las cabezas, y palmeando impiamente á la de Gonzalez, preguntó á don Ramon quien habia hecho la hombra y quienes eran los dos salvajes.

Cuando estuvo al cabo de todos los detalles del crimen, soltó una maldición exclamando:

—Pues por Dios que yo no he de ser menos que nadie!

Con tu permiso, Ramon.

Y sacando su filosa cuchilla, arrancó, con inimitable maestria y formando una peluca, la cabellera de Gonzalez.

Moreira arrancó aquella cabeza y la arrojó á un rincón del puesto, como cosa inservible.

En seguida ató aquella peluca á la cola de su caballo, y salió á darse un corte por aquellos barrios, con el sangriento despojo.

Toda aquella mañana y parte de la tarde, el asesino Moreira paseó á la cola de su caballo, la cabellera de Gonzalez, adornada con profusión de cintas celestes.

Este género de hazañas eran las que habian dado una triste celebridad á aquel bandido tan terrible y cruel.

Este fué el fin dramático de Lucas Gonzalez, cuya casa habia de pasar á ser propiedad del asesino Salomon, y centro de las reuniones de la mazorca.

Sus bienes fueron confiscados y repartidos, en remate público, entre los buenos federales, como se hacia entonces.

En cuanto á su pobre amiga, privada de todo socorro, pues nadie se atrevió á prestárselo, no volvió mas de su desmayo.

Cuando fueron á confiscarse sus bienes como de Gonzalez, se le encontró cadáver en el mismo sitio que habia caído.

La muerte habia seguida al desmayo.

Esta tragedia terrible no concluyó aquí.

Véamos su sangrienta terminación.

La casa maldita

Desde el dia siguiente á los degüellos que hemos narrado, un grupo de la mazorca, bajo la presidencia del fatídico Salomon, declaró la casa de Gonzalez su alojamiento.

Allí, sin siquiera limpiar la sangre que se veia en charcos por todas partes, se recojió á dormir la siesta y la mona, como quien dice sobre sus laureles.

Aquella casa, tan tranquila habitualmente, fué ese dia el teatro de las mas clásicas borracheras, con todo el aspecto original y repugnante de una crujía.

En la casa del señor don Lucas Gonzalez vivia un dependiente del señor Borbon, suegro y socio de aquel.

Este dependiente era un joven Gamboa, persona de irreprochable conducta y de distinguida educación.

Gamboa se habia hecho acreedor á toda la confianza de Gonzalez, como de Borbon, por su noble espíritu y su honradez acrisolada.

Vivia en la casa y tenia á su cargo no solo la llave de la caja, sino la administración de los valores mas fuertes.

Se recibian continuamente crecidas remesas de las provincias, que se liquidaban prontamente, á lo que debia don Lucas su cuantiosa fortuna.

Gamboa no se habia mezclado á ninguna de las fracciones políticas.

Los federales le repugnaban de una manera

invencible, y ser unitario en Buenos Aires, era lo mismo que decretarse la muerte.

Quería vivir tranquilo y aparentaba la mayor indiferencia por todo lo que no era el comercio á que pertenecía.

Pero esto mismo era un delito de que no se había apercibido.

Rosas no quería indiferentes sinó federales, y federales entregados en cuerpo y alma á la adoracion de su persona y al aplauso de sus maldades.

El indiferente era para él lo mismo que el unitario ó el lomo negro.

No pasaba mucho tiempo sin que lo señalara á la mazorca, con su dedo nervioso, y entonces su cabeza no quedaba mas segura sobre sus hombros, que un billete de banco en la crujía de una cárcel.

Pero Gamboa no tenia ni siquiera el coraje de finjirse federal y aplaudir las maldades de aquellos facinerosos.

Sencillo y arreglado en sus costumbres, asistía diariamente al escritorio, donde trabajaba sin descanso hasta la caída de la tarde.

Comia en la casa de Gonzalez y á la noche salía á dar un poco de expansion á su espíritu.

Gamboa, á sus bellas condiciones morales, reunía un fisico fuertemente simpático.

Aunque no bello, su semblante vigorosamente varonil era gentil y bien modelado.

Todas sus facciones estaban en perfecta armonía y á sus espresivos ojos negros, asomaban los destellos de un alma viril y bien templada.

Gamboa estaba en sus veinte y cinco años, á esa edad en que todo sonríe y en que no hay pena que alcance á durar un par de horas, á esa edad donde la desventura mas grande es una calabaza recibida de la mujer que se ama.

Gamboa tenia sus amores, á los que dedicaba la mayor parte de sus noches.

La prenda por quien suspiraba, era una graciosa morena de la calle de Cuyo, que se sentía feliz ante el cariño tranquilo de Gamboa.

Cuando concluía de comer, se acicalaba de la mejor manera que le era posible, é iba de visita á casa de su novia, que vivía en compañía de la madre, hermosa y jóven señora todavía y una hermanita de corta edad.

Allí pasaba la noche de una manera grata é inocente.

Se tomaba mate y se charlaba en grande de todo menos de política, porque las paredes oían y delataban.

De rato en rato Gamboa y Maria volcaban su corazon en una mirada, y se decían aquellas ternezas que se incrustan en la memoria para no horrorarse jamás.

Gamboa, como Maria, tocaban la guitarra lo que contribuía á hacer mas amena la reunion.

La guitarra era el pretexto, además, para que

los amantes se dedicaran en supremas miradas, las frases mas tiernas de la cancion.

Entre diez y diez y media de la noche, Gamboa se retiraba á la casa de Gonzalez, llevando sobre sus lábios la flor que adornaba las trenzas de su Maria y sobre el corazon el recuerdo de su imagen purísima y risueña.

Una vez en su cuarto, depositaba la flor en la cajita que guardaba las otras, despues de besarla intimamente, sonreía ante el porvenir feliz que le esperaba y despues de pensar en su buena madre, de cuyas caricias se hallaba privado desde hacía cuatro años, se entregaba al descanso hasta el dia siguiente, á la hora de almorzar y asistir al escritorio.

Así pasaba Gamboa una existencia feliz y tranquila, sin que la mas remota nube la hubiera jamás oscurecido.

Cuando se retiraba de noche, lo hacia siempre acompañado de un rico par de pistolas, regalo de Gonzalez, únicos amigos á quienes confiaba la defensa de su vida.

Con aquellas dos pistolas y su corazon viril y sereno, Gamboa se creía seguro de impedir cualquier asalto que sobre él hubieran intentado.

No tenia por otra parte enemigos personales, ni creía que jamás tendría la menor dificultad por causas políticas á la que como hemos dicho, no se mezclaba.

Muchas veces Maria le hacia retirar mas temprano, cuando los asesinatos se aumentaban.

Pero él, golpeando los bolsillos donde guardaba sus pistolas, le respondía.

—No teman ustedes.

Nadie tiene por qué meterse conmigo, porque yo no me mezclo en lo que hace el Gobierno.

De todos modos, si alguien tuviera la mala ventura de venírseme al cuello, no le arriendo las ganancias.

—Es que yo tengo miedo, decía entonces la gentil Maria, con toda la dulzura de su melódico acento.

Tengo miedo por usted, Gamboa.

A esta hora no andan en la calle sinó grupos de bandidos y yo moriria si por nosotros sucediese á usted una desgracia.

—Si se trata de la tranquilidad de ustedes, no digo nada, replicaba entonces Gamboa, pero pierdan todo recelo que nada puede sucederme.

Efectivamente nunca le habia sucedido el menor contratiempo.

Muchas veces se habia encontrado con grupos de malhechores, que venían ó iban á cometer algun crimen.

Pero jamás le habian dicho nada.

O lo creían un buen federal, ó se engañaban ante la enorme divisa que usaba á pedido de su Maria.

La noche que degollaron á Gonzalez y mataron á golpes á su amigo, Gamboa no estaba en la ciudad.

Habia pedido permiso por la mañana y se había ido á pasear á San Fernando, en compañía de la familia de su novia.

Habia pasado un día y una noche deliciosas.

Cuando degollaban á don Lúcas, tal vez se hallaba entregado á su idilio mas encantador.

Al día siguiente se pusieron en marcha de regreso, calculando estar en la ciudad al tocar oraciones.

Cuán ageno estaba Gamboa de lo que había sucedido!

Entonces no habia en Buenos Aires sinó muy pocas volantas y estas eran de propiedad de las familias mas pudientes y destinadas para pasear hasta Palermo, cuando mas lejos.

Los viajes á Belgrano, Flores ó pueblos mas lejanos se hacian en carreta.

Así es que un viaje á San Fernando era cuestion de un día.

Apenas llegó Gamboa á la ciudad, dejó en la calle de Cuyo á la familia de Maria y se dirigió á casa de Gonzalez.

Temia haber hecho gran falta y se proponia trabajar en grande al día siguiente, para resarcir los dos perdidos.

No habia hablado con nadie y por consiguiente ignoraba lo sucedido en la casa á que se dirijia.

La puerta estaba cerrada, sin embargo de no haber todavia tocado ánimas.

Esto llamó la atencion del jóven aunque no mucho, pues casi todas las casas estaban ya lo mismo.

Con lo sucedido la noche antes, muchas familias no se atrevian á abrirla ni aún durante el día.

Pensando que tal vez Gonzalez no estuviera en casa, Gamboa llamó á la puerta con dos golpes rápidos y sonoros, segun su costumbre.

Apenas habia pasado un momento, cuando le pareció sentir adentro el rumor de muchas voces.

—Es extraño, pensó, que don Lúcas esté de reunion!

Hade ser sin duda en la casa del lado, concluyó y volvió á llamar de la misma manera.

En los momentos que Gamboa llegaba á la casa, esta se hallaba ocupada por los mismos asesinos de la noche anterior, [presididos por el terrible Salomon.

Habian llevado allí gran cantidad de bebidas y algunos comestibles, para pasar una noche de trueno.

Ricos, con los robos de la noche anterior, no reparaban en gastos y vivian en plena orgia, desde por la mañana.

Habian cerrado la puerta para evitar la presencia de algun otro grupo que pasase casualmente y se declarara convidado al festin.

Así que sonaron los primeros golpes de Gamboa, los asesinos prestaron suma atencion, no

sabiendo discurrir quien pudiera llamar á aquella puerta despues de lo sucedido.

—Talvez algun salvaje amigo del otro, dijo Salomon.

Curioso seria que fuéramos á tener fiesta hoy tambien.

Los asesinos, borrachos en su mayor parte, soltaron un carcajada bestial y sacaron á relucir sus facones.

—Un momento, dijo Salomon.

Dejemos llamar de nuevo á ver si podemos coleccionar quien sea.

Este fué el rumor de voces que creyó Gamboa haber sentido, y atribuyó á la casa vecina.

Cuando sus segundos golpes volvieron á sonar, los asesinos se pusieron de pié á la voz de Salomon que decia:

—No hay duda—ese es golpe de algun pariente ó amigo que ignora lo sucedido.

Tal vez sea algun salvaje unitario que viene á ponerse de acuerdo para realizar algun plan inicuo.

Es preciso entonces que dos se coloquen de cada lado de la puerta, mientras otro abre y le deja entrar.

Es preciso cazarlos antes que se aperciban que han caido en la trampa.

Así dispuestos, se dirijieron al zaguán, daga en mano y paso cauteloso.

Gamboa sospechó que algo extraordinario sucedia en la casa.

No podian estar recojidos á esa hora y no podia explicarse por qué no le abrian, cuando debian haber conocido su golpe.

Iba á llamar de nuevo, cuando sintió descorer el pasador por alguien que habia cuidado de no hacer oír sus pasos al llegar.

Parecia, pues, indudable que algo sucedia en lo de Gonzalez, ó habia sucedido ya.

Lo que mas espantó al jóven fué el silencio de muerte de la casa, y de todo el barrio.

La puerta se abrió por fin, y apareció en su dintel un hombre de siniestra catadura.

Prevenido por todas las circunstancias espuestas, en vez de avanzar Gamboa, retrocedió hasta el poste del cordon de la vereda y sacó y amartilló sus pistolas.

—Quién es usted? preguntó al que abria.

Pronto, ó le quemo los sesos.

—Y usted hermanito quién es? preguntó á su vez el bandido con toda sorna.

Y se lanzó á la vereda seguido por los otros cuatro, que gritaron ¡mueran los salvajes unitarios!

—Aquí no hay unitarios, replicó Gamboa, siempre apuntando con sus pistolas.

—Dónde está don Lúcas Gonzalez?

—A donde vas á ir en seguida, salvaje.

Está cenando con el diablo!

No quedó ya duda á Gamboa que aquellos cinco hombres eran cinco degolladores que acaba-

ban de de degollar á don Lúcas y su esposa Creyendo que serian solamente aquellos cinco manteniéndolos siempre á distancia con las pistolas, empezó á maniobrar para ganar la puerta y entrar á la casa donde tal vez pudiera prestar algun socorro.

Ya hemos dicho que Gamboa era un jóven valiente y sereno.

Aquellos cinco hombres de tan siniestras cataruras y de facon en mano, no habian podido imponerlo.

Conociéndole la intencion, los bandidos se hicieron los que temian y bajaron al medio de la calle.

Gamboa entonces, creyéndose triunfante, saltó sobre el escalon de la puerta, dándoles siempre el frente.

Esta posicion que creia salvadora, fué la que vino á perderle, sin ningun género de defensa.

En cuanto dió la espalda al zaguan, los que habian quedado allí, silenciosos y en acecho, cayeron sobre él y lo sujetaron de los brazos fuertemente.

En vano hizo esfuerzos violentísimos no pudo soltarse de aquellas manos que, semejantes á esposas, le sujetaban de los antebrazos.

—Mire que facha para hacerse el guapo! rugió la voz de Salomon, á quien el jóven conoció así que se le puso delante.

Ya verás mocoso lo que te vale ser salvaje unitario.

—Pero qué es lo que ustedes quieren? preguntó sin perder aún su aplomo.

—Hacerte una caricia en el cogote, nada mas.

Lo que es Gonzalez ya está en escabeche, pero nos faltabas vos para cortarte las orejas y despues la cabeza.

Aquellas palabras y la presencia de Salomon convencieron á Gamboa de que nada tenia que esperar.

Se resolvió á morir aprovechando los dos tiros de sus pistolas, como le fuera posible.

Pero antes quiso tentar un último recurso.

—Pero yo qué les hago? les preguntó.

Ya desconocen hasta los federales?

—Yo te voy á dar federal, salvajon! quíteple las pistolas!

Dos de aquellos bandidos se acercaron á desarmar á Gamboa, á quien otros dos, como hemos dicho, lo habian agarrado de los antebrazos.

El pobre jóven levantó las manos cuanto le fué posible, é hizo fuego.

—Ah! sabandija maldita! gritó uno de ellos, que me has herido en un pié.

Y como pronto castigo, le dió un tajo en la cara.

Con la indignacion y el dolor, Gamboa hizo un esfuerzo supremo, y pudo escapar de las manos que lo sujetaban.

Uno de los asesinos habia sido herido realmente en el empeine del pié.

Las punterías habian sido bajas por no poder levantar los brazos, y era ya un milagro el haber podido causar aquella herida.

Un hombre valiente se impone siempre, por mas audaces que sean los que lo atacan, mucho mas si estos son asesinos, á quienes el peligro personal es lo único que los contiene.

Al ver á Gamboa libre, y creyendo tal vez que tuviera algun otro par de pistolas, los bandidos retrocedieron visiblemente asustados.

El jóven aprovechó aquel primer momento de temor, comprendiendo que era este el único medio de salvarse.

Golpeólos como pudo con las culatas de las pistolas y ganó nuevamente la puerta.

Un momento mas de estupor entre los bandidos y tal vez se hubiera salvado.

El tajo de la cara, dado con un cuchillo súcio de comida y sabe Dios de qué mas, le ardia horriblemente.

Pero no era una herida que tuviese otro carácter que el de dolorosa, ni pudiese entorpecer sus movimientos.

—Ah! hijos de mala madre! gritó salomon, al ver que Gamboa huía.

No vén, cochinos, que está desarmado?

A ver si los agarro yo á golpes para que aprendan á dejar escapar un salvaje!

A la voz de Salomon, que ejercia sobre ellos un dominio absoluto, los asesinos se rehicieron y todos á una cayeron sobre Gamboa.

Desde aquel momento toda resistencia era inútil.

Qué podia un hombre desarmado, por fuerte y bravo que fuese, contra ocho ó diez bandidos, armados de cuchillo y decididos á degollarlo?

Sin embargo Gamboa se defendió como un héroe.

De un puñetazo en la cabeza, puso fuera de combate á uno de los asesinos, mientras con ambas manos se prendia al cuello del que mas se le acercó.

Esto no hizo mas que irritar doblemente á los restantes, que se le fueron encima y lo sujetaron fuertemente.

Una vez en el suelo y sobre el mismo charco de sangre de la noche anterior, uno lo tomó de los cabellos y le alzó la cabeza.

Otro, despues de acariciarle el cuello, iba á pasar por él el filoso cuchillo, cuando fué detenido por Salomon.

—Un momento! un momento! gritó este.

Yo le voy á enseñar á este salvaje lo que vale hacer armas á la federacion.

Y saliendo á la vereda, pasó sobre las piedras el filo de su propio puñal, para que éste cortara menos y el suplicio fuera mas largo.

—Con este cuchillo, gritó entrando nuevamente con este cuchillo me van á degollar á este malillo, para hacerlo aritar en regla.

Con qué querías escaparte, no? ya verás lo que es bueno!

Y alcanzó el puñal mellado al que aun permanecía acariciando el cuello de la víctima.

Gamboa escuchó todo el horror que le esperaba y se estremeció poderosamente.

—Cobardes! gritó—ya rendirán de todo esto cuenta á Dios, tanto ustedes como el cobarde de su amo.

—Trata de cobarde al Restaurador, dijo uno de ellos.

Ah! indino! si tendrás madre viva!

Y de un solo tajo le separó la oreja derecha que levantó en su mano.

Otro no quiso ser menos y acercándose á Gamboa le cortó la otra oreja.

El martirio comenzaba de una manera espantosa.

Gamboa se estremeció de nuevo, pero no se le oyó la mas leve queja.

Esto irritaba de una manera terrible á los bandidos, cuyo mayor gozo era escuchar los lamentos y súplicas de sus víctimas.

—Vamos á ver Carpincho! gritó Salomon—prohá á ver que tal corta ese cuchillo.

Carpincho, que era el nombre de guerra de aquel bandido, pasó varias veces por el cuello de Gamboa el cuchillo que le habia dado Salomon, sin que produjera la menor herida.

—Esto nó corta ni manteca, dijo, va á ser preciso despacharlo con otro.

—Con ese, con ese, animal! apretá fuerte y verás si corta.

Aquellos bandidos aplaudieron con un estrépito infernal la órden de Salomon.

Era un martirio nuevo con que se aumentaba su larga coleccion.

El carpincho empezó á hacer fuerza y el puñal principió á penetrar lentamente destrozando el cuello.

Gamboa no se quejaba; un solo éco de dolor no habia escapado á sus lábios.

Peró su cuerpo se estremecia á pesar de las manos que le sujetaban, haciendo comprender lo terrible del dolor que experimentaba.

Todos aquellos hombres seguian en sus ojos, en sus lábios, en la palidez de su semblante, todas las gradaciones de aquel martirio inmenso.

Donde mas se fijaban sus miradas feroces, era en el cuello de la víctima, como si esperaran el paso de alguna fortuna por aquella ancha y sangrienta herida.

Cuando el cuchillo habia andado la mitad del camino, los estremecimientos del jóven empezaron á ser mas poderosos.

Carpincho tuvo entonces que pedir relevo, porque ya estaba tan fatigado, que el cuchillo se movia entre la herida sin adelantar camino.

Aquel debía ser un martirio superior á todo sufrimiento.

Se necesitaba un valor moro! estupondo, para

resistirlo sin lanzar una sola queja, una sola maldicion siquiera.

—Quejate, pues, trompeta! gritó el carpincho, ya que tanto me has hecho sudar.

Peró por los lábios del jóven cruzó algo como una sonrisa, tan suave y sublime, que hubiera conmovido á cualquier corazon que no fuera el de un mazorquero.

Cuando el cuchillo llegó al hueso, se cambió de táctica.

Como era mucho trabajo buscar la articulacion, el bandido empezó á servirse del mellado cuchillo como de una hacha.

Fué necesario dar mas de diez fuertes golpes, para desprender del tronco aquella noble cabeza.

Concluida la tarea, los que sujetaban el cuerpo se separaron de él dejándole hacer libremente sus últimos movimientos y convulsiones.

—Ya nos ha dado trabajo el muy deslenguado, dijo uno.

Lástima que un mozo tan guapo no sca federal!

Y miraron con algun respeto aquella cabeza livida que la muerte habia puesto realmente hermosa.

—Y murió sin quejarse el trompeta!

Lástima que no tenga alguna gaucha como el otro, para irla á saludar!

—Como que no tiene! y una muy hermosa, exclamó una voz chillona.

Estos malditos no pueden vivir sin su pareja.

Dieron vuelta los mazorqueros y se hallaron frente á un mulato, dueño de la pulperia situada donde hoy está una mueblería, dos cuadras mas adelante.

El mulato habia acudido en compañía de dos ó tres, al rumor del degüello y á ver si le tocaba alguna mojada.

—Dónde vive? preguntó Salomon con la mirada brillante á la idea de nuevas víctimas.

—Vive con la madre y la hermana aquí á la vuelta, en la calle de Cuyo.

—Pues vamos allá, gritó el carpincho desafiadamente.

Vamos allá á darle un bromazo!

Y los asesinos salieron, llevándose la cabeza de Gamboa, al furioso clamoreo de ¡mueran los salvajes unitarios!

Al doblar la calle de Cuyo guardaron silencio, para no poner sobre aviso á la familia que iban á sorprender.

Carpincho fué el primero que llegó á la puerta, acompañado del mulato, que parecia muy complacido de la escena que iba á presenciar.

—Es preciso golpear despacio para que no se alarmen, dijo el mulato.

La puerta parece muy fuerte y muy bien cerrada y nó la vamos á poder forzar si nó la abren.

—Bueno, contestó el carpincho, llamó vos mientras yo voy á prevenir á los otros. los otros, que avanzaban tratando de producir e menor rumor que les fuese posible, Y retrocedió silenciosamente al encuentro de

Mientras los otros asesinos se aproximaban guiados por el carpincho, el mulato llamó á la puerta con cierta delicadeza, para mejor representar el papel que se proponía.

Parecía que este bandido tuviera algun resentimiento con la familia que tan interesado se mostraba en su desgracia.

Al primer llamado nadie contestó.

Al segundo, que fué un poco mas fuerte y precipitado, acudió una sirvienta que preguntó quien llamaba.

—Soy Gamboa, dijo el pérfido mulato apagando la voz para no ser conocido.

Decile á tu señora que me haga abrir por favor, que vengo huyendo de la mazorca.

El ruido precipitado de los talones, indicó que la sirvienta se apuraba á llevar la demanda.

En aquel momento llegaron todos á la puerta, sacudiendo de los cabellos la cabeza de Gamboa, cuyo nombre se invocaba para cometer un crimen.

Como á los dos minutos de espera, se volvieron á sentir los mismos pasos de un pié sin calzar.

Era la misma sirvienta que regresaba.

—Voy á abrírle, niño dijo—espérese un momento que ya se están levantando.

Los asesinos se miraron sonrientes.

Pronto iban á entrar en danza.

La sirvienta empezó á descorrer los pasadores y cerrojos, franqueando la puerta, quedándose ella detrás de la hoja, sin duda para ocultar la lijereza de su traje.

El mulato fué el primero que entró, seguido de cerca por el carpincho y comparsa.

Fué la pobre morena la primera que pagó el terrible engaño.

Mientras uno de los asesinos le echaba las manos al cuello para impedir que gritara, el mulato le enterraba en el cuerpo toda la hoja de su daga.

La desgraciada cayó como herida por un rayo.

La puñalada admirablemente dirigida, le había partido el corazón.

Como si la impiedad fuese una pasión en aquellos bandidos, el carpincho no pudo prescindir de hacer una caricia al cadáver.

En seguida se dirigieron á buscar la puerta por donde debía haber salido la sirvienta.

Esta no podía ser otra que la del comedor pues era la única que se veía entreabierta.

Por ella penetraron los bandidos, siempre con sigilo y cuidando de no producir ningun ruido que acusara su número.

Cansada la señora sin duda, de esperar la contestacion de la sirvienta, y ya vestida apareció en el comedor en compañía de Maria, la bella novia de Gamboa.

Esta última traía en la mano una vela encendida, única luz que se veía en el resto de las habitaciones.

Al ver aquella cantidad de hombres, de tan siniestro aspecto, las mujeres se detuvieron aterradas.

—Quiénes son ustedes y cómo han entrado aquí? preguntó la señora sobreponiéndose á la situación terrible y cubriendo con su cuerpo á su espantada hija.

—Hemos entrado porque se nos ha abierto la puerta, replicó descaradamente el mulato.

Si no nos hubieran abierto, es claro que no habríamos entrado.

—Y Tomasa?

Tomasa! Tomasa! gritó la señora llamando á la sirvienta.

Los asesinos soltaron una carcajada imposible de describir, y se miraron entre ellos.

—No chille tanto patrona, dijo entonces el carpincho, que nadie ha de acudir.

Su Tomasa está durmiendo una broma, que le hemos dado y ha de tardar mucho en despertar.

La señora se sintió ahogada por el llanto que le inspiraba el terror.

Semejante gente, en aquella época terrible y á aquella hora, no podía presajiar sinó la muerte.

—Y Gamboa? En dónde está Gamboa que no le veo? preguntó la señora, en quien el pavor había hecho nacer una duda terrible.

—Gamboa está charlando con Tomasita, replicó el carpincho, siempre riendo.

Le estará haciendo el amor.

—Tú mientes canalla, dijo la señora no pudiendo contenerse y olvidando el peligro que corría.

Se han valido de su nombre para hacerse abrir.

Está bueno, lleven todo lo que hay en la casa, pero váyanse de una vez.

—Gamboa está aquí, solvió á asegurar el impávido mulato, lo que hay es que no quiere mostrarse.

La misma duda volvió á asaltar, pero mas fuertemente al corazon de la señora.

Seria posible que un jóven que parecia tan noble y bueno hubiera finjido una amistad tan íntima y pura para entregarlas luego á la mazorca?

Esto no admitia réplica pues que no se atrevia á presentarse.

La jóven María, mas pálida que un cadáver, si es posible, y venciendo su angustia suprema, salió trás de su madre, y dijo con voz temblorosa y sollozante:

—Si Gamboa está aquí, díganle que yo le llamo, que quiero convencerme que esto no es un sueño.

—Si la moza se empeña, no habrá mas que hacerle el gusto, gritó el carpincho.

A ver, pues, á llamar al Gamboa.

El que llevaba la cabeza, levantó el poncho bajo el cual la ocultaba, y la arrojó sobre la mesa, de donde rodó hasta los piés de María.

Un grito tremendo, imposible de describir, desgarrador y sollozante, lanzó la pobre jóven y dobló la rodilla ante aquel despojo sangriento y querido.

La fuerza del dolor le embargó todo sentimiento á él extraño, y rompió á llorar con una desesperacion aterradora.

La señora, muda y estática, decaído todo su valor, tuvo que agarrarse del contra-marco de la puerta, para no rodar al lado de la cabeza.

María se levantó de pronto, terrible y amenazadora.

El llanto se habia secado de sus ojos y el dolor habia desaparecido de su semblante purísimo.

—Asesinos! gritó, asesinos miserables! por qué le han muerto?

Y avanzó sobre ellos de tal manera, que el mulato que era el mas audaz, retrocedió sin poderlo remediar.

—Miren que monada! gritó el carpincho—le hacen el favor de traerle á su gaucho para que se despida, y todavia se queja!

No digo yo; si no hay cómo contentar á estas salvajes!

—Bandido! tu has de haber sido el asesino!

—Y si no?

Basta, pues, de milongas y á besarle la geta porque lo vamos á llevar al mercado.

Con la razon extraviada por el dolor, hasta el punto de desconocer todo peligro, la jóven avanzó hácia los asesinos, cada vez mas amenazadora.

Gamboa era su único y primer amor, y sabido es que esta es la pasion mas fuerte que puede dominar el corazon de una mujer.

La madre, llorando amargamente, vino á tomar á su hija que se mezclaba á los asesinos, para impedir cualquier violencia.

Pero tarde ya.

Apenas llegaba á su hija, esta retrocedia tam-

baleante, como aturrida por un golpe violento.

Era el carpincho, que le habia dado un puñetazo sobre el pecho.

La joven jimió y se apoyó en la mesa para no caer, en momentos que llegaba su hermanita á medio vestir, atraida por las voces y las risotadas.

—Mueran los salvajes unitarios! gritó el mulato con toda la fuerza de sus pulmones.

Mueran los salvajes unitarios! repitieron los otros, y un nuevo golpe fué á herir nuevamente el rostro de María.

—Huyamos! huyamos! gritó la madre aterrada tratando de huir con sus dos hijas.

Pero la mazorca les cerró el paso golpeando á las tres furiosamente.

En vano trataron de huir, en vano disparaban al rededor de la mesa.

Los asesinos las alcanzaban á cada momento y nuevos golpes iban á herir sus cuerpos.

Los vestidos habian sido arrancados á girones, al extremo de que los planazos de los facenes iban á herir la carne desnuda.

Aquello era una repeticion exacta de lo sucedido en casa de la amiga de don Lucas Gonzalez.

María, acosada por los golpes de daga y de rebenque, tropezó en la cabeza de Gamboa y cayó.

Y mientras los otros azotaban sin compasion y furiosamente á la madre y la hermanita el carpincho se fué sobre ella y despues de cortarle las dos trenzas, que ató á su cintura como trofeos, la azotó hasta que la fatiga lo hubo inutilizado.

Las otras dos mujeres fueron azotadas hasta que cayeron tambien privadas de sentido.

En seguida empezó el saqueo y la destruccion.

Mientras hubo que robar y que romper, los asesinos trabajaron con ardor.

Los muebles fueron hechos pedazos [para sacarlo que contenian.

El aceite de las lámparas y otros residuos súcidos fueron volcados sobre las camas, y las botellas con bebidas que hallaron en los armarios, se las bebieron á la salud de sus víctimas.

El mulato fué el que sacó mejor parte, pues mientras los demás se hallaban entregados á la diversion de azotar las señoras, él habia ganado los aposentos, donde se apoderó de las alhajas y de todo aquello que representara algun valor.

Este era el interés que aquel miserable habia tenido al delatar á la familia.

Quando hubieron dado la última mano al cuadro de destruccion y saqueo, los asesinos se prepararon á retirarse.

Dieron su último azote á aquellos delicados y exánimes cuerpos, volvieron á tomar la cabeza de Gamboa y salieron dando terribles gritos de ¡mueran los salvajes unitarios!

Al llegar al zaguan el mulato tropezó con el cadáver de la criadita, cayendo sobre el charco de sangre.

—Una gran perra! vociferó—estos malditos salvajes unitarios hasta despues de muertos y enterados nos hacen daño!

Ahora vas á ver, maldita.

Y *pelando* el facon, cortó la cabeza á la criadita, entre la algazara y risa de los compañeros.

En seguida salieron todos en direccion á la casa de don Lucas Gonzalez.

Allí terminaron por aquella noche su obra de impiedad.

El cadáver de Gamboa fué sentado en el cordón de la vereda, apoyado contra el poste, y le acomodaron la cabeza por medio de un gran pañuelo colorado, puesto como corbata.

Al otro día, los grupos de mazorqueros que pasaban por la cuadra, se detenian delante del cadáver, dirijiéndole las mas infames burlas.

Cada uno de aquellos miserables añadia una burla mas, que arrancaba estrepitosos aplausos y vivas á la federacion.

Quien lo ponía un pucho detrás de la oreja, quien un pito entre los lábios, y quien en fin, le ataba algun trapo celeste en un ojal que abria con el cuchillo en la carne.

Aquella farsa impía duró hasta la tarde del día siguiente, hora en que recién se sirvió la Policía mandar recoger el cadáver en un carro del servicio público para arrojarlo al carnero unitario donde iban á parar todas las víctimas de la mazorca.

Hé aqui el origen de cómo la mazorca se apoderó de la casa de don Lucas Gonzalez, declarándola local de sus terribles sesiones, de donde salió tanta sentencia de muerte.

Hagamos ahora un retrato fiel de aquella terrible asociacion, la mas bestial y tenebrosa que se haya conocido en toda la historia del crimen.

Tomémosla desde que cambió su nombre de Sociedad Popular Restauradora, por el célebre de Mazorca, con que ha pasado á la historia, ilustrada por los crímenes mas bárbaros y las iniquidades mas brutales de que haya memoria.

La mazorca

Es imposible entrar en los detalles de esta asociacion terrible, sin sentir frio en el corazón.

Todos hemos oido de boca de nuestros padres con las carnes estremecidas, aquellas narraciones de los degüellos que llegaron al vértigo del mayor frenesi en los años 40 y 42.

Y ninguno se esplica como la ciudad podia convertirse, en las horas de la noche, en una masacre terrible.

Solo las turbas desenfrenadas de asesinos recorrian las calles, sedientos de sangre y de vino.

No se percibia otro rumor que los ayes de las víctimas, los gritos de muerte, y el estrépito de los cristales rotos á pedradas ó de los muebles arrojados á la calle.

De cuando en cuando una descarga de fusilería anunciaba á la poblacion que no solo en las calles y á filo de daga se inmolaban unitarios.

Tambien en la cárcel y en los cuarteles se les arrancaba la vida, con la diferencia que aquí se asesinaba al monton y sin elejir víctima.

La autoridad no existia desde las cinco de la tarde.

Rosas se iba á Palermo y las autoridades policiales se escondian creyendo que así evadian toda responsabilidad.

La poblacion quedaba, pues, entregada á los caprichos de las bandas de asesinos que la re-

corrian en todas direcciones, escojiendo las víctimas que habian de inmolarse.

No habiamas escudo ni mas salvacion que salir á las puertas dando vivas á la Federacion y al héroe del desierto.

Muchas familias unitarias, dominadas por el terror consiguiente, lo hacian, aprovechando muchas de ellas hasta las mas horribles escenas de sangre.

Cuando tenia lugar un degüello en plena calle, cerca de una familia unitaria, no era cosa estraña ver esta asomarse á la puerta de calle gritando desafortadamente:

—Mueran los salvajes unitarios!

Era aquel el vértigo del terror, de que estaban poseidas las familias sospechadas.

Ninguna de ellas estaba segura, al levantarse de concluir con vida aquel día.

Cuitiño y Parra, Troncoso y Badia, Salomon y Pablo Alegre, eran los que disponian á su albedrío de la ciudad durante la noche.

Bastaba una seña, una simple guiñada de ojo de cualquiera de estos personajes, para que una familia entera fuese esterminada, á filo de puñal ó de serrucho.

Estos eran los omnipotentes que podian detener el facon al tronchar el cuello, ó lanzar las bandas de asesinos á tal ó cual casa.

El marido era degollado en los brazos de la

mujer que trataba de disputar su vida á aquellos seres abyectos y miserables.

Y por este solo delito, era ella azotada á la vez con vergas curadas á propósito, despues de cortar el cabello y cometer todo género de infamias.

La hija, con todo el encanto y desesperacion de una mujer embellecida por el dolor, era impotente á detener el cuchillo federal sobre el cuello del padre.

Y el mismo niño de pechos que descansaba en la cuna, con toda la sublime inocencia de aquella edad no escapaba al puñal de la mazorca.

Bastaba que á cualquiera de los asesinos se le ocurriera gritar.

—Este muñeco tiene cara de salvaje unitario.

Mueran las inmundas crias!

A este grito terrible, el inocente era tambien degollado, y arrojada su cabeza á la madre, como la última y mas sangrienta injuria.

Y todo esto se llevaba á cabo entre las risotadas mas innobles y los epitetos mas denigrantes y obscenos.

Aquello era una fiesta federal, pero una fiesta ruidosa.

Se bailaba al rededor de los cadáveres, y se mojaban los dedos en los charcos de sangre, para persignarse por la señal de la santa federacion, y habia mazorquero que se mojaba con ella los lábios, para librarse de caer en malas tentaciones ó para ser buen rastreador.

Las cabezas cortadas á los salvajes unitarios, ó sus inmundas crias, servian para diferentes usos y diversiones.

Unos jugaban con ellas á las bochas, otros las metian en un carro y las ofrecian en venta como duraznos del monte.

Y otros en fin, como Moreira, el célebre Moreira, las ataban de los cabellos á la cola de su azulejo para salir á darse un corte por los barrios del Sud.

Es que la mazorca habia llegado al vértigo del crimen, al delirio del degüello.

Degollaban por darle gusto á la mano y últimamente, era tal el furor de matarse que llegaron hasta desconocerse al extremo de que el sereno Moreira fué fusilado por orden del mismo Rosas, porque un dia se le fué la mano y se limpió á un federal de copete.

Ya nos ocuparemos á su debido tiempo y de una manera detallada, de este terrible y singular bandido, pues su vida es el proceso criminal mas monstruoso que pueda escribirse.

Cada uno de estos tipos tendrá su biografia aparte, para la cual contamos con datos preciosísimos.

No cortemos, pues, el hilo de nuestra narracion.

Rosas necesitaba dominar por el terror, único medio de asegurar su tirania y necesitaba tambien dar entretenimiento á la turba de bandidos que habia levantado á las primeras posiciones, y

que, á su vez se valian de otros asesinos mas miserables y mas encenagados en el crimen.

Y les entregaba la ciudad en las horas de la noche, para que eligieran sus victimas y las esterminaran sin responsabilidad de ninguna especie.

Cuando Rosas queria librarse de algun hombre, porque estaba en posesion de algun secreto grave, jamás ordenaba su muerte directamente.

Si queria hacer desaparecer á un enemigo político, llamaba á cualquiera de los gefes de la mazorca y le decia:

—Sabe que fulano me parece que está por emigrar para irse con Lavalle?

Si se trataba de un federal antiguo y reconocido, cambiaba la fórmula de esta manera:

—Sabe que tengo pruebas de que fulano me está traicionando?

Estas simples palabras equivalen á una sentencia de muerte terminante y á una orden de degüello ineludible.

Seguro es que al dia siguiente el gefe de la mazorca volvia á darle cuenta de que el fulano habia sido degollado.

Así fué apuñaleado el doctor Maza, en plena Sala de Representantes, el doctor Zorrilla en su estudio bajo la Recoba y tantos otros cuyos martirios horribles iremos narrando uno por uno.

—Pero hombre! exclamaba Rosas, con su sonrisa bestial y acerada.

Por qué le han muerto? yo no creí que fueran á hacer tal barbaridad!

—Iba á traicionar á V. E. y á la federacion y yo creí que cumplia con un deber sagrado....

—Bueno ya no tiene remedio, que le hemos de hacer!

De todos modos bien merecido lo tienen por salvajes ó lomos negros!

Esta era la manera como Rosas señalaba á sus asesinos, las victimas que queria inmolarse.

Cuando los asesinatos subian de punto y los puestos del mercado amanecian llenos de cabezas adornadas de perejil y legumbres, pasaba una nota al gefe de Policia recomendándole la mas seria vijilancia para guardar el orden.

Pero el gefe de Policia que sabia demasiado de donde venia el mal, se encojia de hombros y se escondia para no escuchar las voces de los que venian á implorar su auxilio y eran degollados á la puerta de la Policia ó en sus mismos patios.

Desgraciado del mismo gefe de Policia si se hubiera permitido prestar el auxilio pedido!

Tal vez su cabeza no hubiera durado un minuto sobre sus hombros!

Así se explica que las lanzas de la reja de la pirámide, amanecieran llenas de cabezas, sin que la policia supiera cuando las habian puesto!

Si pudiera hablar aquella reja! cuántas cosas nos contaria!

Allí está sirviendo de reja de fierro á la calle

en una pequeña casita de la calle de Corrientes entre Ayacucho y Junin.

Muda y helada, con un ciprés al lado, como triste alegoría, pasa desapercibida al extraño viandante que ignora su historia de sangre!

Y sin embargo, fué allí donde se clavaron las cabezas de Maza, de Jané, de Saráchaga y tantos otros!

Cuántos de nuestros lectores habrán mirado sus puntas angostas y mohosas, sin sospechar siquiera su pasado de sangre!

Fuó un noble anciano, escapado milagrosamente á aquellas matanzas, quien con un dedo rígido y la mirada velada por el dolor, nos mostró una tarde, desde los wagones del tren, aquella reja y aquel ciprés.

Desde entonces no podemos cruzar aquella cuadra, sin experimentar una sensación desagradable.

La mazorca tuvo su origen en un hecho bestial y vejatorio, pues en su principio era la Sociedad Popular Restauradora.

Sus miembros eran todos asesinos de profesion y bandidos de todo género, de quienes Rosas se valia para hacer ejecutar sus secretas sentencias.

Fuó el carpincho, bandido formidable á quien ya conocemos, el autor de este nuevo bautismo.

En el año 37, cuando los degüellos se convirtieron en sistema de gobierno, el tremendo Troncoso fué encargado de degollar al señor don Juan Manuel Baigorri, y saquear su casa en la calle de Representantes.

El señor Baigorri era un hombre sumamente distinguido, que poseia una gran fortuna, ganada en el comercio con las provincias.

Sabido es que los hombres decentes y de distincion eran los que Rosas habia declarado fuera de toda ley y comiseracion.

Mientras cualquier unitario era tratado á simple filo de cuchillo, bastaba que este fuera clasificado de decente, para que se le sometiera á todo género de vejámenes y martirios antes de ser degollado.

El desgraciado señor Baigorri habia caido en aquella clasificacion terrible.

Se habia negado á hacer una fuerte venta á plazos, á un federal y esto bastó para que se le calificara de unitario decente y se le mandara degollar.

Troncoso, encargado de ejecutar la sentencia, se dirijió á su casa seguido de un gran grupo de la Sociedad Popular Restauradora, entre cuyo grupo figuraba como el personaje mas importante el célebre carpincho.

El carpincho no era un sócio oscuro] cuyo nombre careciese de ilustracion.

Era, por el contrario uno de los personajes mas considerados de la terrible asociacion.

El año 34, el carpincho, ayudado por un com-

pañero, habia asesinado en el Azul una familia compuesta de un matrimonio y dos criaturas, una de las cuales tenia tres meses.

El móvil de este crimen infame habia sido el de robar la suma de 37,000 pesos que la familia poseia.

Quando el marido se hallaba en el campo, recojiendo su hacienda, los dos bandidos penetraron á la casa, y degollaron á la mujer y á los niños, apoderándose de la suma codiciada.

Podrian haberse retirado desde que habian logrado el infame objeto que allí los llevó.

Pero el carpincho y su colega eran dos asesinos en toda regla, y despues de apagar la vela que habia encendido la mujer antes que ellos entraran, se escondieron trás de la puerta.

Necesitaban tambien matar al marido, no solo para que no hubiese quien los persiguiera, sinó por lujo de infamia.

Media hora mas tarde, llegó á su casa el hombre, ageno al horror que le esperaba.

No bien hubo franqueado el dintel de la puerta, los dos asesinos le acometieron y antes que pudiera darse cuenta de lo que le sucedia, lo ultimaron á puñaladas.

Festejando el chasco que acababan de darle, montaron á caballo y sin quiera limpiarse las manos teñidas en sangre, se dirijieron á una pulperia á dos leguas de distancia, á repartirse el producto de aquel crimen tremendo.

Sin cuidarse de las sospechas que pudieran despertar, pidieron un frasco de ginebra y empezaron á hacerse el reparto delante del pulpero y demás concurrentes.

Al ver dos hombres manchados de sangre repartirse tan crecida suma, ¿cómo dudar que venian de cometer un asesinato?

Esto fué lo que todos pensaron aunque ninguno se atrevió á decirlo en aquel momento.

Terminado el reparto y concluida la ginebra, los dos bandidos pagaron, montaron á caballo y se dirijieron tranquilamente en direccion á Dolores.

Pero el carpincho no era hombre de partir con nadie la suma de 37,000 pesos, pudiendo guardarla toda para si.

Así es que desde que salió de la pulperia, empezó á meditar la mejor manera de arrancar su parte al sócio.

Este caminaba confiadamente, medio turbado por la ginebra, y sin sospechar los planes que iba tramando el carpincho.

Tratándose de dos bandidos semejantes, lo natural era que á los dos hubiera asaltado la misma idea.

Pero en honor de la verdad, su sócio era mucho menos bandido que el carpincho y se daba por satisfecho con lo ya llevado á buen fin.

Habian andado solo una legua, cuando ya el carpincho habia madurado su plan y empezaba á ponerlo en ejecucion.

Sin que el compañero pudiera notarlo, habia sacado la daga, que guardó disimuladamente entre la manga.

—Galopemos un poco, le dijo, pues sinó no vamos á llegar nunca.

Apenas su compañero castigó el caballo y lo puso al galope, el carpincho se echó sobre el estribo y le metió la daga en el costado.

El otro asesino cayó al suelo murmurando un vírgen mia!

Sin soltar el caballo de la rienda por no que- darse á pié y echándose al suelo rápidamente, el carpincho se le fué encima, y buscándole la olla con la punta de la daga, se la sepultó hasta la S, revolviéndola varias veces en la herida.

Prontamente el carpincho registró á su víctima, y no solo le robó los diez y ocho mil quinientos pesos que le habian tocado, sinó la rastra del tirador, que era muy rica y el puñal de cabo de plata.

—Quién te mete á zonzos! murmuró por toda oracion fúnebre.

Y saltando sobre su caballo y llevando de tiro el de su sócio, se alejó á galope tendido en direccion á Dolores, desde donde siguió viaje sin detenerse, apenas hubo mudado caballo.

El carpincho que no se mamaba el dedo y que sabia lo que hacia, se vino buscando el 5^o regimiento de caballeria de campaña, donde sentó plaza.

Por la refereneia del pulpero y sus tertulianos y por el cadáver que el carpincho dejó en el camino, no fué difícil saber quienes habian sido los autores del terrible crimen del Azul, que consternó la poblacion al siguiente dia.

Se buscó al carpincho y bien pronto se dió con él, puesto que no se tomaba el trabajo de ocultarse, ni de ocultar su crimen.

Pero quié se metia con un soldado del célebre regimiento de Rosas?

Las autoridades del Azul se llamaron á silencio y el crimen del carpincho quedó impune y este jactándose de haberlo cometido, lo que le dió cierto ascendiente sobre sus compañeros.

Dos años despues, el año 36, el carpincho destinado á cambiar el nombre de la Sociedad Popular Restauradora, pidió y obtuvo el pase á la ciudad, para servir mas de cerca al ilustre Rosas, que lo destinó á la banda de Salomon.

Este era el terrible bandido que como segundo de Troncoso, llegaba á casa del señor Baigorri, calificado de unitario decente.

A la hora que los bandidos franqueaban la puerta, el señor Baigorri se hallaba de sobremesa!

Habia comido con un amigo, el joven Gimenez, y se ocupaba de los horrores que á cada instante cometia la mazorca.

A cada rato el sereno Moreira cruzaba las calles al galope de su caballo y atadas á la cola, ya un par de cabezas, ya algunos otros miembros

humanos que pertenecian á salvajes degollados.

Asi es que, la poblacion aterrada, no hablaba de otra cosa que de aquellos terribles sucesos.

Cuando Troncoso y los suyos llegaron al comedor, el señor Baigorri se puso de pié, lívido y azorado, sin atinar á hablar una sola palabra.

El jóven Gimenez no tuvo fuerzas ni aún para ponerse de pié.

La presencia de aquella gente, cubierta de divisas y trapos colorados, hablaba un lenguaje harto elocuente para dudar un momento de lo que alli iba á pasar.

—Vengan las llaves de los muebles! dijo Troncoso furiosamente, dirijiéndose á Baigorri, porque traigo órden de revisar todos los papeles que aqui encuentre.

—Aquí no hay mas papeles que los de mi casa de comercio, balbuceó Baigorri.

—Eso lo veremos, porque aquí hay quien dice que usted es de los de la conspiracion.

—Pero qué conspiracion es esa?

—Todo el mundo me conoce demasiado y saben que yo no me meto en política.

—Mejor para usted, pero vengan las llaves y que no tenga que pedir las otra vez.

Baigorri era un hombre pusilánime, incapaz de hacer la menor resistencia.

De todos modos, en aquellos tiempos y con aquella gente, el resistirse no hubiera importado otra cosa que acelerar la muerte y volverla mas terrible.

Alargó las llaves con mano temblorosa y quedó de pié, un poco mas tranquilo, pues creyendo en el pretexto, creia tambien que en el registro estaba su salvacion, puesto que nada tenia que pudiera comprometerlo.

Observaba las conveniencias federales, comtodo el que queria vivir tranquilo y usaba su enor me divisa como el mas exaltado federal.

Sin embargo, el miedo, superior á todo raciocinio, le inspiró la idea de huir.

Mientras la turba se entregaba al mas prolijo registro de los muebles, hizo una guiñada espresiva al jóven Gimenez y trató de huir en la esperanza de no ser visto.

Pero el carpincho que no perdía un minuto la vigilancia de sus víctimas, por entretenido que estuviera, le tomó de un brazo y lo obligó á permanecer quieto.

—Todavía no, hermanito, espere á ver lo que dice Troncoso.

Y dió á Baigorri un bofetón terrible.

El pobre hombre, mas muerto que vivo, sufrió en silencio aquella sangrienta injuria, y agobió la cabeza cediendo al peso de la afrenta y del dolor.

Gimenez, menos sufrido y mas valiente que su amigo, sintió subirle al corazon su sangre de veinte y cinco años, y dirijiéndose al carpincho, le

dijo con la voz alterada por la indignacion y el coraje:

—Para decir á un hombre que no se mueva, no hay necesidad de maltratarle.

Ustedes, segun ha dicho el que los manda, han venido á registrar los papeles y no á maltratar al señor, sin motivo.

—Cómo sin motivo y se queria escapar! dijo el carpincho mirando á Gimenez de una manera feroz.

Ya te va á llegar la tuya, note apurés, salvaje sabandija.

Gimenez devolvió al carpicho su mirada feroz, y quedó impasible.

Se habia resuelto á correr aquella mala ventura defendiendo su cabeza con toda energia, si llegaba el momento.

Baigorri le agradeció con una triste mirada el apoyo de su palabra varonil.

Aquella mirada, además de un tierno agradecimiento, queria decir:

—No se esponga á correr igual suerte! ya sé que mi causa está perdida.

De pronto sonó un ruido seco que hizo volver á todos la mirada.

Era Troncoso que habia dado un formidable puñetazo sobre un gran escritorio de caoba, diciendo:

—Y las llaves de esto, por qué no me las han dado?

Vengan las llaves de aquí! canallas! que aquí ha de estar lo que buscamos.

—Ahí no hay mas que papeles de comercio, dijo Baigorri.

—Las llaves! te han pedido las llaves! gritó el carpincho dándole otro bofetón.

Pronto, ó te las saco yo.

Baigorri fué á sacar del bolsillo las llaves pedidas, pero antes que sacara la mano, ya los bandidos se las habian arrancado con un pedazo de pantalon.

—Por Jesús crucificado! vociferó Gimenez poniéndose al lado de Baigorri.

Respeten en su casa á este caballero, por lo menos, hasta no haber tenido una prueba de su culpabilidad!

Y brillaron sus ojos con una amenaza terrible.

—Hagan callar esa sabandija! gritó Troncoso, mientras trataba de abrir el escritorio.

El carpincho avanzó sobre Gimenez rápidamente y le dió un golpe en la cabeza con el mango del puñal.

Gimenez á falta de otra arma, tomó para defenderse uno de los cuchillos que habia sobre la mesa pero no pudo hacer de él el menor uso.

Todos se le fueron encima y quien una trompada, quien un planazo de facon y quien un silletazo, lo cubrieron de golpes.

Gimenez rodó por el suelo con la cabeza par-

tida en varias partes y el rostro bañado en sangre.

Y en el suelo, los tacos de las botas de los que las tenian y la punta de los facones, se encargaron de inutilizarlo.

Baigorri cerró los ojos para no ver aquel horror, y sintió que las lágrimas le quemaban los pómulos.

Cuando volvió á abrirlos, la cabeza de Gimenez no estaba ya sobre sus hombros.

Uno de los asesinos la levantaba en la mano izquierda, mientras que con la derecha limpiaba en el pelo, el cuchillo con que la habia cortado.

Baigorri no pudo resistir á aquel espectáculo y se descompuso de una manera terrible.

Su estómago no pudo resistir un momento mas la comida de aquella noche y la echó fuera.

—Ah! salvaje inmundo! gritó la turba.

Ahora te vamos á componer nosotros.

Y el carpincho y otro mas empezaron á golpearlo.

Toda la ropa exterior habia desaparecido del cuerpo hecha girones.

Baigorri se hallaba solo cubierto con la ropa interior, y esa, á medro desgarrar.

Los miserables, siguiendo las prácticas de Rosas, no podian perdonarle el delito de ser hombre decente y como tal, lo trataban con un refinamiento de crueldad digno de una horca.

Mientras uno le pasaba la mano por el cuello, haciendo de él los mayores elojios, el carpincho le acariciaba las orejas, prometiéndole cortárselas para regalarlas á una comadre suya muy aficionada.

Baigorri pasaba por unaagonia tremenda!

Sus ojos, terriblemente desencajados, espresaban ese último estado de descomposicion moral producida por el terror.

Sus mandíbulas inferiores, caidas hasta el pecho, mostraban cuán íntimo era aquel terror, dando á la fisonomia esa espresion de estupidez que se nota en aquellos que marchan al patíbulo, muertos ya por el espanto é insensibles á todo.

Aquel aspecto de suprema angustia, que hubiera conmovido al hombre mas cruel, produjo una sensacion de risa bestial en aquellos miserables que habian llegado ya al vértigo del crimen.

Lo que deseaban era que aquella situacion se prolongara lo mas posible.

Troncoso, con algun trabajo y ayudado por dos ó tres mas, habia abierto por fin el escritorio.

Allí no habia mas que papeles de comercio, como lo habia dicho Baigorri, y bastante dinero en billetes de banco y algun oro.

—Y cómo no habias dicho que tenias cosas tan buenas? exclamaron los bandidos con la mirada brillante de codicia.

Y á su vista y sin tomarse el trabajo de disimular, empezaron á pasar á sus bolsillos todo aquel dinero.

Baigorri aunque tenia fija en ellos la mirada vacilante, no se daba cuenta de lo que sucedia.

Hubiera pedido que no se le arrancara la vida tal vez, ofreciendo valores mayores que aquellos, pero el terror le impedia gobernar los músculos, ni juntar las mandíbulas para pronunciar una palabra.

El cuerpo de Gimenez habia quedado sobre un charco de sangre, sin que ninguno se preocupara ya de él para nada.

Yalo habian despojado de todas sus alhajas, de su dinero y de su ropa ensangrentada.

Qué mas les quedaba que hacer ya?

Su cabeza pasaba de mano en mano, mostrando el cuello los pedazos de sangre coagulada.

Era el trofeo que habian de exhibir en el mercado, adornado de perejil al siguiente dia, y trataban de conservarlo de la mejor manera posible.

Cuando ya no quedó mas que robar en el escritorio, preguntaron á Baigorri con toda la insolencia del cinismo.

—Y, diga hermano, ¿dónde tiene mas pilchas y platita?

Baigorri guardó silencio, sonriendo como un idiota.

Habia perdido por completo todo el dominio de sus facultades.

Ni se daba cuenta de lo que sucedia, ni oia lo que le preguntaban.

El carpincho le pasó por el pescuezo el lomo de su facon, para devolverle el uso de la palabra amenazándole con pasárselo de filo si no hablaba, pero no pudieron conseguir respuesta alguna.

Los músculos de aquella cara descompuesta por el terror, habian sufrido una contraccion nerviosa, dejando impresa en ella una especie de sonrisa sin expresion.

Era la sonrisa de un cretino, fija é invariable, fria y desconsoladora.

—Pues á este no habrá mas que cortarle el tragadero, dijo el carpincho.

Ya no dá oido y es inútil esperar que cante!

—Pues degüéllenlo de una vez, dijo Troncoso, que ya es tarde y todavia tenemos bastante que hacer.

Tan insensible estaba Baigorri á todo lo que pasaba á su lado, que ni siquiera cambió de direccion su mirada ante aquellas terribles palabras.

Uno de los bandidos lo tomó de los cabellos y le echó la cabeza atrás.

Y así de pié, sin tomarse siquiera el trabajo de acostarlo, para mayor comocidad, el carpincho le cortó la cabeza.

Al brotar de su cuello la primera sangre, la sonrisa de Baigorri se convirtió en una carcajada nerviosa, que hizo retroceder á algunos de los asesinos.

Su cuerpo sin cabeza, dejando salir de su cue-

llo un surtidor de sangre, dió tres ó cuatro pasos y cayó agitado un momento por las últimas convulsiones.

El final de aquella muerte arrancó en los asesinos furiosas carcajadas y palmoteos.

—Así son estos decentes! ahullaban enarbolando las dos cabezas.

Todos se mueren de miedo antes de hacerles la primera pasada!

Los asesinos se desparramaron en seguida por la casa, buscando nuevas victimas y mas dinero ó cosas de valor.

Desde que Baigorri y Gimenez habian sido sorprendidos de sobre-mesa, era lo natural que aquella comida la hubiera hecho un cocinero y que un sirviente la hubiese servido.

Era necesario encontrarlos para completar la fiesta, porque dos muertos era muy poca cosa para una noche sola.

Pero por mas que buscaron en la casa, no pudieron hallar una persona mas.

El señor Baigorri tenia á su servicio un muchachon puntano y una mulatilla jóven.

Estos que estaban comiendo en cocina acudieron presurosos al comedor, cuando sintieron los gritos y palabradas.

Pero al contemplar la escena que allí tenia lugar, huyeron aterrados sin ser vistos felizmente.

—Vamos á la Policia, dijo el puntano, porque esos van á degollar al patron.

Y seguido de la mulatilla se dirigió á la Policia.

El pobre muchacho, que ignoraba que aquellas matanzas se hacian por órden de Rosas, y con conocimiento de la tal Policia, creia que allí iba á encontrar un apoyo para salvar á su patron, ó para castigar á los miserables.

—Señor! señor! gritó apenas hubo llegado al Departamento.

La casa de mi patron ha sido asaltada y si no van pronto lo van á matar.

—Y quién es tu patron y quién ha asaltado la casa? preguntó el oficial de guardia que recibia la queja.

—Mi patron es el señor Baigorri, de la calle de Representantes; ellos son unos hombres con muchas divisas, que tienen puñales y que dicen que mi patron es unitario!

—Bueno, dijo el oficial, que sabia lo que hacia. Van ustedes á dormir la tranca, y á incomodar á otra parte.

A los gritos del puntano, habian acudido de las oficinas otros empleados.

—Cómo á dormir la tranca? preguntó aterrado el puntano.

Yo aseguro á usted señor que están asesinando á mi patron, repitió gimoteando.

Se lo juro á usted por mi Dios, señor!

—Fuera de aquí borrachones! gritó este, an-

tes que los haga meter adentro y no salgan en un año!

Fuera de aquí! repitió y halagó al muchachon con un punta-pié que le hizo dar un brico y enfilar la puerta.

La pareja de sirvientes salió de la Policia en medio de una estrepitosa rechifla, acompañada de su correspondiente aguacero de punta-piés.

Esta era la justicia que lograba todo el que iba á pedirla al Departamento de Policia!

Lo que hacia la Sociedad Popular Restauradora venia de mas arriba, y ya tenian estrictas y severas órdenes de no intervenir en sus acciones.

Los sirvientes, aterrados y dominados por la mas acerba pena, enfilaron la calle buscando donde guarecerse.

Por nada de este mundo hubieran vuelto á su casa, hasta no saber lo que allí habia pasado.

Y al huir de aquella casa, los pobres habian huido de la muerte, pues mientras buscaban donde guarecerse, eran buscados á su vez por la banda de Troncoso.

Menos feliz fué la pobre cocinera.

Muerta de miedo, y sin atinar á huir, se metió bajo el fogon, creyendo que hasta allí no llegaria la Sociedad Popular.

Vana esperanza!

Al entrar á la cocina, lo primero que vió uno de los asesinos, fué los piés de la infeliz, que asomaban por debajo del fogon.

—Aquí hay uno gritó! se ha escondido, pero ha dejado la cola de fuera como el peludo.

Los asesinos acudieron allí presurosos, cuchillo en mano.

La mujer fué sacada de los piés con gran trabajo, pues comprendia lo que le iba á pasar.

Y antes que tuviera tiempo de implorar misericordia, aquellos bandidos la degollaron en el acto, llevándose la cabeza para juntarla con las otras dos.

No teniendo ya mas que hacer, todos volvieron al comedor á llevar las cabezas que allí habian dejado, y echar una última mirada á los muebles, por si acaso habia quedado algo que robar.

Ya se disponian á alejarse, cuando vieron al carpincho que traia sobre los brazos, á guisa de carga de leña, una cantidad de mazorcas de maíz, con la chala arremangada.

La espresion de aquella cara innoble y brutal era mas feroz que de costumbre.

Al entrar, soltó una carcajada infernal, y dijo:

Ahora van ustedes á ver lo que á mi se me ha ocurrido.

A ver si valgo lo que peso!

—Y ese maíz para qué es?

Para eso! lo he sacado de una gran bolsa que hay allí al lado de la cocina y lo he ensayado ya con la cocinera.

Y soltó una carcajada mas prolongada y repugnante.

—Pero para qué lo has traído?

—Ahora verán.

El carpincho soltó en el suelo su carga de maíz, y tomando una mazorca y armado de una astilla de leña, se dirigió al cuerpo de Baigorria caliente aún.

Ninguno se sospechaba cual era la intencion de aquel bandido.

El carpincho dió vuelta al cadáver y valiéndose de la astilla de leña como de un mazo, introdujo la mazorca en aquel cuerpo.

Aquella operacion impia é infame hasta lo fantástico, aquella afrenta digna de Satanás, fué acompañada de un éco de alegres carcajadas, é imprecaciones de todo género.

—Viva el carpincho!

—Viva la federacion!

—Mueran los salvages unitarios! vociferó la turba aplaudiendo furiosamente al carpincho.

—Esto es para los decentes! abullaba aquel, dando los últimos golpes con el improvisado mazo, hasta solo dejar de fuera la chala seca y arremangada.

—Perra si valgo plata! gritaba el carpincho entusiasmado.

—Perra si valgo plata! ván á temblar de mi los unitarios peor que del diablo!

Aquella operacion bestial fué repetida con el cadáver de Garcia!

Esta era la última afrenta con que se sellaba aquel degüello.

Los demas asesinos, encabezados por el mismo Troncoso, aplaudian ferozmente á cada golpe de mazo, sintiéndose poseidos del mas federal entusiasmo.

Y todos convinieron en que realmente el carpincho valia plata, y que su invento era el mas famoso que se habia hecho en el siglo.

Los demás asesinos fueron á donde estaba la bolsa de maíz y cada uno sacó tantas mazorcas cuantas pudo llevar.

Se las colocaron en la cintura, entre las cintas de los sombreros y donde pudieron, á los gritos de ¡viva la mazorca!

Al salir á la calle llevándose las cabezas de los que habian degollado, dejaron en las ventanas un atado de mazorcas como señal de la operacion que en aquella casa se habia llevado á cabo.

Desde allí á los gritos siempre de ¡viva la mazorca! se encaminaron á la casa de Gonzalez, á dar cuenta á Salomon y demás compañeros, del famoso invento que se debia al caletre del carpincho.

Al otro dia todos los federales aplaudian frenéticos el procedimiento del bandido, y se veia á los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, adornados de enormes mazorcas de maíz,

buscando víctimas en quienes ensayar el procedimiento.

Todas las vidrieras de los negociantes federales se vieron desde ese día llenas demazorcas de maíz.

El nombre de mazorca empezó á popularizarse y á designarse por él á la terrible asociacion, encontrándolo mas simpático que el de Sociedad Popular Restauradora.

Y desde entonces es que á los unitarios clasificados de decentes, empezó á aplicársele el tormento de la mazorca.

Las casas donde este se ejecutaba, eran señaladas por una mazorca de maíz colgada en la puerta de la calle ó en las rejas de la ventana.

Ya se sabía que cuando en alguna puerta se veía aquel símbolo colgado, no era difícil pronosticar lo que adentro habia sucedido.

El tormento de la mazorca les habia sido aplicado despues de cortarles la cabeza.

Muchas veces cuando solo se trataba de asustar algun unitario decente, lo que rara vez sucedia porque siempre preferian degollarlo, le hacian la operacion de la mazorca, lo que anunciaban al barrio y los transeuntes, de la manera que dejamos indicado, colgando un mazo de mazorcas á la puerta de la calle.

Fué tal la popularidad de esta afrenta inaudita que el carpincho llegó á hacerse de una fama asombrosa.

Chico le fué el estómago para contener el número de convidadas con que lo obsequiaron aquel día, que su enorme chapona hubo de romperse, tal fué lo que se hinchó su cuerpo, al recibir por medio de Cuitiño, la federal felicitacion del Restaurador de las Leyes.

Este fué el origen de aquella palabra, á cuyo solo sonido llegó á temblar la sociedad argentina.

Vengamos ahora al centro de sus sesiones.

Las saturnales

Pálidas son las descripciones de las noches de *Sabato* que nos hace el Diccionario infernal, al lado de las tremendas reuniones de la mazorca.

Bajo la presidencia del terrible Salomon, la mazorca concurría á tener sus reuniones en la calle de Suipacha, casa embargada á los deudos de don Lucas Gonzalez.

Allí tenian lugar las sesiones mas importantes, donde se trataba de quitar la vida á tales ó cuales ciudadanos calificados de salvajes unitarios.

Esta clasificacion no se daba simplemente á los sospechados de esta opinion política.

El pulpero de la esquina mazorquero ultra é íntimamente ligado al carpincho, denunciaba como unitaria á tal ó cual familia que no le hacia el gasto en su pulperia.

El carnicero á quien no se le pagaba la cuenta que se le antojaba presentar, delataba á su deudor como salvaje unitario.

Y por fin, cualquier persona cuya cara no era simpática á un federal, sin mas trámite era clasificada de salvaje unitario.

Y cuidado que estas simples indicaciones bastaban para hacer rodar la cabeza que se hubiera creído mas segura.

La mazorca imperaba, sus fallos eran inapelables y su autoridad la única que velaba por la tranquilidad y vida de sus habitantes.

En los años cuarenta y cuarenta dos los mas terribles de la tiranía, eran sus grupos los úni-

cos que recorrian las calles desiertas, despues que oscurecia.

Entonces y á aquellas horas, solo se oía el quejido lastimero de los que sucumbian y el blasfemar de los que les daban muerte.

Rosas los habia castigado entregándolos por completo al inapelable furor de la mazorca.

La casa del desgraciado don Lucas Gonzalez habia sido arreglada de una manera conveniente, para las saturnales que allí habian de celebrarse.

Toda pintarrajeada de colorado y adornada de mazorcas por todas partes, permanecia abierta de día y de noche.

Quién que no fuera uno de sus afiliados se habria atrevido á entrar allí?

En sus paredes despedazadas y manchadas por el vino que estaba de mas en los estómagos, se leían toda clase de motes obscenos y palabras terribles, siempre bajo este sangriento lema:

Viva la Confederacion Argentina! mueran los inmundos asquerosos salvajes unitarios!

Lo de *asquerosos é inmundos* era muchas veces reemplazado por otros calificativos repugnantes, dignos de aquel que los habia escrito.

Las paredes de las piezas, igualmente adornadas, estaban decoradas además por los inmensos tiznes de las velas allí pegadas, á falta de candeleros.

Por todas partes, amontonados á punta-piés en los rincones, se veían grandes cantidades de frascos de ginebra vacios y hechos pedazos.

No se percibía en su interior otro ruido que el de la fiesta perpétua que allí se celebraba, salpicada con caña y el chasquido de alguna vieja guitarra, despedazada también en alguna borachera.

Salomon, el terrible Salomon era el que presidía aquellas bacanales monstruosas, incitando á los afiliados con discursos de una lójica infernal, que producía el mayor desenfreno entre las turbas.

Salomon era un raro tipo, trasplantado á aquella atmósfera de sangre de una manera violenta é insensible.

El era un buen paisano, partidario de Rosas, con todo su corazón, porque Rosas lo había protegido en la campaña Sud, cuando trataba de atraerse á todos los paisanos para dominar con ellos, como lo hizo más tarde.

Su valor sereno y buenas prendas de corazón le habían ido abriendo camino poco á poco y conquistándole la confianza del patrón, que no veía más en él que una persona humilde y buena, leal, valiente y fácilmente manejable.

Salomon se ganó á Rosas, desde un principio, creando al mismo tiempo gran prestigio entre los que se hallaban á él subordinados,

Como el tipo más apropiado, Rosas se lo había enviado á doña Encarnación para que lo aprovechara en aquel célebre movimiento de que hemos dado cuenta, y que preparó su segundo é interminable Gobierno.

Salomon hizo proezas de malicia gaucha y se portó con una actividad y valor á toda prueba.

De modo que cuando don Juan Manuel trepó al poder, Salomon fué recompensado con una posición que estaba muy lejos de soñar.

Era de los más importantes miembros de la Sociedad Popular Restauradora, hablaba con el superior Gobierno de igual á igual cada vez que quería y lo que él mandaba era ejecutado al momento, sin tener que dar jamás cuenta de sus actos, siempre que se ejercieran contra salvajes unitarios.

Pero Salomon iba sin sentirlo invadiendo un terreno que no era para su corazón naturalmente bondadoso.

Y cuando se apercibió era demasiado tarde para retroceder sin perder la cabeza.

El hecho de ser jefe y tener entrada en el despacho del Restaurador, le había dado un ascendiente terrible entre la chusma que lo seguía.

Era uno de los federales más intransigentes y una verdadera potencia entre los miembros de la Sociedad Popular Restauradora.

Cuando llegó la época de la matanza y vió Salomon que para ser buen federal no bastaba con charlar y prometer, sino que era necesario degollar y azotar mujeres, quiso retroceder.

Pero cómo hacerlo sin jugar la cabeza?

El, Salomon, impidiendo que otros degollasen y protegiendo á las víctimas, era cosa que no esta-

ba en armonía sin ser sospechado de salvaje unitario.

Cómo armonizar su necesidad de vivir, y de conservar la posición que tenía, con sus instintos bondadosos y nobles?

Salomon se decidió á correr la caravana tal cual se le presentaba, pero valiéndose de una verdadera estratagema para conciliar "la obligación con la devoción".

Otro menos astuto y menos noble que Salomon, hubiera obtenido por la matanza, sin más trámite.

Salomon era hombre de imaginación larga, y resolvió el problema de auxiliar á los unos sin hacerse sospechoso á los otros.

Alguna vez, como ya lo hemos visto, tuvo que tomar parte en alguna degollatina, pero esto era cuando no le quedaba otro recurso.

—No me que queda más camino murmuraba entonces, pero que le hemos de hacer!

Compensaré este daño salvando otras víctimas, y Dios me lo tendrá en cuenta para que me sirva de descargo.

Su proceder para salvar esas víctimas, era lo más original y sagaz que pueda imaginarse.

El, como persona influyente y gran federal, tenía conocimiento anticipadamente, de las personas á quienes se iba á quitar de en medio, ó de las familias que iban á castigar.

A veces porque se lo decían los encargados de ejecutar la cosa, Cuitiño, Troncoso, etc., ya porque el mismo Rosas, se lo ordenaba de esta invariable manera:

—Caramba, Salomon, me parece que en casa de fulano se conspira!

Me han dicho que las mujeres andan entre casa vestidas de celeste, y que ellos mantienen correspondencia con Lavalle.

Lo siento mucho, porque si los muchachos llegan á saber esto, les ván á jugar una mala pasada.

Averigüe que hay en esto.

Este discurso no era otra cosa que una sentencia de muerte para los hombres, y de azotes para las mujeres.

Y aquí era donde el buen Salomon ponía en juego toda su astucia.

A la tardecita del mismo día que había recibido la orden ó saber que otro la había recibido, se presentaba solo, en la puerta de la casa amezazada.

Allí con ademán feroz el puñal en la mano, según la urgencia del caso, empezaba á gritar todo género de insolencias-salpicadas, de las amenazas más brutales.

Ah! salvajes unitarios! gritaba.

Ah! inmundos unitarios! decía—¿con qué correspondencia con Lavalle eh? sabandijas!

Ya lo verán! ya lo verán mañana qué rebenqueada á las mujeres y qué degollatina á los hombres.

—Con qué enemigos de la Federación eh?

Veremos cuando mañana estén sus cabezas clavadas en la plaza, si viene Lavalle á ponerse-las sobre los hombros!

Yo les voy á dar unitarismo á fuerza de puñaladas!

Miren qué figuras para ser enemigos del que nos dió libertad y cuántos beneficios gozamos!

Ya verán mañana! malditas sabandijas!

Estos discursos duraban siempre diez minutos ó un cuarto de hora.

Pronunciados nada menos que por Salomon, que tenia una fama terrible, debían producir un efecto formidable.

La familia á quien habian sido dirigidas las amenazas, se entregaba á la mas honda desesperacion.

Sus miembros se abrazaban sollozantes, temiendo que vinieran á matarlos de un momento á otro, porque para la mazorca nunca habia mañana.

Los vecinos lamentaban profundamente la desgracia en que habia caído aquella familia, y cerraban sus puertas y se tapaban los oidos para no oír los lamentos y las imprecaciones de la matanza.

Salomon entre tanto se retiraba satisfecho de su obra, esperando los efectos que no podian tardar.

Asombradas de estar vivas al día siguiente, la primer operacion de las personas, así amenazadas era abandonar la casa, de uno en uno, y buscar asilo entre sus relaciones, esperando el momento mas favorable para emigrar del pais.

Y al último que salia le parecia un sueño, poder hacerlo por sus propios piés.

Salomon habia hecho su papel ante los federales que lo habian visto y habia logrado su noble propósito por medio de aquel aviso indirecto hecho con tanta sagacidad.

A la noche siguiente, como él lo habia prometido, la mazorca asaltaba la casa afilando los cuchillos en los patios.

Pero por mas que buscaban, sus habitantes no parecían por ninguna parte.

Salomon echaba andanadas de ternos acusándose de miserable é indigno de ser federal por haber ocurrido tarde, pero en su interior se sentia satisfecho.

La mazorca se desquitaba con los muebles, arrojándolos á la calle, y despedazando los cristales y porcelanas.

Robaban todo aquello que mas valor tenia y se ponian las mejores ropas.

Pero no habian tenido un solo cuello que cortar.

Salomon habia hecho su papel á las mil maravillas, y los amenazados habian salvado sus vidas.

Este era el terrible Salomon que tanto terror ha inspirado, y cuyo nombre ha pasado á noso-

tros rodeado de sangre, y aparejado á las maldicidas memorias de Cuitiño, Moreira, Parra, Troncoso y demás bandidos de la Sociedad Popular Rertauradora.

Con este sistema empleado siempre con increíble sagacidad, Salomon salvó á muchos hombres y familias, que habia señalado al puñal de la mazorca el dedo fatídico de Rosas.

Muchos le deben así su vida, y muchos hay vivos aún, que podrán corroborar nuestras palabras.

Salomon era además héroe de escenas traviessas, aunque bárbaras y dignas de la mazorca á que pertenecia, pero que comparadas á las escenas de puñal y verga, eran estas travesuras muy aceptables y aún festejadas.

Salomon además hacia estas travesuras á personas á quienes con la misma naturalidad podia haberles pasado ó hecho pasar la cuchilla por el cuello.

Eran entonces travesuras que, por groseras que fueran, bien podian perdonarse.

Por ejemplo, frente á la casa que habia declarado suya, vivia la familia de . . . á quien mas tarde se ligó el conocido señor don Alejandro Cornac.

Esta familia era continuamente víctima de las campestres bromas de Salomon.

Por ejemplo vestia por toda prenda un robe de chambre lleno de divisas y lazos federales y con esta única prenda salia al balcon á tomar el fresco.

Si por casualidad sus vecinas asomaban á la puerta ó ventanas, al momento les dirigia la palabra, llena de los mas federales requiebros que haya pronunciado jamás boca de mazorquero alguno.

—Ah! unitariazas! les decia, no quieren ver que un pecho federal arde por ellas.

Yo soy soltero, buenas mozas! yo soy soltero! y estoy dispuesto á hacer feliz á cualquiera de ustedes.

A ver un beso, pichonas!

Con esta y otras chanzonetas por el estilo, habia obligado á aquella buena familia á vivir completamente encerrada.

—Yo no entiendo á este Salomon! solia decir alguno de los mazorqueros que oia sus requiebros.

Legustan las muchachas y no es capaz de hacerles una atropellada!

No, pues si yo fuera Salomon ya se habrian de entender conmigo!

Verian en qué momento me hacia decir quiero.

Salomon sonreia al oír estas opiniones, pues en sus bromas no tenia otro objeto que quemar un poco la sangre á sus vecinas, que le eran terriblemente antipáticas.

En las tremendas saturnales que bajo su presidencia celebraba la mazorca, él era completamente ageno á las deliberaciones de sangra.

Cuando sabia que sus subordinados habian re-

suelto asaltartal ó cual casa, degollando á sus habitantes, no pudiendo impedirlo de otro modo, daba aviso á las víctimas, de la manera que hemos indicado mas arriba.

A la caída de la tarde empezaban á llegar á la casa de don Lucas Gonzalez los miembros mas importantes de la mazorca.

Mariño, el célebre gefe de los Serenos, habia declarado por suya la casa de doña Rosa Régules, aquella amiga de Gonzalez que fué saqueada y azotada aquella misma noche.

Y para que todo quedase en casa, como la fortuna de don Lucas, Mariño asistia á las reuniones de Salomon, y era el mas famoso consumidor de vino de la tierra que haya nacido jamás de vientre de mujer.

Cada mazorquero llevaba á la reunion su poderoso contingente de ginebra y caña, alma de todas sus feroces deliberaciones.

Unos llegaban acompañados solamente de sus dos ó tres botellas de bebida, coima que habian sacado de alguna pulperia amiga.

Otros mas traviosos, llevaban además de la bebida su correspondiente consumidora.

Esta no era otra cosa que la prenda de su alma, que le ayudaba á dar una buena puñalada, ó le bombeaba las casas donde podian hacer negocio.

Estas mugeres, en cuyas caras no era extraño ver una ó mas cicatrices, tapadas con su rebozo de bayeta colorada, tenian voz y voto en aquel congreso infernal.

Con un cigarro de hoja entre los lábios, el mate en una mano y la limeta en la otra, aquellas mugeres miserables aplaudian furiosamente los actos mas nauseabundos y las crueldades mas monstruosas.

Daban su opinion sobre la mejor manera de degollar y no era extraño escuchar á una de ellas, dar á un hombre lecciones sobre el mejor modo de dar una puñalada en la olla ó un tajo en la garganta.

En medio de una algarabía infernal de interjecciones de toda especie, cada cual referia la escena mas ó menos brutal y feroz, en que habia sido actor la noche anterior.

Y todos escuchaban con religioso silencio, sin atreverse é interrumpir al orador.

Cuando este terminaba, empezaban los vivas á la federación y las felicitaciones al narrador.

Las limetas pasaban de mano en mano y de boca en boca, prometiendo los demás sobresalir á aquel, en primera oportunidad.

De repente uno de los socios se presentaba llevando de los cabellos una cabeza humana, que arrojaba al suelo, entre la turba, y se sentaba como á reposar la inmensa fatiga de algun trabajo pesado y laborioso.

La cabeza pasaba de mano en mano, saludada con milinjurias y con alguno que otro bofetón.

El recién venido contaba de quien era la cabeza y como habia degollado á su dueño.

Era esta alguna bolada de aficionado que le habia caído en plena calle.

Un viandante de quien el pulpero habia dicho que era un salvajón y á quien él, sin mas trámite le habia cortado la cabeza.

Con este motivo se renovaba la algazara y chacota; se consumia el contenido de nuevos frascos de ginebra, y las cabezas empezaban á ponerse pesadas.

Las mugeres eran las primeras en dejarse ganar por Baco.

Poco á poco, borrachas, iban haciéndose rosca en los rincones, hasta que sus ronquidos empezaban á mezclarse á las risas y votos de todo género.

Alguno que queria recogerse temprano aquella noche, por el mucho trabajo que habia tenido en la anterior y tendria en la siguiente, se separaba de aquella rueda infernal, dando traspies, despertaba á su moza de una patada y se la llevaba consigo, haciendo el firme propósito de degollar al primer salvajón que hallase en el camino.

Aquellas tremendas reuniones terminaban por la general embriaguez que ataba la lengua de los congresales, ó por tener que salir á asaltar la casa de alguna familia sentenciada á ser carneada por aquellas turbas feroces.

En este caso, las mugeres se quedaban enjuagando las botellas, mientras los hombres iban á dar su golpe.

Y no era cosa del otro mundo ver á algunas de ellas seguir el grupo de mazorqueros, para entregarse al robo mas desenfrenado mientras aquellos degollaban á sus víctimas, previa aplicación del invento feroz del carpincho, que llamaban sencillamente la pena de la mazorca.

Por aquella cuadra y las adyacentes, no transitaba un solo ser viviente, con escepcion de los miembros de la mazorca.

El pueblo huía de aquella manzana, como del infierno.

Es que al pasar por la casa de Salomon, muchos habian sido degollados por los que allí estaban defacción.

Unos por llevar prendas celestes, otros por no llevar bien grande la divisa, y otros, en fin, porque tenian cara de salvajes unitarios.

Era el último pretexto de que se valian aquellos bandidos para autorizar un degüello, si es que necesitaban algun pretexto para llevarlo á cabo.

No habia para ello control de ninguna especie.

No obedecian mas autoridad que la de Salomon, ni mas freno que sus instintos.

Los miembros de la mazorca eran ricos, porque unos por miedo de perecer y otros por finjirse

los mas grandes federales los llenaban de obsequios de toda clase.

La casa de Salomon parecia un almacen por mayor, tal era la cantidad de sus provisiones.

Quien una pipa de vino para que bebieran los muchachos, quien media docena de frasqueras de ginebra con el mismo objeto, quien yerba y quien azúcar, todos enviaban algo á Salomon, para estar bien con él y con la mazorca, pues este en ple-

na sesion, daba cuenta del regalo y de la persona que lo enviaba, recomendándolos á la mayor consideracion de aquellos desalmados.

La mazorca daba grandes vivas al generoso que remitia el obsequio y como es natural, á la federacion, madre forzada de todo lo bueno que sucedia.

Así vivia aquella turba de miserables, sin tener que pensar en el mañana.

El puñal y la cruz

Raras han sido las épocas de matanza y sangre en que la cruz no haya tenido su parte mas ó menos odiosa.

Largaseria por cierto nuestra fatiga, si tuviéramos que historiar los sucesos en que, á la sombra de la cruz é invocando el nombre de Cristo, se han cometido los mayores crímenes.

Vengamos, pues, á nuestra historia, que harto tenemos en ella para apoyar aquel aserto.

El cura Gaete, el terrible cura Gaete, cuya memoria es harto maldecida, el padre Juan A. Gonzalez, el impio cura Solís, el teniente cura Palacios y otros muchos, concurrían á las reuniones de la mazorca, exitando la ferocidad de aquellos bandidos con discursos mas ó menos brutales.

El cura Gaete, en aquellas bacanales monstruosas y rodeado de las mujeres que hemos descripto en el capitulo anterior, bebia hasta quedar prostrado por la embriaguez, brindando por las tres santas: la santa federacion, la santa verga y la santa cuchilla.

Este miserable sostenia en plena mazorca que el reino de los cielos seria del que mas salvajes unitarios degollara, enseñándoles á persignarse por la señal de la santa Federacion.

El cura Solís se ponía á bailar lo que hoy se llamaria can-can, al rededor de las vacijas de bebida teniendo por compañera á la mujer mas depravada de la reunion.

Cuando el vino le dominaba por completo, se quitaba la sotana y empuñando un facon, aseguraba con un lenguaje nauseabundo, que él también tendria la gloria de tomar parte en la mas feroz degollatina.

Este energúmeno feroz y corrompido, llevó su lenguaje bestial y sanguinario hasta el mismo púlpito de San Nicolás, de cuya parroquia era cura.

En uno de sus mas brutales sermones y en el mayor delirio federal, decia á los fieles que llenaban el templo:

“ESTOS BRAZOS QUE VEIS, SE HAN DE EMPAPAR HASTA EL CODO EN LA INMUNDA SANGRE DE LOS ASQUEROSOS SALVAJES UNITARIOS Y SUS CRIAS MALDECIDAS“.

Y arremangándose sus brazos desnudos y huesosos, golpeaba en el parasismo del furor la baranda del púlpito, lanzando miradas furibundas á sus aterrados oyentes.

Este hombre bárbaro llegó hasta proponer que en una noche sola se exterminaran en las calles y en sus casas, todos los salvajes que se encontraran dentro de la ciudad, sin que escapara al puñal vengador y justiciero, una sola de sus inmundas crias!

El cura Solís, que bebia por cinco y maldecia por ciento, se palmeaba con los mas harapiientos de aquellos bandidos, que lo trataban como á un igual.

Una noche que la saturnal subió de punto y en que la mazorca se preparaba á pasar á degüello diez ó doce familias, se presentó en lo de Salomon con el siguiente discurso:

—Ola, muchachos! segun me acaba de decir Ma-riño, hoy tendremos ricas y abundantes sardinas.

Cada uno afile su cuchillo, porque la jarana va á ser larga y divertida.

Ya saben, hijitos, que Dios, protector de la federacion, estará en el filo de sus puñales.

Ahora venga un trago á la salud del que mejor se porte en la jarana.

En seguida se agarró con una de aquellas horribles maritornes y bailó un triunfo, segun dijo, para despertarles los apetitos sangrientos.

Los muchísimos frailes allí presentes, bailaban y bebían en el vértigo de la infamia, mezclados á aquel caos de mujerzuelas y asesinos, cuya única ocupacion era la de segar cabezas.

Y para que se vea hasta dónde llegaba el desenfreno de los frailes y curas, hé aqui un párrafo de un oficio del cura del Salto, que encontramos

en el número 5308 de la *Gaceta Mercantil*, donde se publicó íntegro:

"Insensatos! exclamaba aquel ministro de Dios.

Los pueblos hidrópicos de cólera, os buscarán por las calles, en vuestras casas, en la iglesia, en los campos y segando vuestros cuellos, formarán con vuestra inmundada sangre un hondo río donde se bañarán los patriotas para refrigerar su devorante ira".

Este miserable incitaba á las masas para que no perdonarán siquiera á los niños de pechos, "pues estos, al tiempo, habian de ser otros tantos inmundos asquerosos salvajes, enemigos de Dios y de los hombres".

La mazorca escuchaba delirante la palabra de aquellos mónstruos y se apresuraba á beber en los mismos jarros que la embriaguez les hacia caer de las manos, persuadidos que bebian vino bendito.

Y para que se vea hasta dónde llegaba el fanatismo religioso federal, publicamos íntegra una circular que dirigió á los curas el obispo Medrano hombre bueno y honesto á todas luces, y un prelado virtuoso.

Queremos publicarla íntegra y con su propia ortografía, porque estando el obispo Medrano colocado á otro nivel moral que los bandidos de que nos ocupamos, se podrá calcular por ella dónde llegarían los curas y frailes que asistían á las reuniones de la mazorca:

¡Viva la Federacion!

Buenos Aires, Setiembre 7 de 1837; año 28 de la Libertad, 22 de la Independencia y 8^o de la Confederacion Argentina.

Al Cura Vicario de Santos Lugares de Rosas:

Nada mas justo que el clero conforme sus opiniones con las del Superior Gobierno; qualquiera divergencia en esta parte podria ser ruinosa al Estado, y perpetuar males que á todos nos serian sensibles, i que una dilatada esperiencia nos lo ha hecho sentir con dolor.

Es preciso por lo tanto que usted que está á la cabeza de esa felegresía desde el púlpito y con su exemplo exorte á todos sus feligreses á que lleven constantemente la divisa federal que tiene ordenada el Superior Gobierno, y que tan necesaria es en las presentes circunstancias para fixar el sistema Federal sin el que seríamos victimas de las mas negras pasiones y veríamos correr la sangre de nuestros mismos hermanos.

Estienda usted tambien sus alocuciones á todas las mujeres sin exepuar los jóvenes de uno y otro sexo, haciéndoles presentes que llevando la divisa Federal hacen un servicio singular á la Patria, á sus familias, y á sí mismos: pues que viviendo en quietud y tranquilidad gozarán de sus trabajos, acabarán sus dias no en los campos y desiertos, sino en el regazo de los suyos y al lado de sus maridos y de sus hijos.

Hágales usted entender igualmente que los hombres deben llevar la divisa de Color punzó al lado izquierdo sobre el corazon; y las mujeres en la cabeza al mismo lado; debiendo tambien advertirles que en adelante procuren abolir una moda que han introducido los lojistas unitarios de hacer usar á los paisanos la ropa almidonada con agua de añil de modo que luego queda de un color que tira á celeste claro, lo que es una completa maldad de los Unitarios impíos, en cuya moda han hecho entrar á los paisanos que la siguen con la mayor ignocencia y que es preciso advertirles para que la aborrezcan y nadie la siga.

Pero si usted advirtiese que algunos ó algunas de sus feligreses fueran indiferentes á sus exortaciones, reconvengales por dos ó tres veces y si ni aún así cumpliesen con sus insinuaciones, hágalas usted entender que por último resultado de su ignoservancia se les prohibirá la entrada en la iglesia, para cuyo efecto se pondrá usted de acuerdo con el Juez de Paz de ese Departamento.

Recuerdo á usted por último, que no omita rezar despues de las Oraciones el Rosario, las buenas noches, y en seguida los dos Padre Nuestro que tiene ordenado el superior Gobierno, por las almas de los Generales D. Juan Facundo Quiroga y D. Manuel Dorrego; éste acto de religion, será una prueba de la gratitud que toda la Provincia debe á estos señores, y una memoria, de los distinguidos servicios que prestaron á la Santa Causa Nacional de la Federacion hasta derramar su sangre y perder sus vidas por ella.

Espero por lo tanto que usted, cuyos sentimientos patrióticos son bien notorios al Público, cumplirá con lo que ordenamos Acusándonos recibo de nuestra comunicacion con la Celeridad que le permita la distancia en que se encuentra.

Dios guarde á usted muchos años.

Mariano—Obispo.

Cuitiño y Troncoso eran los que tenían siempre cuidado de que las limetas, estuvieran llenas de vino, porque decian que los frailes bebían mucho, y además concurrían allí parroquianos como Pablo Alegre, Otechea, Moreira, Parra y demás federales probados.

Aquello era una borrachera feroz é interminable.

Las mujeres rodaban por el suelo, borrachas hasta parecer cadáveres, confundidas con los frailes, los curas, y las cabezas que, cortadas fuera de programa, llevaban allí los mazorqueros mas furiosos, de los que era riguroso modelo el carpincho.

Cuando el vino y la orgía habia concluido de exaltar las cabezas de aquellos malvados, se lanzaban á la calle en grupos encabezados por Cuitiño, Troncoso, Alegre y los mas agalludos.

Con la daga en una mano y una mazorca en la

otra, detenían á todo el que encontraban, degollando á los que, á través del vino, mas sospechosos les parecían.

Cuando habían degollado una docena, que era el número que podía contener un carro, el grupo se detenía y quemaba uno ó dos cohetes voladores.

Esta era la señal que daba á la Policía, para que enviara sus carros de basura, á recoger los cadáveres.

Hecha la señal, el grupo seguía su marcha destructora y dejando en el camino dos ó mas de los que lo componían, á quienes la embriaguez no les permitía dar un paso mas.

Las cabezas eran guardadas por los degolladores, para clavarlas en las rejas de la pirámide, ó arrojarlas al otro día en un carro, donde las paseaban por la ciudad á las voces de—

Duraznos blancos y amarillos! duraznos muy baratos!

Muchas familias llamaban á los vendedores que así gritaban, y en vez de duraznos, en medio de feroces carcajadas, les exhibían las cabezas humanas, aún tibias muchas de ellas.

Si á alguno se le antojaba señalar una casa con estas palabras:

—Allí viven salvajes unitarios, la desgraciada familia que la habitaba estaba perdida.

La mazorca entraba en ella, degollaba á los hombres y azotaba á las mujeres.

Los mismos templos no estaban exentos de estas invasiones sangrientas.

Los grupos de la mazorca penetraban en ellos á cerciorarse si el retrato del Restaurador estaba ó no en los altares, para proceder en el segundo caso contra el cura.

Los santos eran adornados con gran cantidad de divisas y las santas con moños pegados á brea como se hacía con las señoras que no los llevaban.

Si al mas borracho de todos ellos se le ocurría encontrar que tal ó cual santo se parecía á Lavalie ó tenía facha de salvaje unitario, la mazorca procedía del siguiente modo:

El santo aquel, con facha de salvaje unitario, era bajado á lazo del nicho donde se hallaba colocado.

En seguida y delante del altar mayor, para es-

carmiento de los demás santos, era despojado de sus vestidos y azotado á verga limpia, en medio de las mas frenéticas carcajadas.

Después el santo unitario era sacado á la calle donde se le pegaban moños con brea y divisas de las mas enormes.

Así azotada, quedaba la imagen del santo en medio de la calle, ofreciendo el aspecto mas desastrado.

Ebrios por el furor de azotar y escarnecer, de la iglesia pasaban á las casas de las familias señaladas como salvajes unitarios.

Ya lo hemos dicho, en aquellos asaltos, no se escapaban ni las criaturas de pechos.

Bastaba que uno se acercara á la cuna, y encontraría que el niño tenía cara de salvaje unitario, para ser degollado sin mas trámite.

Nada escapaba á la ferocidad de aquellos bandidos.

El templo en cuyo altar mayor no se hallara bien visible el retrato del tirano, eran azotados todos los santos y santas, después de despojarseles de sus vestidos.

Los curas, ó frailes si era convento, eran tratados entonces de la misma manera que los santos.

Así sacaron á facha limpio á los jesuitas de San Ignacio, mazorcada que narraremos con sus menores detalles, á su debido tiempo.

El final de aquellos degüellos y azotainas, era como el principio.

Ebrios de vino y de sangre, regresaban á la casa de Salomon, donde recomenzaba la bacanal de una manera mas brutal y desesperante.

Las cabezas que llevaban eran arrojadas en monton, junto con los frascos vacios y las mujeres borrachas.

Allí se renovaban los discursos sangrientos de los frailes y curas, incitando á recomenzar al dia siguiente, las mismas escenas.

Allí vociferaban hasta quedar rendidos por el vino y el cansancio.

Dormían todo el dia, hasta la oracion, en que salían nuevamente á sus degüellos y crímenes.

Dados estos antecedentes de la mazorca y su origen, retrocedamos al famoso año 35, en que se diseñó esta bárbara tiranía, que llegó á su período mas agudo en el imperecedero año de 1842

El despertar del tigre

Rosas en el poder con las facultades extraordinarias, la suma del poder público, había llegado al colmo de sus deseos y aspiraciones.

Los que le habían hecho oposicion, los clasificados de lomos negros y los sospechados de salvajes unitarios, podían estirar el cuello, pues

aquel Gobierno se iniciaba con un terrible programa de venganzas, que podia leerse en la mirada feroz de aquellos hermosos ojos azules.

Los muy conocidos como salvajes unitarios, se apresuraron á emigrar á Montevideo, sospechando ya lo que les esperaba.

Los mas moderados y desapercibidos, esperaron que se desencadenara la tormenta, para adoptar el partido mas conveniente á su salvacion.

Porque la verdad es que, aunque todos temian á Rosas y conbician sus crueldades, ninguno se imaginó el carácter monstruoso y sangriento que asumiria aquella tirania bárbara que ha marcado nuestra historia con enlutada y estremecida cifra.

Rosas habia organizado su Gobierno de manera á no compartirlo con nadie, ni que nadie sospechara lo que cruzaba por su espiritu tenebroso.

La Cámara servil que le habia entregado el pais como un rebaño, con la suma del poder público, no podia ser un obstáculo á ninguna de sus pretensiones, por bestiales que fueran.

Quién se habria atrevido á levantar la voz en aquel recinto, contra el héroe de la América?

De sus bancas hubiera sido arrojado á la calle, y allí entregado á las turbas miserables que Rosas habia traído cerca de sí, para erijirlas en su policia secreta y absoluta.

El dia de su recepcion fué un dia clásico en aquella misma época.

Todos esos bandidos que él mismo habia educado á sus necesidades, se desbordaron por la ciudad, festejando al patron vuelto á ser Gobierno.

Las pulperias se llenaron de estos siniestros personajes, que volvieron á derramarse por las calles dando expansion á sus sentimientos y á su ginebra.

Los vivos y muertas eran lanzados como terribles sentencias de muerte, contra los que tenian el mas débil aspecto de decencia, pues era contra los hombres decentes que Rosas habia azuzado el odio de aquellos miserables.

Eran verdaderamente siniestras aquellas cataratas formidables!

Todos ellos iban cubiertos de divisas, donde se leia á grandes letras el nuevo lema de puebran los inmundos salvajes unitarios!

Sus chiripás de bayeta punzó y sus inolvidables gorros de manga del mismo color, contribuian á aquel aspecto patibulario, á cuya presencia se cerraban precipitadamente las puertas de amigos y enemigos.

Porque todos temblaban de las consecuencias que podia tener aquella avalancha de borrachos que cruzaba la ciudad como una tolteria, amenazando de muerte hasta las mismas criaturas que espantadas cruzaban la calle.

Y para que no cupiera duda de sus intencio-

nes, de trecho en trecho sacaban sus puñales de la cintura y golpeaban con sus cabos las puertas que se cerraban á su paso, en medio de una algazara descomunal y terrible.

Estas turbas fueron las mismas que acompañaron al ilustre Restaurador hasta la sala de Representantes.

Fué en su puerta donde tuvieron lugar las primeras escenas de violencia y escarnio.

Todo el que pasaba por allí, ya fueran nacionales ó extranjeros, eran obligados á descubrirse y vivir al supremo Restaurador de las leyes.

Algunas personas que ni siquiera conbician el idioma en que se les hablaba, se negaban á obedecer.

Era entonces cuando se arrojaban sobre ellas golpeándolas furiosamente.

Y como las víctimas de aquellos desmanes, no atinaban siquiera á defenderse, confusos por la sorpresa, eran golpeados á mansalva, pasándoles por el cuello el lomo de los facones, como muestra de lo que les esperaba si no obedecian.

Los numerosos grupos que presenciaban estas escenas, las saludaban con una griteria espantosa y dicharachos de toda especie.

Cuando el Restaurador salió de la Sala de Representantes, despues de haber leído con la mayor desverguenza su programa de venganzas, las iniquidades no tuvieron límites.

En su misma presencia y estorbándole el paso, las turbas pateaban y escarnecian á cuanta persona cruzaba por la calle, sin dar furiosos vivas á la Santa Federacion.

Y el Restaurador miraba todo aquello con sus terribles ojos, sin demostrar la menor estrañeza.

Concluidas aquellas manifestaciones, parecia que todo quedaria en calma, pero no eran sino los relámpagos que preceden la tempestad.

A la oracion, Rosas indicó á los cabecillas de aquel desenfreno, que era preciso hacerle una manifestacion mas íntima.

Para hacer entender á sus enemigos que su nombramiento llenaba de júbilo á toda la Provincia, dispuso que su retrato fuera paseado por todas las calles de la ciudad, escoltado por un piquete de caballeria, de gran uniforme.

Los federales, como era natural, tratándose de complacer al patron, se escedieron á las órdenes recibidas.

A la oracion, escoltados por un escuadron de caballeria y capitaneados por el insigne y terrible Juez de Paz de Monserrat, se dirigieron á casa del Gobernador.

Allí pidieron á gritos los retratos del Restaurador y de su esclarecida esposa, porque el pueblo, ébrio de entusiasmo, queria pasearlos por la ciudad, como débil tributo del homenaje que se les debia.

Los retratos fueron negados modestamente al

principio, pero como era necesario cumplir la suprema voluntad del soberano pueblo, se entregaron en el acto.

Despues de arrodillarse en presencia de aquellas dos imágenes, con profunda veneracion, fueron colocados en un carro triunfal, que habia sido conducido á propósito, y paseados por toda la ciudad á los gritos de mueran los inmundos salvajes unitarios!

Aquellos miserables, entre los que iban confundidos los representantes del pueblo y otros personajes de posicion, iban entrando en cuanta pulperia hallaban al paso, para calmar con un poco de bebida su devorante sed patriótica.

Cuando el último grupo habia pasado, la pulperia quedaba sin un solo frasco de ginebra, y sin que aquel gran despacho hubiera dejado de producir un solo cobre en los cajones del pulpero.

Este tenia que demostrar su mayor alegria, aunque hubiera tenido mas deseos de ponerse á llorar como un recién nacido.

Pero quién se atrevia á negar una bebida que se pedia y se bebia en nombre del brigadier Rosas, ó del Gobierno, como ellos decian?

Hubieran sido clasificados de salvajes unitarios y tratados como tales.

Así es que destapaban frasco trás frasco, siendo los primeros en beber á la salud de la Federacion.

Cuando aquella manifestacion, engrosada por cuanto perdido hallaba en su camino, regresaba á devolver los retratos, venia disminuida en mas de sus dos terceras partes, que habian quedado en las veredas y en medio de la calle, borrachos á no poder mas.

Las mujeres de los cuarteles y la última chusma de este sexo, no eran ajenas á aquella manifestacion de santo amor federal.

Ellas tambien marchaban tambaleantes por el vino, como otras tantas bacantes en sus mas formidables fiestas.

Y la policia, para ocultar al pueblo encerrado en sus casas, la manera como se hacian aquellas manifestaciones, marchaba por detrás de todos, recojiendolos borrachos que quedaban en la via pública, como otros tantos cadáveres.

Con el aliciente del escándalo y la bebida, aquellas fiestas empezaron á repetirse con una frecuencia aterradora, no ya en la ciudad, sinó en todos los pueblos de la campaña.

De ellos venian comisiones especiales á buscar retratos, para pasearlos triunfalmente de pueblo en pueblo y de estancia en estancia.

Allí la fiesta asumia otro carácter mas en armonia con el modo de ser de los paisanos, que en todo no ven otra cosa que un motivo de baile y de jarana.

El retrato se ponía primero en el Juzgado de Paz, donde se reunia todo el vecindario para salir en procesion.

Una vez reconocido, el Juez de Paz pronuncia-

ba una arenga, á la que seguia uná prédica del cura.

En seguida se colocaba el retrato en un carro triunfal, tirado por dos tronqueros y cuatro ó mas cuartas.

Concluido el paseo por el pueblo, la comitiva llevaba el retrato á la primera casa que se le ocurria, como un sin igual obsequio á su dueño, que tenia la obligacion de obsequiar á su vez á la concurrencia y permitir que se bailara un momento despues de colocar el retrato de una manera conveniente.

El carro donde habia sido conducido estaba adornado de trapos colorados y enormes divisas, cubiertos unos y otras de enormes letreros contra los inmundos unitarios, enemigos de Dios y de los hombres.

Estos mismos adornos, sacados del carro, eran los que servian para improvisar el altar desde donde el Gobierno, aunque era retrato, debia presidir la fiesta.

El baile improvisado duraba hasta la madrugada, hora en que sacaban el retrato para depositarlo en el Juzgado de Paz.

Al dia siguiente se repetia la fiesta de la misma manera aunque en distinta casa.

Y cuando en todas ellas habia sucedido idéntica cosa, era sacado del pueblo y obligado á visitar las pulperias del tránsito.

Por supuesto que entonces la fiesta tomaba otro aspecto, pues se bebia á discrecion, y el baile duraba tanto como duraba la bebida.

Los peones de las estancias abandonaban sus trabajos durante los seis ú ocho dias que duraba la reunion.

Y los patrones no se atrevian ni siquiera á descontarles el dia, por temor de ser tachados de salvajes unitarios.

A los dos dias de semejante fiesta, no habia un solo paisano que no estuviera completamente borracho.

Y aquí eran las peleas, las discusiones y las puñaladas, sin el menor respeto á la "justicia" que presidia la fiesta.

Concluida la última reunion en la última pulperia, la procesion regresaba al Juzgado de Paz, donde se depositaba el "esclarecido retrato", hasta el paseo siguiente ó hasta ser escoltado al pueblo vecino que lo solicitaba.

Cada una de estas fiestas duraba por lo menos un mes, y se repetia por cualquier acontecimiento mas furiosamente que el dia del santo del Gobierno, declarado mas tarde dia de fiesta, por aquel motivo.

En la ciudad, estas fiestas revestian un carácter mas servil y mas repugnante, por la clase de gente que tomaba parte en ellas, y la manera miserable con que se efectuaban.

La misma Gaceta Mercantil describia una de ellas de la siguiente manera:

"A las diez de la mañana el Juez de Paz y ve-

cinco se dirijieron con un elevado carro triunfal á casa del Héroe á sacar su retrato y el de su esclarecida esposa.

Al recibir los retratos el Juez de Paz pronunció en la puerta de calle de nuestro ilustre Restaurador la alocucion que va señalada con el número 1.

En el centro de las tropas de caballería é infantería que escoltaban los retratos, conducía don L. B. un rico estandarte de seda punzó alegóricamente bordado de oro, costado para este acto por el mismo ciudadano.

El retrato fué recibido en el átrio de la Catedral por el señor cura y otros eclesiásticos y colocado dentro del templo al lado del Evangelio.

El templo estaba perfectamente adornado; la magestad con que brillaba, persuadía que era el tabernáculo del Santo de los Santos.

La misa fué oficiada á grande orquesta y la augusta solemnidad del acto no dejaba nada que desear.

Nuestro ilustrísimo señor Obispo Diocesano, doctor don Mariano Medrano, asistió de medio pontifical y celebró nuestro digno provisor canónico don Miguel Garcia.

El señor cura de la Capital don Felipe Elorondo y Palacios, desempeñó con la maestría que lo tiene acreditado, la difícil tarea de hacer la apología del Arcángel San Miguel, mezclando oportunamente elocuentes trozos alusivos á la función cívica en honor del Héroe y en apología de la causa federal.

Fué en seguida presentado el nuevo estandarte ante las aras y recibió la bendición episcopal.

Esta es la manera como el pueblo federal festejaba el segundo asalto al poder supremo.

Doña Encarnación participaba en grande escala de aquellas manifestaciones estupendas.

Habia sido la heroína del último movimiento revolucionario y se habia hecho conocer como una intrigante de primera fuerza en aquellos manejos.

Los federales le daban tratamiento de V. E., y doblaban ante ella la espina dorsal.

Rosas, para contentar á la chusma y enardecerla mas contra los unitarios, hacia llevar á su casa medias pipas de vino, que apenas duraban un par de horas.

Aunque apoyado en toda la fuerza de la Provincia, él tenia miedo de los unitarios, y queria librarse de los mas prestigiosos.

Lavalle en Montevideo era una terrible amenaza, porque era el centro á donde se agrupaban los que el temor habia hecho huir de Buenos Aires.

El general Paz por otro lado y el mismo La Madrid, no dejaban de infundirle serios temores.

Sin inteligencia política para manejar el país y sin querer compartir el Gobierno con los que po-

dian ayudarlo á salir de apuros, no se le ocurrió mas medio de sofocar la oposición que el terror -- el terror de la daga y los cadáveres.

-- De este modo me libraré de unitarios pensó, porque emigrarán todos, y el que no emigre caerá al filo de mis cachillos.

Y el terror lo empezó á ejercer haciendo pasear por las calles aquellas turbas desenfrenadas y harapientas, que cumplieran su programa, programa sangriento que se encerraba en estas palabras.

— El que no esté conmigo es mi enemigo y los enemigos se les quita del medio para que no estorben.

Así se instaló la Sociedad Popular Restauradora, encargada de sostener el santo amor federal.

En ella figuraban muchos hombres de la primera sociedad, mezclados á los bandidos hechos traserpresamente de la campaña, á las mujeres de estos y á los frailes que bendecían las limetas en que se derramaba el vino que les pagaban Troncoso y Cuitiño.

Los miembros de esta sociedad tenían prerrogativas sin límites.

Necesitaban vino ó artículos de consumo, y los tomaban del primer almacén que hallaban, sin pagarle ni siquiera ofrecerlo para mas adelante.

Los almaceneros no se atrevían ni aún á poner mala cara, por temor á las represalias.

Sabían que negándose, serían declarados enemigos de la santa federación y consumido el almacén en menos de una semana.

Así es que no solamente daban cuanto se les pedía, sino que bebían á la salud de los marchantes que los honraban con su consumo.

En el mismo consumo de la carne se manejaban de idéntica manera.

Pedían la carne y ni siquiera preguntaban el precio para prometer su abono.

Así se habia hecho célebre el tremendo don Ramon, de quien nos hemos de ocupar detenidamente, personaje tan encumbrado en la Federación.

Era en su puesto donde se colgaban frecuentemente las cabezas de los unitarios que se degollaban.

Doña Maria Josefa, instinto perverso hasta la exajeración, habia hecho las paces con su cuñado Juan Manuel.

Este con su astucia de gaucho, comprendió que aquel carácter era muy preciso para sus fines de sangre y esterminio.

Rosas estudió pacientemente aquel carácter maldito, y la encargó de su policia secreta, una policia admirablemente organizada, que dió frutos tremendos.

Era la policia del espionaje, por medio del servicio de las casas de familia.

La servidumbre se entendia directamente con

ella, á quien reconocia como único gefe supremo.

Ella se entendia directamente con Rosas para trasmitirle las delaciones que le llevaban las sirvientas de las casas.

Y últimamente, por su sola cuenta, pasaba aviso á Cuitiño, Troncoso, Parra ó algun otro gefe de los degolladores, de que tal ó cual familia conspiraba contra la federacion.

Y bastaba un solo aviso de estos, para producir el esterminio en la familia delatada.

Así, las familias que se creian seguras en el seno de su hogar, tenian adentro de sus propias piezas las espías de la mazorca, que fiscalizaban las palabras mas inocentes, y sus actos mas intimos.

Así el servicio habia tomado una preponderancia terrible sobre los patrones.

Bastaba el mal trato de una señora, ó que esta se negara simplemente á aumentar el jornal, para que fuera en el acto delatada á la terrible doña Maria Josefa, que procedia inmediatamente á tomar sus medidas de sangre.

Esta terrible mujer causó tanto mal como el mismo Rosas.

Las familias le temblaban como al mas brutal verdugo y se ocultaban de ella como del peor enemigo.

Este personaje funesto y perverso, será tratado tambien especialmente, porque los crímenes que abortó su imaginacion, merecen un relato detenido y prolijo.

Muchas cabezas, que se creian perfectamente

seguras, por una sola palabra suya, fueron á caer hasta el puesto del terrible don Ramon.

Los sospechosos, no ya los lomos negros solamente, fueron arrojados de todas las ramas de la administracion, y reemplazados por sus federales netos, aquellos que no tenian asco de dar una puñalada por la federacion, y sobre todo de su persona.

Porque la palabra federacion no tenia en su Gobierno el significado con que la levantó Dorrego.

La federacion estaba encarnada en Rosas, en sus propósitos, en su sistema y en sus aspiraciones.

Ser federal equivalia á ser rosista y era Rosas el sinónimo de federacion.

La divisa que habia adoptado era la venganza sangrienta y sin cuartel, contra los que él llamaba asesinos de Dorrego y de Quiroga.

En su interior, era el que primero y mas íntima, mente habia aplaudido la muerte de Dorrego sobre cuyo cadáver debia elevarse.

El era tambien el que armó el brazo de los asesinos de Quiroga á quienes empujó al crimen.

Pero necesitaba atraerse los partidarios de aquellos dos hombres y al mismo tiempo aterrar á los enemigos de su gobierno, con la tragedia que preparaba á costa de la vida de los hermanos Reynafé.

Vamos viendo una por una aquellas páginas que destilan aun sangre unitaria é inocente.

El terror

El primer año de este segundo Gobierno, lo empleó aquel bandido en organizar el vasto sistema que se proponia desarrollar.

Era don Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes, única persona cuya palabra escuchaba con alguna atencion.

El doctor Maza estaba ligado á él de una manera sangrienta, para temer la menor traicion.

Tenia una fé ciega en su inteligencia y se servia de él como de un instrumento que romperia facilmente el día que no le fuera ya necesario.

Aceptaba, pues, sus consejos muchos de los cuales lo obligaba á él mismo á poner en práctica.

El doctor Maza estaba persuadido que Rosas le profesaba una gran estimacion y se habia entre-

gado á él en cuerpo y alma, hasta el estremo de obedecerle como un perro tímido.

Era el doctor Maza quien redactaba los famosos proyectos de la Cámara y las notas de honor que con cualquier motivo se le pasaban.

Pero no por esto Rosas confiaba á su amigo todos los proyectos que bullian en su imaginacion infernal.

Profundamente desconfiado, Rosas era adeniás reservadísimo.

No queria que nadie penetrase en sus monstruosos pensamientos, ni que persona alguna conociera un secreto que pudiera dañarlo.

Su único secretario era su esposa, y á esta misma no le revelaba jamás sinó aquellos secretos que la consideraba capaz de guardar.

Esta pobre mujer, apasionada de su marido

hasta el delirio, no habia podido apreciar el descenso de aquella alma sombría y pervertida.

Lejos de ella la mayor parte del tiempo, creia que siempre era el mismo Juan Manuel alegre y bullicioso con quien se habia casado.

Las sombras en que estaba envuelto aquel espíritu canalla, estaban aún cubiertas por el brillo del cariño y jamás se sospechó la clase de panteira de cuyas finjidas caricias habia hecho un culto.

Juan Manuel para ella era un espíritu bello, capaz de todo lo grande y lo sublime.

No comprendia como podia haber hombres capaces de odiarlo hasta el extremo de hacerse perseguir de aquella manera.

—Es envidia, pensaba, envidia á su hermosura y á su talento, envidia á su posicion y á sus honores.

Y de buena fé detestaba á los unitarios porque estos odiaban á su marido.

Se habia identificado en su cariño, al extremo de que, sin detenerse á averiguar la razon, aborrecia lo que él aborrecia y no queria nada, porque todo su cariño estaba reconcentrado en Juan Manuel, y este no tenia amor por nada ni por nadie.

Su misma hija Manuela crecia bajo su mirada de hiena, sin inspirarle la menor accion, el menor ademán que pudiera traslucirse en un rasgo de cariño.

Cuando doña Encarnacion pudo entrever la clase de mónstruo que era su esposo, gimió de una manera profunda y reconcentró entonces su espíritu sollozante en el inmenso amor de su hija.

Muchas veces quiso interceder por alguna víctima inocente, hasta que Rosas se lo prohibió de una manera tremenda.

—Seria curioso, le dijo, que tambien tú te hubieras vuelto unitaria!

Te has aliado acaso con los que quieren ver rodar mi cabeza?

Doña Encarnacion lloró mucho y no volvió á intentar salvar á nadie, por no hacerse blanco de las groserias de aquel bandido.

Rosas necesitaba víctimas para calmar la ferocidad de su espíritu, y elegia como la primera á su propia esposa.

Era la única manera de, aún dormido, poder estar mortificando un sér humano.

Mujer delicada y de sentimientos elevados, vivia en una mortificacion continúa.

Los patios de su casa se hallaban siempre llenos de séres inmundos y depravados, la mayor parte de los cuales se presentaban á saludarla lanzando su tufo especial de vino carlon, y muchas veces con las manos teñidas en la sangre de algun salvaje.

Todo el dia tenia que estar escuchando las palabradadas y risas de aquella chusma, que habia convertido su casa en cuartel.

Porque todavia Rosas se daba humos de un republicanismo sin limites, que él llamaba republicanismo federal, y que consistia en hombrearse con toda aquella canalla y no tener á menos recibirla en su casa.

Les hablaba en su propio lenguaje y palmeaba á los mas feroces, de quienes hacia los mayores elogios.

Los cabecillas en su ausencia, penetraban á la cocina, á servirse del fuego y tabear con las criaditas, entrándose al comedor y á otras habitaciones, como personas de la mayor confianza en la casa.

Doña Encarnacion cansada de esta vida amarga, se quejó un dia á Rosas de ciertos avances de aquella canalla, pero salió tan airosa como en sus empuños de perdon.

—Y qué, le contestó Juan Manuel—cuando me ves rodeado de enemigos por todas partes, pretendes que arroje de casa á los que me sostienen y me permanecen leales?

Cuando te digo que estás aliada á los salvajes unitarios que quieren ver mi cabeza clavada en una pica!...

Mira, esos hombres son los bien venidos en mi casa y no quiero que por ningun motivo se les demuestre mal modo.

Ellos miran mi casa como la suya propia, pues yo dispongo de sus vidas para defender mi persona y mi Gobierno.

Te van acaso á comer por entrar á la cocina y al comedor?

No ves que esos buenos muchachos se deshacen en todo género de cariños, cada vez que te vén, para demostrarte el gran aprecio y respeto que te tienen?

No seas tonta, pues, y en vez de quejarte, trata de demostrarles que aprecias mucho sus manifestaciones.

Doña Encarnacion se contentó con llorar como siempre.

Era la única manera que tenia de dar algun desahogo á sus penas, hasta que fué poco á poco habituándose á aquel martirio sordo é irremediable.

Doña Maria Josefa, la terrible doña Maria Josefa, no era estraña á esos sufrimientos.

Ella se venia al patio muchas veces á conversar mano á mano con aquella canalla, que agradecia la franqueza de la hermana del Gobernador.

—Así debias hacer, decia Rosas á su consorte, aludiendo á la conducta de su cuñada.

Ella si que sabe manejarse como mis parciales y alentar el amor que me tienen.

Doña Encarnacion sufría y concluia siempre por darle la razon.

Qué remedio le quedaba?

Doña Maria Josefa era la mujer con quien debia haberse casado Rosas, porque sus espíritus eran gemelos.

Esta llevaba su ambicion dañina y maldita has-

ta el mismo Rosas, haciéndole tomar idea y ódio á las personas que le parecia que su cuñado debía querer ó estimar.

Y trató de desarrollar este ódio contra su misma hermana, valiéndose de los medios mas disimulados.

—Esta Encarnacion es una tonta, solia decirle.

En vez de hacerse adorar hasta la idolatria con esta gente que la quiere profundamente, se enajena sus simpatias con su orgullo tonto!

Qué le cuesta salir de cuando en cuando y decirles algunas palabras afables?

Ese maldito orgullo que la domina, no mas!

Rosas comprendia muy claramente, cuál era el objeto de aquella charla, pero lo disimulaba hábilmente.

Odiaba con toda su alma perversa á doña Maria Josefa.

No podia verla sin sentir tentaciones de entregarla á la mazorca.

Pero le hacia falta y dominaba su ira en atencion á los servicios de espionaje que podia prestarle aquella mujer maldecida.

Habia comprendido hasta en su menor detalle aquel espíritu perverso y depravado, digno aliado del suyo y habia resuelto utilizarlo en beneficio de la federacion.

—Se la soltaré á los unitarios, se decia, y veremos como se entienden con esta harpia, tremenda.

Ella será el censor que les reserve y veremos como se entienden con ese infierno!

Y doña Maria Josefa fué erijida á la categoria de gefe supremo del cuerpo de espionaje, organizado como lo hemos dicho, con las sirvientas de las familias.

En las fiestas federales, sobre todo en el paseo de los retratos, ella marchaba á la cabeza de las federalas que tenian mas miedo á su lengua que á las mismas vergas de la mazorca.

Las federalas de corazon que se titulaban lo principal de nuestras damas, llevaron su servilismo hasta convertirse en caballos para arrastrar el carro triunfal que conducia los retratos del héroe del desierto y de su esclarecida y federal esposa.

Uno de estos paseos que describe la *Gaceta Mercantil* del 21 de Setiembre del año 39, termina con los siguientes párrafos, que no debemos dejar en el olvido:

¡Mueran los salvajes unitarios! mueran los asquerosos franceses! mueran Luis Felipe el guarda chanchos! Muera el pardejon Rivera y el salvaje unitario y asesino Juan Lavalle!

—Luego que el Sr. Inspector General dispuso la retirada del retrato, empezó la marcha en el mismo órden siguiendo la columna por el espresado arco principal y de este por la calle de la Re-

conquista hasta la casa de S. E. (Al salir de la fortaleza el acompañamiento, se empeñaron las señoras en conducir el retrato de S. E. tirando del carro, que alternativamente habian tomado los Generales y Gefes de la comitiva al conducirlo al Templo.

“Las Señoras mostraron el mas delicado vivo entusiasmo, y vimos con inmenso placer á las distinguidas Señoras Da. Pascuala Belaustegui de Arana, Da. Guillerma de Pinedo, Da. Carmen Quintanilla de Alvear, Da. Juana Manuela Maciel de Rolon y Da. Dolores Quiroga, y otras damas no menos respetables alternarse en esta demostracion federal y patriótica.

“Al llegar á la casa de S. E. las mismas Señoras depositaron el cuadro en el salon de S. E. donde la comitiva fué recibida con la mas delicada urbanidad por su respetable familia.—Cerca de las cinco de la tarde, se retiró la concurrencia, satisfechos todos de haber cumplido un deber de patriotismo y amistad con el agradable recuerdo de aquel dia.

“Al cerrar estos detalles, no llenaríamos una deuda de honor y de justicia, sino aplaudiesemos el celo, actividad é inteligente empeño que han demostrado para preparar la fiesta del 1º nuestros compatriotas federales los señores D. José Olaguer Feliu, Coronel D. Luis Argerich y Sargento Mayor D. Pedro Ximeno.”

Esta era la situacion de los federales en aquellos tiempos benditos.

Al otro dia, las casas de las damas á que la *Gaceta* se referia, amanecieron con los zaguanes llenos de cargas de alfalfa.

Era el único desquite que se atrevian á tomar los salvajes unitarios.

A la madrugada, la ciudad aparecia completamente desierta.

Los serenos se retiraban á su cuartel, y los grupos de la mazorca, fatigados del degüello, se retiraban tambien á dormir el vino y la sangre.

Era á esa hora que los unitarios podian ejercer sus pequeñas venganzas, usando de las mayores precauciones para no ser vistos, porque hubieran perdido la cabeza.

La campaña estaba peor todavia que la ciudad, porque allí además de todo, la autoridad se componia de los últimos bandidos.

Desconfiando Rosas de poner un elemento tremendo en manos susceptibles de una traicion, nombró á su hermano don Prudencio, con el título de general, y con el cargo que él tenia antes.

Era el verdadero gobierno de campaña, como que era un comandante general.

Don Prudencio Rosas, aunque no era un bandido de la talla de su hermano Juan Manuel, no dejaba de ser un terrible azote.

Don Prudencio no asesinaba ni mandaba degollar por su cuenta, aunque lo hacia por ór-

denes de su hermano, ó toleraba que sus subalternos lo hicieran por cuenta propia.

Don Prudencio era el censor de los habitantes de la campaña, quienes tenían que dar muestras de ser federales ultras para no ser perseguidos y vejados.

Poco á poco el mismo don Prudencio se fué contagiando con las iniquidades que veía cometer y cometía por orden del Gobierno, hasta que se habituó á la crueldad y la dureza de corazón.

Don Prudencio, en esta práctica terrible concluyó por hacer él mismo clasificaciones de unitarios, para apoderarse de sus bienes y cuerear sus haciendas.

Sus enormes depósitos de cueros secos, llegaron á sumar, muchas veces la enorme cifra de cien mil, todos de marcas unitarias.

Así fué como don Prudencio Rosas levantó la enorme fortuna que se le conoció mas tarde.

Su hermano Gervasio, menos duro y menos bárbaro, aunque con un importante puesto militar también, atendía mas á sus establecimientos de campo, que eran valiosos, que á la política y al saqueo descarado.

Así como el gauchaje del Sur era todo rosista hasta el delirio, porque el rosismo importaba la impunidad de todo género de delitos, la mayor parte de los estancieros eran unitarios, y enemigos, aunque ocultamente de su sistema bárbaro y depravado.

Habían formado entre ellos una especie de hermandad, á la que se asociaban muchos paisanos patriotas que formaron despues en las filas del benemérito Juan Lavalle.

A su tiempo nos hemos de ocupar minuciosamente de esta hermandad de los estancieros del Sud, de donde surgió la famosa y ejemplar revolución del Sud, punto de partida de la caída de Rosas.

Don Prudencio y don Gervasio en la campaña, y don Juan Manuel en Buenos Aires, con sus agentes desparramados por el interior y litoral, eran los dueños de esta pobre tierra, del cuello de sus habitantes que dividían á su antojo, y de sus intereses que repartían entre los parciales despues de quedarse con la mejor parte.

De este modo habia logrado Rosas dominar la Provincia de Buenos Aires, mientras estendía su mirada feroz por el resto de la República para hacer lo mismo, como lo consiguió y sobre la heroica República Oriental, donde habia de estrellarse con el general Rivera.

Pero á pesar de todo su poder militar, á pesar de sus policías secretas hábilmente montadas y á pesar de la Sociedad Popular Restauradora, los unitarios conspiraban de todas maneras para voltear aquella hiena que los habia declarado su presa.

Desde la emigración unos, desde el campo los otros y desde el santuario del hogar la mayor parte, empezaron á trabajar unidos para librar al

país de semejante bandido, á quien aún no conocían en todo el apogeo de su ferocidad.

Rosas resolvió entonces aterrar al partido unitario y reducirlo á la impotencia por el pánico, aunque tuviera que cegar las cabezas de todos ellos.

Qué podría importarle el aumento del crimen á un sér que vivía apoyado en él y que comprendía que solo el terror y el crimen podrían sostenerlo donde estaba?

Tenia una Cámara y un Ministerio, compuestos en su mayor parte de siervos humildes ó instrumentos mercenarios.

Disponía de la suma del poder público, con que se le habia investido, y creía poder ensangrentar el país sin la menor responsabilidad y con el provecho positivo, de perpetuarse en el mando, á semejanza de Francia, el tirano del Paraguay.

Es preciso aterrar al pueblo, pensó entonces, pero aterrarlo de manera que pierda toda esperanza de poder conspirar contra mí y tenga horror á pensarlo siquiera.

Pero es necesario también, volvió á pensar, que otro asuma la responsabilidad y aparecer yo cediendo á las instancias del pueblo soberano y de sus autoridades legalmente constituidas.

Porque aquel hombre fué tan astuto, que en las épocas mas sangrientas, jamás mandó degollar directamente.

Se insinuaba sutilmente delante de Parra, Troncoso, Cuitiño y Salomon, seguro que al día siguiente tendria en su despacho la cabeza que le estorbaba.

Fué entonces que invocando la augusta sombra del bandido Quiroga, resolvió procesar á los hermanos Reynafé, á quienes él mismo acusaba del asesinato de Quiroga, y perseguirlos hasta arrojar á la cara de los unitarios las cabezas de aquellos hombres inocentes.

Así, ante la federación vengaba aquel asesinato, y mostraba á sus enemigos lo que podían esperar de él, lanzándose al terreno de la revolución.

Pero los unitarios redoblaban sus esfuerzos lejos de amedrentarse, y su emigración á Montevideo empezó á hacerse notable.

Qué podía llevar á Montevideo aquella cantidad de gente, que para irse tenía que abandonar familia é intereses?

Indudablemente rodear al general Lavalle, allí refugiado, y formar un ejército con que venir á disputarle el poder.

—Pues que no puedan irse á Montevideo! pensó.

Que queden aquí para tenerlos á la vista y castigarlos como se debe, al mismo tiempo que quito á Lavalle este contingente.

Y ese mismo día mandó que no se diese pasaporte á ningún salvaje unitario, á quienes prohibía salir del país.

Los unitarios se vieron obligados á emigrar

furtivamente, embarcándose por la costa en ca-noas y lanchas.

Pero el puñal de la mazorca encargó de privar-les este recurso de la manera que se verá á su tiempo.

Fué entonces que empezó á encarcelar á los acusados de ser salvajes unitarios, muchos de los cuales eran fusilados á la *sordina*, dentro de los cuarteles ó en los pontones.

Pero así mismo no logró sofocar en ellos el amor á la libertad, aunque tenían diez probabili-dades contra una de perder la cabeza.

Entonces empezó Rosas á destinarlos al ser-vicio de las armas, despues de hacerles aplicar un castigo que variaba entre cien y quinientos azotes.

A los unitarios destinados así, por enemigos de la federacion, se les trataba de la manera mas inhumana.

Su alimento eran las sobras de los demás solda-pos, hervidas en un enorme tacho y servidas á mano limpia.

El que no queria comer en esta forma, además de quedarse sin alimento, se le castigaba por desprecio á los alimentos federales.

Este castigo era siempre de azotes, desde veinte hasta cien y aplicados con un rigor esen-cialmente federal.

Los servicios mas duros y degradantes se en-comendaban siempre á los destinados unitarios, que era la gente de servicio en el cuartel.

Despues de dos ó mas meses de una vida que se hacia intolerable, se les permitia rescatar su liber-tad por una cantidad de personeros, que variaba segun el capricho del tirano, ó de los gefes, que á este respecto hacian lo que mejor les parecia.

Pero era un recurso que poco servicio podia prestarles, pues al poco tiempo de ser puestos en libertad, eran presos nuevamente y destinados al servicio de las armas, para pasar las mismas penas y volver á rescatarse en la misma forma, para volver á caer.

Los personeros eran muy caros, y no todos podian pagar el número que se les designaba, sobre todo la segunda ó tercera vez.

Para estos no habia entonces remedio.

Tenian que servir como soldados de línea du-rante el tiempo ordenado.

Para estos soldados no habia sueldo, ni racion de vicios, ni vestuario de abrigo.

Vivian con la tumba que se les daba por toda racion, á la que se agregaba de cuando en cuan-do una *data* de azotes.

Muchos de estos desventurados, que estaban habituados á otra clase de vida y regalos, no po-dian sufrir mucho tiempo aquella vida espantosa, y morian víctimas de diversas enfermedades ó salian de baja para ingresar al hospital, por de-mentes.

Eran tales las enormidades y abusos crueles

que se cometian, que los mismos federales empe-zaron á aterrarse.

Aquello no era un Gobierno sinó una inquisi-cion militar, tan terrible y tan feroz cómo la in-quisicion de sotana.

No habia las tenazas que arrancaban la carne y la vida á pedazos, no existian los potros ni los braseros ni las hogueras, como en la inquisicion de los frailes, ni se invocaba el nombre de Jesús para cubrir aquellas atrocidades.

Pero en cambio estaban el cuchillo y la sierra destemplada de la mazorca, se usaba la verga y las barricas de alquitran, se cortaban las orejas para salarlas y la piel para hacer maneas.

Y todo esto á la sombra augusta de Rosas, que era el nuevo Jesús federal, puesto que su retra-to, al lado de la imagen de aquel, estaba espuesto en el altar mayor de todos los templos.

Pero todo esto no era bastante para aterrarse á los salvajes unitarios.

Era necesario dar espectáculos públicos de san-gre y degüello, para mostrar en toda su repugnan-te desnudez la ferocidad que guardaba en su corazon.

Y no tardó mucho en dar dos ó tres espectá-culos de estos, que no produjeron segun parece el efecto que iba buscando.

Angel Ruiz y Santiago Gonzalez, fueron las primeras víctimas que eligió para empezar aquellas funciones, que debia repetir tan frecuentemente como fuera necesario para el logro de sus fines.

Estos eran dos desgraciados personeros, que servian en el batallon de Ramella.

Estos infelices se habian hecho antipáticos á sus superiores, porque eran flojos para el servi-cio, y mucho mas para sufrir las penas terribles que se les imponian.

El cuerpo de Ruiz como el de Gonzalez, era una llaga viva.

Sus miembros estaban dislocados por los palos y las *cepiadas*, hasta el punto que los dos se ha-bian inutilizado para el servicio.

Estos dos infelices llegaron á ser una carga para el cuerpo donde habian sido dados de alta.

Y el gefe dió cuenta al Gobierno de tener algu-nos soldados inútiles, para obtener el permiso de darles la baja.

Al saber esto don Juan Manuel Rosas, se gol-peó la frente como si hubiera sido iluminado por una idea feliz.

A su penetracion no podia escaparse que aquellos personeros habian sido inutilizados por los bárbaros tratamientos del cuartel.

No convenia entonces que salieran de baja y divulgaran la cosa, porque ninguno entraria como personero, y perderia un buen núme-ro de altas costeadas por los unitarios desti-nados.

Estos malos tratos y la pena de azotes, habian

hecho desertar algunos de estos personeros, que no se habia logrado prender nunca para hacer un escarmiento.

La idea que habia asaltado á Rosas era una idea diabólica, que con un solo acto le prestaba tres diversos servicios.

Aterrar á los unitarios con un espectáculo de sangre, privar que Ruiz y Gonzalez divulgaran las exenas de que los personeros eran víctimas y dar un ejemplo duro á los que tuvieran intención de desertarse.

Esta idea fué puesta en práctica inmediatamente.

El gefe del cuerpo debia decir reservadamente á aquellos dos infelices, que les daba de baja y que podian salir del cuartel, haciéndoles seguir sus pasos.

Cuando se hubieran alejado algunas cuadras, serian presos de nuevo y conducidos al cuartel, acusados de desercion.

Entonces el gefe debia pasar un parte dando cuenta detallada de aquella perfidia cobarde, como si se tratara realmente de una desercion.

Y esto pasó como se habia ordenado.

Al día siguiente se recibia un parte detallado de aquella doble desercion, en cuyo parte recayó la siguiente terrible resolucion:

Fusíleseles y avítese en la órden general que igual procedimiento se adoptará en adelante con aquellos que cometan igual delito.

La noticia cayó como un rayo sobre aquellos desventurados.

Ellos habian salido del cuartel puestos en libertad por el gefe y se les mandaba fusilar como desertores!

Quisieron hablar y esplicar con la fuerza de la desesperacion que no eran tales desertores, pero entonces se les hizo amordazar para que aquel mismo proceder pudiera servir con algunos otros.

Los dos reos fueron puestos en capilla para recibir los auxilios de la religion.

Tristes auxilios debian ser estos, cuando permanecian con la mordaza puesta para que no pudieran revelar su terrible secreto.

Así fueron sacados al banquillo, en la plaza

del Retiro, donde se les debia fusilar á las diez de la mañana.

La federacion se habia dado cita allí para presenciar el doble fusilamiento.

Aquellos dos infelices, custodiados por un piquete, estaban amarrados al banquillo y fuertemente amordazados.

Sus ojos, fuertemente saltados de las órbitas, mostraban el terror y la desesperacion que les dominaba.

No pudiendo hacer el menor movimiento, habian reconcentrado todos sus sentimientos en aquella noble faccion.

Y miraban y escuchaban con mas espanto que el de la muerte misma, las manifestaciones feroces de la turba federal.

Todos se disputaban el derecho de vejarlos, insultarlos y escarnecerlos de todos modos: mientras los soldados que los custodiaban sonreian brutalmente cuando el alboroto subia de punto.

A las 9 y 1½ salieron los diversos cuerpos de los cuarteles, y á las 10 en punto, Ruiz y Gonzalez rodaron por el suelo, con el pecho destrozado.

Recien entonces se les quitó la mordaza y las ligaduras, entre el espantoso clamoreo de ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Mueran los que desertan de la santa causa de la federacion!

Los cadáveres fueron colgados en dos horcas, que permanecieron en la plaza hasta el siguiente día.

Era la segunda parte del espectáculo que Rosas preparaba á la poblacion.

Durante todo el día los grupos federales fueron acudiendo, con el noble y federal fin de apedrear los cadáveres y llenarlos de improperios, despues de cometer otras herejias.

Así, el primer ejemplo de ferocidad, fué solo de dos víctimas inocentes.

Véamos el segundo, mucho mas terrible y sangriento, que dejó sobre la plaza del Retiro, horriblemente mutilados, ciento diez cadáveres de hombres, mujeres y niños.

Era el segundo peldaño de la escala, cuyo último escalon debia ser las matanzas de los años 1840 y 1842.

La massacre

Teniendo que atender á los bárbaros manejos de su terrible política, Rosas habia abandonado el cuidado de las fronteras, que decia aseguradas por su famosa espedicion, espedicion pagada n sesenta leguas de magníficos campos.

A las tribus que estaban en paz no se les atendia en su racionamiento, y estas se vieron obligadas á invadir y robar para no perecer de necesidad.

Las tropas que guarnecian las fronteras eran

escasas, pues Rosas tenia ocupados los cuerpos del ejército en guardar su persona y su miedo.

Amenazado de todas partes con movimientos revolucionarios, no se atrevia á distraer de la ciudad un solo soldado, y si sacaba algun cuerpo era para observar la frontera de Santa-Fé y amenazar á Entre-Rios y Corrientes, defectos á su sistema de una manera decidida.

Los indios se habian convencido que su hermano Juan Manuel, desde que era Gobierno no miraba por ellos como antes, ni se tomaba el menor cuidado para cumplir las bases de los tratados de paz con él celebrados.

Los nuevos gefes de milicias de campaña y de fronteras los trataban malamente y cada vez que iban á reclamar sus raciones, eran tratados mal, presos en los cuerpos de guardia, y la mayor parte de las veces, los milicos se permitian despojarlos de sus pilchas, buenas y ricas todas, puesto que eran regalos del hermano Juan Manuel.

Viendo que con este sistema no sacaban taja-da y que solo conseguirian ser maltratados y robados, empezaron á retirarse al desierto y á invadir los puntos mas cercanos y poblados.

Los partes de estas invasiones empezaron á llegar y á confesar su impotencia contra los invasores, los gefes de frontera.

El héroe del desierto se sentia humillado, pero no atreviéndose á desprenderse de un solo batallon, ocultaba su rabia, reservando vengarse en mejor oportunidad.

Los indios viendo que no eran perseguidos, ni se trataba siquiera de quitarles sus grandes robos, los repetian todos los meses sin la menor agitacion.

Arrasaban las estancias llevándose enormes rodeos y retirándose como de paseo.

La gran grito que que mas vino á agitar á Rosas, fué la que levantaron los estancieros federales, que no se conformaban con ver disminuir sus enormes rodeos, de una madera tan notable.

—O al hermano Juan Manuel no le importaban los malones, pensaban los indios, ó no tienen con que hacernos frente.

Y seguros de que esto era así, llegaban hasta invadir y campar tranquilamente con el rico botin.

Los estancieros pedian proteccion á don Prudencio, pero á este le eran pocos los soldados que tenia á sus órdenes para las grandes cue-readas de marcas desconocidas.

Además Juan Manuel le tenia rigurosamente prohibido alejarse una sola legua de su especie de cuartel general.

Las peticiones de socorro llegaban de todas partes, pero Rosas se contentaba con prometerles esterminar á los indios y dejar la frontera completamente asegurada.

El ridiculo que con este motivo caia sobre el héroe del desierto, era enorme.

Pero qué le importaba á él todo esto?

La cuestion era evitar que los salvajes unitarios invadieran la ciudad, aunque los indios barrieran con todas las haciendas de la Provincia.

Ya tendria tiempo de escarmentarlos!

Pero los indios, cebados en la impunidad poco tiempo le dieron para dormir sobre sus falsos laureles y titulo de héroe del desierto.

A principios de laño 1837, el cacique chileno Cañuquíl, empezó á moverse seguido de unas dos mil lanzas de primer órden.

Este cacique, que gozaba de un gran prestigio por su valor asombroso y su astucia inaudita, vino hácia el centro de la provincia y campó con sus indios en las Manzanas, donde está hoy la primera línea de fronteras.

Alli empezaron á reunírsele lanzas de todos los toldos, al estremo de que aquel campamento fué ya estrecho para tanta gente.

Cañuquíl dejó allí solo unas mil doscientas lanzas para que los caballos pudieran comer descansadamente y no se enflaquecieran y pasó á campar á Choele-Choel con el resto de la indiada.

Desde allí organizó y lanzó una terrible invasion sobre las fronteras de Santa-Fé, Córdoba San Luis y Buenos Aires, mandando él personalmente esta última.

El golpe fué tremendo.

Los indios no solo arriaron grandes cantidades de hacienda, sinó que cautivaron y lanzearon con la ferocidad á ellos característica.

El malon fué traído tan cerca de las poblaciones, que innumerables casas de negocio fueron saqueadas y sus dueños lanzeados y degollados.

Con un arreo inmenso, los indios regresaron á las Manzanas á recibir órdenes del cacique Cañuquíl.

Este indio intrépido y astuto habia invadido la parte mas poblada de la campaña Sud, haciendo un arreo que pasaba de cincuenta mil cabezas.

Y con la tranquilidad del que no espera ningun contratiempo, regresó á Choele-Choel, donde se le reunieron los capitanejos y caciques que habian guiado la invasion á las provincias que hemos nombrado.

Cañuquíl habia traído muchas mujeres y niños cautivos, parte la mas interesante para él del botin.

Las mismas estancias de Rosas, como las mas pobladas, no escaparon á aquel malon, el mas sério y ruinoso que habian traído los indios hasta entonces.

Reunidos á su regreso, se procedió al reparto del malon, y cada cual con su parte, fueron regresando á los toldos.

Cañuquíl se quedó en Choele-Choel á pastorear sus haciendas y emprender su marcha con la ma-

yor tranquilidad, pues sabia que nadie los perseguiria.

Y tan convencidos estaban de esto, que su estadia la fueron prolongando de una manera indefinida.

Cuando Rosas tuvo noticias de esta invasion y sus terribles consecuencias, su coraje y su ira no tuvo limites.

Al saber que ni sus mismas estancias se habian salvado, juró vengarse de una manera tremenda.

Pero tocó el mismo inconveniente de siempre. No tener el valor suficiente para desprenderse de un solo batallon.

Pero Rosas, habituado á no detenerse ante nada para lograr sus fines, resolvió usar de toda su astucia para desquitarse de aquel malon, que importaba el último golpe de ridiculo sobre su pomposo titulo de héroe del desierto.

Por pronta maniobra y para evitar mayores males, se resolvió á hacer tratados de paz con el cacique Cañuquíl.

Era preciso impedir que los robos y las matanzas siguieran adelante, pues el campamento establecido por el valiente cacique, significaba no estar dispuesto á retirarse, sin tentar y realizar otro golpe.

Para empezar estos tratados de paz que debian terminar con una horrible carniceria, envió una comision encabezada y dirigida por su terrible amigo y capellan el fraile Delgado.

Este personaje funesto como todos los frailes que rodeaban á Rosas, se encargó de aquella traicion inicua, que no tenia precedente hasta entonces.

Las instrucciones que llevaba el fraile Delgado, era consentir en todas las pretensiones que manifestara Cañuquíl, poniéndole por única condicion que no habia de invadir, pues el Gobierno estaba dispuesto á acceder á todos sus pedidos.

Del fraile Delgado nos hemos de ocupar tambien á su tiempo, pues esta traicion contra los indios no era mas que el ensayo de otras mas negras que habia de efectuar mas tarde.

Los caciques y capitanejos reunieron sus parlamentos, para entrar en los arreglos preliminares.

Despues de mil reuniones y semanas perdidas llegaron á formular las primeras bases.

Envalentonados y ensoberbecidos con que, despues de sus malones el Gobierno trataba con ellos quisieron exigir cuanto se les ocurrió.

El fraile Delgado les aseguraba que Rosas asentiria á todo, que pidieran con franqueza, pues el Gobierno era amigo de los indios y no queria mas que su bien estar.

Las exigencias de Cañuquíl eran que cada dos meses les habian de mandar una tropa de carretas cargadas de ropas, comestibles y bebidas.

Además quinientos animales vacunos ó mil yeguas para la mantencion de su gente.

Para la mayor seguridad de que estos tratados habian de cumplirse, se estipuló que cada una de las partes habia de mandar en rehenes una persona de valer y confianza.

El fraile Delgado regresó á dar cuenta á Rosas de lo convenido, bajo la inteligencia que, mientras él no regresara no habian de invadir.

Rosas aceptó en el acto todas aquellas bases que importaban por lo pronto la seguridad de que no vendrian nuevas invasiones y acallar por este medio el clamoreo de los hacendados y del pueblo.

Delgado llegó con proposiciones que entusiasmaron á Cañuquíl, pues ellas superaban á sus mismos deseos.

Su amigo Rosas, no solo aceptaba lo estipulado ya, sino que le mandaba decir pasara á Salinas Grandes á establecer su campamento general.

Esos eran mejores campos y de mejores aguas, y su gente podia estar con mayor comodidad para pastorear las haciendas.

El Gobierno para manifestarle la buena fé y cariño con que procedia, le dejaba en rehenes al mismo fraile Delgado y le remitia la primera tropa de carretas y la primer yeguada.

Cañuquíl al recibir estas noticias y sobre todo al recibir la primera remesa, creyó á puño cerrado la buena fé con que Rosas procedia, enviándole á su vez, como cautivo, en cambio del fraile, á su secretario y lenguaraz Villalican, terrible lanza y una de las mas prestigiosas.

Las fiestas que con este motivo celebraron los indios, fueron estupendas.

Bebieron hasta caer como troncos, á la salud de Rosas, declarándolo su bueno y leal hermano.

Así pasaron dos meses, tiempo en que llegó la segunda tropa de carretas y la segunda yeguada.

Esto acabó de ganar á los indios y confirmarles las excelentes intenciones del Gobierno á quien el fraile Delgado les pintaba como un segundo Cristo.

—Demuéstrele ustedes que son amigos de corazon, les decia, y estoy seguro que ese hombre leal y bondadoso les ha de doblar las raciones que hoy les manda.

Cañuquíl campó en el punto que se le indicaba, desde donde envió á pedir á su hermano Juan Manuel una escolta que le sirviera de garantia en caso que alguna tropa quisiera ofenderlos ó hacerles desalojar aquel campamento que hallaba muy de su gusto.

Rosas que estaba dispuesto á acceder á todo, le remitió cincuenta hombres, á las órdenes de su edecan el comandante Delgado, hermano del fraile que permanecia con los indios.

Así pasó algun tiempo en que Rosas cumplió religiosamente lo estipulado, logrando contener así toda invasion.

Completamente confiado Cañuquíl, despachó á sus toldos mas de la mitad de sus lanzas, para

que llevaran todo el arreo y los regalos que Rosas les había hecho.

Este era el momento esperado.

No se esperaba sinó que disminuyera la india, para darles el golpe que de tanto tiempo atrás venían madurando Rosas y el fraile Delgado.

Cañuquíl había enviado á los toldos todas las provisiones que tenía en Salinas, con la seguridad que dentro de dos meses recibiría nuevas.

Antes de este tiempo Rosas le mandó una nueva tropa, de debibas solamente, con un recado que entusiasmó al cacique hasta el delirio.

—El general Rosas le manda esa tropa extraordinaria de debidas, para que sus indios festejen también una gran fiesta que él dá en el pueblo.

Dice que la beban toda, que pronto ha de llevar la tropa del convenio.

Aquella bebida estaba compuesta con fuertes narcóticos para que los indios se adormecieran y dar entonces fin con ellos.

Para que el golpe no fallara, el inolvidable coronel Pancho el ñato, fué avisado de aquel plan infernal, cuya parte mas activa á él quedaba encomendada.

El coronel Pancho el ñato que estaba en Bahía Blanca, debía marchar sobre Salinas, junto con la guarnicion de Tapalqué, que se le debía incorporar.

A unas tres leguas del campamento de los indios, debía esperar un aviso de Delgado, anunciándole el momento oportuno de caer sobre la indiada.

Para que los indios no pudieran apercibirse de la presencia de aquella tropa, el fraile había manifestado á Cañuquíl un pedido que Rosas esperaba cumpliera al pié de la letra, como el cumplimiento con exceso todo lo que les había prometido.

—Dice el Gobernador, agregó el fraile, que es preciso que ningún indio se separe mas de media legua de este campamento.

Los estancieros están muy alarmado y esta es la única manera de tranquilizarlos.

El indio no vió en esto ningún mal, y entusiasmado como estaba con el regalo, ordenó enérgicamente que ninguno indio de lanza ni de chusma se separase un momento del campamento.

Entre los indios, las órdenes emanadas del cacique se cumplen con la misma religiosidad que este cumple todos sus deberes de padre y gefe de su tribu.

Así, desde que aquella órden fué dada, todos los indios tomaron sus medidas para no tener necesidad de salir del campamento.

Cumplidos así los deseos de su generoso hermano Juan Manuel, Cañuquíl rodeado de su tribu, es decir, de la parte de tribu que con él había quedado, se entregó al consumo de aquella caña, y aguardiente, en medio de la mayor alegría.

Los indios, cuando están entregados al bebereaje, lo hacen con todo descanso y en toda regla.

Se trata de beber y ellos beben mientras sus brazos tienen fuerzas para acercarse los jarros á la boca.

Cuando no pueden mas, caen postrados bajo la mas terrible influencia del alcohol.

Porque beben en tales cantidades á la vez, que la borrachera los sorprende de golpe, asi es que cuando esta se declara, el indio se desploma como un cadáver.

Si se tiene presente que aquella bebida estaba compuesta con fuertes narcóticos, se comprenderá que en la cantidad en que bebían, los efectos debían ser mas terribles.

Este era el momento que esperaban los hermanos Delgado para mandar el aviso al coronel Pancho el ñato, aviso que llevó en persona el mismo fraile, cuya salida del campamento no fué notada por los indios.

Estos, que pensaban entregarse por dos ó tres dias á aquella espléndida fiesta, soltaron los caballos, que acostumbra á tener en la estaca y se quedaron á pié.

De otro modo sus mejores caballos que son siempre los que atan, habrían sufrido tres ó cuatro dias de hambre y sed, lo que no era conveniente.

Apenas llegó el fraile al campamento de Pancho el ñato, este se preparó para marchar á la oracion, á fin que fuera mayor la sorpresa.

El fraile Delgado dió á Pancho el ñato todos los detalles que podia necesitar para el mejor logro de la sorpresa y carnicería.

El fraile con una fruicion intima por el cuadro que iba á contemplar, se complacia en dar los detalles mas minuciosos sobre la situacion de aquellos que tan cobarde y traidoramente iban á ser sacrificados.

Los milicos pensando en el pilcheo y en las haciendas que iban á robar, escuchaban al fraile, deseando llegara el momento de esgrimir el sable y el puñal.

Y mientras Pancho el ñato marchaba sobre los indios, estos bajo la inmediata vigilancia del hermano del fraile y su escolta, estaban entregados á un verdadero festin.

Si alguien les hubiera dicho que el final de aquel festin debía ser la muerte, lo hubieran creído un demente.

El narcótico empezaba á hacer su efecto y ellos seguían bebiendo y bebiendo, para caer mas pronto en el estado de embriaguez que hace su felicidad suprema.

Ya habían caido postrados por el narcótico mas que por el alcohol la mitad de la gente, cuando se sintió el tropel inconfundible de regimientos de caballeria que cargaban.

Los indios como entre sueños, y al través del extraño sopor que les dominaba, comprendieron que que un peligro sério les amenazaba.

Los que se conservaban mas despejados quisieron echar mano á sus inútiles lanzas, pero apenas pudieron unos cuantos ponerse de pié y esto fué para volver á rodar por el suelo bajo el sable de la escolta que estaba en el campamento, escolta que inició la matanza.

El terror mas desesperante se apoderó entonces de los que apenas, como entre sombras, podian darse cuenta de lo que sucedia.

Miraban á los hermanos que caian y sonreian con esa espresion de supremo idiotismo, que baña el feroz semblante del indio cuando está completamente ébrio.

Las indias al sentir el tropel tomaron sus hijos y corrieron á refugiarse donde estaban los indios.

Pero al ver los primeros que cayeron retrocedieron aterradas y dando gritos de espanto.

Fué en aquel momento que los regimientos de Pancho el ñato, con este á la cabeza, cargaron sable en mano sobre los toldos.

Entónces empezó la confusion mas espantosa y la carniceria mas brutal.

Los que estaban en el suelo, postrados por la embriaguez, eran clavados por los sables y las lanzas, sirviendo en seguida de alfombra ensangrentada á los caballos de los soldados.

Los que aún no habian perdido el uso de sus facultades, trataban de manotear las lanzas para defenderse, haciendo supremos é inútiles esfuerzos.

Solo tenian fuerza y aliento para reir con sus espresiones de imbéciles y recibir de aquella manera la muerte mas espantosa.

Los soldados, entusiasmados en la matanza, no miraban al que caia bajo el filo de los sables.

Hombres, mujeres y niños todos fueron heridos con igual saña.

Cañuquil, idiotizado por el narcótico, no podia moverse del lado del barril, donde habia caido.

Desde allí miraba con ojo feroz y estraviado la matanza, que se hacia entre los hombres y mujeres de su tribu.

Y como si quisieran hacerle apurar aquel martirio horrible, hasta su último detalle, era sostenido por el fraile Delgado y Pancho el ñato, para que no perdiera ninguna de las crueldades cometidas.

Despues que se cansaron de matar á lanza y sable, empezaron á degollar los muertos.

Cañuquil enmudecido por aquella bebida fatal, no podia pronunciar una palabra.

Pero en cambio sus ojos brillaban con una elocuencia tremenda.

El ojo rodaba en la órbita, con una espresion feroz y sangrienta, y se detenia sobre el fraile, acusándolo con el mutismo de aquella mirada febriciente y aterradora.

Y el fraile sonreia con un sarcasmo hediondo, dirigiéndole palabras de piedad y amor cristiano.

Su turno tocó por fin al terrible Cañuquil.

A una señal de Pancho el ñato, los soldados empezaron su obra de martirio.

Aquel indio tan valiente y tan lleno de vida, hizo un esfuerzo supremo y se puso de pié.

Por un exeso de voluntad, desanudó su lengua, para escupir en la cara del cínico fraile esta terrible y última injuria:—cobarde!

Fué su última palabra.

Todos á uno cayeron sobre él y lo hicieron pedazos á golpes de toda especie.

En seguida empezó el saqueo, que llegó hasta despojar los cadáveres, de sus inmundas vestimentas y quillangos.

Las haciendas fueron arreadas en grandes trozos, hasta esperar el nuevo dia para emprender la retirada.

A la mañana siguiente el fraile, que todó lo andaba, descubrió un grupo de mujeres y criaturas, que rodeaban á algunos indios borrachos, que lejos del grupo principal, habian escapado á la matanza.

Todavía hay aquí sabandijas! gritó el fraile, arremangando susotana para no empaparla en sangre.

Las tropas acudieron allí para completar la obra de esterminio, pero el coronel Pancho el ñato se interpuso para que nadie tocara aquel grupo.

—Esta es la parte del Restaurador de las leyes, dijo.

A él se la quiero mandar para que disponga de estos bandidos como quiera, y como muestra de la buena jornada de anoche.

Los señores asesinos quisieron oponerse y seguir la degollatina, pero D. Pancho se enojó y fué preciso cederle á este capricho, aunque al hacerlo llevaran á cabo un verdadero sacrificio feferal.

Contados aquellos infelices, entre hombres mujeres y niños llegaron á sumar ciento diez, que enhorquetados sobre la mancarronada, los echaron al centro de las caballadas para ser arreados en cuenta de tales y con mayor comodidad.

Como necesitaran reposar la fatiga de la matanza, recién al dia siguiente emprendieron la retirada.

El arreo arrebatado, llegó á mas de cuatro mil caballos y mas de diez mil cabezas vacunas, que se mandaron repartir á la tropa y los oficiales.

Los pobres prisioneros fueron escoltados hasta la capital, por los hermanos Delgado y los cincuenta hombres de escolta de Rosas.

El parte detallado de aquella accion gloriosa, lo llevaba el fraile Delgado autor de aquella masacre.

Aquí se presentaba á Rosas la ocasion de aterrar al pueblo, para dominarlo por este sistema, y dar un dia de festin á la chusma federal.

Los partes de la matanza en Salinas fueron publicados, pero como se supondrá cambiando los detalles y las causas.

Despues de manifestada la generosidad del Gobierno con inmensas dádivas, decian, estos bandidos han seguido invadiendo y robando con toda crueldad.

Ha sido preciso que el Gobierno les muestre su poder; escarmentándolos despues de una sangrienta batalla, en que el ejército federal ha perdido algunos soldados.

De este modo ocultaba la traicion infame del fraile Delgado y su propia ferocidad.

Aquellos ciento diez prisioneros fueron paseados por las calles, para despertar la curiosidad pública y atraerlos mas á la escena que se tramaba.

Indios é indias marchaban á pié todo el dia por las calles cubiertos de divisas federales, con los letreros de vivas y mueras que el lector conoce.

Asi aquellos infelices eran el ludibrio y escarnio de aquella chusma federal y desenfrenada.

Todos ellos comprendidos en un solo grupo, fueron alojados en los cuarteles del Retiro, bajo la custodia del terrible coronel Maza, víctima tambien mas tarde del puñal de Rosas, esgrimido por la mazorca.

Una mañana se hizo llamar á los indios á casa de Gobierno, con el pretexto de darles ropas y algunas prendas.

Allí se inventó un cuento para disculpar la terrible massacre que preparaba.

Se dijo que habian rechazado los presentes que se les daba, que habian agredido á los empleados y amenazado de muerte al mismo Gobierno.

Por estas causas, el Restaurador de las leyes dispuso y ordenó que aquellos indios fueran pasados por las armas.

La noticia corrió de boca en boca y las tropas se prepararon al festin de sangre, aunque ignorando la manera brutal como habia de llevarse á cabo.

Rosas mandó llamar al coronel Maza, su bandido de mas confianza entónces, á quien dió detenidas instrucciones sobre el drama que preparaba.

Y mientras Maza regresaba al cuartel á disponerlo todo, los indios fueron sacados de casa de Gobierno, para ser reconducidos, segun se les dijo, á sus alojamientos del Retiro.

Silenciosos y taciturnos, aquellos infelices marchaban bajo la mirada altanera y la palabra soez é insultante de la federacion.

Adelante marchaban los hombres, mirando de cuando en cuando con ademan valiente y resuelto á aquella chusma feroz.

Detrás caminaban las mujeres, llevando en sus brazos y de la mano á sus pequeños hijos, la mayor parte de los cuales eran de pechos.

Pasado el efecto narcótico de la bebida preparada, los indios recordaban como entre sueños la carniceria de Salinas, y esperaban tranquilos y serenos, la muerte que no podia tardar en venir.

Por que á pesar de que se les cuidaba un poco para confiarlos mas y que la muerte los tomara por sorpresa, ellos estaban convencidos de la proximidad de su fin.

Lo adivinaban en la mirada de la plebe federal, en el facon que veian brillar en la mano de algun impaciente, y en el desprecio y ódio con que los soldados de Maza les dirijian la palabra.

La voz de que los indios iban á ser fusilados, habia corrido ya por todo el pueblo.

Asi es que cuando salieron de casa de Gobierno, los esperaba ya una multitud, que á pié y á caballo, no querian perder un solo detalle de la ejecucion.

El fusilamiento de indios no era cosa que podia ver el pueblo con frecuencia y era preciso aprovechar la ocasion.

Cómo moria un salvaje?

Hé aquí la gran piedra de toque de aquella ferocidad federal.

Aunque todos los que formaban aquella comitiva eran hombres endurecidos en el crimen y avezados á las mayores crueldades, á ninguno se le ocurrió por un momento que las mujeres estuvieran tambien condenadas á morir.

Y tan era así, que sus bromas y dicharachos recaian siempre en el reparto de las indias, que pasaban de veinte y cinco.

Menos podia ocurrírseles que aquellas inocentes criaturas pudieran figurar en la matanza.

Cuando llegaron á la plaza del Retiro, esta presentaba un aspecto terrible para los indios, que sin embargo no comprendieron ó aparentaron no comprender de lo que se trataba.

La antigua plaza de toros, San Martin hoy, era un hervidero de cabezas humanas.

Era aquel un paseo á donde concurrían las señoras, desde que fué plaza de toros, y Rosas, para aprovechar todo género de circunstancias para que la tragedia fuera de todos conocida, habia elejido un dia de fiesta.

Al frente norte de la plaza, y delante de los cuarteles, se hallaba formado en batalla el batallon de Mariano Maza.

No existían entonces las plantas que han hecho de esa plaza un hermoso jardin, como no existía la espléndida estátua del general San Martin, que embelleze su centro, con su magestad suprema.

Aquella plaza era lo que se llama un peladar, adornado con uno que otro poyo, donde enamoradas parejas iban por la noche á decirse los arrumacos consiguientes de estos casos.

Allí hacian ejercicios las tropas que se aloja-

ban en los cuarteles, de cuya gente aquella plaza era propiedad indiscutible.

De modo que la tropa formada así sobre el costado norte, dominaba por completo las entradas y todo el frente sud.

El lenguaraz que habia mandado en rehenes Cañuquil, el valiente Villalican, fué mandado por el coronel Maza á recibir á sus hermanos, diciéndoles que aqueldia les iba á dar una racion especial, para que estuvieran mas contentos y mas conformes con su cautiverio momentáneo.

Ante la palabra y aspecto tranquilo de Villalican, los indios desecharon cualquier temor que podia haberles asaltado, y entraron resueltamente á la plaza, donde se desbordó la multitud que los seguía.

Los que esperaban en la plaza debian estar bien impuestos de lo que iba á suceder.

Ocupaban los costados este y oeste, sin acercarse mucho al centro de la plaza.

Cuando penetró á ella el populacho que llegaba, se impusieron por los que allí estaban esperando, de lo que iba á pasar.

Su asombro fué entonces incalculable.

La funcion sobrepasaba á todo programa imaginable.

Dos minutos mas, y el pueblo de Buenos Aires, en medio de la mayor consternacion iba á conocer recien todo lo sombrio y cobarde del espíritu del gran Rosas, como lo llamaban los poetas que hacian versos en su honor.

Apenas habian llegado los indios al centro de la plaza, por un movimiento rápido y calculado, los soldados de Maza se echaron el fusil á la cara y una descarga cerrada atronó los aires, envolviendo aquella muchedumbre en un humo espeso.

Un movimiento de terror se manifestó aún entre los mismos que conocian el programa con mucha anticipacion.

Cuando el humo se hubo disipado, se vió remolinear al grupo de indios, lanzando feroces alaridos y levantando los puños en ademan de terrible amenaza.

Unos veinte de ellos se revolcaban luchando con las últimas convulsiones de la muerte, al lado de otros, cadáveres ya.

Aún no se habian podido dar cuenta de aquel asesinato tan cobarde como inaudito, cuando sonó otra descarga tan nutrida como la primera y otro número de indios volvió á caer muertos unos, gravemente heridos otros.

Entonces pudo verse un espectáculo tierno y conmovedor.

En vez de disparar buscando la salvacion los que quedaban, dieron frente á los asesinos, resueltamente, tratando de proteger con sus cuerpos la vida de sus inocentes mujeres é hijos.

Pero los cobardes en vez de sentirse dominados por aquella noble abnegacion y aquel valor

heróico, siguieron su obra de destruccion despiadada.

A las descargas sucedió un fuego granado continuo, que duró mientras hubo un indio en pie.

Al estruendo de la fusileria, las familias salian á las puertas de calle y á las ventanas á averiguar lo que sucedia.

Y no tardaban mucho en conocer la verdad, regresando al interior de las casas á ocultar su terror y su angustia.

Rosas habia conseguido su objeto.

El pánico mas tocante se habia apoderado de la poblacion, y sobre todo de las familias unitarias que pensaban con razon que, al asesinato de los salvajes de la pampa, seguiria el de los salvajes uniros.

Como era natural, los indios que habian caido á las descargas de los soldados de Maza, no habian muerto todos.

La mayor parte estaban heridos de mayor ó menor gravedad.

Las criaturas estaban vivas en su mayor número pues siendo calculadas al pecho de los indios las punterias, las balas no habian alcanzado á los chicos, con raras escepciones.

Y esta fué la parte mas entretenida y federal del terrible espectáculo.

El fusilamiento estaba terminado, para comenzar la matanza á cuchillo.

Contando al indio Villalican eran ciento once las cabezas que era preciso cortar.

Los soldados corrieron al cuartel á dejar sus fusiles y volvieron á aparecer armados de enormes y filosos cuchillos.

Entónces empezó la matanza y canniceria mas horribles.

Sin distincion de vivos y muertos, de heridos graves y leves, de mujeres y niños, aquella soldadesca impia empezó su obra federal de degüello.

Era tal lo monstruoso, lo infernal de aquella escena, que los espectadores huyeron en su mayor parte, sin atreverse á presenciarla hasta su fin.

Solo quedaron aquellos bandidos, capaces de regalarse con igual funcion todos los dias.

Y estos no tardaron en tomar parte en la obra infernal, ayudando á los soldados.

Como era natural, en descargas hechas de aquella manera, algunos curiosos mal colocados fueron heridos por las balas.

Y en el entusiasmo de la matanza no pudieron escapar al degüello.

Aquellos bárbaros habian llegado al delirio de la ferocidad.

Se arrojaban unos á otros los cuerpiitos de los niños, y les cortaban la cabeza lentamente, con una fruicion indescriptible.

Las escenas de crueldad duraron toda la tarde en medio de la algazara mas bestial y repugnante.

Parecian fieras hambrientas en un campo de batalla.

Concluido el degüello, se comenzó la tarea de colgar los cuerpos en palos clavados al efecto en árboles que habian en la plaza.

Y como ningun cuerpo tenia cabeza, era necesario colgarlas por debajo de los brazos, pues se habia ordenado esta operacion para escarmiento de los salvajes unitarios y terror de la poblacion.

Aquellos bandidos se desparramaron por todas las pulperías, á beber á la salud de los difuntos y á narrar, en medio de alegres carcajadas, los detalles de aquella feroz massacre.

Como prueba de que habian tomado parte activa en la carniceria, además de sus manos y cuchillos teñidos de sangre, llevaban cada uno diferentes despojos de los cadáveres.

Quién llevaba un par de orejas, quién una mano y quién otros miembros diferentes.

Los mas desastrados que querian pasar por mas feroces, llevaban un par de niños ó alguna cabeza de mujer asegurada á la cintura por la trenza.

Esa noche la federacion anduvo de fiesta por toda la ciudad.

Las pulperias se hallaban llenas de federales que bebían hasta la embriaguez aquel regalo que les habia hecho el Restaurador, regalo precursor de dias mas sangrientos y divertidos.

Los grupos cruzaban las calles en todas direc-

ciones, dando vivas al Supremo Gobierno y muestras tremendas á los asquerosos salvajes unitarios.

Las casas conocidas como habitadas, no ya por salvajes, sinó por personas poco entusiastas de la santa causa, eran golpeadas violentamente en medio de gritos de muerte y amenazas de todas clases.

Ante las escenas del dia, las familias aterradas, buian á refugiarse en las últimas piezas, pensando que á falta de víctimas irian á buscarlas entre las familias unitarias.

Rosas habia logrado su objeto de una manera mas brillante de lo que él mismo esperó.

Los que no habian podido asistir á la funcion por no haber tenido noticia de ella, se habian ido de paseo aquella noche á la plaza del Retiro, á traer despojos semejantes á trofeos.

Parecian escursiones de brujas en busca de grasa de ahorcado para fabricar nutos.

Y era cosa terrible ver el regreso de aquellas turbas, que parecían volver de una fiesta, trayendo como reliquias, hasta pedazos de cuero para fabricar alguna manea, ú otra pieza de arreo.

Al dia siguiente la ciudad ofrecia un aspecto de cementerio.

Los mismos bandidos que habian ejecutado la degollatina, se habian recojido en sus pocilgas á dormir la tranca de la noche anterior.

Crece el terror

No puede imaginarse el pánico que causó en toda la poblacion, federal y unitaria, la matanza infame de los infelices pampas.

Los federales mas allegados á Rosas, no se atrevian ni siquiera á hacer la menor pregunta al gobernador, cuya mirada daba poca esperanza de una contestacion comedida.

En esos meses, estaba mas que nunca empeñado en asegurar su poder en el resto de la República.

Parece que desconfiada de algunos gobernadores de Provincia que era preciso derrocar cortándoles la cabeza, y aterrando las poblaciones de la misma manera que habia aterrado la sociedad de Buenos Aires.

Las provincias que le eran hostiles, le iban á dar un trabajo inmenso, no pudiendo prestarle toda su atencion por estar amenazado en su misma provincia.

Por esto fué que trató de adormecer los espíri-

tus con las bandas de asesinos y las escenas de sangre.

Se habia privado del brazo del feroz Quiroga, porque este no le inspiró gran confianza.

Tenia recelo de que Quiroga se apoderara del interior y del litoral, y viniera en seguida á imponerle la ley.

No le quedaba mas que el fraile Aldao en Mendoza, el terrible fraile Aldao, punto de apoyo de la federacion en el interior.

Con el asesinato de los indios y tres ó cuatro fusilamientos mas que hizo á pretexto de deserccion Rosas se destapó por completo, mostrando descaradamente lo que de él podian esperar sus enemigos.

Ordenó en señal de admiracion por su persona, se usara el chaleco colorado, en la misma forma que habia mandado usar la divisa.

Quién se hubiera atrevido á contrariar un orden de Rosas, que acababa de fusilar en un solo momento ciento once indios?

Todo el que salió á la calle, tuvo buen cuidado de hacerlo ostentando un largo chaleco colorado bien visible, para no esponerse á los insultos de las turbas federales.

La poblacion se apercibió que este color habia sido declarado oficial, y que usándolo con profusion, salvaban su cabeza pasando la plaza de rosistas.

Un pulpero de la calle de los Mendocinos (Maipú), en cuya pulperia se reunian los mas feroces bandidos, pintó de colorado la pared de su boliche y la puerta de calle.

Pocos dias despues de esto, todas las casas de la cuadra eran pintadas de la misma manera y color.

Las familias que sabian que aquel pulpero estaba en los secretos de la federacion, creyeron que aquello era una señal para salvarse de la muerte.

Y se apresuraron á imitar la maniobra, para evitar tragos amargos.

La creencia aquella fué pasando de barrio en barrio y de cuadra en cuadra, causando los mismos efectos.

Así es que pocos meses despues, podia verse toda la ciudad pintada de rojo.

Los colores verdes, celeste y todas sus combinaciones, fueron condenados á muerte, sin apelacion.

Se ahorcaba de un poste ó de una reja cualquier trapo celeste, loza, ó cualquier objeto de aquel color, como se podia haber ahorcado un hombre.

Se quemaban cohetes á su alrededor, entre un gran círculo de federales curiosos, y se le tenia así dos ó tres dias, condenado á la vergüenza pública.

Las familias mas tímidas entonces se convinieron que los objetos de aquel color eran un peligro y empezaron á deshacerse de los muebles y objetos que pudieran ser tachados de salvajes unitarios, porque tenerlos era un verdadero peligro.

Cuando los grupos de federales miembros de la Sociedad Popular Restauradora tenian conocimiento que en alguna casa habia cortinas, muebles, lozas ó cualquier objeto de aquel color podia darse por perdida.

La Sociedad Popular Restauradora entraba á la casa con la misma franqueza que hubiera entrado á cualquier pulperia.

La escena que se producía entonces era de lo mas conmovedora.

Se desparramaban por la casa haciendo pedazos cuanto habia.

Los muebles eran destruidos por unos á golpes de hacha, mientras los demás se encargaban de despedazar la loza, los cristales y cuanto caia bajo su mirada dañina.

Entonces las familias eran felices, porque todo se reducía á despedazar el menaje de las ca-

sas é insultar sus habitantes con todo género de dicerios.

Despues esto se aumentó con uno que otro vergazo, hasta que terminó con azotaina general y degüello.

El terror se apoderó entonces de la poblacion y Rosas pudo maniobrar con mas libertad en las provincias, cuyos gobiernos lo habian reconocido como brigadier general de la Nacion, y llegado como el de la Rioja hasta mandar acuñar las monedas con su retrato.

Sus agentes maniobraban en todo sentido, para asegurar su dominio en todas partes.

Oribe, el tremendo Oribe cuya marca sangrienta palpita aún en Montevideo, se habia puesto á sus órdenes y declarado su mas útil instrumento.

Privado de Quiroga, Rosas necesitaba un bandido que lo secundara, y Oribe llenaba admirablemente este papel.

Oribe tenia que servirlo con fidelidad por su propio interés, pues esperaba que Rosas lo ayudara á apoderarse de la Banda Oriental hundiendo el prestigio y poder del *pardejon Rivera*, bautizado así por Rosas, á causa de no haberse prestado á sus manejos feroces.

Porque Rosas pretendia llevar su dominacion hasta la misma República Uruguaya-

Y para esto contaba con el asesino Oribe.

Aunque todavia no se les degollaba en media calle, sin pretexto ni motivo alguno, como poco despues, se les perseguia de todas maneras amargándoles la existencia todo lo que les era posible.

Como no podian emigrar con pasaporte y á la luz del dia, lo hacian durante la noche disfrazados y por la costa.

Peró bien pronto se apercibió la federacion de esta manera de emigrar, y tomó sus medidas para impedir la á todo trance.

Las fuerzas al mando de los coroneles Maza y Salomon y del comandante Cuitiño, fueron encargadas de hacer la policia de la costa durante la noche.

Así eran tomados muchos jóvenes de las mejores familias, que eran conducidos á los calabozos mas inmundos, donde eran olvidados, para ser fusilados en monton tres años despues.

No apresuremos los sucesos, pues ha sido en la costa y por estas causas, donde han tenido lugar las escenas mas infames y sangrientas.

El comandante Cuitiño no era entonces el ferroz y cobarde asesino de los años cuarenta y cuarenta y dos.

Allá por los años 1833 y 1834, Cuitiño era vigilante de policia, cuando el jefe de la reparticion era el señor Somalo.

Era entonces Cuitiño un hombre bondadoso, de una moralidad ejemplar y de una rara contraccion en el cumplimiento de sus deberes.

Su bondad era notable, pues aunque inflexible y ríjido en el cumplimiento de su obligacion, siem-

pre se andaba empeñando con sus superiores, para obtener la libertad de los mismos á quienes él habia aprehendido por tal ó cual delito.

Siempre bueno y servicial, auxiliaba á los presos con su propio dinero, y proporcionándoles todo aquello que era permitido introducir á la Policia sin contravenir al Reglamento.

Cuitiño por estas prendas naturales de un carácter, se hizo querer de presos y superiores, al extremo de que, poco tiempo despues era ascendido á oficial de Policia y llenado de mil consideraciones.

Además de ser exelente como empleado y como persona, Cuitiño tenia condiciones de primera fuerza, como policiano.

A una sagacidad especial, reunia una actividad incansable y un valor personal que siempre lo habia hecho sobresalir entre sus compañeros.

Las pesquisas mas dificiles eran con él consultadas y encomendadas á su sagaz penetracion.

Puesto sobre lapista, Cuitiño no la abandonaba hasta no haber descubierto por completo la trama que buscaba.

Tal vez Cuitiño ha sido el polizante mas notable que haya jamás tenido nuestra policia.

Como bravo, Cuitiño lo era hasta la temeridad.

Siempre se le encomendaba á él la captura de bandidos ú hombres peligrosos.

Jamás pidió la ayuda de otros agentes para cumplir este género de comisiones.

Casi siempre para realizarlas tenia que esponer su vida, pero nunca habia vuelto á la Policia sin el criminal cuya captura se le habia encomendado, y sin que este tuviese heridas de consideracion que hubiera sido necesario inferirle para lograr su captura.

A veces él habia vuelto herido ó contuso, pero siempre tenia palabras para disculpar al criminal.

— Es natural, solia decir.

Quién es aquel que va á entregarse así no mas á la justicia, sabiendo que no le espera ningun buen trago?

Poco á poco, á fuerza de servicios constantes y de importancia, Cuitiño se hizo un empleado del que no se podía prescindir.

Rosas, que tenia un ojo supremo para colar á ciertos hombres, comprendió que aquel le era de una necesidad suprema, por la suma de condiciones que reunia.

En su primer Gobierno tuvo ocasion de hablar con él varias veces, y comprendió la importancia del tipo.

Cuitiño no tenia para él mas defecto que la bondad, pero era esta condicion que él le haria perder insensiblemente, hasta volverlo una fiera.

Cuitiño era partidario acérrimo de Rosas, por

que lo habia sido de Dorrego y porque le gustaba el mozo.

Sin educacion alguna y sin mas ilustracion que la de su natural inteligencia, le parecia que aquel hombre era el Gobierno que el pais necesitaba para ser feliz y respetable.

La franqueza y cariñosa amistad con que lo habia tratado Rosas siendo Gobierno, concluyeron por arrebatarle toda su simpatía é inocente lealtad.

Cuando se trató del movimiento revolucionario contra Balcarce, doña Encarnacion por instrucciones de Rosas, mandó buscar á Cuitiño para alistarle en sus filas.

Los halagos de doña Encarnacion y una carta de Rosas, concluyeron de marear al buen Cuitiño, que se le entregó en cuerpo y alma.

Era él la persona mas activa y sagaz de todos los que preparaban el movimiento.

Y fueron sus consejos y observaciones seguidos al pié de la letra, lo que los condujo al mejor logro de su terrible trama.

Cumplido así su deber de partidario, volvió á llenar las exigencias de su empleo, satisfecho de haber quedado bien con el general Rosas y doña Encarnacion.

Cuando Rosas volvió á escalar el Gobierno, no se olvidó de Cuitiño, cuya adquisicion como fanático por su causa le era de gran importancia.

Empezó á protegerlo visiblemente, haciéndolo ascender en su empleo y llamándolo continuamente á su casa y á su mesa.

Mareado por esta conducta, el humilde Cuitiño concluyó por cobrar á Rosas una idolatria íntima.

Para él no habia hombre como este, en prueba de lo cual se le entregó en cuerpo y alma, sin la menor reserva.

Rosas lo ocupó en diversas ocasiones en comisiones dificilísimas que desempeñó á medida del deseo mas exigente.

Pero siempre con cuidado de ir relajando su espíritu suavemente de manera sensible.

Fué entonces que lo sacó de la Policia y lo hizo teniente coronel con mando de fuerzas.

Aquello fué para Cuitiño una especie de sueño fantástico.

Hombre humilde cuya posicion de agente de Policia lo hacia creer estaba en el pináculo de la gloria, no podia creer en los primeros momentos que tanta felicidad fuera cierta.

Rosas empezó entonces á darle importancia y á pervertir su espíritu en compañía de la chusma mas depravada.

Empezó per hacerlo efectuar prisiones con las fuerzas á su mando, continuó haciéndole fusilar esos mismos presos, y concluyó por convertirlo en uno de los degolladores mas feroces de su tiempo.

Cuitiño se habia ensoberbecido de una manera feroz.

Alternaba con el Gobernador y con Manuelita, se sentaba á su mesa á comer y se creía un personaje de lo mas importante de la federacion.

Cuitiño habia adquirido vicios que jamás pudo perdonar en otros.

Se embriagó primero por complacer á Rosas, porque un buen federal debia beber fuerte de cuando en cuando.

Y concluyó por ser un federal de primera fuerza.

Era él quien en sociedad con Troncoso, costea- ba las limetas de vino que bebia la mazorca en la casa de Salomon.

Poco le importaba este gasto al feroz dego- llador.

Rosas le daba dinero á manos llenas para que gratificara á la gente, y además era un fenómeno que Cuitiño pagara el vino que compraba siempre en grandes cantidades.

Ninguno le cobraba por otra parte.

El pulpero que con él tenia cuentas pendientes las daba por chanceladas, considerándose feliz que no las aumentara con nuevos pedidos.

Cuitiño era así el mastin en quien mas confian- za tenia Rosas.

El hacia sus mas hábiles pesquisas para des- cubrir tal ó cual unitario y era al mismo tiempo el gran guardian de la costa.

Los unitarios perseguidos que por allí tenta- ban un invasion, podian estar seguros de caer bajo el puñal de Cuitiño, por lo menos noventa de cada cien.

Rosas, en su invariable sistema, jamás hacia á Cuitiño una indicacion directa.

—Comandante, solia decirle, ¿ha visto cómo emigran estos salvajes unitarios?

Como si yo me fuera á ocupar de sus personas!

Me han dicho que la otra noche se han em- barcado diez por la costa de San Isidro y segun me avisan pronto deben emigrar quince de un golpe.

No me gusta que esto suceda por lo que pueda creer el estrangere.

—Déjelos nó mas, S. E., yo les voy á arreglar de manera que se les quiten las ganas de viajar, tal viaje les voy á hacer emprender!

—No les haga nada, comandante! no quiero si- nó que les dé un buen susto, para que se dejen de compadradas!

—Déjelos S. E. —corren de mi cuenta.

No han de volver á compadrear mas!

Cuitiño se ponía en acecho y no tardaba en descubrir algunas de las muchas expediciones de unitarios, que pasaban hasta en pequeñas ba- lleneras hasta Montevideo.

Aquella expedicion era con seguridad pasada á cuchillo, despues de todo género de humilla- ciones.

Las orejas de estos y algunas lonjas de cutis, eran presentadas á Rosas, al dia siguiente, como

prueba del buen servicio á la causa de la fedc- racion.

—Los mató á todos? preguntaba este, entre eno- jado y sonriente.

—Ni uno solo escapó respondia aquel bandido, porque los muchachos estaban ganosos.

El único fué el lancharo, y eso, porque habia fondeado lejos, donde los unitarios iban á bus- carlo á nado.

—Caramba! yo no quiero que sean tan malos los muchachos! un buen susto hubiera bastado.

—Si he hecho mal S. E. se servirá perdonarme ¡tengo tal odio á esa inmunda sabandija!.....

—En fin, ya está hecho, no tiene remedio.

Ellos tienen la culpa que provocan á su gente de todos modos.

Avise á la Policia para que recoja las osamen- tas, cosa que no apesten.

Y los dos bandidos cambiaban una sonrisa he- dionda, que significaba haberse comprendido á las mil maravillas.

Al alejarse Cuitiño, Rosas tomaba de su escri- torio un buen puñado de billetes de banco, que ofrecia al asesino.

—Qué ocurrencia V. E.

Para qué se va á incomodar!

Demasiado compensado estoy con su amistad.

—Con la amistad no se va al mercado, coman- dante.

Tome no mas para que les dé á los mucha- chos.

La noche ha sido muy fria y el trabajo rudo.

Quiero que calienten las tripas á la salud de la federacion y que se diviertan.

—Venga para que S. E. no se resienta.

Cuitiño tomaba entonces el dinero, muchas veces con las manos tintas aún de sangre y se alejaba haciendo mil cortesias y poniéndose á los piés de la señorita.

Mandaba un soldado á que diera á la Policia el aviso convenido, y se dirijia en seguida á casa de don Lucas Gonzalez, ocupada por Salomon, donde como se sabe se reunia la mazorca.

Se mandaba traer el vino en tinetas, en medio de los federales de rebozo y de los curas y frai- les que hemos nombrado y se armaba una orgia tremenda, cuyo remate era salir á la calle á asaltar casas de salvajes unitarios y degollar á sus habitantes.

Muchas veces el grupo de asesinos era acom- pañado por una ó mas parejas de frailes, y federales, que dominados por el vino, salian bai- lando y dando feroces alaridos.

Era al compás de esta música que se improvi- saban las mas terribles escenas de crueldad y las matanzas mas bárbaras.

Al que cruza hoy las calles de Buenos Aires, le parecerá increíble que por ellas hayan pasea- do los vendedores de cabezas humanas al grito de: ¡buenos duraznos!

Y sin embargo nada mas cierto que aquellas

matanzas incalificables, cometidas de una manera mas brutal que la que hoy se emplea en la matanza de los perros.

Mientras para esto se emplea hoy solamente la pildora de estricnina, para los salvajes unitarios, no habia mas que el facon y el serrucho, para mientras se efectuaba el degüello llevar la tortura hasta su último limite.

El que no hubiese degollado con este lujo de

ferocidad, no hubiera sido considerado como un buen federal.

El menor rasgo de piedad lo habria pagado con una puñalada.

La poblacion empezó entonces á aterrarse y á comprender que no tenia nada que esperar del Gobierno que se inauguraba con tales actos.

Era indudable que Rosas buscaba el estermio del partido unitario!

Los Reynalé

Pronto comprendio el barbaro, que la impresion dejada por la matanza de los indios, era preciso renovarla con alguna otra mas fuerte y duradera.

Los unitarios sobrecojidos de espanto en el primer momento, temblaron por sus vidas y huieron de toda accion que pudiera traducirse en una manifestacion hostil al gobierno.

Sin embargo pasado el primer momento, y comprendiendo que la inaccion era la muerte, decidieron defender su cabeza por todos los medios á su alcance.

La emigracion á Montevideo desafiando todos los peligros, empezó mas violenta y mas decidida que nunca.

De Montevideo llegaban diarios y hojas sueltas, en las que los emigrados trataban al tirano de una manera tremenda.

En esas publicaciones se incitaba al partido unitario no solo á la revuelta, sinó al asesinato de aquel miserable bandido.

En vano la autoridad tomaba todo género de precauciones para impedir la entrada de aquellos impresos.

En vano Rosas llegó hasta dar de patadas á los empleados encargados de esa pesquisa.

En vano puso penas terribles á los que fueron tomados como sus conductores.

Todo era inútil.

Los impresos entraban á la ciudad y con un sigilo superior á la penetracion de Cuitiño, circulaban por las casas de los unitarios y entre el bajo pueblo federal.

El bandido Rosas que no queria que sus asesinos conocieran el desprecio y la dureza con que lo trataban los emigrados, se mordía los puños de ira cada vez que sucedia un hecho análogo.

Era entonces que prodigaba sus mas terribles punta-piés, entre sus empleados de Policia y ame-

nazaba al cielo y la tierra con el puñal de la mazorca.

El feroz Cuitiño, encargado de hacer esta importante pesquisa, dió al fin con un marinero que traia cien de estos impresos, cosidos en el interior de su camiseta.

Seguido con un disimulo de pantera, aquel desgraciado que se habia hecho sospechoso, bajo á la ciudad, y se alojó en un fondin del bajo.

De allí salió á la noche bajo la facha del mas tremendo federal, y por la calle Federacion (Rivadavia) tomó el camino del hueco de Lorea.

Las carretas que habia en el hueco se hallaban solas á aquella hora.

Sus propietarios se habian diseminado por las "esquinas" á escuchar los sucesos del dia, entre azumbre y azumbre de caña ó vino de la tierra.

Allí permanecian hasta que el sueño ó el alcohol los rendia.

Entonces, los unos conduciendo á los otros regresaban á la carreta, hacian la fogata correspondiente para echar un cimarron, y cada cual bajo la suya, se entregaba al reposo bajo las protectoras miradas de Baco y Morfeo.

El bueno y travieso Caco, andaba por regiones mas elevadas y poco tenia que hacer por allí.

El marinero lleno de divisas, de chiripá y poncho para hacerse menos sospechoso, y de gran puñal á la cintura, cruzó la calle Federacion y penetró al hueco de Lorea.

Una vez entre las carretas, se puso mirar en todas direcciones, de una manera bastante significativa.

Por mas que el desgraciado hundió por todas partes su penetrante mirada, no pudo ver dos bultos que, tendidos de barriga, lo seguian hasta en su menor gesto.

Estos no eran otros que el feroz Cuitiño y uno de sus soldados de mayor confianza.

—Cuando este toma tales precauciones no debe andar jugando limpio, habia dicho el feroz Cuitiño.

Observemos.

El marinero, despues de unos dos minutos de mirar atentamente por todas partes, se metió entre un grupo de carretas y ganó bajo una de ellas aparentando una accion harto natural.

—Aquí vamos á saber á que ha venido, dijo Cuitiño.

Cuando salga lo seguís, y con el mayor silencio posible, le echás el guante hasta que yo vuelva.

Entre tanto yo me voy bajo la carreta y trato de averiguar la verdad.

El marinero tardó mas de cinco minutos en salir de bajo la carreta.

Y como lo hiciera arreglándose el chiripá, el soldado dijo á Cuitiño de una manera burlesca:

—Se me hace que se nos ha chingado el tiro.

Se ha tardado demasiado para lo que pensamos.

Allá lo veremos, repuso Cuitiño.

Ahora mucho ojo porque si se te vá vás al infierno.

—No hay cuidado! ni que fuera peludo—y así mismo me le haria rastra en la cola!

El marinero salió del hueco de Lorea y volvió á tomar la calle de la Federacion.

Sin duda le tenia mas confianza ó la conocia mas que las otras.

Y al salir no solamente no vió á los asesinos que seguian de barriga, sino que no sintió que uno de ellos se ponía tras de sus pasos. Mientras este se ponía en su seguimiento, á unos veinte pasos de distancia, Cuitiño se dirigió hácia la carreta que habia señalado bajo su mirada de águila.

Apenas se metió de bajo, lanzó una exclamacion de inmensa alegria y se apoderó de un monton de papeles que allí habia.

Era en el hueco de Lorea y en el de Santa Engracia (Plaza Libertad) donde aparecian las publicaciones orientales.

No habia entonces la menor duda que el marinero era el introductor de ellas.

Cuitiño echó fuego y buscó bajo la carreta con toda minuciosidad.

No habia allí nada mas que los papeles recogidos.

Con su precioso hallazgo y respirando ferocidad, el famoso asesino regresó en la direccion que habian seguido el marinero y el soldado.

A las tres cuadras de distancia los halló, al segundo haciendo presa en el primero, á quien sujetaba de una manera violenta.

Al ser detenido, el marinero, con una rapidez de relámpago se hizo una reflexion justisima.

—No pueden prenderme en este momento sino por haber sorprendido lo que acabo de hacer, de consiguiente estoy perdido.

Con que perdido por perdido, como la puedo

sacar mejor es huyendo, y para huir hay que matar á este.

Por la misma comision que se le ha visto desemeñar, se comprende que este era un hombre de un valor á toda prueba, y que no era la presencia de otro hombre lo que podia hacerle retroceder ó espantar por mas que este otro hombre fuera miembro de la mazorca.

Así es que á la voz de jalto en nombre de la federacion! respondió dando vuelta, sacando un enorme cuchillo y yéndose sobre el que lo detenia de una manera tan brusca.

Pero el desventurado se las tenia que ver con uno de los tipos mas feroces de la partida de Cuitiño.

Solo así se comprende que este le fiara así no mas, la captura de un hombre qué, á juzgar por lo que hacia, debia ser dueño de un valor á toda prueba, y tener un profundo desprecio por la vida.

Así es que el soldado, cuando le dió la voz de jalto! lo hizo con el sable en la mano, y en actitud de herir.

Cuando vió que el marinero dió la vuelta echando mano á la cintura, dejóle caer el sable sobre la cabeza, en un golpe de plano desnucador!

El marinero aturdido, vaciló un momento y tendió sus manós buscando un punto de apoyo.

El golpe lo habia enloquecido.

Sin embargo, con una organizacion vigorosísima pronto hubiera vuelto en sí para volver á la carga.

Pero aquel momento de vacilacion y aturdimiento fué el tiempo necesario para que el soldado lo desarmara, repitiera el golpe y le echara mano al cuello.

—Ahora es la mano no mas, le dijo.

Mas tarde, será lo que el comandante disponga.

El marinero guardó silencio.

Sin duda pensaba el partido que debia tomar.

Fué en este momento que llegó Cuitiño, con el rollo de papeles que acababa de tomar.

Sabia que eran papeles impresos pero aún no conocia lo que contenian.

—Ola buena pieza! dijo—parece que hemos caido en la trampa?

Si no cantás claro, me parece que no volvés á comer mas puchero.

El marinero guardó silencio y envolvió al asesino en una mirada de terrible desprecio.

Era un hombre jóven de fisonomia franca y noble, á cuya mirada asomaban los destellos de su espíritu intrépido.

Su aspecto, aunque bajo el disfraz de un asesino, ofrecia esa mezcla de bonbad y grandeza que ilumina en general, el noble rostro de ciertos marineros italianos.

Murature, el viejo leon de nuestros rios, por ejemplo.

—Qué has ido á hacer abajo de las carretas,

salvajon? preguntó Cuitiño, algo desconcertado ante aquella mirada llena de fiereza.

—Lo que hace cualquiera que se vé apurado.

Si es eso solo lo que quieren saber, ya están satisfechos.

Respondió y miró el lio de papeles que el asesino traía en la mano, comprendiendo entonces que su vida no valía la pitada de un cigarro.

—Allá lo veremos, dijo Cuitiño.

Ahora vamos á lo de Salomon.

—O al infierno, lo mismo me dá.

En materia de viajes nada me arredra.

Entre Cuitiño y el soldado aseguraron al marinero con sus fajas y pañuelos y le hicieron caminar á prisa, mediante unos cuantos golpes.

Indudablemente aquel no era un hombre vulgar.

El traje de marinero con que habia bajado á tierra era un disfraz como el mismo de asesino que en aquel momento llevaba.

Unitario de corazon, pertenecia á una de las muchas lógias de patriotas establecidas en Montevideo, y como tantos otros se habia resuelto á jugar la vida contra el bandido Rosas.

La comision en que fué tomado, la habia desempeñado otras veces de idéntica manera.

A fuerza de golpes y humillaciones, fué conducido hasta la casa de Salomon, donde en aquel momento se jugaba un truco entre este, Troncoso, Parra y Alegre.

Al ver entrar al terrible y prestigioso Cuitiño, seguido de un federal bien amarrado, los cuatro compañeros abandonaron la baraja, mientras Troncoso preguntaba amenazador:

—Se trata de algun traidor?

—No, dijo Cuitiño.

Este ciudadano es el hombre de los impresos. Y arrojó sobre la mesa el rollo de papeles.

Examinados, resultaron ser pasquines contra Rosas, conteniendo todo género de amenazas.

Pues has salido de pobre, amigo, dijo el astuto Salomon.

No te arriendo las ganancias!

—Y qué hacemos con este salvaje?

—Vamos á hacerle cantar y dar cuenta.

Los asesinos aplaudieron de una manera feroz.

Iban á tener un rato de federal diversion.

El marinero fué interrogado de todos modos.

Cada uno empleó un medio mas persuasivo de obtener una respuesta, desde la cachetada hasta el golpe de verga.

Pero aquel hombre parecia de fierro.

—Soy quien me dá la gana, dijo, y he venido á lo que á ustedes no les importa.

Cuitiño no se atrevió á proceder mas federalmente sin dar cuenta y se lanzó á casa del Restaurador á imponerlo de su preciosa presa.

Rosas se enteró de los impresos tomados, y despues de felicitar á Cuitiño por su hábil pesquiza, le regaló una buena suma y le ordenó

entregara al preso en la Policia, para cuyo gefe dió cuatro letras.

Segun ellas, el preso debia ser sometido á un riguroso interrogatorio y fusilado al dia siguiente en la plaza del Retiro.

El marinero fué encerrado en uno de aquellos lóbregos calabozos, donde se le interrogó á fin de que delatara algun cómplice en Buenos Aires.

Pero aquellos tratamientos inquisitoriales no dieron mas resultado que los impuestos en casa de Salomon.

Registrado, se le hallaron cosidos en el interior la camiseta, una buena cantidad de impresos como los que habia tomado Cuitiño.

Conociendo esta alma noble que mientras mas irritara á los federales mas pronto le darian la muerte y mas pronto dejaria asi de penar, cuando le comunicaron que al dia siguiente seria fusilado, exclamó.

—Gracias á Dios!

—Que grite viva Rosas! exclamó un esbirro.

—Muera Rosas! gritó el jóven con toda la fuerza de sus pulmones.

Y en un ademan sublime cruzó los brazos sobre el pecho valeroso y descansó su mansa y noble mirada sobre toda aquella canalla.

A las tres de la madrugada recibió Rosas el parte en que se le comunicaba el resultado del interrogatorio, sin escluir el último incidente.

Poco despues llegaba á la Policia su elean, con una órden tremenda.

—Que se le corte la lengua ahora mismo y no se le fusile hasta mañana á las seis.

Y aquella órden terrible fué cumplida al pié de la letra, llenando de horror á los mismos empleados que la hicieron ejecutar.

Exequiel Gomez, que así resultó llamarse aquella noble víctima, sufrió la terrible operacion de una manera heróica.

Suboca, fuertemente cerrada á pesar de los golpes que se le aplicaban para que la abriera, le fué abierta por fin con una bayoneta y su lengua fué cortada tanto como se pudo.

A las cinco de la mañana fué conducido al cuartel de Mazay fusilado á las seis en la plaza del Retiro.

Su cadáver fué colgado durante aquel dia para escarmiento de unitarios.

En sus espaldas se veia pegada una de aquellas hojas y colgada de su barba negrísima la mitad de su lengua!

El espectáculo no podia ser mas terrible é imponente.

Aquello era una notificacion que se hacia á los unitarios, para el caso que se permitieran gritar otra cosa que viva Rosas!

El partido unitario se aterró verdaderamente, pero no desmayó.

Todos se habian resuelto á jugar la cabeza, y el perderla no los tomara de nuevo.

Muchos de ellos andaban con una pistola en el bolsillo, destinada á saltarse los sesos en el momento de ser presos.

De esta manera se ahorrarian los martirios que empezaban á aplicar á las víctimas antes de darles muerte.

Exequiel Gomez era una prueba de esta conveniencia.

Rosas comprendió que era necesario seguir con el sistema del terror, ó renunciar á su propia cabeza.

No era difícil acertar con la medida que de estas dos adoptaría.

El proceso instruido por su órden á los hermanos Reynafé le proporcionaba suficiente tema para preparar una nueva tragedia.

Y si así mismo no lograba intimidar á los unitarios, ahí estaban Cuitiño y sus hordas á quienes daría carta blanca para proceder.

Sigamos á aquellos nobles hermanos, víctimas inocentes de la ferocidad de aquel miserable.

Es el proceso mas monstruoso que se haya formado jamás, por el número de víctimas que él hizo perecer y la infame injusticia con que se condenaron por el mismo Juan Manuel Rosas erijido en juez!

Una liga de asesinos

Nuestros lectores recordarán el asesinato del bandido don Juan Facundo Quiroga, su secretario el general Ortiz y el peon conductor de la volante.

Este asesinato habia sido cometido por órden de Rosas y sancion de los demás gobernadores de la liga rosista-federal.

Rosas habia concluido por temer á Quiroga y tener celos del gran prestigio que aquel facineroso tenia en el interior.

Tenia que Quiroga pudiera alzar el poncho y venirse encima, arrebatándole todo lo adquirido.

Quiroga solo, con sus greñudos, no era muy temible.

Pero Quiroga podia maniobrar con la liga, aliarse con ella y aún con los mismos unitarios, en último caso.

Porque su ambicion de mando era inmensa y mas que esta su ambicion de dinero.

Rosas decretó en su interior la muerte de Quiroga, y sobre tablas se puso á idear el mejor medio de llevarla á cabo, salvando, como acostumbraba su responsabilidad.

Sus aliados de Salta á Tucuman no andaban de acuerdo.

Tenian sus pequeñas diferencias federales que amenazaban concluir con una guerra entre las dos provincias.

Quiroga estaba en Buenos Aires y el momento era oportuno.

El podia haberlo hecho sacrificar aquí mismo, pero entonces no hubiera podido evitar su responsabilidad.

Era necesario hacerlo sacrificar fuera de la provincia.

Rosas mandó sus enviados á Lopez el gobernador de Santa-Fé, para ponerse de acuerdo y que este tocara á los demás de la liga.

La respuesta no era dudosa ni podia tardar en llegar.

Lopez no solo consintió en el crimen, sino que aseguró que los demás de la liga entrarían por el aro.

No habia que perder tiempo.

Rosas mandó llamar á Quiroga y lo encargó de una mision política de gran transcendencia.

Se trataba de poner en paz á los dos gobiernos de Salta y Tucuman, en nombre de la santa causa de la federacion, para cuyo sostén era preciso permanecer siempre aliados y amigos.

Quiroga aceptó la mision de su amigo, asegurando que si no podia por los medios conciliatorios, los haria entrar en paz á la fuerza.

Rosas le dió por secretario al general Ortiz, que le era poco simpático y le proporcionó todos los medios necesarios para efectuar el viaje cómodo y rápidamente.

Primero se fijó la provincia de Santa-Fé para dar el golpe, pero mas tarde se acordó que fuera en territorio de Santiago del Estero, centro de sus greñudos.

Así su muerte podria atribuirse á alguna venganza personal, por las muchas iniquidades que allí habia cometido.

Era entonces gobernador de la provincia de Córdoba don José Vicente Reynafé, hombre de nobles antecedentes y que no pertenecia á la liga de asesinos, aunque contemporizaba con ellos esperando el momento de romper de lleno.

José Vicente Reynafé tenia tres hermanos, Francisco, Guillermo y José Antonio, con quienes tenia un cariño verdaderamente fraternal.

Los cuatro hermanos eran verdaderamente queridos en la provincia de Córdoba, donde gozaban de un gran prestigio.

Córdoba no podia olvidar las carnicerías cometidas por Quiroga, despues de la derrota y pri-

sion del general Paz, así es que allí se le profesaba un ódio á muerte.

El gobernador Lopez se puso al habla con el gobernador Reynafé, para explotar ese ódio en contra de Quiroga.

Pero no eran los Reynafé, á pesar de su enemistad personal con el bandido, personas capaces de prestarse á acto tan infame y cobarde.

Negarse era también romper abiertamente con Rosas y entrar en una guerra en que, fuera de toda duda llevarian la peor parte.

Fué entonces que Lopez hizo llamar al capitán Santos Perez, persona de entrañas, á quien se le encomendó el asesinato, encargándole el mayor sigilo sobre la órden.

La posición de Reynafé era por demás falsa y difícil.

Santos Perez, como capitán de milicias, estaba á sus órdenes y él, como gobernador no podía consentir en el crimen.

Negar su sancion era, pues, un rompimiento con Rosas y la liga, y lo que era peor, entregar maniatada la provincia de Córdoba en poder de la federación.

José Vicente Reynafé delegó el mando prestando una enfermedad, y resuelto á no tomarlo hasta que aquella tormenta de sangre no hubiera pasado.

De todos modos se trataba de un bandido cuyos crímenes lo habian puesto fuera de toda ley.

Arreglado todo lo concerniente al asesinato y comprometido Santos Perez, con una buena partida, se fijó como teatro del drama la Barranca Yaco y se apuró la partida de Quiroga y su secretario.

Nuestros lectores conocen ya la manera como se llevó á cabo aquel asesinato el 16 de Febrero de 1835.

La liga de gobernadores puso el grito en el cielo.

Era preciso según ellos que aquel crimen inaudito que el asesinato del ilustre brigadier general Quiroga no quedara sin castigo, y sin un castigo ejemplar.

A quién se echaba la culpa del crimen?

Es claro que á los salvajes unitarios, que conociendo la importancia de aquel jefe lo habian suprimido, como ¡suprimirian al mismo Rosas si se los presentaba igual ocasion.

Los que mas clamaron por una rigurosa venganza fueron aquellos que habian preparado el asesinato y que habian seguido el plan sin descanso, hasta llevarlo á buen término.

Rosas aseguró que no reposaria un momento hasta no dar con los asesinos del general Quiroga, pues ya era esta la segunda vida ilustre que el puñal de los unitarios robaba á la santa causa de la Federación.

La memoria de Dorrego era así degradada, colocándola al mismo nivel de la del tigre de los llanos!

El crimen habia sido cometido en la provincia de Córdoba y, según lo aseguraba la liga, por individuos pertenecientes á las milicias de aquella provincia.

Aunque muy sordamente al principio, se señalaba á los hermanos Reynafé, como principales autores del crimen, y el nombre de Santos Perez rodaba de boca en boca en boca, como el instrumento de que se habian valido.

Es claro que los Reynafé estaban entonces en relacion con los salvajes unitarios, siendo por consiguiente reos de alta traición á la santa causa federal.

La idea de Rosas era aún antes del asesinato de Quiroga, quitar del medio á los cuatro hermanos, de quienes desconfiaba y además, de quienes no podia servirse como instrumentos ciegos.

Pero era preciso que otros la hicieran, sin que él tuviera la menor parte, como en todos sus crímenes.

La liga de asesinos pidió justicia, recurriendo á Rosas, como jefe de la provincia mas importante.

Pero este declaró que él no podia entrar en una guerra con Córdoba por una simple sospecha, pero que en el sentido de hacer justicia prestaria á los demás gobiernos todo su apoyo moral y material.

Era preciso escarmentar á los unitarios una vez por todas, decia, y con una acción enérgica y rápida, impedir que aquellos crímenes bárbaros se repitieran con la frecuencia que era de temerse.

Primero fué Dorrego, dijo, y despues Quiroga.

Mañana será el general Lopez ó cualquier otro gobierno, contándome yo en el número pues soy el mas amenazado.

Para significar su profundo sentimiento, decretó pomposos funerales por Quiroga y Dorrego, mandando que los buenos federales llevaran luto en señal de duelo.

Entre tanto y por *abajo del poncho*, se entendia con Lopez, su brazo derecho en el interior, para tratar el estermio de los Reynafé.

Era preciso probar de cualquier manera que ellos, en alianza con los unitarios eran los autores del crimen.

Entonces los gobiernos reunidos podian dar libre expansion á la indignacion mas íntima de los pueblos, prender á todos los autores del crimen de Barranca Yaco, y someterlos á la alta justicia del Gobernador de Buenos Aires.

Por lo pronto tenian á Santos Perez á quien aprehender, pero cómo hacer que este se volviera contra los Reynafé, á quienes pertenecia en cuerpo y alma?

Aquí estaba la primer dificultad.

Preso Santos Perez se le podia hacer declarar de la manera mas conveniente por medio del terror, ó publicar una declaración falsa, suprimiéndolo en seguida.

En esta declaracion se daría la luz que la federacion necesitaba y recaer todo el delito contra los hermanos Reynafé.

Eran muchos los antecedentes que podían fraguarse para inventar á los Reynafé un odio mortal contra Quiroga.

Los Reynafé segun se empezó á decir entonces, y se hizo constar despues en el sumario, querían vengarse de Quiroga porque le temían y lo odiaban.

Este ódiotenia origen desde el año 31, época en que Quiroga increpó á los Reynafé en términos terribles, un acto de hostilidad que de ellos decia haber recibido.

En 1832, se insurreccionó contra la administracion de los Reynafé un comandante Castillo que, batido por ellos se fué á refugiarse á la Ríoja donde imperaba Quiroga, quien lo patrocinó de tal manera, que los Reynafé dijeron que el comandante Castillo habia hecho el movimiento instigado por Quiroga.

Entonces este escribió una carta en la que entre otras cosas decia “puede ser que esos pillos no recojan otro fruto que el que una simple esquila los haga amanecer colgados”.

Con semejantes antecedentes era lógico suponer que los Reynafé quisieran suprimir á Quiroga, á cuya voz se levantaban los pueblos.

Los astutos unitarios, añadía la prensa federal, bien apercibidos de las debilidades de los Reynafé, convertidos aparentemente en federales, se pusieron al habla con ellos y trataron y llevaron á cabo el asesinato del general Quiroga.

Estas eran las armas que la Federacion pensaba esgrimir contra los cuatro hermanos, armas que, puede decirse, figuran como acusacion principal en el miserable proceso que se instruyó.

A fines del año 1835, estaba ya andada la mayor parte del camino para llegar al fin propuesto.

Los gobiernos de la confederacion bien penetrados del plan, se alian y reclaman de la autoridad de Córdoba, la averiguacion y castigo de los asesinos de Barranca Yaco.

Matar al general Quiroga, cuya bravura fantástica era de todos conocida, importaba una gran hazaña.

Así es que Santos Perez era el primero en nazar por todas partes que él era el guapo que habia muerto á Quiroga, de hombre á hombre, como lo podían atestiguar sus milicianos, presentes á la hazaña.

Así es que Santos Perez fué reducido á prision junto con los individuos que lo habian acompañado, en número de 63.

Santos Perez era un bandido completo, espiritu degradado y pérfido que no obedecia á otro móvil que al del dinero.

Basta la comision que le hemos visto desempe-

ñar para formarse una idea de lo infame que podia ser.

Antes de ser preso ya se habia entendido con el gobernador de Santa Fé, dándole este la leccion que habia de repetir.

—Si quieres ganarte mil patacones y salvar la cabeza, es preciso que declares lo que se te mande.

Aunque oigas decir que van á fusilarte, no lo creas, siempre que hagas lo que se te mande.

Van á prenderte y tienes que empezar por no hacer resistencia.

Los gobiernos unidos te mandamos prender para castigar á los verdaderos autores del crimen, que son los que nombrarás.

—No me importa, respondió el asesino con un cinismo aterrador.

Si así lo quieren, declararé contra mi magre.

—No te pido tanto.

Eso sí, aunque te sienten en el banquillo, no creas nada, pues todo será simple aparato si fuera necesario.

—Pues no tienen mas que mandar.

Así aleccionado este miserable y convencido de que realizaba un buen negocio, se prestó á todo.

—A los Reynafé no les sucedera nada se le dijo.

Esto no es nada mas que una comedia para tapar la cosa.

Prendido Santos Perez prestó su primera declaracion, que fué una acusacion tremenda contra los Reynafé, no solo por la mancha que sobre ellos arrojaba, cuanto porque aquella era una sentencia de muerte.

Santos Perez con un aplomo tremendo, contaba la cosa de esta manera:

—Un día fui llamado por el entonces Comandante General de Campaña, don Francisco Reynafé.

Cuando llegué yo, estaba este acompañado de su hermano Guillermo, jefe de mi cuerpo.

Los dos me dijeron que me habian elegido para confiarme, en nombre del Gobierno una comision de la mayor importancia, puesto que se trataba nada menos que de la salvacion de la República.

Todos los gobiernos de la confederacion, me decian, han resuelto para ello, dar muerte al general Quiroga, sin el menor ruido y de manera que la cosa quede en silencio.

Cómo es usted una persona brava y de toda confianza, lo hemos elegido para el desempeño de tan importante comision, para cuyo mejor cumplimiento le daremos toda la gente que necesite.

En seguida me dijeron que la persona que acompañaba al general Quiroga tambien debia morir, como así mismo los peones ó escolta que trajeran.

¿Qué podia responder yo á una orden termi-

nante que me daban mis superiores de acuerdo con todos los Gobiernos?

Resistirme hubiera sido para que me fusilaran sobre tablas y esto no me convenia.

Acaté la órden y pedí instrucciones.

Los dos hermanos hablaron un momento y en seguida me dijeron que debia situarme con mi gente en Barranca Yaco, por donde debia pasar el general Quiroga de viaje para el Interior y darle muerte como pudiera.

Aterrado y sin animarme á cumplir la órden, pretesté una enfermedad grave, y perdí la oportunidad del golpe.

Bien pronto hube de arrepentirme, tales cosas me dijeron.

Fué entonces que me mandaron situar en Barranca Yaco, el 15 de Febrero, donde fui auxiliado por fuerzas que me mandó el mismo don Guillermo, mi gefe.

Cómo eludir la cosa?

Esto me era imposible y la órden fué cumplida de la manera que ya se conoce.

Cuando fui á dar cuenta de mi comision, se me dieron las gracias en nombre de la patria y los Gobiernos, regalándome lo que habia sobre los cadáveres.

—Este es un acto de alta justicia, se me dijo, dispuesto por todos los Gobiernos, incluso el de Buenos Aires, en cuyo nombre se recomienda el mas riguroso silencio.

Santos Perez, en seguida procedió á dar los nombres de todos los que directa ó indirectamente lo habian ayudado al crimen de Barranca Yaco, los que inmediatamente fueron reducidos á prision.

Perez hablaba con un aplomo asombroso.

Tenia plena seguridad que nada le sucederia, pues se habia concluido por decirle que, en rigor de ley era inocente.

Ningun oficial puede ser responsable de los actos que comete en servicio, por órden de sus superiores.

Este fué el punto de partida del inicuo proceso que terminó con una nueva matanza que, para

hacerla mas vejatoria é infame, se la quiso revestir con todas las formalidades que hubiera empleado el tribunal mas justo y rigido.

Acusados de esta manera los hermanos Reynafé como autores de aquel asesinato, ¿qué tribunal podia juzgarlos en la República?

Ninguno mas aparente que el brigadier Rosas, revestido con la suma del poder público.

Los gobernadores de la liga se reunieron entonces y nombraron á don Juan Manuel Rosas, juez supremo, para que entendiese en la causa y la terminara con un acto de ejemplar justicia.

Como esto era lo convenido, Rosas se apresuró á aceptar el cargo, prometiendo proceder con todo el rigor de las leyes y no economizar esfuerzo hasta no descubrir al último de los cómplices en aquel crimen.

El crimen habia sido cometido contra un brigadier general, nada menos que comisionado especial del Gobierno de Buenos Aires en las provincias del interior.

Estas circunstancias hacian clasificar el crimen de alta traicion á la patria y á la Confederacion Argentina.

Los Reynafé venian á quedar encerrados en un terrible aro de fierro, y por grande que fuera su prestigio, ¿qué harian ellos contra todas las demás Provincias Unidas?

No tenian mas remedio que esperar los acontecimientos y proceder segun ellos.

La medida mas prudente era ponerse en fuga.

Pero este era un medio que les repugnaba, y además, nunca pudieron sospechar la magnitud terrible de la tragedia que les esperaba.

José Vicente debia dejar pronto el Gobierno y siempre tendrian tiempo de una resolucion extrema.

Las declaraciones de Santos Perez no se habian hecho públicas, ignorando la trama diabólica que ellas encerraban.

Además no podian suponer el giro que ellas tomarian, y como inocentes que eran, estaban perfectamente tranquilos á este respecto.

El proceso de Pilatos

—Rosas piensa destruir toda sospecha que sobre él pueda caer respecto al asesinato de Quiroga,—pensaba José Vicente Reynafé al entregar el mando á su sucesor en 7 de agosto de 1835.

Pero al mismo tiempo no dejaba de alarmarse por la actitud bestial y amenazadora que asumian los gobiernos de las demás provincias.

Se le habia pedido la prision de los asesinos

que delataba la opinion pública, y él los habia complacido.

Pero se le habian dirigido notas ásperas, diciéndole que los gobiernos de la confederacion irian hasta la guerra para hacer justicia.

—Esta no es una causa nacional para cruzar bayonetas y levantar ejércitos, habia respondido él.

Es un crimen aislado cuyos autores no han sido castigados porque no los conocia.

Haré sin embargo todo esfuerzo por complacer á los gobiernos de la Conferacion, y trataré de demostrar que este no es un crimen cometido por la Provincia de Córdoba para que se quiera envolverla en una guerra, ni tampoco un acto de hostilidad al señor gobernador de Buenos Aires.

Santos Perez y demás acusados fueron puestos á la disposicion de la liga de gobernadores, que empezaron á instruir aquel curioso sumario.

Fuera Reynafé del gobierno de Córdoba, aunque los otros hermanos conservaban sus posiciones, la empresa era mas fácil.

Toda la República sabia que el verdadero autor de la muerte de Quiroga era Juan Manuel Rosas,

Pero ninguno se atrevia á comunicárselo ni siquiera con la mirada.

Aceptaban la acusacion á los Reynafé y cuando mas se encojian de hombros.

El mismo Lopez, jefe de la liga de Santa-Fé, habia concluido por convencerse de la cosa, por la cuenta que le tenia.

Rosas se les habia impuesto con su enorme poder y los elementos que habia acumulado.

Lo sentian estrechar la mano al rededor de sus gargantas y no se atrevian á separarla.

Muchos de ellos comprendian que la causa de los Reynafé era la propia, pues podian hallarse en igual caso, pero contribuian á la infamia, porque ante todo era preciso estar bien con Rosas, mucho mas despues de la muerte de Quiroga, único que hubiera sido capaz de emprender una campaña contra el poder de Buenos Aires.

Rosas pidió, como juez absoluto de la causa, que se remitieran los presos á Buenos Aires, acompañados del sumario que debia instruirseles en Córdoba mismo para la averiguacion de los hechos.

José Vicente Reynafé era un carácter en toda la estension de la palabra.

Tenia la conciencia de sus acciones, sabia que no habia tribunal capaz de condenarlo, las pruebas de su inocencia estaban en la conciencia de todos y no temia ni al mismo Rosas, porque tuvo la inocencia de no creerlo capaz de una iniquidad tan terrible.

Así es que en cuanto fué requerido por los gobiernos de la liga, se presentó sereno y altivo, creyendo se tratara de una simple interpelacion, para mejor concluir el crimen.

Fué recién cuando se le interrogó y tuvo conocimiento de las declaraciones de Santos Perez, que se apercibió de la trama formidable contra él tejida.

Fué, pues, con una indignacion terrible que rechazó todos aquellos cobardes cargos.

—Se me quiere asesinar, dijo, con una aparien-

cia de justicia, como se hizo asesinar al general Quiroga.

No vale la pena de tomarse tanto trabajo: con una buena puñalada queda todo concluido!

Pero ¡vive Dios! que no han de arrojar sobre mi nombre esa mancha de asesino!

Tengan presente que si me apuran mucho, tales cosas he de decir, que los asesinos de aquel asesino han de temblar.

Reynafé, con una entereza sublime, espuso todo lo que sabia respecto al crimen que se le imputaba.

Era lo que estaba en la conciencia de todos y lo que sus mismos jueces conocian mejor que él mismo.

Pero su declaracion no debia figurar en el sumario tal cual era, sinó tal cual convenia á la liga de pillos.

Era preciso que en aquella declaracion el ex-gobernador de Córdoba dejara entrever su culpabilidad, y así se confeccionó.

Allanada su casa, se le tomó su correspondencia particular.

Entre ella habia de esas cartas íntimas que se escriben los hermanos y que, falsamente interpretadas, podrian servir de grandes piezas de conviccion.

Por ejemplo, habia una de su hermano Guillermo, en que decia: "Me pides escolta como se debe al General Quiroga, á su paso por Córdoba, pues viene en comision del Exmo. Gobernador de Buenos Aires.

Pondré á su disposicion, si se me avisa, la mejor escolta que me sea posible improvisar."

En esta carta se vió una prueba irrecusable de que los Reynafé eran los asesinos.

Aquella escolta no debia ser otra que el grupo de bandidos que se mandó para asesinarlo, á las órdenes de Santos Perez.

A estos los habia protegido el mismo Comandante Guillermo Reynafé con otro grupo de soldados que habian tomado parte activa en la matanza y degüello.

En vano Reynafé quiso esplicar el inocente contenido de aquella carta.

¿Cómo hacerlo, si sus jueces estaban dispuestos á no aceptar sinó lo que les convenia?

Aquella carta fué tomada en aquel sentido miserable y así se hizo constar en el sumario.

Cuando estén presos sus otros hermanos, se le dijo, se hará mas luz en este crimen sin nombre, y aparecerá toda la verdad de los hechos.

Ellos no tendrán aliento para sufrir el peso de las pruebas terribles que se tienen!

Yano habia duda alguna para José Vicente.

La cruzada era contra el apellido Reynafé y su prestigio en Córdoba, al extremo de no perdonar ni al mismo Francisco, que no tenia el menor rol en la política, ni siquiera el de un teniente alcalde.

Estos, entre tanto, menos confiados que Vicen-

te, se habian puesto en guardia, dispuestos á no dejarse sacrificar á mansalva.

—El que ha sido capaz de asesinar á Quiroga por un temor vago, es capaz de comprar el misterio que debe rodear el crimen, con todas nuestras cabezas, y si es posible, con la de los otros gobiernos mismos.

Es necesario no solo salvarnos nosotros mismos, sinó salvar á José Vicente, que ha cometido la niñada de ponerse á disposicion de sus asesinos.

Los otros tres hermanos estaban dispuestos á defender la cabeza de los cuatro, á todo trance.

Pero Rosas estaba resuelto á arrebatlarla y para esto, aliado con todos sus vecinos.

El trance no podia ser mas apurado y toda salvacion estaba en el tiempo que pudiera ganarse.

Las fronteras debian estar vigiladas por fuerzas de los otros gobiernos y era casi imposible toda escapatoria.

A pesar de esto los Reynafé, fuertes en su valor y conciencia, no se acobardaron.

Tanto Guillermo como José Antonio conservaban su puesto militar, que en tan apuradas circunstancias podia serles de una utilidad salvadora tanto para ellos como para José Vicente, preso ya.

Los asesinos de la liga, para mejor asegurar el golpe, una vez apoderados del gobierno de Córdoba, dictaron una orden por la cual destituan de todo mando militar á Francisco y á Guillermo Reynafé, que conservaban tropas bajo sus órdenes.

Al mismo tiempo remitian una orden al comandante Juan Bautista Romero, segundo jefe del rejimiento que mandaba Francisco Reynafé, para que hiciera efectiva la destitucion de aquel jefe y lo remitiera preso á Córdoba, prévio el remache de una pesada barra de grillos.

Francisco Reynafé, jefe de la frontera Sur de Córdoba, se hallaba al frente de sus leales dragones, guardando la frontera.

Juan Bautista Moreira, lejos de llevar á cabo aquella traicion contra su jefe y amigo, no solo le dió aviso de lo que sucedia, sino que, aliado á Pastor Romero, Francisco Solano y José Manuel Diaz, jefes y oficiales del rejimiento, resolvió ayudarlo á fugar, desobedeciendo la orden que de aprehenderlo se le daba.

En vista de la desobediencia, el Gobierno decidió prender á todos ellos, á cuyo efecto envió algunas tropas.

Pero Francisco Reynafé se hallaba en el centro de su prestigio y podia resistir con ventaja cualquier tropa que fuera á batirlo.

Todo el vecindario de Rio IV, donde se hallaba, reconocido á sus muchos servicios y firme en el cariño que le profesaba, decidió sostenerlo.

Así Francisco Reynafé, unido á Guillermo y José Antonio, pudo resistir á los que iban á pren-

derlos como viles asesinos, pues ya las órdenes eran extensivas á los tres hermanos.

Apenas las tropas del Gobierno de Córdoba cambiaron unos tiros con las de Reynafé, se plegaron á la capital completamente deshechas.

Allí no se atrevieron á perseguirlas, pudiendo retirarse tranquilamente.

No era prudente hacerse ilusiones por este triunfo parcial.

Si los Reynafé tenian suficiente prestigio para resistirse al Gobierno de Córdoba, no podian hacer lo mismo con el poder de las demás provincias, aliadas contra ellos.

Además, Rosas les habia facilitado sus grandes elementos, y toda resistencia seria completamente inútil.

El camino mas prudente, entonces, era ponerse en salvo, de la manera mas segura, para así auxiliar á José Vicente.

Los Reynafé no tenian á la justicia, como todo espíritu noble y recto que se ha conservado ileso de toda mancha.

Pero no les sucedia lo mismo con la justicia de Rosas, de cuya decision pendia aquella causa incua.

No les imponia la muerte, pero temblaban ante la idea de una muerte infamante, como podia dictarla la justicia de Rosas, y de una condena, sobre todo, como asesinos de Quiroga.

Asi entre los tres concertaron un plan de fuga, mientras la liga de asesinos se ponía de acuerdo para arrebatrarles la cabeza.

Francisco Reynafé debia pasar al Estado Oriental, ayudado por sus compañeros de armas que no habian querido traicionarlo, donde en combinacion con Lavalle y el centro unitario de Montevideo, podria proteger á su hermano José Vicente.

Era este el de mas valer de todos ellos.

Como gobernador de Córdoba, su provincia y la República entera le debian señalados servicios.

Batallando contra los indios, habia asegurado por completo las fronteras de Córdoba, ayudando al mismo jeneral Quiroga en sus famosas campañas contra los pampas y araucanos.

Majistrado noble y de una integridad acrisolada, solo la Federacion podia abrigar contra él aquel odio estúpido y desmedido.

Si Reynafé hubiera sido un bandido, se hubiera aliado á Rosas, y en vez de ser su enemigo habria formado parte de la liga.

Este es un argumento que, por sí solo, habla elocuentemente en favor de su carácter honrado.

Por esto solo la liga de asesinos lo perseguia hasta arrancarle la cabeza, único medio, por otra parte, de apoderarse de la provincia de Córdoba, hasta entonces libre de la liga federal.

Francisco abandonó su familia é intereses á manos de amigos leales, y siguió su plan de pasar al Estado Oriental.

José Antonio decidió su fuga de otra manera.

Para lograr buen éxito, todos creían que era preciso dividirse y destruir de este modo toda persecucion.

Fraccionándose, obligaban á la liga á fraccionarse tambien y le dejaban entonces menos probabilidades de apoderarse de los tres.

Así José Antonio, mientras su hermano Francisco partía hácia el territorio oriental, decidió pasar á territorio brasilero, por puntos que le eran esencialmente conocidos.

José Antonio encomendó el cuidado de su familia é intereses al doctor José Roque Funes, su padre político, y se dispuso á pasar á territorio boliviano, seguido de un grupo de soldados.

El doctor Funes, persona de influencia y que tenia por su yerno un cariño y estimacion profundos, le facilitó cuanto estuvo en su mano para el mejor logro de su objeto.

Así, José Antonio, despues de abrazar á su esposa é hijos, de quienes se despidió hasta muy pronto, tomó el camino que debia conducirle á la frontera boliviana.

Pero ya Córdoba estaba llena de espías federales, y difícilmente se podria hacer algo sin que inmediatamente lo supieran los gobiernos que, como aves de rapiña, se cernian al rededor de aquellas víctimas ilustres.

La marcha de José Antonio se supo con tales detalles, que esa misma tarde salió de Córdoba una comision á prenderlo, mientras otros agentes federales reducian á prision en su propia casa al doctor Funes, como cómplice de la huida de su hijo político.

Funes sufrió algunos vejámenes sin querer declarar la menor palabra que pudiera perjudicar á su yerno; pero todo era inútil.

La federacion sabia ya mas de lo que era necesario.

José Antonio fué alcanzado por la comision que lo perseguia, la que le intimó orden de prision, en nombre de todos los gobiernos de la República.

—Encuentro que mi cabeza se halla muy cómoda sobre mis hombros, replicó el jóven.

Si se animan á arrebatarla, pueden avanzar.

E hizo alto provocando con su reducida escolta á la comision que lo seguía.

Estaa vanzó decidida, pero muy pronto tuvo que retroceder, primero, y ponerse en seguida en precipitada fuga.

Reynafé y los suyos no habian necesitado hacer uso de sus armas para obtener este feliz resultado.

Habia bastado la resolucion inquebrantable de vender cara la vida, que irradiaba en todos aquellos semblantes juveniles, y ante ella habian retrocedido.

Como su objeto no era montonerear ni hacer pequeñas escaramuzas y prisioneros sin trascendencia alguna al enemigo, José Antonio y su grupo

trataron solo de salir del territorio argentino lo mas pronto que les fuera posible.

En territorio extranjero estaban seguros, pues nunca se figuraron se atreviese Rosas á hacerlo violar por sus tropas.

Pero estaba escrito que todas las esperanzas mejor fundadas debian fracasar de una manera desgraciada.

Ni aún en territorio extranjero debia estar á salvo aquella noble cabeza!

Una vez en territorio boliviano, se internaron unas diez leguas y decidieron descansar algunos dias de las fatigas y penurias de su marcha tan precipitada.

Al efecto ganaron una poblacion miserable habitada por dos buenos viejos, á quienes pidieron hospitalidad aunque fuera por un par de dias.

Todavía en aquellos buenos tiempos la hospitalidad era un deber cuyo cumplimiento ninguno se habria atrevido á eludir.

Los viejos franquearon su pobre rancho, medio aplastado ya por el peso de los años, y allí se instalaron todos con la mejor voluntad y alegría.

Pero los agentes de Rosas, precedidos por bomberos excelentes y rastreadores de gran vista y olfato, no estaban muy lejos de allí.

Al saber que habian pasado á territorio extranjero, el oficial que mandaba aquella tropa pareció vacilar.

Pero pronto se vió encojerse de hombros y avanzar resueltamente.

Tenia instrucciones de perseguirlo hasta donde lo alcanzara y tomarlo allí, fuera donde fuera, y aunque tuviera que matarlo, en último estremo.

Descubierto el punto de residencia y por la manera de haber soltado los animales que montaban, los vaqueanos aseguraron que los fugitivos estaban allí reposando por algunos dias, pues sin duda se creian libres ya de todo peligro y protegidos por otra bandera.

Entonces el oficial tomó sus medidas para asegurar el golpe por sorpresa.

Se emboscó cerca de allí y esperó que llegara la noche y que los fugitivos se entregaran al reposo.

Fué entonces que cayó sobre la choza como una invasion de indios.

Sorprendidos Reynafé y los suyos durante el sueño, no pudieron defenderse, ni siquiera á acudir á sus armas, de que se habian apoderado ya los asaltantes.

Todos fueron hechos prisioneros y amarrados antes que pudieran darse cuenta de lo que sucedia.

No habia que perder tiempo.

La autoridad del territorio que violaban podia sentirlos y echarlo todo á perder, quitándoles los presos.

Todos los prisioneros, que era cuatro, fueron atados y atravesados sobre las mulas.

Al entrar á territorio boliviano, donde se creia seguro, Reynafé habia despedido á los pocos soldados que lo escoltaban, quedando en su compañía solo los tres amigos.

Acto continuo se pusieron en marcha despues de sacudir algunos palos á los viejos que se atrevieron á interceder por los presos.

Aquella jornada fué terrible para los compañeros de desgracia.

No se les dirijia la palabra sino acompañandola con sendos palos y golpes de puño.

El alimento que se les dió hasta Salta, fué las mas groseras injurias é insolencias.

Los esbirros de Rosas estaban en su elemento.

Tenian víctimas que escarnecer, sin correr el menor peligro y esto los entretenia sobremasera.

Una vez en poder de los asesinos de la liga, el martirio de Reynafé y los suyos asumió un carácter tremendo.

Se le quiso hacer declarar desde el principio que él era uno de los asesinos de Quiroga, y como se resistiera, fué enguillado y encerrado en un calabozo inundo hasta el dia siguiente, que se le haria seguir viaje para Córdoba, donde serian juzgados.

El resto del viaje hasta la ciudad clerical, fué un tormento interminable.

Se les trataba peor que si hubieran sido verdaderos asesinos, de los mas feroces.

Se les queria obligar á prestar las declaraciones que convenia á la federacion, y para ello empleaban todos los medios que su bestialidad les sugeria.

Ellos sufrían con resignacion.

Esperaban que una vez en poder de la autoridad de Córdoba cesarian todos aquellos escándalos y vejámenes.

Pero todo pasó precisamente al revés de lo que esperaban.

Fué en Córdoba donde mas se ensañaron con ellos, pues era precisamente donde estaba el interés de hacerlos pasar por los asesinos de Quiroga.

José Antonio y José Vicente fueron careados entre sí y con los demás supuestos cómplices.

El asesino Santos Perez fué traído delante de ellos y allí obligado á declarar que, al dar muerte á Quiroga y Ortiz habia sido obedeciendo sus órdenes.

Los Reynafé se encerraron en una noble negativa, lanzando en público y á la cara de sus inicuos jueces, por vez primera, el nombre de Juan Manuel Rosas como único autor de aquel asesinato.

—Sus cómplices, dijeron, en este crimen que se pretende hacer caer sobre nosotros, son todos los Gobernadores de la Confederacion, aliados al de Buenos Aires, su instigador.

Los tratamientos bárbaros crecieron con este motivo.

Los Reynafé fueron pasados á los mas frios y húmedos calabozos de la clerical ciudad, donde se les obligaba á recibir como alimento los huesos que habian roído ya los demás presos.

El pobre Guillermo, el mas jóven de todos, no podia tardar en venir á compartir con ellos tanta miseria y sufrimiento.

El habia tomado distinto rumbo al de sus hermanos.

Mas ágil y tal vez con menos apego á la vida que ellos, salió solo, con intencion de pasar á la Rioja, donde tenia muy buenas amistades, y de allí á Chile, donde se veria libre de toda persecucion.

Pero no pudo salir de Córdoba.

Se le perseguia con un encarnizamiento terrible y se habian tomado todo género de medidas para que no pudiera abandonar la provincia.

Guillermo se convenció por el momento que la mejor manera de salvarse era permanecer en Córdoba, y así lo resolvió.

Guillermo, como todos sus hermanos, tenia valiosas amistades en Córdoba.

La sociedad estaba profundamente indignada y conmovida por la iniquidad sin nombre que contra ellos se hacia.

Así es que, aunque de una manera oculta por el peligro que se corria, todos les ofrecian elementos y dinero para la mejor realizacion de la fuga.

Guillermo, aprovechando una de estas generosas y espontáneas ofertas, se fué á un puesto de D. Matias Bustamante, de que era capataz Roque Quinteros, y allí se escondió, decidido á no salir hasta que pudiera ausentarse de Córdoba de una manera segura.

Allí recibió la noticia de la prision de sus hermanos, y la manera como esta se habia efectuado.

Guillermo se decidió á correr la misma suerte. —Presos ellos, dijo, está de mas andar esquivando el bulto.

Así caeremos todos bajo el mismo golpe miserable, ó nos ayudaremos unos á otros para librarnos de la infamia que con nosotros se quiere hacer.

A pesar de la decision que tenia Guillermo, tuvo que ceder á las instancias del señor Bustamante, acompañadas de las mas justas reflexiones que puedan hacerse.

—Lo que se busca aquí, le decia, es asesinar á ustedes, con el doble objeto de suprimirlos, porque ustedes estorban á la federacion, y de ocultar á los verdaderos asesinos de Quiroga, acusándolos á ustedes.

Es, pues, una tontera y un desatino ir á estirar el cuello para que le corten la cabeza.

—Pero yo no puedo reducirme á la inaccion cuando mis hermanos sufren los martirios de una prision infame.

—¿Y que vá usted á remediar con aumentar el número de las víctimas?

Con semejantes razones, Guillermo tuvo que ceder y seguir oculto, convencido de que era el medio mejor para librarse de las garras de la federación.

Poco tiempo tuvo el pobre que permanecer en aquel escondite, donde la amistad no lo dejaba carecer de nada.

Los espías de Rosas, que sabían que Guillermo Reynafé no había salido de Córdoba, seguían su pista sigilosamente, haciéndose pasar en todas partes como amigos que trabajaban por la libertad de los presos.

Así fué que dieron bien pronto con el refugio de Guillermo.

Introducidos en el puesto de Bustamante, pudieron convencerse de que allí estaba la víctima perdida.

Entonces, y sin moverse de allí á todo evento, dieron cuenta al gobernador de Córdoba de lo sucedido.

Fué enviada inmediatamente la misma comisión que había preso á José Antonio, la que se presentó de madrugada en el puesto, intimando á Guillermo órden de prisión.

Este no opuso la menor resistencia.

Se dejó remachar la pesada barra de grillos que le pusieron como medida preventiva, y conducir fuertemente amarrado.

Ya iba á compartir con sus hermanos los horrores del martirio, y esto ya era un consuelo para su corazón noble.

La liga de asesinos cayó sobre Guillermo como bandada de aves de rapiña.

Se le quiso hacer declarar todo lo que necesitaban, pero se encontraron con un carácter de acero, que rechazó indignado aquella acusación infame.

—Un Reynafé no puede ser un asesino, dijo; son ustedes unos miserables.

Y cruzó los brazos sobre el pecho en un movimiento gigante.

Aquellos jueces cobardes tentaron seducirlo, ofreciéndole dinero y libertad.

—Es preciso declarar, le decían, y te ponemos en libertad, haciéndote fugir cargado de dinero.

De otro modo irás á la horca con todos los demás, porque no ha de faltar quien declare.

—¿Quiere decir que ustedes me proponen que con una calumnia entregue al verdugo la cabeza de mis hermanos?

¿Qué venda sus cabezas como cabezas de matadero?

—No hombre, es preciso declarar que ustedes fueron los que ordenaron la matanza de Barranca Yaco.

Nada les va á suceder.

Es queasi lo quiere el Gobierno de Buenos Aires, y esto es todo.

Guillermo desplomó sobre aquellos seres degradados una mirada de profundo desprecio, tembló todo en una sonrisa nerviosa, y les escupió al rostro estas palabras:

—Ustedes son sencillamente unos cobardes, que ni siquiera merecen el honor de una bofetada.

El martirio, como la muerte, no me imponen.

Yo los desprecio y los maldigo.

—Peor para tí, porque tus hermanos han declarado.

—Mentis! mentis mil veces, gritó.

Un Reynafé no es un bandido!

Convencidos que con palabras nada lograrían, recurrieron á los medios violentos.

Guillermo fué alojado en un calabozo húmedo, lleno de insectos y reptiles de toda especie.

Pero este horror movable no pudo en su espíritu valiente mas que las amenazas.

Como sus hermanos, no recibió por todo alimento mas que las sobras y desperdicios de otros presos.

No se les dejaba un instante de reposo, interrumpiéndoles el sueño á cada momento, y maltratándolos de todos modos.

Fué entonces que el sumario tomó su forma odiosa.

Los mártires

Para toda la población de la República, los hermanos Reynafé eran inocentes del crimen miserable que se les imputaba.

Era conciencia pública que sus únicos y verdaderos autores eran los gobiernos de la liga encabezados por Rosas é instigados por el fraile Aldao, famoso bandido que tendrá su capítulo especial en esta terrible historia.

Pero esto poco importaba á Rosas y á los gobiernos de la liga.

Ya tenían bajo su garrá á los Reynafé, que era lo interesante.

El resto de la obra maldita era lo de menos.

A pesar de todo martirio y todo engaño, se habían negado á aceptar la responsabilidad del crimen.

Pero esto era un inconveniente fácil de destruir.

Y este se reduciría á alterar las declaraciones y hacer en ellas confesar á los presos lo mismo que negaban.

Todo se reduciría á un poco mas de trabajo.

Las declaraciones fueron, pues, alteradas y publicadas en los diarios de la federacion.

Por ellas todos los presos aparecian convictos y confesos del crimen que se les habia imputado.

José Vicente acusaba á sus otros hermanos, y estos, para disculpar su participacion en el asesinato que no negaban, invocaban órdenes recibidas del Gobernador José Vicente.

Y como Francisco Reynafé era el único ausente, contra él se ensañaban todas las declaraciones.

Santos Perez aseguraba haber recibido de Francisco mismo las órdenes para el asesinato y el mismo Guillermo, noble y recto carácter, aparecia declarando contra su hermano.

Así se instruyó en Córdoba aquel sumario terrible, en medio de los martirios mas insoportables para los que en él figuraban.

En el domicilio de los cuatro hermanos se habia encontrado correspondencia familiar y política que, interpretada como mejor les parecia y alterada en su esencia, pretendian hacerla figurar como cuerpos de delito capaces de hacer condenar á muerte al mismo Dios padre.

Sabedores de esto los Reynafé, perdieron toda esperanza de salvacion.

Recien comprendieron que lo del proceso era una farsa inicua y que no era mas que un pretexto para cortarles la cabeza con toda la apariencia de un acto de justicia.

Pero este convencimiento no fué bastante á quebrantar aquellas viriles organizaciones.

Lo único que los aterraba era la condena infamante que iba á caer sobre ellos, porque no faltaria quien la creyera.

Sin embargo se dominaron, mostrando mas entereza que nunca.

Todavía tenian la inocente esperanza de que tal vez no se atrevieran á consumir la obra.

Todavía no se conocia toda la barbarie de aquella dictadura sangrienta, bajo cuyas órdenes rodaron tantas y tan nobles cabezas!

Pero bien pronto tuvieron que perder esa última esperanza.

La muerte de ellos era una necesidad imperiosa para la federacion, puesto que importaba borrar un crimen y atar una provincia dudosa.

No habia, pues, que vacilar, mucho menos cuando vieron el giro que tomaba el sumario.

Concluido este, fué remitido á Rosas, poniendo á su disposicion todos los presos y nombrándolo Juez supremo de aquel crimen, calificado de alta traicion á la patria y á la santa causa de la federacion.

Rosas se apresuró á aceptar, prometiendo ha-

cer una ejemplar justicia, y mandando que todos los autores y cómplices en el crimen de Barranca Yaco fueran remitidos á Buenos Aires para ampliar el sumario y condenar á los reos.

Fué aquí que empezó la segunda parte de aquella tragedia que debia concluir en la plaza de la Victoria.

Los Reynafé comprendieron que no volverian mas á Córdoba, y pidieron como único servicio á sus asesinos, les permitieran ver sus familias y despedirse de ellas tomando algunas disposiciones.

La respuesta fué tan insolente como bárbara. —¿Concedieron ustedes acaso esa gracia al general Quiroga? dijeron.

Pues mueran ustedes de la misma manera. La familia de los asesinos son los reptiles del calabozo.

Ahí los tienen ustedes.

Se les permite hasta llevarlos para amenizar el viaje.

José Vicente, que profesaba á sus hijos una idolatria ciega, sintió que se le oprimia el corazon y no encontró palabras con que responder á aquella burla sangrienta.

Dobló su altiva cabeza, y dos lágrimas cayeron sobre aquel pecho varonil y esforzado.

Antonio miró un momento aquellos bandidos con una mirada candente, y dijo:

—Brutos, ni siquiera tienen el talento de la ferocidad.

No saben pasar la plaza de magánimos!

Y se retiró á un rincon del calabozo para evitar su presencia.

Guillermo, que poseia la sangre mas ardiente y juvenil, los apostrofó de todas maneras, y á pesar de sus gritos tentó de saltarles encima.

¡Pobre mártir!

Su esfuerzo no tuvo mas consecuencia que renovar el dolor insoportable de sus llagados piés.

—¡Infames! concluyó, me queda el consuelo de saber que allá arriba hay quien nos vengue!

La justicia de Dios es ineludible!

Aquellos miserables rieron estruendosamente de aquellas palabras y se retiraron á preparar todo lo necesario para el viaje, viaje terrible, tan amargo como el del Calvario.

Los Reynafé y titulados cómplices fueron sacados de la cárcel y librados de sus grillos.

El viaje hasta Buenos Aires debian hacerlo á pié, para lo cual los grillos eran un sérió inconveniente.

En cambio se les aseguró bien por medio de largos maneadores, pues temian que uno de ellos fuera á escaparse, ó hacer un motin entre todos, lo que les obligaria á dormir durante el camino en un continuo sobresalto.

Así, los Reynafé, queridos y estimados por todos sus conciudadanos, salieron de la Provincia madre, que con tanta abnegacion habian hecho pres-

perar, en medio de una rechifla general y de los insultos de la chusma federal que debía insultarlos hasta Buenos Aires.

Un piquete de caballería abría la marcha, entro el cual debían ir á pié, se entiende, los hermanos Reynafé, para que no pudieran comunicarse con los demás presos.

Estos, ayuntados de cuatro en cuatro, marchaban precedidos del piquete, llevando detrás otro grupo de soldados de caballería.

Estos tenían la facha mas siniestra que puede imaginarse.

Todos harapientos y cubiertos de cintas coloradas con horribles letreros, ginetes en mulos adornados de la misma manera, parecían todo menos seres humanos.

Un jefe que merecía toda la confianza de los gobiernos de la liga, traía bajo sus órdenes toda aquella rara mezcla de verdugos y víctimas.

Porque á pesar de todas las promesas y seguridades, Santos Perez mismo era tratado con igual rigor que los demás presos.

—En el camino nos matarán, pensaron los Reynafé.

En el estado miserable que nos hallamos, es imposible que podamos andar de aquí al Rosario.

Esta gente está dispuesta á hacernos marchar á palos y es preciso evitar en lo posible los malos tratamientos.

El estado de aquellos infelices era realmente espantoso.

Sus tobillos, á causa de los grillos, eran una llaga viva, sanguinolenta y supurante.

Su debilidad era extrema, á consecuencia de la humedad de los calabozos y la miserable alimentación.

Las primeras dos leguas las anduvieron con poca dificultad.

La marcha habia sido abierta con un rebencazo aplicado en las espaldas de Santos Perez, y ante argumento semejante, cada cual trató de que no se le hiciera en pellejo propio.

Pero despues de esta distancia la marcha empezó á hacerse insostenible.

Las piernas flaqueaban y las fuerzas, mal alimentadas, empezaban á desfallecer.

José Vicente llamó al jefe de la tropa y le pidió algun descanso, por corto que fuera.

—No podemos dar un paso mas, le dijo, y si hemos de llegar á Buenos Aires es preciso que se nos permita descansar.

—Para hacer el primer descanso, respondió aquel bandido, es preciso que andemos por lo menos ocho leguas mas.

—¿Cómo no estuvieron cansados para asesinar al general?

Marchen no mas, porque si no, aquí hay un remedio contra la pereza.

Y acompañó sus últimas palabras con un formidable golpe de látigo.

José Vicente se conmovió todo como al contacto de una máquina eléctrica.

Miró á sus hermanos con toda la resignacion de su alma noble, y abatió la cabeza.

—Es preciso hacer un esfuerzo supremo para caminar, les dijo—sino tendremos encima el látigo de estos miserables.

Si pudiéramos hacernos matar, menos mal.

Pero es que nos van á obligar á seguir caminando á golpes y martirios.

—Si pudiéramos valernos tan solo de las manos, dijo Guillermo, podríamos ahorcar á ese miserable y obligar así á su chusma á que nos mataran.

Pero mis ligaduras son terribles—siento que las arterias no pueden soportar ya la presión de la sangre en ellas encerrada.

Los tres hermanos se ayudaron con una mirada de supremo cariño y siguieron arrastrando pesadamente sus piés sobre aquel camino áspero y sembrado de pedregullo.

Así, cayendo y levantando y sufriendo verdaderos tormentos, anduvieron dos leguas mas.

A las llagas de los grillos se unia ahora el despedazamiento de los piés, producido por la marcha penosa que llevaban.

A pesar de todos los esfuerzos terribles de voluntad, llegó el momento en que no pudieron dar un solo paso.

José Vicente, que era quien llevaba mas largo el cautiverio, fué el primero en caer.

José Antonio y Guillermo corrieron en su auxilio, pero ¿qué podrian hacer ellos, amarradas sus manos á la espalda?

Frente á su impotencia, cayeron tambien al lado del hermano, á cubrirlo con sus cuerpos contra los golpes, ya que no podian hacer otra cosa.

El comandante de la tropa acudió y les mandó que inmediatamente siguieran la marcha.

—¿Con qué piés? preguntó José Vicente sonriendo.

No podemos dar un solo paso mas, á pesar de toda nuestra buena voluntad.

El Comandante sin cuidarse de averiguar el grado de verdad que habia en el aserto, mandó que los hicieran parar á palos y seguir la marcha.

Guillermo y José Antonio se incorporaron para proteger el cuerpo exánime de Vicente.

Pero fueron separados, empezando á golpear el cuerpo del caído con una ferocidad creciente. El antiguo Gobernador de Córdoba no se movió.

Lo que no habia podido su grande esfuerzo de voluntad, menos podia lograrlo el garrote, que no haria otra cosa que postrarlo cada vez mas.

José Vicente fué golpeado hasta que perdió el conocimiento.

Fué entonces que el comandante mandó acampar y desensillar las mulas.

Despues que la tropa hubo comido, fueron

conducidos los presos á hacer lo mismo, con la sobra de la miserable comida.

Era tal el hambre que tenian, que se pusieron á roer los huesos con una voracidad canina.

A la noche fueron amarrados contra los árboles para mayor seguridad.

A cada momento los centinelas iban á mirar si dormian, interrumpiéndoles el sueño con patadas y otros tratamientos análogos.

Al día siguiente fueron los presos los que ensillaron los caballos de aquella tropa de foragidos.

El comandante y los dos oficiales que comandaban la tropa, se habian distribuido como asistentes á los hermanos Reynafé.

Con ellos se hicieron cebar mate y hacer los demas servicios de la mañana.

Concluidos estos, fueron obligados á seguir la marcha á pié.

Si el día anterior habian podido andar cuatro leguas, ese día no pudieron mas que dos.

En vano fueron los palos y demás [martirios á que se les sujetó.

No pudieron dar un paso mas.

En vista de esto, el comandante de la tropa hizo un chasque á Córdoba consultando lo que debia hacer, porque el viaje así era interminable.

La respuesta no tardó en llegar.

Ella estaba en relacion con todas las iniquidades cometidas.

“Los hará usted caminar, decia, hasta que no puedan moverse.

Para ganar tiempo, puede hacerlos subir en ancas, pero tan pronto como descansen, volverá á hacerlos marchar á pié.”

Se tentó el último medio de hacerlos andar: un medio tan feroz como salvaje.

—Vamos á hacer la prueba de los caballos empacados, gritó uno de los gauchos.

—Viva! ahullaron los demás—vamos á ver si es maña.

Aquello era tremendo y conmovedor, pero la escolta de los Reynafé era escogida entre los mas sombríos bandidos.

He aquí el medio que iban á poner en práctica con aquellos desventurados.

Cuando un caballo se empaca y se agotan con él todos los medios de paciencia y rigor para hacerlo caminar, se recurre al que los paisanos llaman el último.

Amontonar bajo la barriga del caballo una gran cantidad de paja bien seca.

Hecha esta operacion, montan el animal y pegan fuego á la paja.

No hay caballo que persista en no caminar cuando siente sobre la barriga el calor de las llamas.

Generalmente echan á disparar, costando gran trabajo sujetarlos y dislocándose muchas veces.

Esto era lo que iban á hacer con José Vicente, el mas postrado de los tres.

—Yo caminaré, yo caminaré! gritó este cuando supo de lo que se trataba.

Y el horror le dió fuerzas para caminar unos veinte pasos mas.

Pero en seguida volvió á caer, no pudiendo pararse por mas esfuerzos que hizo.

—Es de gusto! es de gusto! gritaron los federales.

El que puede andar dos pasos, puede andar cuatro.

—A la paja!

—A la paja!

Y empezaron á cortar apresuradamente las matas de pasto seco y paja que habia en los alrededores.

Los Reynafé miraban aquello como idiotizados. Estaban á la completa merced de aquellos miserables y no habia evasiva alguna.

Hacian con ellos todo cuanto se les ocurria.

Lo único que sentian verdaderamente es que no se les ocurriera darles de puñaladas.

Así todo habria concluido pronto.

Para tentar esta felicidad, tanto José Antonio como Guillermo cubrian de insultos á sus guardianes y les decian todo aquello que calculaban pudiera hacerles perder la paciencia.

Pero bien pronto abandonaron esta táctica convencidos de que con ella no conseguian mas que unos cuantos palos demás y alguno que otro rebencazo de domador.

Al poco rato los bandidos tuvieron un buen monton de paja seca.

José Vicente fué despojado de sus ropas y puesto sobre la paja.

—¿Querés ó no querés caminar? le preguntaron.

—No puedo, murmuró la noble víctima.

Denme una puñalada en el corazon, y les perdono todo el mal que me han hecho.

—Tenemos órden de entregarlos vivos, sino, hace ya mucho tiempo que lo habríamos hecho.

Ahora se trata de que caminés, sinó te vamos á asar las tripas.

José Vicente hizo un esfuerzo tremendo para ponerse de pié, siquiera, pero volvió á caer sobre el monton de paja.

—¡Pues á prenderlo! gritó un sargento y se acercó con el yesquero encendido.

El comandante miraba aquella operacion, imposible y sin hacer el menor movimiento.

Parecia que presenciaba la cosa mas natural de este mundo.

Los otros hermanos miraban aquellos preparativos con todo el horror que puede engendrar situacion semejante.

Eran tales los esfuerzos que hacian por ir en socorro de Vicente, que los maneadores con que estaban atados se les habian enterrado en la carne como un centímetro.

Sus injurias á los verdugos eran terribles, pe-

ro con ellas no lograban sinó arrancar estruendosas carcajadas y unas cuantas frescas.

—Mueran los salvajes unitarios! gritó el sargento, y encendió fuego á la paja.

Un humo denso y oscuro envolvió la víctima de aquella inquisicion federal.

Antonio y Guillermo se cubrieron el semblante lanzando un grito de desesperacion.

El humo fué reemplazado por una llama viva y rojiza que subió en brillantes espirales.

José Vicente lanzó un quejido desgarrador, se encojió y se le vió hacer un supremo esfuerzo para saltar, pero volvió á caer sobre el fuego.

No habia podido avanzar una línea.

No habia, pues, la menor duda de que el hombre estaba postrado.

Temiendo que aquello pudiera tener malas consecuencias para la vida de José Vicente, el mismo comandante se precipitó sobre el grupo y lo arrancó de las llamas.

Tenian órden terminante de entregarlos vivos y sanos en Buenos Aires y de martirizarlos de manera que no pudiera comprometer la vida de ninguno de ellos.

Y demasiado sabian de qué manera se vengaba federacion.

José Vicente se habia hecho algunas lijeras quemaduras que, aunque de pocas consecuencias, habian sido lo bastante para producirle sufrimientos espantosos.

Se le hicieron algunos remedios de campo para que las consecuencias fueran menores, y se le subió en ancas del sargento.

Dos soldados cargaron con los otros dos hermanos, para poder seguir la marcha hasta llegar al Rosario.

Los otros presos fueron provistos de mulas.

Eran infelices á quienes no habia gran interés en martirizar.

Todos habian cantado al tono que se les pidió y no habia por qué mortificarlos.

Así fueron hasta el Rosario, donde se les dió una buena racion de carne para que recuperaran las fuerzas perdidas y estuvieran entonados para aguantar las caricias que les haria don Juan Manuel.

José Vicente apenas pudo tomar un poco de leche.

Su naturaleza robusta y magnífica antes de ser preso, se habia quebrantado al extremo de que ninguno de sus antiguos amigos lo hubiera reconocido.

Sus pómulos agudos y salientes, su color amarillo y sus ojos escondidos entre las órbitas, donde brillaban con un fulgor siniestro, le daban todo el aspecto de un tísico en el último grado.

Es que sus sufrimientos morales habian sido tan hondos como los físicos.

José Vicente tenia una familia que amaba con pasion, á la que dejaba abandonada y perseguida y á la que tal vez no volveria á ver mas.

El ora un hombre de mucha inteligencia y de bastante ilustracion para comprender que habia contraido una afeccion forzosamente mortal.

—Si no se apresuran á asesinar me pronto, decia, se van á llevar un solemne chasco.

Una hipertrópia suele caminar mas que un proceso como el nuestro.

La provincia de Santa-Fé era el foco de la federacion mas implacable, y sobre todo un hervidero de ódios mezquinos y pasiones ruines.

Los santafesinos se habian identificado con su caudillo Lopez, á quien seguian fielmente tanto en sus odios como en sus afecciones.

Así es que la poblacion del Rosario se puede decir que acudió en masa á gozarse en el martirio de los Reynafé.

En los calabozos y en los patios del presidio fueron escarnecidos de todos modos por el populacho, que vivaba á Rosas, sin que fuera capaz de conmooverlo el aspecto cadavérico de José Vicente, capaz de impresionar al espíritu mas indiferente y duro.

Era tal el estado de este infeliz, que se creyo no llegaria á Buenos Aires.

En medio de la rechifa de la chusma, los presos salieron del Rosario, donde habian permanecido dos dias bien amargos.

José Vicente iba constantemente á lomo de mulo, pues ya no podia sostenerse parado ni un solo minuto.

Los piés se le habian hinchado inmensamente y las piernas habian comenzado á adquirir las mismas proporciones.

En San Nicolás se les embarcó en un vapor que les estaba esperando, para conducirlos al último martirio y á la muerte.

Rosas habia sido prevenido con anticipacion, y se les tenian ya preparados hasta los calabozos donde se les iba á alojar, cuidando que estos fueran los mas inmundos é inhabitables de la cárcel, hoy casa de justicia.

Si aquellos grandes viejos muros pudieran hablar, ¡cuánta leyenda tremenda nos contarían!

El viaje en el buque fué un idilio de paz, comparado con el que habian traído hasta entonces.

Siempre se les mortificaba de todos modos, siempre recibian algun punta-pié del oficial que pasaba por su lado, pero siquiera no caminaban y venian en la posicion que les era mas cómoda.

El alimento suministrado fué mejor que nunca, por que al menos fué mas limpio y abundante.

A la noche se recójieron temprano y no fueron molestados en su reposo.

Sus verdugos venian tambien muy fatigados y solo pensaron en descansar.

Cuando los hicieron levantar del rincon donde dormian, junto con la primer luz de la madrugada, José Antonio y Guillermo se encontraron mas

fuertes y mas dispuestos á sufrir con entereza los nuevos martirios á que serian sometidos.

El mismo José Vicente estaba tan animado que deseó ver prolongarse su vida el tiempo necesario para confundir á sus miserables calumniadores.

Esto no podia llamarse sinó una alucinacion de la fiebre del martirio.

¿Cómo confundir la calumnia, cuando el magistrado que los iba á juzgar era quien la habia hecho lanzar?

¿Qué justificacion podian esperar, cuando el que iba á condenarlos como asesinos era el mismo que mandó cometer el asesinato que se les imputaba?

No habia salvacion posible.

Aquella causa estaba fallada con anticipacion, y hartó lo comprendian.

Era, pues, inútil disputar la cabeza, que habian perdido irremisiblemente.

Esto lo pudieron apreciar hasta en el mismo aspecto de Buenos Aires cuando desembarcaron. Todo les era hostil, hasta el finísimo aguacero que caía y el frio desconsolador que penetraba hasta la médula de los huesos.

A las doce del dia fondeaban por fin en Buenos Aires, por lo que dieron gracias á Dios.

Por fin se verian libres de las patadas y palos de aquella chusma miserable.

Tenian la idea de que en Buenos Aires los verdugos serian mas civilizados y les darian de puñaladas, pero no de punta-piés.

Estaba de Dios que los Reynafé habian de equivocarse en todos sus cálculos.

Un noble espíritu

Los Reynafé eran esperados en el Bajo y sus alrededores con una ansiedad incalculable.

La venida de los asesinos del general para ser juzgados en Buenos Aires, se habia anunciado desde que salió el vapor en su busca.

De modo que desde el dia anterior á la llegada la chusma federal se habia agrupado en el Bajo apalabrada de antemano para insultar á los Reynafé y apedrearlos hasta la cárcel.

De este modo el pueblo mostraria su federal protesta contra los autores del crimen de Barranca Yaco, mostrándoles así la opinion que sobre ellos se tenia en Buenos Aires y lo que podian esperar de la justicia.

Apenas pisaron tierra porteña, se levantó en el Bajo un clamoreo terrible.

— ¡Viva la Confederacion Argentina!

¡Viva el Restaurador de las leyes!

¡Mueran los salvajes unitarios!

¡Mueran los asesinos Reynafé!

Estos eran los gritos que resonaban en todos los grupos.

El estado miserable de Buenos Aires no podia ocultarse á los recién llegados.

Aquellas caras patibularias, respirando alcohol por todos sus poros;

Aquellos descamisados, cubiertos de andrajos y de divisas coloradas;

Aquellos borrachos de facon á la cintura, que olian de una legua á caña con limonada, eran una prueba palpitante del estado de degradacion moral á que habia llegado Buenos Aires bajo el gobierno de Rosas.

No se veia sinó gente tambaleante, ó enervados menos que lanzaban halaridos descompasados.

Los Reynafé fueron los primeros que bajaron á tierra sintiendo helarse su corazon con un frio de muerte ante el aspecto de la ciudad.

— Estos son los hermanos Reynafé.

Estos son los asesinos del general Quiroga, dijo el oficial que los acompañaba, mostrándolos á la plebe.

— Mentís! le gritó Guillermo en medio de la indignacion mas sublime.

Los asesinos de Quiroga son el gobernador de Buenos Aires, unido á los gobernadores de aquellas pobres provincias.

Un clamoreo infernal apagó las palabras del jóven, que se preparaba á hablar mas largo.

Guillermo tentaba así, de paso, un recurso que no le parecia malo.

Insultando á Rosas en el centro de su prestigio y ferocidades, tal vez esa turba se irrite y nos despedace pronto.

Así habremos concluido de una vez.

La chusma aquella no hubiera tardado mucho en darles gusto á la mano, degollándolos sobre tablas.

Pero tenian órden de moderar su indignacion justísima y no propasarse en hechos que pudieran ocasionar la muerte de alguno de ellos.

Así es que se contentaron con lanzar sus terribles gritos de ¡mueran!, acompañados de uno que otro ladrillazo y pedrada.

Cuitiño y Troncoso eran los encargados de cuidar que, en un exceso de santo amor federal,

la chusma no fuera á pasar de las piedras al cuchillo.

Así atravesaron aquellos nobles jóvenes, desde el bajo hasta el cabildo.

Las federales, por su parte, ayudaban á sus hombres en la obra impía. Aquellas mujeres, reclutadas entre la última haz de la soldadesca, envueltas en sus largos rebozos de bayeta colorada, llegaban hasta los Reynafé para escucharlos en la cara ó darles algun bofetón.

Cada vez que sucedía alguna escena de estas, la federacion aplaudia de una manera desafogada, pidiendo se repitiera la injuria.

Los otros desgraciados se puede decir que pasaban desapercibidos.

Toda la saña y el encono eran contra los Reynafé.

Así lo habia mandado el gobierno y así era preciso cumplirlo.

Fué entre aquella granizada de injurias y ladrillazos, que los tres hermanos entraron á la cárcel.

En el gran patio permanecieron en vergonzosa exhibicion hasta la noche.

Los federales de todo pelaje iban allí en grandes grupos á saciar su ferocidad contra las pobres victimas.

Aquello era fuertemente repugnante y conmovedor.

Borrachos que se paraban para aliviar el estómago del exceso de bebida, mujerzuelas que lanzaban palabras capaces de ofender el pudor de un granadero, asesinos que mostraban el cuchillo con ademán amenazador, y energúmenos que vomitaban injurias de toda especie.

Toda esta amalgama nauseabunda, confabulada para ensañarse contra aquellos tres hombres que no habian cometido otro delito que no querer aliarse al mas infame de los tiranos.

En el patio de la cárcel los Reynafé apuraron los mas bárbaros martirios morales.

Cuando la noche cubrió con sus sombras aquel cuadro de vergüenza, los Reynafé fueron introducidos en un calabozo.

A semejanza de los de Córdoba, aquellos eran calabozos movibles, puede decirse, por la cantidad de arañas y réptiles que cubrian su techo y su piso.

Este era el alojamiento que la federacion les preparaba.

Los otros presos fueron alojados en los pocos calabozos que quedaban y en las crujiás federales.

Fué aquella noche una verdadera noche de parranda para la santa federacion.

Las pulperías estaban llenas de compadres y no se escuchaba por todas partes sino la noticia de que habian llegado los asesinos de Quiroga para ser fusilados en Buenos Aires.

De las pulperías salian á la calle los grupos de borrachos, sembrando el terror [por la ciudad

con sus gritos de ¡muieran los Reynafé y los asesinos salvages unitarios!

La Sociedad Popular Restauradora habia salido de madre y declarado teatro de sus iniquidades las casas de los salvages unitarios, enemigos de Dios y de los hombres.

Parecia que el desenfreno de la chusma no podia llegar mas allá.

De los puntos mas remotos de la campaña acudian federales á conocer los asesinos de Quiroga y á felicitar al Restaurador porque estaba llamado á castigar aquel crimen nefando segun ellos.

La venida de aquellos mártires produjo una impresion bien diferente en la primera clase social.

Todos comprendian y sabian lo que habia de verdad en aquella causa monstruosa, y compadecieron á los nobles hermanos.

Porque los Reynafé, por la posicion que ocupaban en su provincia natal y por los servicios prestados por ellos á la patria, eran conocidos en toda la República.

Sus mismas afinidades políticas, que les iban á costar la cabeza, y la digna independencia que quisieron mantener en Córdoba, los habia hecho espectaculares y estimados aun fuera del pais.

Por eso en aquellos dias de terror no se veia por la calle mas que gente de poncho y de siniestra facha.

Rosas habia lanzado sus proclamas, tendentes al mejor éxito de su plan infame.

Era preciso que la condena de los Reynafé tuviera todas las apariencias de un riguroso acto de justicia, que no le habia sido posible evitar.

—Está en la conciencia de todo el mundo, dijo, que esos miserables son los autores del crimen de Barranca Yaco.

Pero yo no quiero que pueda acusárseme de la menor parcialidad.

Yo estimaba en lo que valia la noble persona del general Quiroga, pero esto no me hará desviar un átomo del camino recto.

Si por el sumario no aparecen plenamente culpables, la justicia podrá tener alguna contemplacion con ellos.

Pero yo prometo á los gobiernos que han hecho tamaña confianza en mi, que todo el rigor de las leyes caerá, en caso contrario, sobre los miserables.

Es preciso que esta clase de crímenes sean castigados con toda crueldad.

Ayer fué Dorrego y hoy es Quiroga, los dos hombres mas beneméritos de la federacion.

Si este segundo crimen queda impune como el primero, mañana el puñal de los asesinos caerá sobre los demás gobiernos, incluso yo mismo, que soy el que menos vale.

A los presos no se les negará ningun recurso legal.

Si pueden borrar la mancha infamante que pe-

sa sobre ellos, seré el primero en interponerme entre ellos y los odios que tan justamente han levantado.

—¡Nada de clemencia! aullaban las turbas, aleccionadas unas y deseando las otras un nuevo espectáculo de matanza.

—¡Mueran los Reynafé! ¡Mueran los asesinos del ilustre General Quiroga!

—Seré el primero en someterme á la voluntad del pueblo soberano, concluía el farsante.

No quiero sofocar su justa indignacion.

Así se preparaba aquel bandido á llevar á cabo el crimen que habia meditado con tanta cobardia y ferocidad.

A pesar de todo lo que hasta entonces habia hecho, aun no se conocia en Buenos Aires toda la hiel y todo el veneno que encerraba aquel espíritu empuñecido contra sus enemigos políticos.

La matanza de los indios, para quienes creyeron los pretextos y la historia que inventó, era comprensible en un hombre que queria dominar por el terror.

Pero el asesinato de los Reynafé, tan friamente meditado;

Aquella venganza cobarde y brutal ejercida contra personas de posicion y de sacrificios, mostraban en toda su horrible desnudez la frialdad infame de aquel sér que, sin sentirlo, habia rodado hasta un cieno de sangre y de infamias diversas.

No podia calcularse hasta dónde llegaría en el crimen el que así empezaba.

Los años 40 y 42 iban á encargarse de mostrarlo á los pueblos de la República.

Rosas tenia la sagacidad de aparecer siempre como cediendo á las exigencias del pueblo y doblar su cabeza ante el mandato de las leyes.

Por esto se negó á fallar la causa por el sumario que se habia confeccionado en Córdoba.

Buenos Aires tiene justicia recta y hombres de saber, dijo.

Ellos han de estudiar primero, ampliándola, esta causa escandalosa.

Por ahora reservo mi opinion.

Los Reynafé no hicieron por esto la menor ilusion.

Sabian que Rosas era el mas empeñado en hacerlos desaparecer y que no retrocederia ante nada.

La justicia recta y los hombres de saber de que habia hablado estaban sometidos á su suprema voluntad.

Todo no pasaria, pues, de un aparato mas ó menos largo, pero que tendria su solo término.

El único consuelo que experimentaban, era no ver entre ellos á su hermano Francisco.

El se ha salvado, decian estrechándose en un fuerte abrazo; y él velará desde el destierro mis-

mo sobre nuestras familias abandonadas y perseguidas.

Dios nos ha tenido de la mano, ayudándolo.

Ellos protegerá para que nuestros hijos tengan un amparo sobre la tierra!

Y era precisamente la salvacion de Francisco lo que mas habia enconado á Rosas.

Su cólera habia estallado de una manera violenta, llegando hasta acusar, por notas oficiales, á los gobiernos sus aliados, de imbéciles é insertivos.

Y estos habian tragado la píldora por propia conveniencia.

—Cual de ellos se atrevería á tomar la iniciativa de una alianza contra Rosas, despues de los ejemplos de Quiroga y los Reynafé?

Luego pensaban que, aun aliándose todos, no podrian contrarestar el poder de Buenos Aires y Santa Fé, aliada inseparable y foco de la federacion mas miserable, pues eran asesinos cuyas crueldades no tenian otro móvil que complacer y mostrarse adictos á Rosas.

Este increpó con una dureza terrible la fuga de Francisco, tratándolos como podia haberlo hecho con un peon de su estancia.

Y los gobernadores se disculpaban alegando pretextos que él deshechó con infinita soberbia.

Francisco en libertad y aliado á los unitarios de Montevideo, era un peligro sério para él por el prestigio que tenia en Córdoba.

Ademas, aquel solo Reynafé que escapaba á su venganza, podia tener alguna prueba de la inocencia de todos y su crimen por esta razon no quedaria tambien encubierto como pensó y preparó.

Toda su cólera y su despecho se desplomó entonces sobre los presos.

Ordenó que no se les diera mas alimento que los desperdicios de los demas presos y que, mientras durara el proceso, se les empleara en los servicios mas degradantes de la carcel.

No conforme con la fuga de Francisco, empezó á gestionar su entrega con el gobierno de Montevideo.

Pero este se negó á remitirlo como se habia negado á otras pretensiones por el estilo.

Entonces oprimió mas todavia á los pobres presos.

Despues de lo narrado parece imposible que pudiera hacerse con ellos nada peor.

Pero Rosas era fecundo en martirios.

El Jefe de Policia, por su orden los sacaba entre diez soldados á barrer la calle con grillete al pié, y como esto no fuera bastante, dos días á la semana se les daba como alimento una racion de cogote crudo.

Cuando no era esto, la racion de desperdicios que se les daba diariamente se les arrojaba al suelo como si hubieran sido perros.

Al principio miraron el alimento con la repugnancia natural, y no lo tocaron.

Pero pasaron dos y tres dias de la misma manera, y la necesidad fué superior á toda repugnancia.

¡El hambre es terrible!

Es preciso haber pasado por ella para poder calcular hasta dónde es capaz de llegar el ser humano dominado por ella.

Los Reynafé recogieron aquellos desperdicios al tercer dia y los devoraron con cierto placer, habituándose á esta clase de alimentacion.

Cuando les tocaba la racion cruda se aguantaban en ayunas hasta el dia siguiente.

Pero la policia de Rosas tenia recursos diabólicos.

Si los presos rechazaban el cogote crudo, no se les daba otra racion hasta que no lo hubieran comido.

—Es mejor que lo coman asi, les dijo el alcaide movido á compasion, porque si no lo van á tener que comer podrido.

¡El hambre es mala compañera! yo he visto á un hombre comer hasta lo que no puede decirse.

Los Reynafé se resistieron sin embargo hasta que el hambre volvió á vencerlos.

Y comieron el cogote en un estado espantoso.

Y asi como se habituaron á los desperdicios arrojados en el suelo, concluyeron por habituarse tambien al cogote crudo, lo que desesperaba á Rosas que pretendia desesperarlos hasta que le pidieran gracia, vencidos por la desesperacion.

Es lo único que no hubiesen hecho aquellos hombres á pesar de todas las hambres á que se les hubiese condenado.

Tan habituados y conformes estaban ya con aquella vida, que cuando venian por la mañana á arrojarles el alimento al suelo, Guillermo se levantaba sonriente, tomaba un pedazo, lo limpiaba con la mano y decia al que se los llevaba:

—Muchas gracias, amigo, Dios se los dé igual todos los dias!

Estamos conmovidos por tanta distincion.

Y el pedazo que habia limpiado con tanto cuidado lo alcanzaba á José Valiente, cuyo estado de postracion empezaba á alarmarlo.

Guillermo, que era el menor, tenia una especie de veneracion religiosa por su hermano Valiente, que le habia servido de padre.

Así es que lo cuidaba con todo esmero alcanzándole limpio el bocado menos repugnante de aquel alimento nauseabundo.

Era tal el pesar que experimentaba al verlo postrado por sus dolencias, que olvidaba sus propios martirios para atenuar en lo posible los del hermano querido.

Los carceleros se conmovian muchas veces

ante la profunda abnegacion de este cariño.

—Pero ¿quién era el guapo que se atrevia á conmoverse ante los actos del Restaurador de las leyes?

Se hubieran guardado de dejar ver su conmocion, como del peor de los crimenes.

Y se operaba entonces un fenómeno solo comprensible con el temor de perder la cabeza.

Mientras mas intima era la conmocion que experimentaban, se mostraban mas duros con los presos.

La crueldad llegó al extremo de alcanzarles el agua en vasijas destinadas á bien diversos usos.

Así los Reynafé, enfermos y desesperados, envejecieron de tal modo que mas parecian espectros que seres humanos.

Era pues preciso apresurar la terminacion de la causa para encontrar á quienes aplicar la sentencia que estaba ya pronunciada en la mente de Rosas.

El tirano, para evitar toda responsabilidad en el asunto, como siempre, y aparecer cediendo á exigencias imperiosas, resolvió nombrar un juez especial para que entendiera en la causa y la pusiera en estado de sentencia definitiva.

Este nombramiento, poco envidiable, recayó en el camarista Dr. D. Manuel Vicente de Maza, con el titulo de juez especial comisionado.

A él se pasó todo lo actuado en Córdoba, poniéndose los presos á su disposicion para los interrogatorios y declaraciones del caso.

Maza se apresuró á aceptar el nombramiento, yendo á recibir órdenes verbales de S. E., pues ya sabia que aquella causa era necesario prepararla, no por los cargos que arrojara contra los presos, sino por los cargos que sobre ellos era necesario arrojar hasta llevarlos á la muerte.

Era pues forzoso conocer los designios del amo.

El doctor don Manuel Valiente de Maza, presidente de la Cámara de Representantes que habia puesto en manos del tirano todas las armas del poder público, era el instrumento mas miserable de aquel malvado.

Maza era un hombre dotado de una inteligencia clara y robusta, lo que le hacia mas criminal aún.

Habia sido y era el mensajero de Rosas en todas aquellas cosas que él no entendia, y se prestaba por complacerlo á las acciones mas ruines y despreciables.

Espiritu pequeño sin mas horizonte que realizar una ambicion estúpida, habia creído ofuscar á Rosas y apoderarse de él con su inteligencia brillante.

Pero cuando acordó se encontró preso entre las garras de la soberbia pantera.

Y se dobló y se humilló hasta el extremo de consultar con el tirano sus acciones mas intimas y propias.

El se conformó con su rol de instrumento servil y despreciable, á cambio de sostener una posición que tan cara habia de costarle poco tiempo despues.

Sabia que el nombramiento de juez especial comisionado no era mas que un nombramiento de verdugo implacable.

Pero lo mandaba el amo que él á sí mismo se habia dado, y era preciso obedecer.

—¿Cómo quiere vd. que complete el sumario? se limitó á preguntar.

—De manera que se les pueda condenar á muerte sin que el tribunal mas rigido, viendo la causa, tenga nada que decir.

—Será preciso permitirles entonces que nombren defensor, si es que ha de llevar el sello de una justicia integra.

—Todo lo que quieran, con tal que se les pueda condenar.

¿Quién se atreverá á defenderlos, aún creyéndolos inocentes?

—Ninguno, estoy seguro.

Serian defensas que constituirian la mejor pieza de acusacion.

—Entonces manos á la obra, y concluir pronto, porque esos pillos están enfermos de gravedad y pueden morirse.

Estas fueron las instrucciones que recibió el doctor Maza para llevar al patíbulo cuatro víctimas cuya inocencia le constaba mejor que á nadie, puesto que con él mismo consultó Rosas el plan de asesinar á Quiroga, preparando las cosas de manera que el crimen recayera sobre los Reynafé.

Maza se puso á la obra inmediatamente, empezando por estudiar lo actuado en Córdoba, para no incurrir en la menor contradiccion.

A los cinco dias fué llamado á su presencia el ex-gobernador de Córdoba, José Vicente Reynafé, para que ampliara su declaracion.

Se le leyó la que figuraba en el sumario como prestada en Córdoba, preguntándole si tenia algo que agregar.

En aquella declaracion, José Vicente aparecia como el que mandó asesinar al general Quiroga y su secretario el general Ortiz, valiéndose para ello de sus tres hermanos.

—¿Qué tiene vd. que agregar á esta su primer declaracion? preguntó Maza con un cinismo imposible de imitar.

Mientras se habia leído aquella pieza adulterada, Reynafé habia cambiado varias veces la actitud de su fisonomia, que habia pasado de una frialdad glacial á un asombro tremendo.

Habia entrado á la sala con un color de cadáver y poco á poco se habia encendido hasta amenazar un ataque á la cabeza.

Cuando escuchó la pregunta que cerró la lectura, se puso de pié como movido por un resorte, y encarándose con Maza, dijo:

—Tengo que agregar que esa declaracion no

es mia, y que todo lo que contiene es un estúpido tejido de iniquidades.

Si se me quiere asesinar, hángalo enhorabuena, pero no se pongan en ridículo.

—Esta declaracion es de vd. puesto que por usted está firmada.

Ademas, el juez que ha actuado en este proceso no es capaz de hacer lo que usted asegura.

—Pues yo sostengo que esa es una calumnia estúpida y niego con toda la fuerza de mi alma todo lo que esa declaracion encierra.

—Usted no puede negar hoy lo que confesó ayer.

Esta declaracion es suya y usted debe ampliarla, puesto que nada va á ganar ya con negar lo que ha confesado.

—¿Señor asesino! gritó entonces Reynafé con un acento que parecia un gemido.

¿Señor asesino, le prohibo á usted que pretenda gobernar mi conciencia!

Cumpla usted con la mision cobarde que ha aceptado, pero deje en paz á los hombres de honor que pretenden morir como tales.

El doctor Maza encontró que nada le quedaba que hacer con un hombre de aquel temple, y lo mandó llevar nuevamente al calabozo.

Reynafé abandonó la sala mas altivo que nunca, desplomando sobre aquel juez una mirada de supremo desprecio.

Sin embargo, la declaracion de José Vicente fué ampliada al tenor de la primera.

Se ratificaba en todo lo falsamente aseverado, confesándose el responsable del crimen de Barranca Yaco.

Con la órden de que no pudieran hablar á su hermano, fueron mandados comparecer José Antonio y Guillermo Reynafé.

Estos presentaban un aspecto bien diverso al de su hermano.

Antonio, reconcentrado y amenazador, parecia mas bien un juez que un acusado.

Su andar era seguro y rápido.

Se conocía que hacia grandes esfuerzos por disimular la cojera ocasionada por los grillos.

Guillermo, frio é impassible, parecia dispuesto á todo.

Sonreia como si el juez Maza le inspirara una compasion profunda, y lo miraba con insistente iijeza.

Parecia querer penetrar con el rayo de su mirada hasta el fondo de aquella conciencia miserable.

Ambos tomaron asiento sin esperar una invitacion.

El doctor Maza parecia inquieto y mortificado. Aquella serenidad le imponia á pesar suyo, y se encontraba pequeño ante la grandezza de alma que se reflejaba en aquellas dos miradas.

—Se les ha hecho venir, dijo, para que amplien la declaracion prestada en Córdoba.

¿Tienen ustedes algo mas que agregar?

Corrido con las respuestas de José Vicente, el doctor Maza quiso ahorrar la lectura de las declaraciones á que se referia.

—Desearia se me leyera esa declaracion, dijo tranquilamente José Antonio.

Puede haber en ella algo que enmendar ó que ampliar.

—Es inútil, pues el hermano de ustedes está conteste en todas.

Ha vuelto á confesarse como autor del crimen de Barranca Yaco en union de ustedes.

—Sin embargo, no podemos responder nada sin conocer esa nuestra declaracion de Córdoba.

El doctor Maza, visiblemente contrariado, hizo leer las dos declaraciones falsas como la anterior.

—¿Tiene usted algo que observar ó que agregar? preguntó.

—Sí, señor, respondió Antonio sin parecer sorprendido por lo que escuchara.

Observo que la única persona que puede ampliar esa declaracion, es el mismo que la hizo.

Sin necesidad de incomodarnos á nosotros, él podría ratificarse en ella ó hacer lo que le plazca.

—¡Es que al pié de ellas está la firma de ustedes!

—De la misma manera que podia estar la del general Rosas ó la del doctor Maza su consejero.

—Noto á usted que está faltando el respeto á la justicia, y esto suele costar caro.

—En cambio yo me permito hacer notar á usted que usted está faltando á la verdad, á la vergüenza y á toda dignidad humana.

¡Juez Maza! yo no temo nada, mi conciencia está tranquila y no cambiaria, lo juro á Dios, la horca en que he de ser colgado, por la tranquilidad de la tuya!

Al decir esto se puso de pié y cruzó los brazos nerviosos sobre su ancho pecho.

Habia algo de gigante en aquella palabra conmovida hasta el sollozo y mucho de imponente en la expresion magnífica del varonil semblante.

Maza tambien se puso de pié, como si una mano extraña lo hubiera alzado de los cabellos.

Su fisonomia estaba bañada de una palidez cadavérica y sus labios temblaban visiblemente.

—Está bien, dijo—peor para ustedes.

Lleven no mas al calabozo á esos asesinos.

Guillermo saltó á su vez de la silla, y tomando á José Antonio de la mano, dijo:

—¡Bravo, hermano mio! eres el mismo de siempre.

¡Juez Maza! gritó mirando á este:

Los hermanos Reynafé no te hacen el honor de su desprecio.

Tu escupes hoy sobre nuestro nombre!

Lo único que yo lamento es no poder hacerte escupir sangre del corazon!

Adios, juez Maza, no podrás, á pesar de todo, dormir tan tranquilo como nosotros.

Y altivos y tranquilos abandonaron la sala seguidos de los soldados que los escoltaban.

—No hay vuelta, dijo Guillermo á su hermano, siempre sonriente.

Pero francamente me irrita que para cortarnos la cabeza anden con tanto trámite y tanto aparato.

Esta es gente que no se detiene ante nada.

—¿Qué tienes, hermano? añadió, viendo dos lágrimas que iban á perderse entre los bigotes de Antonio.

—No es nada, repuso éste, tranquilízate, he pensado en mis hijos y me he conmovido.

¡Francisco velará por ellos! Dios lo proteja!

Los dos hermanos agoviaron la cabeza bajo el peso de sus recuerdos y siguieron hasta e calabozo donde los esperaba José Vicente.

El doctor Maza, entre tanto, habia quedado confundido.

Las respuestas de aquellos hombres lo habian anonadado.

Tal vez si hubiera sido menos esclavo, habria renunciado á seguir con aquella causa inicua.

Pero, ¿cómo rebelarse ahora contra su amo y renunciar una comision que aquel le habia impuesto?

Muchos hombres, en su lugar, hubieran elegido un puesto de honor al lado de las víctimas, antes que aceptar el horror de aquella comision.

Pero la conciencia del doctor Maza se prestaba á todo.

Cinco minutos despues, las palabras de los Reynafé le parecian pesadas, y una hora mas tarde se habian borrado completamente de su memoria.

Fué llamado á declarar Santos Perez, quien se prestó de nuevo á cuanto se quiso exigirle.

Volvió á afirmar bajo juramento que al dar muerte á Quiroga lo habia hecho obedeciendo órdenes de los hermanos Reynafé, que tenia que obedecer, como oficial subalterno.

—De todos modos, decia, sin mi cooperacion el crimen se hubiera llevado á cabo y yo habria perdido la cabeza.

Me confieso autor del hecho, pero no responsable.

Santos Perez repetia la leccion recibida, siempre creyendo que de esta manera salvaba la cabeza.

Era esta una declaracion terrible, tanto mas, cuanto que estaba conteste con la que prestaban los demás autores del crimen y una série de testigos improvisados.

Quedaban además las cartas, cuya interpretacion infame las hacia figurar como irrecusables piezas de conviccion.

El doctor Maza, con todas aquellas piezas reunidas, se puso á trabajar sin descanso hasta formar un expediente de mil cien páginas.

Segun su infame conclusion, José Vicente, Francisco, Guillermo y José Antonio Reynafé estaban convictos y confesos como autores únicos y responsables del crimen de Barranca Yaco, cuyos ejecutores eran el capitan Santos Perez y demás soldados presos con él.

Maza impuso á Rosas de todo lo actuado, como de la firmeza de los tres hermanos, concluyendo por confesar que no podia arrastrarlos á la declaracion que deseaba.

—Poco importa eso, contestó Rosas, puesto que en el sumario aparecen como habiendo confesado el crimen.

¿Qué falta que hacer para concluir la causa con todas las formalidades exigidas?

—Falta permitirles que nombren un defensor y que V. E. pase el expediente al Asesor de Gobierno, luego que yo me espida.

—Que nombren todos los defensores que quieran! dijo Rosas paseándose á grandes trancos.

Veremos quién es el guapo que se atreve á disputarme sus cabezas.

—Además, que leyendo el proceso, añadió Maza, el defensor mas decidido é inteligente no podria decir nada digno de ser tomado en consideracion.

Para reos convictos y confesos no hay defensa posible, y esta es la situacion de todos ellos.

—Tenga usted bien entendido que quiero concluir con todos.

No debe escapar mas que el que yo perdone en mi sentencia definitiva.

No se comprendia tanta ferocidad y tan frio cálculo en un hombre como Rosas, que habia vivido sus primeros años no viendo sino ejemplos de virtud y de bondad.

El mismo Maza, que lo conocia á fondo, quedó aterrado ante la mirada sombría con que sus ojos azules acompañaron aquellas palabras:

—¡Quiero concluir con todos!

Entre tanto el martirio de los Reynafé seguia con la misma saña y maldad.

No se habia dado orden de suspenderlo, y los encargados de efectuarlo estaban dispuestos á seguirlo hasta concluir con la vida de las victimas.

La salud de José Vicente, sobre todo, siguió decayendo hasta alarmar á sus mismos guardianes.

La hipertrofia ganaba terreno diariamente y cada mañana sus hermanos creian hallarlo muerto en el mismo sitio donde dormia.

José Antonio cayó tambien gravemente enfermo.

Era preciso tener una naturaleza de bronce para resistir tales tratamientos.

Solo la juventud y fortaleza de Guillermo era capaz de encontrar elementos de vida entre aquella humedad de sepulcro y aquella alimentacion de perro sin amo.

Sin embargo, su color amarillento y su flacura de nómia le hacian parecer el mas enfermo de los tres.

Alarmado el Jefe de Policia y temiendo fueran á morirle los presos, mandó dar parte á Rosas, de lo que sucedia.

—¡Han de ser pretestos para hacerse las victimas! dijo el tirano.

Es esa maña muy gastada entre los presidiarios que aspiran á gozar de mejores tratamientos.

Sin embargo, los haré reconocer.

En efecto, al siguiente dia fueron los médicos de Rosas á reconocer á los Reynafé.

Su informe fué fatal.

Si esos hombres permanecen una semana mas donde están, su muerte es inevitable.

Si el Gobierno se interesa en guardar sus vidas, es preciso que á la brevedad posible sean sometidos á un régimen delicado y á una asistencia cuidadosa.

“No quiero que se diga,—escribia á Rosas en una nota que ese mismo dia pasó al señor jefe de Policia, no quiero que se diga que, aunque reos de crimen mas miserable, esos asesinos no han obtenido toda la compasion que ha podido dispensarles el gobierno.

Procederá, pues, usted en el acto á remitirlos al hospital, en calidad de presos y bajo la mas severa vigilancia.

Es bueno que haga usted saber á los encargados de vigilar los presos, que la evasion de cualquiera de ellos les costará la vida.”

En cumplimiento de esta orden, el Jefe de Policia remitió al hospital á los Reynafé.

Fué preciso colocarlos en un carro, porque tanto Antonio como Vicente no podian moverse del rincon donde se habian echado.

El carro iba rodeado de soldados mandados por el comandante Cuitiño y el coronel Salomon.

La traslacion desde la cárcel al hospital fué un verdadero via crucis para los pobres mártires.

A las puertas de la Policia los esperaba un gran grupo de compadres y borrachos, que los seguian llenándolos de improperios y maldiciones.

De cuando en cuando Salomon ó Cuitiño tenian que interponerse para que las amenazas de muerte no se convirtieran en hechos.

Los Reynafé ignoraban que iban al hospital, ignorancia en que se les tenia para mortificarlos mas todavia.

Pensaban que los conducian á degollarlos ó fusilarlos, y se felicitaban de concluir de una vez con tan miserable existencia.

Así es que miraban sonrientes á aquella muchedumbre de energúmenos, para mostrarles siquiera que la muerte les era aún mas agradable que la vida.

Y sus fisonomias eran tales, que no inspiraban ya compasion, sino horror.

Paroecian esqueletos que se sonreían con risas heladas que la muerte misma.

La sociedad de Buenos Aires estaba aterrada y conmovida con tanta infamia.

Pero nadie dejaba traslucir lo que sentia.

Habria sido compartir el martirio de las nobles victimas.

Se contentaban con mirar el carro, los que lo hallaban al paso, y apresuraban la marcha fingiendo una sonrisa.

Los grupos fueron aumentando con la chusma que se hallaba en el tránsito, de modo que, al hospital, los Reynafé eran seguidos por mas de quinientos hombres, que vociferaban todo género de maldiciones y amenazas.

En unas camillas que trajeron fueron coloca-

dos y llevados á la sala del hospital, donde ya se les habia preparado todo lo necesario.

Rosas queria prolongar á todo trance la vida de las victimas, y habia dado todas sus órdenes al respecto.

Al bajarlos del carro se aproximaron algunos borrachos con la pretension de ultimarlos.

Pero mediante un discurso federal de Cuitiño, acompañado de algunos lomazos de sable, los mas atrevidos retrocedieron apresuradamente, contentándose con lanzar sus sempiternos ¡muera!

Una vez colocados los Reynafé en la sala de presos, y distribuido el servicio de guardia, se retiró el carro seguido de la mitad de la escolta.

La otra mitad quedaba de servicio, debiendo permanecer allí hasta que otra guardia especial fuese á relevarla.

El doctor Gamboa

Cuando los hermanos Reynafé vieron que se hallaban en el hospital y acostados en buenas camas, relativamente á las que habian tenido desde que fueron presos, experimentaron una pena profunda y verdadera.

Ellos creian que los conducian á la muerte, y por consiguiente que iban á dejar de sufrir.

Y cuando bendecian aquel momento supremo, se encontraron con que se trataba nada menos que de prolongar sus vidas!

—Nos hemos lucido, dijo débilmente José Vicente cuando vió el interés que demostraban los médicos para indagar la marcha de la enfermedad.

Ahora sabe Dios hasta cuándo se va á prolongar nuestro martirio!

Quiéren matarnos gordos para que nuestra muerte les haga mejor provecho!

¡Paciencia y resignación!

—Lo que es por mi parte, agregó Vicente, declarar que por mi boca no entrará ningun remedio. Siquiera sirvámonos de las armas que nos ha dado Dios: la voluntad.

Fiel á este propósito, José Vicente se negó á tomar los medicamentos que se le ofrecian, lo que obligó á los médicos á dar cuenta á Rosas de aquella contrariedad que esterilizaria todos los esfuerzos de la ciencia.

—Que se le hagan tomar por fuerza. fué la respuesta de Rosas, aún á riesgo de matarlos.

Los médicos le previnieron con dulzura que era preciso tomar los medicamentos, pues en caso contrario y en cumplimiento de las órdenes recibidas, se verian obligados á enchalecarlos y medicinarlos á la fuerza.

—Tenga usted resignacion, le decian, para evitarse nuevos martirios.

—Cede, hermano, le dijo entonces Guillermo. Ahórrate nuevas torturas y sea lo que Dios quiera.

Aunque nos maten despues, siquiera habremos sufrido menos y descansaremos el tiempo que permanezcamos aqui.

—No insisto entonces, hermano mio.

—Tomaré todo lo que se me dé, con el sentimiento de que no sea veneno.

Así la carga de la vida empezó á ser menos pesada para aquellos desventurados.

Dormian en una cama buena, eran alimentados con comidas limpias y nutritivas, y sobre todo no oian sonar en sus oídos la eterna injuria y la eterna maldicion.

Los médicos y practicantes eran personas buenas y humanas.

Nadie se acercaba á ellos para darles de punta-piés, y ninguno se complacia en venir á turbarles el sueño.

Guillermo habia recobrado toda la alegría de su génio travieso para endulzar así la agonía de sus hermanos.

—Sabe, doctor, decia una mañana al médico, que sin saberlo usted me está matando.

—¿Cómo así? replicaba el noble facultativo.

—Mi estómago habituado al cogote crudo y mi cuerpo al duro suelo, se resienten ahora de la cama con colchon y de los buenos churrascos y caldos de gallina.

Esto me hace daño, doctor; temo que semejante tratamiento me mate el dia menos pensado.

Lo que es mis hermanos tienen ya una indigestión.

tion de buena vida, tal, que no se la sacan ni con palabra de casamiento, como dicen los paisanos.

Estas ocurrencias en situacion tan desesperante, hacia sonreír al médico y á los practicantes, que no podían menos que asombrarse ante el temple viril de aquel carácter.

—Doctor, decia otra vez—se me han indigestado las sábanas limpias—si no me las hace usted sacar pronto, voy á perder hasta las telarañas que la falta de aseo ha criado en mi cuerpo.

Sáquemelas, doctor; mire usted que se van á llagar las carnes.

Así pasaban su vida en en el hospital aquellos pobres. endulzándola de la mejor manera que podían.

Los practicantes solían darles de cuando en cuando un cigarro, que hacían durar una semana.

—Señor doctor, decia un día Guillermo al médico, enseñándole un homeopático pucho.

Si usted no me da un remedio para este pobre cigarro, enfermo de consuncion, voy á experimentar el dolor de perderlo.

Cúremelo por favor, que el pobre no tiene ni una pitada de vida.

El médico, sonriendo como él, sacó su cigarra y vació su contenido bajo la almohada del jóven.

—Déjelo usted reposar, le dijo, y lo que le queda de vida durará muchos años.

Haga uso de esos otros que son jóvenes y salvará la vida de un compañero.

Guillermo agradeció aquel regalo y sobre todo la bondad fraternal con que fué hecho

La enfermedad de Vicente y Antonio, aunque con lentitud, iba cediendo de una manera visible.

Poco á poco sus fisonomias habían ido adquiriendo colores humanos, y ellos mismos se iban sintiendo cada vez mas fuertes y animados.

En la sala donde se les habia colocado quedó de faccion, desde el primer momento, un centinela de vista que se relevaba cada seis horas.

Este centinela no tenia mas consigna que vigilar escrupulosamente los tres hermanos, y cuidar que no recibieran cosa alguna sino por conducto del oficial de guardia.

Este por su parte habia recibido las mas severas órdenes al respecto.

Cualquier cosa ó mensaje que se enviara para aquellos presos, debia ser remitido al gobierno, preñiendo al portador en caso de la menor sospecha.

Los Reynafé quedaban así privados de todo socorro que no les viniera por manos del médico y los practicantes.

Y estos, que conocian la consigna del oficial, no se atrevían á dar á los presos otra cosa que cigarros.

Al principio, aquella eterna mirada del centinela reposando sobre ellos, los mortificaba enormemente.

Los mas íntimos actos de la vida tenían que ser hechos delante de aquel sayon, que se imponía igualmente de todas sus conversaciones.

Ellos bajaban la voz cuanto podían para hablar de sus familias y de su desgracia.

Pero entonces el soldado se aproximaba á las camas, y se veían obligados á guardar silencio.

Buscando la manera de poder conversar sin que nadie se pudiera imponer de lo que decían, Guillermo tuvo una gran idea.

El podría conversar con José Antonio en quichua, dialecto que hablaban facilmente, y así lo hicieron.

Aunque José Vicente no lo hablaba, comprendía la mayor parte de las palabras y esto ya era un gran consuelo.

Los Reynafé se pusieron desde aquel momento á hablar en quichua, con grandes iras del centinela que se quedaba en ayunas.

Alarmado con esta novedad, dió cuenta al oficial de guardia, quien comunicó al gobierno lo que sucedía.

La respuesta no tardó mucho en llegar.

—Prevendrá usted á esos bandidos que, á la primer palabra que hablen sin que el centinela pueda comprenderla, serán separados y tratados con el rigor que debe emplearse con los salvajes unitarios conspiradores y asesinos.

A la primer palabra pronunciada en idioma extranjero, procederá usted á separarlos y dar cuenta."

—Pues señor, esto no nos conviene, dijo Guillermo cuando se les dió á conocer la orden.

Todo es mas llevadero que la separacion.

Es mejor entonces obedecer y hablar delante del centinela, aunque se imponga este de nuestras debilidades de cariño.

Al fin y al cabo ellas no constituyen un delito.

Era tan feliz y envidiable la existencia que pasaban en el hospital, comparada con la del calabozo, que á cada momento esperaban se les arrebatase para volverlos á la cárcel.

Hablaban con la mayor tranquilidad de que serian fusilados, y no les preocupaba mas pena, que la de partir sin estrechar á los suyos en un último abrazo.

Esta era la situacion del espíritu de aquellos mártires, cuando se apareció en el hospital un secretario del juez, especial comisionado, á comunicarles la resolucion que menos esperaban.

—Dice el doctor Maza, que estando por terminarse la causa de ustedes, se hace necesario que nombren un defensor, eligiendo la persona que mas confianza les merezca.

—¿Quieren, hermanos, que yo responda por ustedes? preguntó José Vicente.

—¿Pues bueno fuera que no!

Habla no mas, que tus palabras son nuestras.

—Diga usted al doctor Maza, agregó entonces Vicente con una imponente severidad, que lo

Reynafé no pueden defenderse del cargo que se les hace.

Que el disputar nuestra cabeza al cuchillo federal, no vale la pena de darse vuelta para escupir.

Puede agregar usted que despreciamos la vida y el sumario que contra nosotros se levanta, pero que no despreciamos mucho más al juez doctor Maza.

Queda usted despachado, joven.

El secretario salió confundido, y los tres hermanos cambiaron una cariñosa mirada.

—Has hablado como si hubieras leído en mi corazón, dijo Guillermo.

Has dicho lo único que podía responder un hombre de tu altura y de tu corazón.

—A tanto cinismo no hay respuesta posible, agregó José Antonio.

El secretario de Maza llevó la respuesta de Reynafé, aunque con distintos términos y suprimiendo la última parte.

Eran tan duras las palabras aquellas, que el joven temió cayera sobre él la cólera que suponía hubiera de levantar.

Así es que se limitó á la siguiente respuesta:

—Dicen que no quieren nombrar defensor, porque aprecian su vida en muy poco.

—Vuelva usted, repuso Maza, y dígame que es necesario que nombren defensor para que el sumario llene las formas que manda la ley.

Añadirá usted que tienen cinco días de plazo para nombrarlo, y que, en caso que no lo hagan, se les nombrará de oficio.

El secretario volvió al hospital con toda la mala gana.

La figura noble y respetable de aquellos hombres lo había impuesto, como impuso á Maza mismo.

Cuando los Reynafé oyeron este nuevo mensaje, quedaron perplejos.

—Está bien, replicó siempre por los tres José Vicente.

Puede usted retirarse y decir á Maza que mañana puede mandar recoger el nombre de nuestro defensor.

Cuando el joven hubo salido, los tres hermanos se pusieron á cambiar ideas.

—Opino, dijo José Vicente, que debemos nombrar defensor, para evitarnos la sangrienta burla que nos defiende de oficio alguno de los locos que tiene Rosas de bufones.

Cualquier defensa que de nosotros se haga, no alcanzará resultado alguno.

Todas serán iguales, pero por lo menos no se nos ultrajará de la manera que esta gente es capaz.

—Tienes razón, contestó José Antonio.

Pero en nuestra posición desventurada, quién se atreverá á defendernos?

Piensa que el que lo haga juega la cabeza, y lo

que es peor, la juega inútilmente y sin el menor provecho.

—Qué,—preguntó á su vez Guillermo,—no habrá en Buenos Aires un solo corazón honrado?

—Hay muchos, pero andan emigrados ó caídos como nosotros.

Sería hasta poco noble exigir de un hombre semejante sacrificio.

No quedan, pues, más que federales, y entonces no vale la pena de elegir.

—Yo conozco un hombre capaz de defendernos con talento y con bravura.

Es un hombre de un temple de acero y de una lealtad á toda prueba.

Pero no sé hasta qué punto podré exigirle ese sacrificio.

Este hombre es el doctor Gamboa.

—El doctor Gamboa! exclamaron Guillermo y Antonio—tienes razón.

Es un carácter de acero y una inteligencia de primer orden.

¿Cómo haremos para consultarlo?

—Yo le escribiré y si no tenemos su defensa, tendremos por lo menos un consejo honrado y luminoso.

De acuerdo los tres hermanos, José Vicente llamó al oficial de guardia y le pidió permiso para escribir al doctor Gamboa, diciéndole de lo que se trataba.

—No hay inconveniente, repuso aquel, pero el mensaje irá primero al juez de la causa.

José Vicente escribió entonces estas palabras:

“Mi noble amigo:

Se me manda que nombre un defensor en la causa que se me sigue y que usted conocerá.

Podré contar con sus luces?

Su affmo.—

José V. Reynafé“.

El billete fué enviado á Maza, quien previa consulta con Rosas, lo remitió á su destino.

—Sé que Gamboa es un salvajon, dijo Rosas, pero no creo que se atreva á defenderlos.

De todos modos, si lo hace, peor para él.

El doctor Gamboa recibió el papelito, que se apresuró á contestar en el acto.

“Amigo mio, decía, acepto la defensa que me ofrece, agradeciendo haya pensado en mí.

Puede usted nombrarme en la seguridad de que cumpliré fielmente con ese hermoso deber.“

—Ya lo sabia, dijo José Vicente al recibir la respuesta.

Aunque poco conseguiré con ella, por lo menos habrá en el sumario una pieza digna de nosotros.

Es tal la rectitud de este hombre, que el hecho solo de defendernos vale nuestra inocencia.

Era el doctor Gamboa, efectivamente, un hom-

bre de un carácter inquebrantable y de un corazón valiente á toda prueba.

En Buenos Aires era reputado como un abogado de vigorosa inteligencia y de una conciencia inquebrantable.

No habia habido amenaza capaz de hacerlo vacilar en el estricto cumplimiento de su deber, ni de hacer retroceder su corazón valiente, en aquel mismo camino.

El doctor Gamboa era tenido por un federal sospechado y se desconfiaba de él porque no habia querido ponerse al servicio de Rosas, aunque entonces tampoco estaba afiliado á ninguna fracción politica.

Usaba la divisa federal como hubiera usado una flor en el ojal, si el gobierno lo hubiera ordenado.

Porque el doctor Gamboa amaba á su familia, y no queria verla padecer ó injuriada por la plebe por no haberse querido poner un trapo en el sombrero.

—Si la cosa aprieta, habia dicho, nos mandamos mudar en el acto.

Entre tanto, por no usar un trapo de cualquier color, no quiero que mi familia sea objeto de ruines venganzas.

Pero á pesar de estas precauciones, Gamboa era sospechado, por el solo hecho de ser un hombre decente y no andar mezclado en las turbas federales, mostrándose en las públicas manifestaciones.

El doctor Gamboa estaba dispuesto á comprar el respeto y bienestar de su familia á toda costa, menos al precio de una infamia.

Si el gobierno hubiese mandado pintarse las narices, como distintivo de verdadero federal, hubiera sido el primero en hacerlo.

Pero no habria cometido una mala accion ni habria vendido su conciencia por nada en el mundo.

Tal era el hombre que los Reynafé habian elegido como defensor en aquella causa inicua.

Y se comprendia que, si Gamboa aceptaba, seria para quemar su último cartucho en bien de los acusados.

Solo Juan Manuel Rosas era capaz de dudar de aquel carácter noble y honrado.

Y asimismo, ya lo hemos visto ponerse en caso de que Gamboa los defendiera en toda regla.

Cuando el secretario de Maza fué al hospital á buscar la respuesta prometida, José Vicente le dió el nombre del doctor Gamboa, como defensor de los tres hermanos.

Comunicado el nombramiento y aceptado por la persona indicada, se pasaron los autos al doctor Gamboa, pidiéndole se espidiera á la brevedad posible.

El doctor Gamboa pidió entonces se le permitiera hablar con sus defendidos, permiso que no se le pudo negar.

El nombramiento del doctor Gamboa produjo

un verdadero alboroto en toda la sociedad de Buenos Aires.

Era el tema de todos los comentarios y el comentario de todas las bocas.

—No se ha de atrever á defenderlos, decian los federales.

Cuando lea la causa, por lo mismo que es un hombre honrado va á ser el primero en condenarlos y pedir su muerte.

—Es muy capaz de defenderlos con todos sus bribos, decian los lomos negros.

Puede que no lo haga de miedo, porque sabe lo que le costaria el enemistarse con Rosas.

Pero es un hombre tan recto, que no seria extraño que, aunque con alguna moderacion, hiciera fuerza de vela.

Los unitarios, que conocian á fondo al doctor Gamboa, opinaban de un modo muy diverso.

—Les va á poner las peras á cuarto! decian.

Ya oirán verdades amargas que no se esperaban, y se estrellarán con un hombre que no transije con nada.

Si Gamboa no salva á los Reynafé, vá por lo menos á establecer la verdad de los hechos y á darles algun fuerte dolor de cabeza.

Esta era la opinion general en los tres bandos politicos y lo que cada uno esperaba.

El doctor Gamboa entre tanto se habia encerrado á estudiar la causa, con tal dedicacion que no salia de su casa sino para ir al hospital, y esto solo para consultar con sus amigos algun punto que no comprendia con bastante claridad.

Ya conocen nuestros lectores como habia sido hecho el sumario, en el cual no habia una sola palabra de verdad.

Todo lo actuado contra los Reynafé era falso incluso sus mismas declaraciones.

Solo un hombre de alma bien templada podia abrazar una defensa donde habia que empezar por tachar de falso todo lo actuado.

Era una posicion difícil y peligrosa que solo podia ser aceptada por un hombre como el doctor Gamboa.

Muchos de sus amigos fueron á verlo rogándole desistiera de defender á los Reynafé.

—Es desafiarse la muerte sin el menor provecho moral ó material.

Rosas no le va á perdonar nunca lo que haga, y usted no va á poder ni siquiera cambiar la pena á que esos desventurados están condenados de antemano.

Renuncie el cargo y no se esponga tan estérilmente.

—Jamás y por nada—replicó aquel hombre recto.

La causa de los Reynafé es la causa más noble que habrá defendido jamás un abogado.

Esos jóvenes, tan culpables como yo mismo,

han puesto su vida en mis manos y yo la he de defender con todo mi esfuerzo.

Si por semejantes causas no se interesa un hombre honrado, es preciso renegar de toda nobleza humana,—agregaba entusiasmado.

—Es que esa defensa entrañará un peligro de muerte.

—¿Y cuál es el paso en la vida que no lo entraña?

Y si no se cae por estas causas, amigos míos, ¿cuáles debemos elegir?

Sancionar con el silencio cobarde los más infames asesinatos?

¡Vamos, vamos!

Ya verán como nada me sucede.

Y sobre todo siempre habrá tiempo de ponerse en salvo.

Aquella conciencia serena había abrazado con toda la abnegación humana la defensa de aquellos hombres inocentes, que se pretendía infamar y hacer morir de tan cobarde manera.

—Tal vez yo no los pueda salvar, había dicho á los Reynafé, porque hay el firme propósito de matarlos.

Pero por lo menos la acusación quedará rechazada.

No omitiré, sin embargo, sacrificio alguno para hacer oír mi palabra.

A este respecto pueden ustedes estar tranquilos.

—Lo sabemos, amigo mío, y el único pesar que nos aflige es el daño que nuestra defensa puede ocasionarle.

Va á tener usted que emigrar de Buenos Aires para salvar la cabeza.

Estamos ya arrepentidos, por esta causa, de haberlo ocupado.

—¡Mal hecho! mal hecho! por todos los santos del cielo!

Ese trabajo es el que más ha satisfecho mi espíritu.

Es una defensa que hace honor á cualquiera que la efectúe, por lo mismo que se corre algún peligro.

¿Qué gracia, qué mérito hay en defender un inocente cuando el defensor encuentra allanados todos los caminos?

El único mérito de esta está en el peligro, pues la defensa esta hecha por sí misma.

No ofrece la menor dificultad ni la más mínima duda.

Los Reynafé, conmovidos, estrecharon con efusión aquella noble mano.

—No podemos compensarlo más que con nuestra gratitud leal, dijeron.

Es indudable que pronto vamos á morir.

Pero llevaremos á la tumba el gran consuelo que usted nos ha proporcionado.

—Es la única palabra amiga que escuchamos desde que caímos en poder de estos miserables!

Los tres verdugos

El doctor Gamboa, desde aquel momento no tuvo el menor descanso.

Todo el tiempo que le dejaban libre las necesidades de la vida, lo empleaba en la confección de su brillante defensa, defensa que iba á caer como un rayo entre las filas federales.

No habíamos medio de demostrar la inocencia de aquellos nobles reos, que destrozando por completo aquella causa infame, tan pérfidamente formada.

Iba á ser preciso empezar por caer sobre el mismo Rosas, y concluir por desenmascarar al juez, fiscal, asesor y testigos que en la causa habían declarado.

¿Se atrevería el doctor Gamboa, por el mero placer de defender cuatro vidas estrañas, á jugar su cabeza?

Esto es lo que los federales no creían y de lo que querían apartarlo los amigos de aquel hombre eminente.

—¡Usted se va á perder sin salvarlos! le decían por fin.

—Es que no se puede abandonar esta defensa, sin rodar hasta el lodo donde se revuelven los acusadores.

Además es esta una tarea que he emprendido con toda la pasión de mi alma, y que solo abandonaré con el pellejo.

Pero me habrán oído, vive Dios, y sabrán que á pesar de todo aún existen en el mundo hombres de conciencia honrada.

Desesperanzados los amigos porque veían su pérdida inevitable sin haber salvado á una sola de las víctimas, recurrieron á la familia para hacerle desistir.

—Vana tarea! la familia del doctor Gamboa conocía la rectitud y firmeza de su carácter y no aceptó la comisión.

Sabían que con pedir á Gamboa desistiera, no harían más que amargarle sus buenos momentos.

—Cuando él hace una así, dijeron, es porque debe ser de aquella manera y nada lo arrancará á su propósito.

¡Hermoso convencimiento que nacia de una existencia consagrada á la virtud y al honor!

Convencidos así de que todo era inútil, los amigos lo dejaron tranquilo y pudo dedicarse libre de toda mortificación á aquella defensa luminosa.

Sesenta dias tardó el doctor Gamboa en concluir, sesenta dias que fueron de muerte para los presos del hospital!

Por fin terminó su trabajo, y con el debajo del brazo se presentó en la Cámara.

El doctor Gamboa estaba livido y desencajado.

Se conocia que habia trabajado sin descanso dia y noche, lo que era una prueba de la pasión con que habia abrazado la causa de sus defendidos.

La defensa era de una gran estension y de una minuciosidad desconocida hasta entonces.

Aquella pieza juridica, hecha con un gran vigor de colorido y especial valentia, fué á conmover profundamente á la federacion, sembrando tal espanto en sus filas, que se halló de necesidad vital la supresion de Gamboa, clasificado de insolente salvaje unitario.

Pero la defensa estaba allí, tremenda y amenazadora, haciendo la luz de una manera implacable y resuelta.

El hombre que así hablaba tenia indudablemente muy poco apego por su cabeza!

Su objeto era descubrir la infame acusacion.

Ahora, el peligro que en tal empresa corriera él, era cosa muy secundaria.

Por eso es que con magnifico arrojo empezaba su espléndida defensa de la siguiente manera:

"Justicia y no venganza, es el grito del pueblo argentino!

Resuene el acento de la ley calle y el murmullo de las pasiones miserables!

Ningun poder me arredra á lanzarme en un campo escabroso y lleno de espinas, porque todo, todo vale muy poco, es muy subalterno á la dicha de hacer el bien y cumplir con el mas santo de los deberes.

Esta es mi linea de conducta como defensor de los hermanos Reynafé, y me felicito de verme colocado en ella.

Les he jurado por la patria que nada economizaré para hacerme digno de la sublime mision que he aceptado.

No habrá entonces consideracion que sofoque mi pensamiento, y la verdad será mi centro, en que espero ver fructificar los eternos principios de lo justo y equitativo."

Tenemos á la vista el original de aquella inmortal defensa, por la situacion en que fué hecha, y nos complacemos en extractarla, aunque muy á la ligera.

El doctor Gamboa empezaba en seguida negando á Rosas el derecho de juzgar á sus defendidos y á los gobiernos ligados al de erigirlo en juez supremo.

No existe ninguna ley constitucional que sancione semejante atentado, y un fallo fuera del nivel de la ley ofende al Cielo, é irritando á los buenos, prepara el camino de mayores desgracias.

En estos puntos el doctor Gamboa se extendia muchísimo, demostrando con la mayor claridad que, ni Rosas podia ser juez de los Reynafé, ni debia haber recibido un nombramiento contrario á toda ley, á todo derecho y á toda conciencia.

"¿Qué es lo que sirve de base á semejante proceso? añadía indignado.

Las actuaciones hechas en Córdoba?

Esto es monstruoso y hasta falto de criterio.

Porque todo lo actuado en Córdoba presenta la imágen de un desórden inicuo, de una maldad sin ejemplo y del furor de las pasiones mas viles."

En seguida impugnaba al fiscal su conducta cobarde y pérfida en la interpretacion de las cartas privadas tomadas á los presos, cartas que eran un justificativo, en vez de una acusacion.

"Si tales cosas pudieran interpretarse como la obra de la mas refinada perfidia, agregaba, como el resorte de la hipocresia para ofender mas á salvo, dejaria al momento de haber accion buena sobre la tierra."

Con un lenguaje lleno de vigor y de pasión sublime, hacia pedazos la inicua acusacion del fiscal, y al llegar á las declaraciones en que tal acusacion estaba fundada,

"Es falsa y mercenaria la acusacion que en su declaracion llena de mentiras hace el testigo Cabanillas, como son falsas todas las otras,—dijo.

En cuanto al anónimo de que hace mencion el fiscal, son papeles que jamás entraron como elementos probativos!

Estas pruebas han sido reputadas siempre como el eco de la perfidia y el arma de la iniquidad, que ha debido ser mandada al desprecio."

Despues de analizar el cúmulo de contradicciones de que están plagadas las declaraciones de los testigos falsos, arroja al rostro del fiscal las mismas contradicciones de que se ha servido pérfidamente para su vista.

Toma como la mas infame la declaracion del capitán Santos Perez, cabeza de proceso, y perfila con conceptos maestros y colores patéticos la fisonomía moral de este miserable.

Dejemos un momento la palabra al doctor Gamboa.

"Santos Perez de testigo!!

Este individuo, no há mucho tiempo sufrió en Córdoba, por su vida criminal, doscientos azotes que se le aplicaron en una plaza pública, mientras Vicente Reynafé era investido de la primer magistratura, que desempeñó por muchos años haciendo la felicidad del pueblo cordobés.

¿Cuál ha sido la vida de estos dos hombres que

el fiscal pretende colocar á un mismo nivel?

Mientras Santos Perez se ocupaba en cometer todo género de salteamientos y punibles liviandades, José Vicente y sus hermanos prestaban esquisitos servicios á la causa nacional.

Por último, cuando Reynafé reposaba tranquilo en el seno de su familia, aquel malvado, emboscado y cual tigre feroz, acechaba la víctima para despedazarla.

Esperaba el momento en que ni el clamor infantil ni el grito de la inocencia pudieran calmar su furor desenfrenado que á todo trance habia resuelto satisfacer.

Se trata de un miserable asesino que depone contra un hombre de bien para librarse de un castigo en que ha incurrido; y aceptar como pieza de conviccion una declaracion contradictoria é inícuca, es una maldad y un contrasentido.

El fiscal, por último, se apoya en la voz pública, porque dice que la voz pública señala á los Reynafé como autores del crimen de Barranca Yaco.

Si se fuera á atender lo que dice la voz pública, há mucho tiempo que el calabozo de mis defendidos estaria hoy ocupado por muy distintas personas."

Este era un cargo terrible que lanzaba el doctor Gamboa á la faz de la federacion, pues la conciencia pública sobre el crimen de Barranca Yaco, se habia formado desde que aquel se conoció.

Y el pueblo habia señalado con su dedo mudo pero inflexible á Juan Manuel de Rosas.

El doctor Gamboa, con una frialdad terrible y una lógi a incommovible, iba examinando todos los cargos y despedazándolos uno por uno.

Y en seguida, á nombre de sus defendidos, trataba de falsas y estúpidas las declaraciones que, como suyas, aparecian en la causa.

"Al observar el interés que los gobernadores de la Confederacion mostraban en que fueran condenados los Reynafé y la grosera estupidez con que ha sido inspeccionada aquella causa, no puede menos que sentirse el espíritu exaltado de una amarga duda.

Serán los gobernadores de la Confederacion ajenos á este crimen?

Por qué se toman el derecho de juzgar á un igual y someterlo, por ley especial, sin valor constitucional alguno, á la sentencia de otro gobernador que no puede ser juez de manera alguna?

Cuál es, por otra parte, el valor legal de las declaraciones que prestan los tales testigos?

Ninguno, porque es declaracion que prestan los autores de un crimen, sin mas objeto que atenuar el delito.

Todas son contradictorias, falsas ó infames.

Y el fiscal ha pasado por alto todo esto, y lo ha reunido sin órden ni talento para pedir una pena contra quienes no merecen sinó consideracion y respeto!"

Si el pueblo no hubiera estado convencido de la inocencia de los Reynafé, la defensa del doctor Gamboa hubiera llevado el convencimiento pleno al espíritu mas oscuro y dificil.

Pero el doctor Gamboa con una valentía de alma tremenda y un lenguaje contundente, no habia hecho mas que consignar lo que todos pensaban y ninguna se atrevia á decir.

Este era el gran mérito que tenia aquella defensa, notable por otra parte como pieza jurídica.

"No encontrando el fiscal, concluia el doctor Gamboa, prueba remota del delito imputado á los Reynafé, lejos de poder acusarlos á una pena arbitraria, que no es la de la ley, sinó la de muerte en los crímenes en que han querido hacerlos aparecer comprendidos, ha debido concluir pidiendo su absolucion.

Pues si hay un crimen en todo esto, es el crimen que se comete en la persona de mis defendidos.

Así, por riguroso derecho, debe abstenerse el Gobernador de Buenos Aires de sentenciar en esta causa, además de todo lo dicho, porque él anticipó en ella su voto del modo mas solemne.

Esta causa debe ser devuelta á los gobiernos que la han formado, poniendo el gobierno de Buenos Aires en libertad á mis defendidos, tan inocentes del crimen que se les imputa, como yo mismo.

Esto, ó que se espida la absolucion de los acusados.

Son los dos únicos caminos honrados que tiene el Gobierno de Buenos Aires para evitar su complicidad en indignidad tamaña."

Esta fué la terrible defensa de los Reynafé, en que el inflexible abogado anonadó á los verdaderos autores del asesinato de Quiroga.

Era inconcebible para ellos cómo aquel hombre habia tenido la audacia y el valor desmedido de azotarles la cara con aquel sumario.

—Es un imbécil, dijeron los federales, que ha querido hacerse notable aún á costa de su cabeza.

—Pobre mentecato, exclamaba el doctor Maza para pasar el mal trago de aquella defensa—sus injurias no pasan de ser otra cosa que los desahogos de un pobre loco.

Es que la defensa de Gamboa, como al fiscal, se le habia enterrado en el corazon como una puñalada.

Cuando Rosas tuvo conocimiento de ella, se entregó á toda la violencia de su furor.

Insultó á Maza diciéndole que él tenia la culpa de aquel atentado y dió de trompadas al fiscal, pues segun él, sus brutalidades eran las que habian dado armas á Gamboa para hacer su argumentacion insolente.

—Todos los Gamboa del mundo, exclamaba, no serán bastantes á arrancarme un solo pelo de los Reynafé.

En cuanto á la defensa, tendrá el castigo merecido.

Yo le he de preguntar á ese compadrito si as no mas se me ha de subir á las barbas.

Sabido es que la pasion de Rosas era tratar de compadritos, á las personas de alguna distincion ó posicion social.

El doctor Gamboa supo todas las amenazas de que era blanco, pero ni siquiera se conmovió.

Sonrió, cuando se las transmitieron, con toda la nobleza de su gran corazon, y repuso:

—Poco me importa.

He cumplido con el más honroso de los deberes y estoy perfectamente tranquilo.

Rosas tenia una astucia proverbial.

Comprendió que si se dejaba arrastrar de la ira, mandaria matar á Gamboa, lo que equivalia á confesar que la defensa era contundente, y se reprimió.

—Mas tarde, dijo, no ha de faltar pretexto.

Y mandó á Maza que agregase la defensa al sumario, en prueba del desprecio que le merecian sus conceptos.

—Ahora, apúrese usted á concluirlo y pasarlo al Asesor.

Quiero que esto termine de una vez, porque ya se vá prolongando demasiado.

El doctor Maza, despues de la defensa de Gamboa, se encontraba menos sereno.

Pero ya no tenia mas remedio que obedecer y apoyar el terrible dictámen fiscal.

Su menor vacilacion, en el estado que estaba Rosas, habria sido de consecuencias terribles.

Y Maza era cobarde, porque se sentia encerrado en un aro de fierro.

Rosas y el partido federal eran su salvacion única, porque ni aun rompiendo con ellos, los unitarios y lomos negros hubieran olvidado que habia sido el consejero infernal de aquel ser maldito.

—Es preciso hacer de tripas corazon, pensó tal vez.

Ya este es mi único camino.

Ó tal vez perdido todo sentimiento humano, aceptó aquella infame mision, con la indiferencia de su alma depravada.

El partido unitario se habia alborotado, por su parte, con la defensa del doctor Gamboa.

Todos admiraban su valor, y lo felicitaban con toda la expansion de sus corazones oprimidos.

Los hermanos Reynafé eran los únicos en quienes aquella defensa habia producido una impresion de profunda tristeza.

—Noble amigo! exclamó José Vicente, dejando correr dos lágrimas arrancadas á la gratitud.

Se ha perdidosen fruto alguno.

Ha levantado sobre su corazon esforzado el puñal de la federacion, sin que nosotros nos salvemos.

Es preciso ser dignos de esa abnegacion y esa defensa.

Por mi parte la muerte es lo menos malo que puede ya sucederme.

—Cuando contemplo hombres de este templo de alma escepcional, dijo Guillermo, me veo disminuir yo mismo hasta el tamaño de un gusano.

Francamente no creí que en la República entera hubiese un hombre dueño de semejante fibra!

Cuando defensor y defendidos se vieron en el hospital por última vez, tuvo lugar entre ellos una escena de las mas patéticas.

—He hecho lo que he podido y lo que he debido, decia el noble abogado, pero me queda el temor de que todo sea estéril.

—Eso lo sabemos desde que se nos tomó la primer declaracion.

Hay el firme propósito de asesinarlos, y no hay remedio.

Pero usted, noble amigo, añadió Vicente tomando las dos manos de Gamboa y oprimiéndolas sobre su corazon;

¿Porqué se ha perdido así por una causa sin remedio?

Es la única tortura que vamos á llevar á la tumba!

—Me siento tan satisfecho con mi defensa, contestó el abogado, que ahora me parece que valgo algo mas antes los ojos de Dios, único Juez á quien temo.

Ya trataremos de evitar la tormenta— siempre ha de haber tiempo!

Los Reynafé guardaron silencio, conmovidos con tanta grandeza.

—Si no se vá de Buenos Aires, nos promete que volveremos á vernos? preguntó Vicente.

Confieso que tendré un gran consuelo si antes de morir puedo estrecharle la mano.

—Lo prometo solemnemente, siempre que estos bandidos no me nieguen la entrada.

—En ese caso, aunque sea de lejos, lo prometo que nos hemos de ver de nuevo.

—Son exagerados, por otra parte, los temores que se abrigan contra mi.

Cualquier acto hostil que contra mí cometiera esa gente, seria para ponerlos en transparencia y esto no les conviene.

Son demasiado pillos para dar á entender que les hecho irritar.

Mas tarde, no digo que no intenten algo, pero por ahora no hay peligro.

Ellos no me han de dar la razon cometiendo conmigo un nuevo crimen.

Aquellos cuatro hombres se separaron por fin.

Gamboa, contento y satisfecho de sí mismo.

Los Reynafé, con el ánimo amargado per aquel noble y abnegado sacrificio.

El doctor Gamboa se habia hecho con este motivo el personaje mas espectable en aquellos momentos.

La federacion, por lo pronto, se habia contenido con señalarlo y esperar la ocasion de horirlo en el corazon, puesto que por el corazon habia pecado.

Sigamos entretanto los trámites de la causa, entregada á los tres bandidos que habian de concluirla.

Rosas, como juez inapelable, don Manuel Vicente Maza como juez especial comisionado y el doctor Lahitte como asesor general.

La sentencia de muerte

Asi como los Reynafé fueron defendidos por Gamboa, cada uno de los otros acusados nombró su defensor, ó se le nombró de oficio, como á Francisco Reynafé, que, juzgado en rebeldía, escapaba al puñal de la federacion.

Todas aquellas defensas fueron cada cual mas vergonzosa, pareciendo muchas de ellas una acusacion fiscal.

La menos impávida de todas era la encomendada al doctor Velez, que empezaba á figurar entonces como un inteligente abogado.

Velez, como muchos otros ciudadanos, era federal por temor, y no se atrevia á romper la corriente ni á obrar contra las órdenes y deseos de quienes todo lo podian, segun lo estaban probando en aquella misma terrible causa.

Reunidas todas estas defensas á la causa, fué esta entregada al Asesor General de Gobierno, doctor don Eduardo Lahitte, para que diera su dictámen á la brevedad posible.

El doctor Lahitte no era un hombre malo, pero era un hombre débil, que es peor todavía, y tenia miedo hasta de pensar privadamente con independencia.

Se habia habituado á aquella dominacion brutal que ejercia Rosas en todos aquellos hombres que lo rodeaban, y estaba esclavo de cuerpo y de alma.

Conocia á fondo á Rosas, y ni con el pensamiento se hubiera atrevido á contrariar su mas leve voluntad.

Qué podia esperarse de un hombre en semejantes condiciones?

Es claro que la sancion de todas las iniquidades cometidas, y lo que es peor todavía, las que faltaban aun que cometer en aquel sumario.

El doctor Lahitte se tomó el tiempo que creyó necesario para el estudio de la causa, que jamás leyó porque era inútil.

Sabia que aquella acusacion y dictámen del fiscal eran ordenados por Rosas.

Entonces no habia que hacer otra cosa que leerla y espedirse de acuerdo con ella.

El conocia además la opinion de Rosas, sabia que Gamboa estaba condenado y no queria correr igual suerte.

Leyó los fundamentos de su colega y amigo Maza, el dictámen fiscal, y se puso á zurzir el suyo, tomádoles los puntos á esas dos inicuas piezas del proceso.

La conclusion debia ser fatal bajo tales auspicios.

El asesor doctor Lahitte, de acuerdo con el fiscal y con el juez Maza, pedia la pena de muerte para los Reynafé, Santos Perez y demás ejecutores del asesinato.

Para los demás presos se pedia todo género de penas menos la de muerte, salvo el parecer y resolucion del juez supremo é inapelable.

¡Cómo se iluminó la mirada del tirano cuando tuvo en su poder la causa concluida!

Con qué fiebre de sangre leyó aquellas tres opiniones contestes en la sentencia de muerte, á pesar de la defensa del salvaje Gamboa!

Aquel cúmulo de iniquidades reunidas en la forma de sumario, constaba de 1844 fojas.

Mil ochocientas fojas donde no habia una sola palabra de verdad, fuera de la defensa del doctor Gamboa!

Mil ochocientas fojas donde la calumnia y la impostura desempeñaban el principal papel!

Y todavía el juez Maza tenia la insolencia de elevar la causa con una nota donde se leia este párrafo monstruoso:

“La gravedad de la causa, lo complicado de esta, la estension del proceso y la cantidad de personas sumariadas, exijian una contraccion mas detenida, una atencion exclusiva que no ha podido tener el juez especial comisionado: procediendo para su mayor desconuelo á verificar la entrega de la causa sin la satisfaccion de haber dado una segunda mano á la obra.

Mas en esto, los que la revisen, suplirán y corregirán los defectos que en ella encontrasen“.

Aquel era el cólmo del cinismo y de la infamia.

Al juez Maza le parecia poco haber llevado al patíbulo cuatro inocentes, y lamentaba no haber dado á su obra inicua una segunda mano!

La publicacion de esta nota levantó una tormenta de indignacion hasta en los mismos federales de buena fé.

Porque todavía había hombres que creían de buena fé que Rosas era duro momentáneamente, para cimentar su gobierno.

Porque una vez regularizado el país, cesarían las facultades extraordinarias y volverían los ciudadanos al goce de sus libertades y el país á una era de paz y prosperidad.

Pero aquella nota de Maza en un proceso cuyas causas eran del dominio de todos, no pudo menos que sublevar á toda conciencia honrada.

Los federales exaltados, aseguraban que Rosas no firmaría aquella triple sentencia.

—Va á mostrar su gran magnanimidad, decían, perdonando á los reos, é pesar de la opinión unánime de todos los que han andado en el sumario.

El es así, agregaban.

Quiere demostrar la gran justicia que hay en castigar á esos malvados, para que su perdón sea mejor apreciado.

Es que entónces, ni los mismos federales conocían las entrañas de Rosas y toda la maldad que abrigaba su corazón depravado.

Así el pueblo de Buenos Aires se echó á temblar materialmente cuando conoció la feroz sentencia que publicamos á continuación, suprimiendo solo los largos considerandos que carecen de todo interés.

“Viva la federación!

Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, etc. etc.

El Gobierno de Buenos Aires, visto el proceso seguido de oficio contra los autores y cómplices del crimen de Barranca Yaco, por especial y uniforme delegación de los Exmos. Gobernadores de las Provincias confederadas, etc., y considerando que resulta probada de un modo pleno la existencia del cuerpo del delito, (aquí siguen las largas consideraciones que omitimos, porque ellas no son mas que un extracto de lo que ya conocen nuestros lectores y que terminan así):

Por la ley, en nombre de la Patria y á virtud de las facultades que le han sido delegadas por los gobiernos de las Provincias confederadas, el Gobierno falla que debe condenar como condena,

1^o á José Vicente Reynafé, Francisco Reynafé, Guillermo Reynafé, José Antonio Reynafé, Santos Perez, Feliciano Figueroa, Cesareo Peralta y Basilio Marquez, Fermin Flores, José Maria Suarez, Solano Juarez, Francisco Peralta, Marcelo Figueroa, Mateo Marquez y Marcelo Marquez, á sufrir la pena ordinaria de muerte, con la calidad de alevé, que deberá ejecutarse en la plaza 25 de Mayo, asistiendo al acto las tropas de la guarnición:

Debiendo en seguida de la ejecución suspenderse por seis horas en la misma plaza los cadáveres de los reos José Vicente, Francisco, Guillermo, José Antonio Reynafé y José Santos Perez, autores y principal ejecutor del crimen, para que

puestos en espectación se desagravie la vindicta pública, etc.

2^o A los coadyutores y cómplices Juan Pedro Garcia, Feliciano Romero, Pedro Pablo Juncos, José Suarez, Mariano Barrionuevo, Miguel Juarez, Nicolás Juarez, Calisto Guzman, Cándido Pizarro, José Leon Flores, Dalmacio Parra, Eufrasio Suarez, Felipe Suarez, Eustaquio Luccero, Benito Moyano, José Maria Bustos, Balbino Aguirre, Benito Pizarro, Pablo Cabrera, Miguel Figueroa, Miguel Suarez Guevara, Roque Juncos, Miguel Suarez Marquez, Rosa Casas y Justo Casas, á que sean sorteados: cuyo acto, autorizado por el Camarista Juez Comisionado para la sustanciación de la causa con el escribano de ella, asistencia del Fiscal del Estado y de los defensores de los espresados reos, deberá practicarse en la forma que designe el Gobierno; debiendo diez y siete de estos veinte y cinco reos sufrir la pena ordinaria de muerte, y los ocho restantes la de diez años de presidio, con una barra de grillos; presenciando la ejecución de los treinta y dos que son condenados á muerte como autores, ejecutores y cómplices en aquel espantoso atentado.

En seguida viene la condenación á diversas épocas de presidio, de todos los demás individuos encausados como cómplices, concluyendo así la sentencia:

Así mismo condena á los reos de mancomun et insolitum á la reposición del papel sellado correspondiente á las actuaciones obradas en esta causa, á la restitución de las especies robadas ó su estimación, respecto de las cuales y de cualquiera otra acción á que haya lugar en derecho, se deja á los interesados el que les corresponde, para deducirlo ante el camarista juez comisionado, y al pago de las costas procesales, que deberán regularse según los aranceles vigentes: para todo lo cual se repetirá el oficio librado al Exmo. Gobierno de la Provincia de Córdoba.

Y por esta sentencia que será notificada á los reos y al alcaide de la cárcel, publicada en los periódicos, inserta en el Registro Oficial, fijada por carteles en los lugares públicos de los pueblos de la Confederación y comunicada á sus Exmos. Gobiernos, definitivamente juzgando así lo provee, manda y ordena á virtud de la especial autorización de los mismos.

JUAN MANUEL DE ROSAS.

Felipe Arana.

Esta era la sentencia feroz con que Rosas iba aterrar á la población.

El espectáculo de los cadáveres suspendidos en borcas durante seis horas, era para él la parte maestra de la sentencia.

Sería el golpe de muerte asestado á la cabeza y al ánimo de los salvajes unitarios.

Quién se atrevería en adelante á conspirar contra Rosas?

solamente canalla puede concurrir á semejante espectáculo.

¡Caramba, ojalá pudiera darles un buen puntapié!

¡Con qué gusto lo haría!

—Aún no se ha perdido todo, respondió el doctor Gamboa.

Todavía me queda algo que hacer como defensor.

Ninguna esperanza tengo, pero quién sabe, siempre hay que fiar en Dios.

Puede ser que consiguiéramos aunque solo fuese una modificación.

—No se moleste ni se esponga mas, mi noble amigo, que demasiado ha hecho usted ya por nosotros!

Cuando nada ha conseguido con su magnífica y luminosa defensa, insistiendo en ella no lograria otra cosa que atraer sobre usted alguna fatalidad.

Nosotros estimamos en lo que vale su abnegación y su esfuerzo.

Ya no hay remedio, ni se puede insistir con semejantes bandidos.

—Yo soy como esos médicos empecinados, que á pesar de estar convencidos que una enfermedad es incurable, no abandonan al enfermo mientras la materia esté animada por un soplo de vida.

Mi deber me llama á tentar el último recurso.

Yo no puedo abandonarlos hasta no verlo todo perdido y cumplida la sentencia.

No traten ustedes de arrebatar me este noble y envidiable deber, porque seria inútil.

Lo que me falta que hacer lo haré á pesar de todo.

Duerman entonces tranquilos, pues todavía hay que esperar en Dios, ya que los hombres son la negación de todo sentimiento digno y humano.

Aquellos cuatro hombres, conmovidos hasta las lágrimas, se estrecharon en silencio.

Los mismos Reynafé, que recibian con una indiferencia glacial la noticia de su muerte, ante aquel corazón grande y noble, sentíanse conmovidos de una manera poderosa, pero dulce y apacible.

Era uno de aquellos eaternecimientos que bañan el espíritu de un raro bienestar, preparándolo á la conformidad mas íntima.

Cuando el doctor Gamboa salió, los Reynafé lo acompañaron con una mirada de supremo cariño y admiración.

—Con media docena de hombres de ese temple, dijo José Vicente, no daba yo la pitada de un cigarro por el tiempo que quedara á Rosas para gobernar.

Estos son los hombres que sublimizan las grandes causas, hermanos míos, desde la cárcel hasta la cruz, desde el banquillo hasta el Calvario.

Valiente corazón! y pensar que queda espuesto al puñal de los esbirros de Rosas!

No me conforme con haber recurrido á este hombre!

Le he labrado su mayor desgracia!

En seguida los hermanos Reynafé se entregaron á una conversacion de todo indiferente.

—Qué broma volver á la cárcel! dijo Guillermo entre un bostezo real ó fingido.

Ya me está indigestando la idea del cogote cruzado y los mendrugos revolcados!

Se van á aprovechar estos bandidos y no van á hacer otra cosa que torturarnos.

Lo que es yo, en mi último dia voy á tratar de morderle una oreja aunque sea, al que mas nos haya mortificado.

Fué tal la espresion de jovialidad con que dijo aquello, que el mismo centinela no pudo reprimir la risa.

—Lo que siento, dijo, es que pueda tenerla sucia.

Cristo bendito! qué mal bocado entonces!

Sus mismos hermanos rieron mucho con su clásico gesto de asco, y trataron de conciliar el sueño que huía de sus párpados.

Por valientes que fueran, por indiferente que les fuese la muerte, ellos tenían familia y no podia menos q' amargarles todos los instantes de la vida.

¿Cómo reposar, un minuto tranquilo, cuando se tiene sobre el corazón, como una montaña, el recuerdo del hogar perdido para siempre?

Se piensa en la muerte sin poder recibir la infantil caricia del hijo querido.

Se piensa en aquellos rostros cuya mirada llenan el corazón de suprema dicha.

Se piensa en la caricia de cada ademan, de cada palabra y se siente sobre la carne un frio de muerte.

—Moriré lejos de los míos! dice el pensamiento, sin que una mano amiga me haga una seña!

—Moriré sin que la mano de mi esposa cierre mis ojos apagados por la muerte! agrega el deseo.

Y la amargura es tremenda y se siente el veneno de la última desventura.

Es entonces que el corazón se vuelve á Dios y se vé como un rayo de luz entre la oscuridad de aquella orfandad terrible.

Esta era la situación de aquellos tres hermanos, cuya marcha por la vida les hacia esperar un fin bien diverso.

Ah! el lazo de los hijos! hé aquí la gran cadena que amarra al hombre á la vida!

Ellos amargan la existencia desde la cuna á la tumba, porque se vive en una perpétua zozobra.

En todas partes se vé para ellos un peligro de muerte y nada en su bien satisface por completo.

Pero una caricia, una sonrisa tan solo, viene á compensar con exceso todo lo que han hecho sufrir.

Morir rodeado por la esposa y los hijos, morir bajo la aureola del cariño y del amor!

Hé ahí la felicidad suprema á que puede aspirar con derecho el que forma una familia, felicidad

que escapaba á aquellos hombres tan dignos de mejor suerte!

Al otro día la almohada de José Vicente estaba empapada.

Aquel corazón de león había sido doblado por la pena del recuerdo del hogar, y había llorado como llorarían sus propios hijos.

Cubrió la funda con el brazo para ocultar á sus hermanos su dolor y no afligirlos mas, y se mostró tan sereno como el día anterior antes de conocer la sentencia.

El doctor Gamboa, entre tanto, no había perdido el tiempo.

Aquella noche había velado también, confeccionando la página de su defensa.

Recorría en un lenguaje conciso y brillante los hechos antecedentes y marcha de la causa.

Calificaba la sentencia de muerte con términos duros pero elevados, y pedía se revocase por ser contraria á todo derecho, á toda ley, á todo proceder honrado y á todo sentimiento de humanidad por fin.

¿Con qué derecho D. Juan Manuel Rosas, nombrado Juez por personas que no podían hacerlo, arrancaba la vida á hombres beneméritos, llenos de servicios é inocentes del crimen que se les imputaba?

Examinando de nuevo aquel voluminoso expediente, desde las infames actuaciones de Córdoba hasta el proceder vergonzoso é inicuo del fiscal, asesor y juez especial, concluía por asegurar que, por semejante sumario, los únicos que merecían pena eran aquellos que lo habían condecorado.

Yo debo insistir en mostrar al gobierno, decía, que sufre un error tremendo.

Que ni hay causa para esa sentencia, ni él puede darla.

Insisto en sostener, concluía, que la causa debe devolverse á su procedencia, previa absolución y libertad de los Reynafé.

Por lo menos, ya que se quiere juzgarlos, sométaseles á un tribunal competente, que haga una nueva causa y falle en seguida, porque lo actuado es hasta depresivo á la dignidad humana.

El doctor Gamboa remitió al juez Maza aquel notable escrito, como una apelación á la brutal sentencia.

El juez Maza, temblando de ira, lo llevó á Rosas; pidiéndole instrucciones para proceder.

—Es preciso no rechazarle esta apelación para que no hablen, dijo Rosas.

¿Qué se puede hacer en ese sentido?

—Pedir á los demás defensores que amplíen sus defensas, ó hagan las observaciones que quieran á la sentencia, respondió el miserable instrumento.

De este modo se puede ampliar la causa, pedir nuevo dictamen al asesor y fiscal sobre lo nuevamente actuado, y disponer V. E. lo que quiera.

—Muy bien - esto será como una segunda ins-

tancia en que algo modificaré para que nada tengan que reprocharme.

En cuanto á ese que se quiere lucir contrariando mi voluntad y faltándome al respeto, ya lo compondremos como se merece.

Veremos si le quedan bríos para defenderse él mismo.

En cuanto á los Reynafé, pueden recurrir al diablo, pero ni el mismo diablo los arranca de mis manos.

No me conocen como soy yo para hacerlo que me propongo!

Poco tiempo después de salir Maza del despacho de Rosas, llamaba este á un oficial de los muchos que estaban con sus jefes á su servicio particular.

Audió un capitán Beruti, á quien habló así:

—¿Conoce usted al doctor Gamboa, el salvaje unitario que está defendiendo á los Reynafé?

—Sí, excelentísimo señor.

—¿Sabe usted dónde vive ese malvado y traidor á la federación?

—Sí, excelentísimo señor.

—Muy bien, se sitúa usted en las inmediaciones de su casa, y en cuanto lo vea salir á la calle, le arranca usted la divisa y el chaleco punzó.

No regrese usted hasta no haber cumplido la orden.

Puede retirarse.

Beruti era un oficial de sentimientos y de corazón— así es que recibió aquella orden como una condena.

—Mire usted, concluyó don Juan Manuel, deteniéndolo.

En ningun caso usted invocará órdenes mías. Usted obre por su sola cuenta y capricho.

Vaya usted.

Era aquella una orden del diablo.

¿Pero cómo librarse de su cumplimiento?

No había mas que obedecer ciegamente ó atenerse á las resultas.

Beruti conocía al doctor Gamboa y lo estimaba como hombre de honor y cumplidísimo caballero.

No podía, pues, haber recibido una orden que le fuera tan violenta.

Invocando órdenes superiores, menos mal.

Pero así, como acción propia y espontánea, era cosa muy dura para un joven que había logrado conservar sus sentimientos de honor.

Beruti fué á situarse en las inmediaciones de la casa de Gamboa, deseando que este no saliera en toda su vida.

Pero pocos minutos después el doctor Gamboa salía de su casa, y sério y digno como siempre, se dirigió precisamente hacia donde estaba el oficial.

Lo había visto desde que salió, pero el aspecto decente y reposado del joven no le inspiró la menor desconfianza.

En la situación que él se había creado, Gamboa debía desconfiar de todos y de todo, pero no po-

dia prescindir del desprecio con que se habia habituado á mirar las cosas federales.

Así, caminaba tranquilamente, cuando al llegar á donde estaba el oficial, este se le cruzó por delante y estiró al pecho una mano conmovida y temblorosa.

Allí estaba colocada la larga divisa con que el doctor Gamboa queria comprar la tranquilidad de su familia.

Al ver que un oficial le cerraba el paso y estiraba la mano á su pecho, el doctor Gamboa dió un paso atrás y lo envolvió en una mirada severa y desprecia iva.

Parecia querer buscar el puñal que debia brillar en la mano del jóven asesino.

Pues para el doctor Gamboa, en aquel momento se trataba de un asesinato ordenado por Rosas, puesto que era un oficial del ejército quien lo cometia.

Ante aquella mirada serena y aquella actitud severa, el oficial se sintió conmovido, bajó sus ojos y no se atrevió á avanzar.

—Hiera usted, jóven, dijo entonces Gamboa, que nada podia temer desde que era un solo hombre el que lo atacaba.

Hiera usted sin miedo y sin consideracion.

El jóven bajó entonces la mano, y alzando el semblante enrojado por la vergüenza, miró al abogado de una manera reposada y digna.

—No se trata de eso, doctor Gamboa, repuso entonces, sino de mucho menos.

Quiero ahora hablar con usted, pero no en la calle, porquesi me ven tal vez me cueste la cabeza.

Si usted quiere acceder á mis ruegos vuelva usted á su casa, que yo entraré dentro de algunos minutos.

Y se retiró lentamente hácia la esquina opuesta.

El doctor Gamboa reflexionó un momento, pensó que el porte y el rostro de aquel jóven no eran los de un asesino, y sin decir una sola palabra regresó á su casa.

Solo si que, por escoso de precaucion, se echó una pistola al bolsillo.

—Puede ser una treta, pensó, pero al menos, si no es mas que él solo, caro le ha de costar el cumplimiento de sus órdenes.

Cinco minutos despues, el oficial entraba al zaguan y se metia al patio, como evitando ser visto.

—¿Qué me quiere usted? preguntó entonces Gamboa, ya perfectamente dueño del terreno, desde que el oficial se presentaba solo.

Comprendiendo el joven lo violento de la situacion y las razones que para sospechar de él tenia el doctor Gamboa, se apresuró á explicar el incidente.

—Hoy es cosa muy leve, dijo, pero puede ser grave mañana.

Y retiró al pié de la letra la órden que de boca del gobernador habia recibido.

—No he podido prescindir del respeto que usted me inspira, agregó el jóven, y si usted no me entrega debuenavoluntad el chaleco y la divisa, me retiro sin cumplir la órden, cuéstemelo que me cueste.

Gamboa se sintió conmovido ante aquel noble proceder.

—No trato de resistirme, jóven, al contrario, y admiro la nobleza de su corazon honrado y puro.

Puede usted arrancarme esas prendas, porque de todos modos me las arrancará mañana, tal vez con la vida, otro enviado menos noble.

—No pongo yo mis manos sobre usted por nada de este mundo.

O usted me las entrega, ó me retiro sin ellas.

Gamboa tuvo que convencer al jóven de la necesidad que habia en que lo despojara de ellas en la calle, y á la vista de alguno.

—De esta manera queda usted mas seguro y yo mas tranquilo.

El oficial se retiró despues de recibir un apretón de manos de aquel digno hombre; que salió tambien á los pocos minutos.

A pesar de todo lo que habia dicho al oficial, se vió en la necesidad de despojarse de las prendas en cuestion, pues este se negó á hacer el aparato de tomarlas bruscamente.

—Mire usted que lo obseryan desde el amacen.

—Me es indiferente, dénelas usted.

Gamboa se quitó el chaleco y la divisa que entregó al jóven mirándolo como una caricia.

Poco tiempo despues aquel noble rasgo era conocido de Rosas, que se lo hizo pagar con una muerte horrible, que narraremos á su tiempo.

Asi quedó el doctor Gamboa señalado por el dedo sangriento de la federacion, como salvaje unitario aliado á los asesinos.

—Es preciso que se vaya cuanto antes, le decian sus amigos.

No se esponga á que le quiten tambien la cabeza.

—Tengo que ver primero el resultado de mi última defensa.

—Pero por lo menos mande usted su familia!

—Eso no digo que no.

En cuanto á mi no me voy hasta que no ejecuten á los Reynafé.

Tengo el deber de acompañarlos hasta el último trance.

Entre tanto la causa, en aquella cómica segunda instancia, se agitaba de una manera vertiginosa.

Cada defensor habia sido requerido, por si tenia algo que agregar.

Y todos presentaban su correspondiente mamotreto, mas ó menos de un tenor.

La mayor parte se habian contentado con elevar una simple súplica á nombre de sus defendidos, pidiendo se les conmutase la pena.

haciendo les gracia de la vida, pues reconocian su infame culpabilidad.

Y otros agregaban á la súplica mil promesas, como la de servir en el ejército sin límite alguno de tiempo, desde que cumplieran su nueva condena, si el gobierno les perdonaba la vida.

A Santos Perez le dijeron que era preciso pedir gracia para mejor disimular su perdon, y este le pidió de la manera mas servil que le fué posible.

La causa, con las nuevas defensas y súplicas, fué pasada al fiscal y al asesor, quienes despues de largas digresiones y consideraciones infamemente estúpidas y estúpidamente infames, dieron una nueva vista, igual á la primera.

Volvió la causa al juez especial comisionado,

quien la elevó con una nueva nota á manos de Rosas.

Segun Maza y los otros, la sentencia que dieron en llamar de primera instancia, estaba perfectamente fundada y, visto el crimen que se habia cometido, podia calificarse de sentencia magnánima.

Por tanto, una disposicion que debia cumplirse en todas sus partes.

Aquí llegaba á Rosas la ocasion de fingir una magnanimidad estupenda, pero, por supuesto, no en beneficio de los Reynafé, que no tenian nada que esperar de aquellos infames.

Hé aquí las modificaciones que hizo Rosas á la calificada sentencia de primera instancia.

Preliminares

Hemos dicho que Maza, despues de agregar las nuevas defensas y pedidos de gracia que habian hecho algunos, elevó la causa al fallo de segunda instancia.

Aquella especie de apelacion de la primer sentencia era hecha al mismo juez que la habia pronunciado y declarado que no habia poder en el mundo capaz de librar á los Reynafé.

Sin embargo, la ceguera federal llegaba hasta afirmar que el general Rosas revocaria su primer sentencia pronunciando un acto de perdon general.

No era que ellos lo creyeran así, sino que pretendian con esto dar una esperanza á los unitarios y á los condenados para que el golpe fuera mas violento.

Rosas entretanto modificaba su feroz sentencia de la siguiente manera:

Siempre bajo el lema de: ¡Viva la Federacion! y despues de sus considerandos tendentes á demostrar lo infame del asesinato de Quiroga, hacia estas modificaciones:

“Se cumplirá la sentencia definitiva de fojas 87, con estas reformas:

1º Que la ejecucion de la pena de muerte que por dicha sentencia se impone á José Vicente Reynafé, Guillermo Reynafé, Francisco Reynafé, José Antonio Reynafé y Santos Perez tenga lugar en la plaza de la Victoria, con la calidad y circunstancias que en ella se alegan, debiendo en seguida de la ejecucion suspenderse los cadáveres, por seis horas, en la misma plaza.

2º Que la ejecucion de la misma pena de muerte en la parte relativa á los oficiales Ce-

sáreo Peralta y Filomeno Figueroa, se verifique en la plaza de Marte.

3º Que los ejecutores de la degollacion, á saber: Basilio Marquez, Fermin Flores, José Maria Juarez, Solano Juarez, Marcelo Figueroa y Francisco Peralta, condenados á sufrir la pena de muerte en dicha sentencia, sean sorteados con los cooperadores Juan Pedro Javier y Marcelo Marquez; de todos los que, tres sufrirán la pena de muerte y serán ejecutados en dicha plaza de Marte y los cinco restantes que por la suerte libren la vida, quedan destinados á presidio por diez años.

El 4º, 5º y 6º es disponiendo algunas modificaciones en el tiempo de presidio impuesto á los demas cómplices y cooperadores.

Despues de estos seis artículos y para que nada faltara al programa de sangre, agregaba:

—Y para la ejecucion de esta última definitiva sentencia, se señala el 25 del corriente Octubre á las once de la mañana.

Líbrense las correspondientes órdenes á la Inspeccion General y al Departamento de Policia, y pásense las notas al camarista juez comisario á quien se ordena:

Que haciendo comparecer antes á los defensores de los ocho reos que deben ser sorteados, estando tambien presentes el Fiscal del Estado y el escribano de la causa, introduzca este dentro de un cántaro ocho cédulas de la misma extension é igualmente dobladas, de las que cinco llevarán la siguiente inscripcion:

Salvo la vida por la clemencia discreta de la Confederacion.

Las otras tres deberán llevar esta otra:

Sufrirá la pena de muerte que le impone la ley.

Las espresadas ocho cédulas, antes de ser dobladas y colocadas dentro del cántaro, serán manifestadas por el escribano al fiscal y á los defensores de los reos.

Verificado esto, y acto continuo, el mismo escribano, contadas una por una las ocho cédulas, las introducirá en el cántaro y el ejecutor de la justicia sacará una por una las dichas cédulas, anunciándose antes de cada acto, en alta voz, el nombre del reo á que haya de corresponder la cédula.

Concluida esta diligencia se estenderá una acta y agregada al proceso se elevará inmediatamente al gobierno, para la resolucion que corresponda.

Y por esta última y definitiva sentencia que será notificada á los reos y al alcaide de la cárcel, publicada en los periódicos, inserta en el Registro oficial, fijada por carteles en los parages públicos de los pueblos de la confederacion, y comunicada á sus Exmos. gobiernos, definitivamente juzgando, así lo proveo, mando y ordeno á virtud de la especial autorizacion de los mismos.—JUAN MANUEL DE ROSAS.—*Felipe Arana*, ministro secretario de Relaciones Exteriores.

Al dia siguiente, como lo disponia la sentencia esta fué leida á los reos, como estaba mandado principiando por los Reynafé.

Los tres hermanos escucharon la lectura, con una serenidad irritante para los que esperaban grandes gritos y ademanes de desesperacion cobarde.

El juez Maza, que esperaba este momento para gozarse de aquella triple pena, en venganza de las injurias recibidas, fué quien mas se irritó ante aquel valor imponente.

—Es en vano disimular! tuvo la cobardia de decirles.

La ansiedad se les sube al cuello y los ahoga.

Aun es tiempo, pidan gracia y haremos algo en el sentido de que el gobierno se apiade de ustedes.

Los tres Reynafé como movidos por un resorte y como si ya esperaran aquello y se hubieran convenido en el modo de responder, se pusieron de pié y se encararon con Maza.

—Manuel Vicente Maza! dijo José Vicente levantando la mano en señal de amenaza:

Yo no tengo ninguna gracia que pedir.

Muerto inocente y tranquilo.

Necesito la vida para los míos, pero no tanto como para mendigarla á los asesinos.

Tú si morirás como un perro, pues como nosotros estás sentenciado, aunque para mas tarde.

Los tiranos rompen los instrumentos de sus crímenes y los reemplazan para no dejar de estas la menor constancia.

Este es el premio que se te reserva y la rara alegría que nos anima en este momento!

Dicho esto se retiró para dejar paso á José Antonio, que avanzó como un espectro.

—Manuel Vicente Maza! gritó este con su voz mas sonora y severa.

En nombre de mis hijos huérfanos y de mi esposa viuda, yo te maldigo desde el fondo de mi alma.

Deseo que de hoy en adelante el remordimiento ó el recuerdo de este asesinato, te siga á todas partes, hasta el dia del fin fatal é ineludible que te ha anunciado Vicente.

Hasta el otro mundo, cobarde!

Y siguió como una sombra dejando el sitio á Guillermo, que avanzó á su vez.

Maza, aturdido, pálido y trémulo, hizo ademán de alejarse.

Pero una fuerza superior, la atraccion del abismo, lo retuvo allí, á oír tambien las palabras del jovial Guillermo.

—Manuel Vicente Maza! dijo el jóven, yo te odio con toda mi alma, pero te desprecio mas todavía.

Tú eres el instrumento mercenario y ruina de esta feroz matanza.

Esto no puede quedar así, porque hay un Dios en el cielo, no tengas duda, y no está allí en vano.

Toda nuestra sangre caiga sobre tu cabeza, menos la de Francisco, que á pesar de todos los esfuerzos y de todas las sentencias, no lo tendrás entre tus manos.

Cobarde Maza! en nombre de todos los que vamos á caer, yo te escupo á la cara.

Y unió la accion á la palabra, con tal rapidez que ninguno pudo evitarlo.

El centinela de vista que custodiaba los presos, y algunos otros soldados que habian ido escoltando á Maza, se echaron sobre ellos, golpeándolos de la manera mas brutal que se les ocurrió.

Maza aprovechó aquella especie de resuello y limpiándose la cara salió de allí como quien huye de algo que lo aterra hasta el punto de no poderse dar vuelta á mirar.

Los Reynafé fueron golpeados con las culatas de los fusiles, los piés y las manos.

Y si no murieron, fué porque temian las consecuencias de matar á un sentenciado por Rosas, y tuvieron cuidado en no herirlos.

A pesar de estas precauciones, los tres hermanos quedaron sin movimiento, á causa de las contusiones.

Tuvieron que ganar la cama de nuevo, sintiendo en el alma que no les hubiesen quitado la vida.

—Lo siento por ustedes, hermanos míos, dijo Guillermo, pero hay en mi corazon un fondo de alegría que no han podido arrancarme los culatazos.

He llenado una imperiosa necesidad de mi-

espíritu, escupiendo el rostro de aquel miserable.

Creo que esa escupida va á quedar en su cara todo el tiempo que viva, quemándola como una brasa de fuego.

—Siempre es ese algun consuelo—y ya que no se le puede morder en el corazón, escupámosle el rostro.

Fué aquella la última noche que los pobres durmieron en cama y tomaron una taza de té limpio y agradable.

Al día siguiente fueron conducidos al sitio que debía servirles de albergue hasta la hora suprema, es decir, catorce días despues.

Aquella traslacion se hizo en un carro de basura, en cuyo fondo habian puesto un colchon, no por comodidad de los presos, sino por ocultar algo la ferocidad que con ellos se usaba.

El pueblo conocia ya la horrible sentencia publicada en la *Gaceta Mercantil*, con los elogios consiguientes.

El papelucho inmundado, redactado como se sabe por don Pedro de Angelis, vendido á Rosas porque Lavalle no lo quiso comprar, hallaba en aquella sentencia nuevos motivos para quemar incienso en honor de don Juan Manuel, y llamarlo el hombre mas grande de la América.

El populacho, pues, á quien la *Gaceta* avisaba la traslacion, siguió el carro de basura, en todo el trecho del camino, cubriendo de injurias y todo género de groserías á aquellos tres mártires.

En vano se ocultaban en el fondo del carro y trataban de esquivar el rostro para no ver aquellas escenas de suprema cobardia: todo era inútil.

A cada momento el carro era asaltado, á pesar de la escolta, y los borrachos que subian les ataban alguna divisa en la barba, el pelo ó en el pescuezo, á riesgo de ahogarlos.

Los Reynafé guardaron silencio y soportaron todo aquello con una resignacion conmovedora.

Cuando descendieron á la cárcel, fueron acometidos de nuevo, con insultos, golpes de mano y una que otra pedrada.

A no estar allí un fuerte cuerpo de guardia, tal vez las turbas federales los hubieran arrebatado á sus guardianes, para despedazarlos en plena calle.

Fué necesario, para despejar las turbas, que los soldados hicieran uso de las culatas de sus fusiles y amenazaran con las bayonetas.

Allí mismo estaba alojado Santos Perez y demas reos de muerte, puesto que los que iban á ser ejecutados en la plaza del Retiro tenían que presenciar, antes de marchar al suplicio, la ejecucion de los Reynafé y Santos Perez.

Este malvado habia escuchado leer su sentencia entregándose en seguida á la mas cobarde desesperacion.

—Son unos infames! gritaba, son unos cobardes que me quieren matar para que no hable!

Pero yo lo voy á contar todo para que no vuelvan á engañar á nadie.

El doctor Maza mandó entonces que lo amordazaran, porque no habia medio de hacerlo callar.

Los soldados le metieron un trozo de madera en la boca, atado á la nuca por dos pañuelos.

Cuando se hubo tranquilizado un poco, el juez Maza quedó solo con él y le dijo:

—He tenido que amordazarte para que no te pierdas.

Se te condena, imbécil, para poder perdonarte. Calla entonces y espera.

Voy á hacerte quitar la mordaza, pero calla, porque á la menor palabra te la hago poner de nuevo entonces, hasta que llegue el día de cumplir la sentencia.

Santos Perez tragó la nueva pildora, comprendiendo que no tenia otro remedio.

Con hablar no iba á adelantar nada, y callando tal vez salvara la vida.

Se conformó y volvió á recuperar su antigua alegría.

Era raro el fenómeno que se operaba en Santos Perez.

El se habia distinguido siempre como un oficial bravo, sentando su reputacion de brillante oficial de pelea, hasta en Barranca Yaco mismo, donde se midió cuerpo á cuerpo con el hombre mas valiente que se conocia.

Y ante la perspectiva de la muerte en el banquillo, aquel hombre habia abatido su espíritu hasta el extremo de llorar como una criatura cuando pensaba que tal vez lo engañaban y lo iban á fusilar.

No se comprendia un cambio tan completo en aquel espíritu perverso.

El, que en un campo de batalla hubiera peleado con el mismo diablo cayendo como un bravo no habia trepido ante la calumnia y la infamia por salvar la vida.

Los encargados de dar á aquel asesinato todo el carácter de un acto de justicia, fueron al día siguiente á practicar el sorteo de los ocho infelices, para tomar los nombres de tres que debian morir.

En medio del gran patio y en presencia de todos los condenados á muerte y á presidio, se les hizo formar al rededor del cántaro donde arrojaron las cédulas fatales.

Cuáles serian los afortunados y cuáles aquellos que sacarian cédula de muerte!

Allí estaban todos los ocho como verdaderos condenados á muerte, ofreciendo las diferentes gradaciones del terror y el espanto mas acabados.

Ninguno de ellos se atrevia á esperar la cédula buena y todos la deseaban!

Pero no eran mas que cinco las de salvacion, y tres de ellos tendrian que morir forzosamente.

El momento no podia ser mas desesperante, ni mas cruel la ansiedad pintada en aquellos ocho

semblantes lividos y desencajados por el miedo.

Las ocho cédulas que contenian los diversos letreros, fueron dobladas y echadas al cántaro.

Las ocho que contenian los nombres de los que iban á ser sorteados, se doblaron tambien entregándose al escribano.

A pesar de estar presentes al acto mas de sesenta presos, reinaba en aquel patio, tan bullicioso siempre, un silencio de cementerio.

Todos contenian la respiracion para no perder una sola sílaba de aquella escena imponente y patética.

Tomadas todas las disposiciones que se ordenaban en el decreto, el escribano abrió una de las cédulas, leyendo en alta voz el nombre de Basilio Márquez.

Acto continuo pudo observarse cómo se movió el pelo sobre la cabeza de aquel infeliz, cuya vida pendia de un acto tan casual.

En seguida un tal don Anastasio Romo, que era el titulado ejecutor, de la justicia, procedió á sacar y desdoblar la sentencia correspondiente á aquel nombre.

—Salvó la vida por la clemencia discreta de la Confederacion—leyó en voz aguda.

Un gran grito lanzó Basilio Márquez y se le vió temblar como un beodo.

Los siete restantes se estremecieron lijaramente.

Tenian ya una probabilidad menos de salvar sus vidas.

—Fermin Flores! gritó el escribano.

—Salvó la vida por la clemencia, etc., respondió Romo el ejecutor, despues de haber sacado y leído la segunda cédula.

Quedaban seis reos, que iban á ser sorteados por igual, con tres cédulas de vida y tres de muerte.

Aquellos seis hombres temblaban de piés á cabeza, como si estuvieran bajo la influencia de un ataque de chucho.

—José Maria Juarez—volvió á decir el escribano, como quien pasa lista.

—Salvó la vida, etc., repitió el famoso Romo, mirando al reo afortunado en cuya mirada brilló un rayo de alegría.

Para cinco reos quedaban solo dos cédulas de vida.

Estos iban perdiendo la última esperanza de salvacion.

Se conocia en el opaco brillo de la mirada y en la espresion de profundo desaliendo que iban adquiriendo sus bocas.

—Solano Juarez! dijo el escribano mirando á este, que tembló todo, pues era natural que ahora saliese una cédula diversa.

—Sufrirá la pena de muerte que impone la ley, añadió la voz implacable y aflautada de Romo.

Juarez abatió la cabeza sobre el pecho y dejó escapar un sollozo.

Pero no dijo una palabra.

Quedaba la partida igual otra vez entre los reos restantes.

—Marcelo Figueroa—dijo el escribano, leyendo la quinta cédula.

—Salvó la vida etc., dijo Romo, ya con una voz de octavin, de puro fina.

A juzgar por el metal de la voz, mas le gustaba leer las cédulas de muerte.

Quedaban solo tres reos, de los cuales dos debian morir.

Estaba, pues, la cosa en cuál de los tres tocaba la otra cédula, si era esta de salvacion.

—Francisco Peralta—esclamó el escribano.

El pobre Peralta parecia querer arrebatarse con la mirada la cédula que se veia en la mano de Romo.

—Sufrirá la pena de muerte que le impone la ley, añadió Romo, saboreando cada una de las frases y haciendo al final un chasquido con la lengua, como borracho que prueba caña sin rebajar.

Quedaban dos para sacar la última suerte.

La sentencia de uno iba á ser la de los dos, pues no quedaba ya mas que una cédula de cada clase.

Aquellos dos hombres se miraron como si hubiesen tenido puñales en vez de ojos.

Indudablemente se deseaban la muerte con todo el fervor de su alma, puesto que en la muerte de uno estaba la salvacion del otro.

—Juan Pedro Garcia, dijo el escribano.

Romo tomó una de las cédulas que quedaban en el cántaro y permaneció un momento gozando en la impresion de angustia del nombrado.

—Dios me valga! exclamó Garcia y se tapó los oidos.

Quería leer su sentencia en el rostro de los que le rodeaban, sin duda para prolongar aquella amarga duda.

—Salvó la vida, etc. leyó Romo con una voz impasible.

El rugido que lanzó Marcelo Márquez, que era el octavo reo, anunció su victima á Garcia.

—Están mal las cédulas, gritó Marquez en un arranque de desesperacion: están mal las cédulas.

—Manuel Marquez, leyó el implacable escribano, sin tener en cuenta aquellas palabras y como si no hubieran sido pronunciadas.

—Sufrirá la pena de muerte, etc. leyó Romo con una complacencia diabólica.

Aquella maldita sentencia quedaba así terminada.

La suerte habia sido fatal para Márquez, Peralta y Juarez.

Los otros cinco habian salvado su pellejo que creyeron perdido.

El juez Maza, como podia haberlo hecho un magistrado ante verdaderos reos de muerte, miraba aquel trágico cuadro con una indiferencia glacial.

Cualquier corazón un poco menos encenagado, se hubiera sentido conmovido, no ya ante aquella realidad tristísima y tirante, sino en un simulacro teatral de aquella escena.

Los que habían salvado la vida estaban alegres, alegría que manifestaban de todos modos.

En cambio los tres condenados, en pie y cabizbajos, permanecían silenciosos y consternados.

A no ser porque de cuando en cuando alzaban sobre Romo una mirada terrible, se les hubiera tomado por cadáveres puestos de pie.

Ya no se les condenaba como cómplices en un crimen feroz, puesto que otros tan cómplices como ellos salvaban la vida por la misma razón que ellos la perdían.

Se les condenaba á muerte, porque así lo había dispuesto la casualidad, porque conforme podía haberles tocado una cédula con suerte, le había tocado otra que no la tenía.

Así su desesperación era más honda, más tocante.

Era Marcelo Márquez el más sereno de los tres sin duda, y el más apegado á la vida, porque poco á poco se fué reponiendo hasta encararse con Maza y decirle.

—Y á mí porqué me condenan?

Porqué á ese maldito que conocía las cédulas, se le ha antojado darnos una mala?

Esa es una infiquidad.

—Silencio, señor asesino! interrumpió el juez Maza.

Ningun miserable de tu estampa puede interpellar á un juez!

Entonces Márquez, en una de esas sublimes agachadas de nuestros paisanos, le retrucó al grito:

—Quiere decir que si yo fuera un miserable de levita podría ocupar su lugar?

Pues ¡cambiamos prendas, pues donde yo estoy se desempeñará usted mejor.

No me pueden hacer nada peor que matarme—muerto por muerto, le haré en vida el gusto á *la de lamerse*.

Amigo Maza, usted es un trompeta.

Mire, que me parta un rayo si lo que le digo no me nace del corazón!

Maza, en el primer momento, mandó que dieran á aquel insolente trescientos azotes, pero despues se arrepintió y lo mandó simplemente incomunicado.

No sabía que tal efecto haría á Rosas aquel castigo, y no quería recibir una peluca.

Había tiempo para consultarle.

Pero Rosas era un bandido tan completo, que su complacencia mas esquisita, reposaba siempre en las desventuras de aquellos que lo servían.

Por ningun otro, por ejemplo, cambiaba el placer de patear á su escribiente de mas confianza, ó dar de garrotazos al mas encopetado de sus edecanes.

Si alguno de ellos tenía la desgracia de mostrarse mortificado con aquellos tratamientos, podía estar seguro que ellos se repetirían con una frecuencia aterradora.

Y pobre del que no los aceptase con la sonrisa en los labios!

Este era entregado á la cuadrilla de locos que lo rodeaban siempre, para que se divirtieran á su sabor.

Así es que cuando Maza le hizo la queja de que Márquez se le había insolentado, preguntó con su sonrisa mas diabólica:

—¿Y qué diablos puede haberle dicho aquel infeliz?

Maza repitió entonces las palabras de Márquez, agregando de su cuenta otras mas hirientes.

Don Juan Manuel se puso entonces á reír como si le hicieran cosquillas.

—Pero eso no tiene nada de malo!

Podía haber dicho algo mas y ya ve que lo ha callado.

No es bueno ser tan quisquilloso con un pobre diablo que va á ser fusilado.

No quiero que se castigue á ese infeliz.

—Es que si ese acto queda sin castigo, yo voy á perder mi autoridad moral y mañana esos miserables me dirán algo peor.

—Deje que le digan, deje que le digan, que con eso no le hacen mal!

Su autoridad moral no la puede perder nunca, puesto que siempre será usted el que los ha condenado y quien los hace ejecutar.

Maza no se atrevió á contradecir á Rosas, y aguantó todas las chuscadas que este le dijo con aquel motivo.

—Mire que no quiero que se castigue á Márquez, eh?

¿Le han hecho algo?

—No señor, lo mandé solamente poner incomunicado.

—Pues que le permitan ir al patio con los demás, hasta que yo resuelva sobre el sorteo.

—Voy á mandarlo así, dijo Maza, y salió dado á los diablos.

—Mañana, pensaba, los demás reos, y sobre todo Guillermo Reynafé, que es el mas insolente, me llenarán de oprobio.

No importa, mi venganza está asegurada de antemano.

Y en el acto mandó que Márquez fuera puesto en comunicacion con los demás presos, sin privársele de ninguno de sus derechos de condenado á muerte.

Y para aparentar poderío ante los demás presos y empleados de la cárcel, decía en su nota-orden, que perdonaba á Márquez porque harto castigado estaba con el peso de su propia desventura.

Al retirarse á sus respectivos calabozos, los Reynafé se encontraron muy cerca del calumniador Santos Perez.

Vicente y Antonio pasaron indiferentes, como si no lo conocieran.

Guillermo se detuvo ante él, bañándolo con la espresion burlona de sus ojos risueños.

—Hola, bandido, le dijo— parece que tu calumnia no te salva la vida.

Mucho me voy á entretener con la cobardía que muestres en tu último instante!

—No se verán en ese espejo! respondió el capitán con suprema audacia.

Yo no soy culpable y nada me han de hacer!

—Imbécil! serás el primero que caiga para que no hables.

Te compran el silencio con una promesa que no tragaría el mas bruto!

Si te fueran á perdonar ya lo habrían hecho.

Por lo del sorteo ya lo debias haber comprendido.

Bien merecido lo tienes! así mueren todos los judas!

Aquellas palabras se enterraron en el corazon cobarde de Santos Perez, como una lanzada.

La mas terrible duda volvió á albergarse en su espíritu aterrado, y creyó que aquello era una profecía fatal.

Guillermo al ver el terror que acusaba su semblante, lanzó una carcajada y siguió á sus hermanos.

Santos Perez tembló, y siguió hácia su calabozo, reflexionando sobre las palabras de Reynafé.

Pero á su espíritu inculto y oscuro no penetraba mas luz que la escasa claridad del terror mas decidido.

—Puede ser, dijo, pero todavia me queda tiempo de hablar.

Sin embargo, no puede ser que Maza me engañe.

Si no hubieran querido que hablase, me habrian hecho desaparecer desde que presté mi primer declaracion y no me necesitaron.

A pesar de todas estas reflexiones, dos horas despues los presos fueron sorprendidos por un amargo llanto, que se escuchaba en uno de los calabozos.

Era Santos Perez que lloraba soñando que lo asesinaban.

Aquel hombre habia sido vencido por el terror, al estremo de no ocultar á sus compañeros su desesperacion tremenda.

Por el menor incidente ó alusion se ponía á llorar en pleno patio, delante de presos y soldados.

Santos Perez empezaba á perder la cabeza de miedo, y ya podian verse en él algunos síntomas del delirio de las persecuciones.

Por todas partes veia banquillos y soldados formados para fusilarlo.

Poco temble era ya para Rosas, puesto que el terror no lo dejaba pensar ni ocuparse de otra cosa que de su muerte próxima.

A los dos ó tres dias volvieron á la cárcel todos

los estafermos y bandidos que se disfrazaron de hombres de justicia, para cometer aquella maldad.

Venian á leer á los condenados del sorteo, la suprema resolucion recaida sobre ellos.

Hé aquí aquella cobarde pieza, que se leyó ante todos los presos formados en un gran círculo:

“Viva la Federacion!”

Con lo espuesto por el asesor y vistas las diligencias del camarista-juez-comisionado, se aprueba el sorteo practicado en 13 del corriente, debiendo en su consecuencia y de lo ordenado en la sentencia definitiva, sufrir la pena de muerte los reos Solano Juarez, Francisco Peralta y Marcelo Márquez.

Vuelva el proceso á dicho juez, á quien se somete el cumpliendo de ella y á cuyo objeto dispondrá que el dia 23 del presente octubre, sea notificada á las seis de la mañana y puestos en capilla los reos José Vicente Reynafé, Guillermo Reynafé, Francisco Reynafé, José Antonio Reynafé, Santos Perez, Cesáreo Peralta, Feliciano Figueroa, Solano Juarez, Francisco Peralta y Marcelo Márquez.

Debiendo los cinco primeros tenerla en la cárcel general y los cinco restantes en el cuartel de la guardia argentina, adonde deben ser conducidos luego de ser notificados, á cuyo efecto se librarán las correspondientes órdenes.

ROSAS

Felipe Arana

Ya sabe el lector como lo sabia el pueblo, que Francisco Reynafé habia escapado y estaba en Montevideo.

Pero era tal el deseo de concluir con aquel apellido, que Rosas no trepidó en incluir aquel nombre en todas las sentencias y disposiciones, para ver si engañaba al pueblo.

Esta farsa llegó hasta dar Maza cuenta de su muerte, como si se hubiera llevado á cabo.

Aquella célebre nota la daremos á su tiempo. La sentencia esta, se leyó, como hemos dicho, delante de todos los presos, formando un círculo alrededor del juez y ayudantes.

Terminada la lectura, Maza fué á retirarse, pero lo detuvo á su paso la voz de Guillermo Reynafé que decia:

—Manuel Vicente de Maza!

No olvides que el premio de tu infamia será un puñal que te parta la espalda!

Y lanzó una de aquellas carcajadas que parecian risas del otro mundo.

Aquellas risas nerviosas de Guillermo imponian á todos, porque habia en ellas algo de infernal y fatidico.

A Maza le hacian tal impresion, que no pudo borrar el eco de sus oidos.

Lívido y tembloroso salió de la cárcel, secán-

dose el sudor que brotaba abundante de su frente cadavérica.

—Cobarde! oyo todavía, como un éco del sepulcro—yo te escupo en la cara, esperando que Dios haga descender sobre tu cabeza el peso de su eterna justicia!

Manuel Vicente Maza empezaba á tener miedo por el crimen que cometía, pero el miedo que sentía por Rosas era tan superior, que amordazó su conciencia, rompiendo con todo sentimiento humano.

Estar bien con Rosas y tenerlo contento, era su aspiracion suprema!

La última esperanza

Los Reynafé, desde que fueron vueltos á la cárcel, empezaron á sufrir sus pasadas torturas.

El único beneficio que gozaban era el poder salir al patio á respirar aquel aire corrompido por la inmundicia y las basuras.

Pero al lado de la atmósfera de los calabozos, aquel aire impuro y nocivo les parecia una brisa purísima, con algo de ese perfume de la libertad, sensible solo al espíritu y que el sentido del olfato no puede apreciar exactamente.

Es preciso haber sido sepultado en un calabozo de aquellos para apreciar lo que vale una bocanada de aire libre, con un poco de sol y su perfume de libertad.

Los Reynafé tenían tambien el derecho de pasear al rededor de aquel gran patio, ¿pero cómo hacerlo?

El peso de los enormes grillos y el cansancio de llevarlos, solo les permitia alejarse unos pocos pasos de la puerta del calabozo.

La gente que se habia elegido para cuidarlos dia y noche era de la mas feroz con que contaba la federacion policial.

Ellos por su sola cuenta les imponian mil mortificaciones que no se habian ordenado.

Al principio les llevaron el rancho en un plato de lata para los tres.

Tres mendrugos de carne nadando en un caldo súcio y lleno de moscas.

Primeramente lo recharon, pero la necesidad les obligó á comer aquello.

Cuando no se apuraban en recibir el plato, el que lo habia llevado arrojaba al suelo los mendrugos de carne, diciéndoles:

—Miren qué personajes para tenerlo á uno con la mano estirada!

Los Reynafé tomaban gota por gota aquellos tragos de veneno, pero no decian una palabra.

Parecia que no querian dejar entrever toda la amargura que sentian.

“La Gaceta Mercantil“ habia publicado todas las sentencias, haciendo conocer de sus lectores el estado de horrible postracion en que se hallaban los reos, sobre todo los Reynafé, de quienes

aseguraba que el remordimiento era tan terrible, que revestia ya las formas mas repugnantes.

Sus ropas eran andrajos, decia, porque en sus momentos de desesperacion la despedazaban toda.

Y aquello era una verdad terrible.

Los Reynafé estaban efectivamente cubiertos de andrajos á consecuencia de los golpes que habian recibido y de tener que dormir en el suelo asqueroso del calabozo, porque no se les habia permitido otra cama.

Sus cabellos habian crecido al extremo de caer sobre sus hombros, mezclados con las plateadas y luminosas canas arrancadas por el martirio y la desolacion.

Sus barbas descendian hasta el pecho, cubriendo los girones de la camisa, cuyos mugrientos puños asomaban por las mangas mas mugrientos aún, y sobre unas manos descarnadas y amarillentas.

Aquellos tres hombres ofrecian todo el aspecto de la última miseria en la mas amarga desventura.

Atraida por los artículos de la “Gaceta“, la chusma acudia á la cárcel á gozar del espectáculo miserable.

Y los Reynafé eran exhibidos como cualquier galeote, ante aquella chusma desenfrenada que los llenaba de improperios y de groseros insultos.

El martirio moral llegaba así á su colmo.

José Vicente, tal vez el mas bravo de todos ellos, no podia resistir aquella prueba tremenda.

Muchas veces trataba de meterse en su miserable calabozo, en medio de la mas tremenda rechiffa.

Pero entonces los guardianes se encargaban de hacerlo salir á golpes y obligarlo á permanecer en exhibicion.

Guillermo conservaba siempre su terrible audacia.

El devoraba la vergüenza que lo postraba, enterraba en su corazon toda la hiel que de él brotaba, y miraba sereno á imperturbable á aquellos

chusma procaz é insolente, que pretendia imponerlo con sus insultos y burlas.

—Ya veremos si te mostrás tan guapo el veinticinco! le gritaba algun borracho.

Entonces metia sus manos en los bolsillos y empezaba á silbar alguna cancion criolla.

Nunca les hizo el honor de una contestacion enfadada, pero nunca dejó tampoco de mirarlos con su magnifico ademan de desprecio y con ojos cuya burla no habia desventura capaz de apagar.

Los condenados á presidio solian tomar parte en estas burlas, cambiando con aquel público especial dicharachos dignos de una horca.

Soldados en su mayor parte, y federales por instinto, no los preocupaba su condena ni su situacion.

Era gente que habia nacido y vivido en el presidio de su provincia, de donde fueran sacados para remontar tal ó cual cuerpo.

¿Qué podian suponerles unos cuantos años mas ó menos?

¿No habitaban de todos modos el presidio tebroso del ejército de línea?

Muchos de ellos no habian recibido su condena á los gritos de ¡viva la federacion! porque no se creian dignos de aquel honor y temian ser azotados.

Así es que se unian á las turbas federales que visitaban la cárcel, para escarnecer á aquellos nobles mártires, que habian logrado hacerse simpáticos, aunque en secreto, de aquellos federales que no pertenecian á la última capa social.

A pesar del gran dominio que tenia sobre sí mismo, un dia que estos presos habian llegado á tributarles los insultos mas soeces, no se pudo contener y les dijo:

—Qué perros tan estúpidos!

Son los primeros que veo ladrar á los habitantes de la misma casa!

Esta salida de tono le valió una lluvia de puños, huesos y toda la hasura que habia á mano en los patios.

Pero no por esto se acobardó aquel carácter firme y altivo.

Habia tomado la resolucion de sufrirlo todo, hasta la muerte misma, y la cumplia estrictamente.

El ánimo de Jose Vicente decayó notablemente desde que se produjeron aquellas escenas.

Pensaba en sus hijos, en sus hijas sobre todo, y experimentaba una amargura infinita.

—Pobres criaturas! decia con frecuencia.

Abandonadas al odio implacable de la federacion, sabe Dios lo que será de ellas, porque el furor de este ser maldito amenaza no concluir nunca.

La última hez de la camada ha trepado al poder en las Provincias, y por apoderarse de lo poco que he dejado, los reducirán á la mas triste miseria si no los asesinan tambien.

¿Quién se atreverá á protegerlos contra Rosas? Dios, solo Dios velará por ellos!

—Firmeza, hermano mio, le decia entonces Guillermo.

Firmeza, que harto la necesitamos todos.

Es preciso estrujarse el corazon y morir como debe hacerlo todo hombre honrado que no puede temer el juicio de Dios ni de los que lo sucedan.

Algun dia esto ha de concluir y nuestra causa será entonces revisada por hombres de honor, que salvarán nuestro nombre del ludibrio y la inania á que se ha querido condenar.

Y los hermanos se consolaban así unos á otros, fortaleciendo su espíritu para el trance amargo.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa que de la próxima matanza con que Rosas obsequiaba á la federacion, para aterrar á los unitarios.

Si solo se hubiera tratado de hacer perder la pista á la opinion en los asesinatos de Barranca Yaco, Rosas se hubiera contentado con la supresion de los Reynafé y del capitán Santos Perez.

Pero es que al mismo tiempo necesitaba aterrar al pueblo, dominarlo por el pánico.

Y qué menos podía hacer entonces que fusilar cinco hombres mas?

Y era de felicitarse que se hubiera contentado con tan poco, pues ya se vé por su primera sentencia las intenciones malvadas de su espíritu.

La poblacion en general estaba conmovida.

No salian á la calle sino aquellos que tenian imperiosa necesidad de hacerlo, ó los federales muy conocidos.

Hasta mucho tiempo despues de aquella matanza, no se vió una sola señora cruzar las calles.

Solo iban á misa ó á visitas aquellas federalas que ya hemos nombrado y que figuraban entre las gentes que tiraron del carro triunfal donde iba el retrato de aquel gran miserable.

Este fué el origen del odio que empezó á mostrar Rosas contra las damas mas distinguidas de Buenos Aires, declarándolas salvajes unitarias y poniéndolas fuera de la ley.

Todos tenian la idea de ir á empeñarse con la familia de Rosas y con la misma doña Encarnacion, para ver si arrancaban al tirano un perdon para aquellas nobles víctimas.

Pero ninguno se atrevia á tomar la iniciativa. Habria sido declararse aliado de los Reynafé y enemigo de la santa causa de la federacion.

Un espíritu noble y valiente surgió de aquel caos de espanto y fué á ver á doña Encarnacion y á doña Andrea Rosas, hermana por la cual conservaba alguna consideracion.

—Te concluyes de perder, le dijeron sus amigos, no seas loco!

Despues de tus defensas, este empeño es para que te declares cómplice y te fusilen con ellos.

—No importa, tengo que consumir el sacrificio hasta el último trazo.

Yo no puedo abandonar esos hombres á su fatal destino, sin haber tentado hasta el último esfuerzo.

Los he de acompañar hasta la muerte si no logro salvarlos, pero trabajando siempre en ese sentido.

El doctor Gamboa se puso en campaña, por medio de todas sus relaciones, empezando por ir á ver á doña Encarnacion, que se creia era una gran influencia con su marido.

Despues de escuchar á aquel hombre noble y elocuente, la pobre mujer dejó escapar una lágrima, y repuso:

—Yo nada puedo con mi esposo, doctor Gamboa.

La primer vez que me empeñé con él á instancias de una amiga muy querida, no solo se negó á complacerme, sino que me prohibió terminantemente que volviera á empeñarme con él, por nada ni por nadie.

Mientras tanto, en el 11 de Setiembre se or—
—Cuando yo hago una cosa, me dijo, es porque está arreglada á la mas estricta justicia, porque la creo buena y porque esa es mi resolucion inmutable.

Por un ruego ó el empeño de Fulano ó Fulanita, no voy á torcer la vara de la justicia ni á doblegar mi voluntad.

Que sea, pues, la última vez que te metes en empeños y sobre todo á favor de pillos ó grandes criminales.

Usted comprende, doctor Gamboa, que por mas buena voluntad y deseo que tenga, no puedo nada porque nada valgo.

Y habia tal amargura en aquellas palabras, que el menos perspicaz podría comprender que aquella mujer cuya felicidad tantos envidiaban, era un ser desventurado cuya vida debia ser un tejido de pesares.

Y Rosas efectivamente, segun todos los datos que tenemos de sus contemporáneos y personas de familia, no era para su esposa otra cosa que un patron.

Don Juan Manuel no tenia confianza en nadie, como todo hombre desleal y pérfido. Sus secretarios no estaban impuestos sino de aquellos asuntos que no podian comprometerlo.

Necesitando un secretario íntimo, un confidente de sus actos mas recónditos, eligió á su mujer como secretario privado, á quien impuso de todo el abismo de su corazon perverso.

Pero tenia tal tino para hacer sus revelaciones, esplicándolas de tal manera, que doña Encarnacion estaba convencida de que su marido era un hombre recto y bueno, á quien las circunstancias obligaban á ser transitoriamente severo.

Estaba, ademas, enamorada de su marido y tenia para él la venda que sobre los ojos pone el cariño.

Asi Rosas se habituó de tal manera á la secretaria de su esposa, que esta perdió el marido para encontrar un simple patron de escritorio.

El Dr. Gamboa trató de vencer, con todo su esfuerzo, las razones que esponia doña Encarnacion, pero fué un trabajo infructuoso.

—No puedo desobedecerlo que tan terminante y razonablemente me ha mandado, terminó aquella dando por concluida la conferencia.

El hace eso porque lo créo justo y equitativo.

Hay, además, un Juez, un Fiscal y un Asesor que han pedido para aquellos desgraciados la pena de muerte.

Cómo puede el Gobierno contrariar á toda la justicia?

Tiene que someterse tambien á su fallo, pues de lo contrario sentaria un precedente bien funesto.

El Dr. Gamboa vió ya claro ante aquellas palabras.

Rosas habia hablado ya con su mujer del asunto, parando de antemano el golpe del empeño y el ruego.

Y la habia dejado asi preparada de manera á resistir á todo empeño, mostrando al comedido lo impropio de su pretension.

—He hecho aqui lo que he podido, pensó Gamboa—golpearemos á otra puerta.

—Da, Agustina, le dijo Encarnacion al tiempo de despedirlo, tiene alguna influencia; ¿por qué no la vé á ella, como asimismo á Andrea?

—Las veré, contestó el noble abogado saliendo, y acto continuo se dirigió á casa de ellas.

El Dr. Gamboa sabia, como todos, que entre doña Agustina y Juan Manuel no habia el cariño que se aparentaba.

Desde aquel disgusto primitivo que recordará el lector, habian continuado frias sus relaciones.

Rosas no profesaba á la madre el ódio que han pintado algunos exagerados, pero no le profesaba el menor cariño.

La veia muy de tarde en tarde, por casualidad, demostrándose siempre frio con ella.

Ella, por su parte, habia concluido por ser indiferente á aquel desamor malvado, y venia á visitarlo por hábito y por no romper con él del todo.

—Será inútil, pensaba Gamboa mientras cruzaba las calles.

Será inútil, ya lo sé, pero tendré la conciencia de que nada me ha quedado por hacer.

Pobres mártires! si Dios no toca el cieno de aquel corazon malvado, no habrá salvacion para ellos.

La conferencia del abogado con doña Agustina fué mas corta y desconsoladora.

—Lo único que yo puedo hacer es perjudicarlo mas, dijo, si me empeño con Juan Manuel.

Usted debe saber que mi hijo no me tiene un

átomo de cariño, ni siquiera para tratar de salvar las apariencias.

Creo, pues, estoy persuadida que un empeño mio sería perjudicial.

Segun se vé por la *Gaceta*, él ha sentenciado de acuerdo con el pedido de los otros jueces.

Sabe usted que estanco y voluntarioso, y lejos de cederme, me va á demostrar que aun merecian mayor rigor.

En honor de la verdad, doña Agustina, como todos, estaba convencida de la inocencia de los Reynafé.

La muerte de estos era para ella un error de Rosas, porque no alcanzaba toda la ferocidad de aquel ser á quien dió vida.

Por eso mismo y conociendo á su hijo, sabia que no volvería sobre sus pasos.

Aun estaba fresca en su corazon la noche aquella en que el hijo le devolvió con una soberbia satánica la administracion de sus estancias.

Gamboa se retiró contristado y se fué á ver á doña Andrea.

—Yo sé que será inútil, repuso esta, pero lo tentaré.

Algo me oye Juan Manuel cuando le pido algo, pero puede ser muy bien que en este asunto no me haga caso.

Nada se habrá perdido entonces.

Al fin el abogado hallaba el medio de golpear el corazon del bandido, aunque ya sin esperanza.

Cuando su hermana le habló, ya él conocia por doña Encarnacion y por sus espías en las diligencias que andaba Gamboa.

Asi es que á las primeras palabras de esta le dijo:

—Puedes decir á Gamboa que esta es mala causa para buscar celebridad, porque se trata de asesinos malvados, á quienes ha condenado todo el pueblo de la República.

Que si no está contento con los insultos estúpidos y cretinadas que ha dirigido en su defensa á los jueces de la casa de gobierno, tiente con ella al diablo.

Que no se meta mas en este asunto que es peligroso, y deje que se cumpla la justicia de los hombres.

Le agregarás que lo suponía un hombre de mas talento.

—Bien que tú con dos palabras puedes salvarlos, insultó Andrea.

Los pobres tienen hijos, y....

—Basta, hermana, y no pierdas tiempo. El general Quiroga tambien tiene hijos, y ellos que lo han asesinado, no pueden quejarse.

Esta fué la respuesta que Andrea trasmitió al Dr. Gamboa.

Buen cuidado tuvo éste de ni siquiera pensar en Maza.

¿Qué podia aquel instrumento miserable, que

había obrado con arreglo á las órdenes recibidas?

No quedaba ya nada que hacer para salvar á las victimas de aquella muerte infamante.

Sin embargo, Gamboa no desmayó.

Incomovible en lo que él llamaba un puesto de honor, ocupó á todas sus relaciones, aunque sabia que con ello estaba provocando las iras del tirano, hasta el extremo de verse despues en series figurillas para salvar la cabeza.

Noble espíritu! no desmayó ni en el último momento!

Fué él único consuelo que en su largo martirio tuvieron los hermanos Reynafé!

Los empeños de Gamboa, por otra parte, habian empeorado la situacion de los condenados.

Ya en sus últimos dias no eran tratados sino á palos y rebencazos, siendo él el ludibrio de toda la cárcel.

Cuando se aproximaba, el dia fatal, Rosas llevó su ferocidad hasta llevar á la cárcel al reverendo padre Viguá, uno de sus locos, á que mortificara á las victimas, haciéndoles farsas sangrientas.

El tal loco, mas cuerdo que muchos, y que habia descubierto el secreto de hacerse el loco para pasarlo mejor, puso en un gran alboroto á la cárcel.

Cumplía su programa ofreciendo á los reos el perdón eterno, é incitándolos á confesarse con él.

En un momento que lo tuvo á buen tiro, Guillermo Reynafé que desde el principio espiaba aquella oportunidad, le largó un cachetazo que lo dejó sin aliento.

El loco salió de la cárcel llorando amargamente y diciendo que se lo iba á contar á su padre Juan Manuel, quien por bruto le sacudió una de sus habituales palizas, mandando reemplazarlo por otro de sus locos, el célebre don Eusebio.

Guillermo pagó muy cara aquella cachetada, pues aquel dia no le dieron de comer, y lo golpearon de todos modos, para que aprendiera á respetar á los enviados del gobernador.

El mártir sufrió en silencio aquel suplicio, diciendo solo:

—Martirio mas ó menos, todo me es igual ya.

He tenido el placer de castigar á ese miserable, y estos placeres no se borran añadiendo una gota mas de veneno en una copa que ya se vuelca á fuér de estar llena.

Era tal la vida que llevaban aquellos desventurados, que bendijeron con todo el fervor de su alma el dia de la ejecucion.

—He hecho lo que he podido, les dijo el doctor Gamboa, á quien se había permitido ir á verlos, para que los desesperara con la amarga certeza de que no había poder bastante á librerlos de la muerte.

He hecho lo que he podido, pero sin ningún resultado.

Resignacion, amigos míos, resignacion y valor.

La muerte es una consecuencia lógica de la vida—ella no puede espantar á hombres como ustedes.

¿No es verdad?

—No, mi noble amigo, repuso José Vicente.

La muerte se nos ha hecho ya una necesidad, porque esto no se puede sufrir.

Agradecemos con toda la efusion de nuestra alma su noble y abnegada conducta.

Usted, por nosotros, ha atraído sobre su cabeza el odio de ese malvado.

Dios se lo recompensará.

—He cumplido con mi deber y esto no vale un elogio, repuso conmovido el abogado.

Aún me queda algo que ofrecerles.

¿Tienen alguna cosa que disponer sobre lo que queda?

Me encargo de cumplir esa voluntad hasta donde lleguen mis fuerzas.

José Vicente bajó su mirada leal, como para ocultar una lágrima rebelde que asomaba á sus ojos.

Pocos segundos despues, como si hubiera recuperado toda su serenidad, dijo á su defensor!

—Poca cosa es lo que tengo que encargarle.

Si alguna vez por casualidad llega á encontrarse con mi esposa y con mis hijos, trasmitales mi última caricia y mi último pensamiento!

Estando yo en la cárcel debe haber nacido otro hijo mio, pues mi noble compañera estaba en cinta y próxima á alumbrar.

Le dirá que yo bendigo á ese último hijo que nace huérfano, como la bendigo á ella misma.

Aquí la palabra de Reynafé, á pesar de todos sus esfuerzos, fué apagada por los sollozos.

Sus altivos ojos se llenaron de lágrimas y cayó entre los brazos de Gamboa, para desahogar el dolor que le roía el corazón.

Sus hermanos ocultaban sus semblantes, bañados en llanto.

Fué aquella una escena que conmovió hasta á los miserables que desempeñaban las funciones de centinelas de vista.

El doctor Gamboa se retiró despidiéndose para siempre y jurando cumplir aquella última y noble voluntad de su amigo y defendido.

Los otros no le hicieron el menor encargo.

Lo siguieron hasta que hubo franqueado la puerta, y cuando lo perdieron de vista exclamaron:

—Raro y valiente espíritu para la época que atraviesa el país!

Con semejantes prendas de corazón, poco le ha de durar la cabeza sobre los hombros si no se va de Buenos Aires.

Rosas no le ha de perdonar nunca la defensa que nos ha hecho y los conceptos que en ella ha empleado!

La matanza

El lunes 23 de Octubre á las siete de la mañana, en cumplimiento del último decreto, se trasladaron á la cárcel pública el juez especial comisionado y demás ayudantes.

Iban á leer á los reos la última sentencia y á ponerlos en capilla hasta el 25 á las once en que serian fusilados.

Los Reynafé escucharon la lectura mas impasibles que nunca.

Ya conocian el documento, se habian resuelto á morir y la noticia no podía tomarlos sino bien preparados á recibirla.

Cuando Maza iba á retirarse á practicar la misma operacion con los demás reos, tuvo que oír el último sarcasmo de boca de Guillermo.

—Es triste y doloroso, dijo, que el buen Francisco no pueda oír esta lectura, no solo por el placer que roba á ustedes, cuanto que vienen á quedar en un ridículo punto de vista.

¿Cómo se van á manejar para hacer cumplir la sentencia?

Maza no respondió una palabra y siguió impasible su camino.

En el otro calabozo la escena tuvo un aspecto bien diverso.

Al escuchar aquella sentencia algo como una luz pasó por la razón apagada de Santos Perez.

Miró á Maza con los ojos desmesuradamente abiertos y exclamó:

—¿Quiere decir que á mi tambien me fusilan?

Entonces el comandante Reynafé tenia razón al decir que estaban jugando conmigo como un gato con un ratón?

—No se afija usted, jónen, repuso entonces el doctor Maza.

Ahora tengo algo que hacer con usted—no se mortifique.

A pesar de estas palabras, Santos Perez se sintió presa de una violenta desesperacion.

Empezó por maldecir del cielo y de la tierra y concluyó por ampararse de su recurso supremo.

¡Echase á llorar!

—Es preciso hacerse dignos del perdón de Dios, para gozar en la otra vida el puesto de los arrepentidos.

—Para merecer el perdón de Dios no necesitamos mediación alguna.

A él levantamos nuestro espíritu directamente y su perdón descenderá á nosotros.

Los sacerdotes se convencieron de que toda tentativa era inútil y dejaron en paz á los desventurados mártires.

Desde que fueron puestos en capilla, los Reynafé gozaron de la mayor tranquilidad.

No los golpeaban, no eran tratados con aquella brutalidad inaudita y su comida la habían recibido en un plato.

—Por lo menos estos dos días los pasaremos como gente! exclamaron.

Después, oh! después, aunque quieran, no podrán turbar mas nuestro reposo eterno.

Volveremos á la tierra, á la nada, única verdad de la existencia humana!

Y comieron tranquilos y durmieron en paz, sin que el pié de los centinelas viniera á turbarles el sueño.

El 24 por la mañana vino un ayudante de Rosas á traerles una gracia inesperada.

El gobierno, en su infinita misericordia, les otorgaba el supremo favor de permitirles hacer testamento, mandándolos proveer de todo lo necesario.

—Es una dicha tener un juez tan humano! dijo Guillermo.

Haremos uso del supremo permiso.

Hemos visto aquellos documentos, y no hemos podido prescindir de una conmoción íntima.

José Vicente fué quien lo hizo mas estenso.

—Esto será una nueva infamia, dijo, pero puede ser que de algo sirva algun día, si no lo rompen.

Y con mano insegura, trazó aquellos sus últimos renglones.

Se limitaba á hacer una exposición de sus bienes y la manera cómo los había adquirido.

En seguida pasaba á reconocer todos sus hijos nombrándolos uno por uno, hasta el último, nacido después de su prisión.

Declaraba deber algunas sumas á diferentes personas, deudas que reconocía y pedía fueran satisfechas.

A esto se reducía su testamento, que terminaba perdonando á todos los que le habían hecho mal.

Guillermo, el inalterable Guillermo no tenía mas bienes de fortuna que su mujer, y nada podía dejar entonces.

De su matrimonio no había tenido sucesión, así es que solo se limitaba á bendecir á la compañera de sus días y pedirla no lo olvidara en su orfandad.

El de José Antonio era un testamento mas íntimo y familiar.

Solo se ocupaba de los suyos, de hablar con ellos y mandar tuvieran conformidad con su triste suerte.

Eran aquellas tres piezas capaces de enternecer á cualquier bandido que no se llamara Juan Manuel de Rosas.

—Puede ser que Dios toque el corazón de esa fiera, dijo José Vicente, y permita se cumpla esa mi última voluntad.

Así quedaron el 24, dispuestos á recibir la muerte en cualquier momento que ella se presentara.

La ciudad entre tanto, el 24, ofrecía un raro aspecto de vida y de muerte.

Las casas de familia, en su gran mayoría, estaban cerradas, como una débil protesta á aquellos asesinatos bárbaros, que debían celebrarse con toda la pompa federal.

La sociedad de Buenos Aires estaba conmovida y aterrada con las escenas de vandalaje que empezaban de aquella manera.

Las mismas casas de negocio que no eran las pulperías de los grandes mazorqueros, estaban cerradas en señal de duelo.

El pueblo de Buenos Aires no sabía la época funesta que le esperaba, y aún se atrevió á protestar, aunque de aquella manera muda y temerosa.

Entre tanto los grupos de la chusma cruzaban las calles dando desaforados gritos de vivas y mueras.

Para mostrar la preponderancia que tenían sobre la gente decente, iban golpeando las puertas de las casas que estaban cerradas, insultando á las familias y amenazándolas de muerte con sus enormes dagas.

Algunos grupos cuya estación en las pulperías había sido mas larga, marchaban alegremente al son de sus guitarras, en festejo de la gran fiesta que la federación les preparaba.

Ver fusilar á un gobernador acompañado de sus hermanos y cinco personas mas, no era espectáculo que se ofrecía á cada momento.

Las pulperías parecían un hormiguero en la época del trabajo.

No se oía en ellas mas que el chocar de los vasos y las palabrotas mas groseras y escandalosas.

Alguna que otra mujer se veía mezclada á los grupos, robizada en un pedazo de bayeta roja, con el cigarro á media boca y rivalizando en gritos é insolencias con los mas desaforados.

De la campaña había caído gran cantidad de paisanaje, invitado especialmente por los jueces de paz y demás justicias.

Rosas quería mostrar el mayor número de foragidos para que sus enemigos pudieran ver todos los elementos de que disponía.

Y para este fin había ordenado que se le mandaran de la campaña todos los hombres que se pudieran reunir.

Y aquel publico, bárbaro del todo, había acudi-

cuya estremidad tenian dos presos y dos soldados encargados de hacerlos tirar.

Unos minutos despues, los cuatro cadáveres rigidos y sangrientos eran subidos á las horcas, para quedar durante seis horas á la espectacion y la vergüenza pública.

La sangrienta tragedia de la plaza de la Victoria, estaba terminada y los altos dignatarios de la federacion se retiraban de los balcones del Cabildo.

Eran las once y tres cuartos.

Las tropas, al toque de atencion se prepararon á marchar, empezando el desfile de los demas condenados, como estaba dispuesto, por delante de los cadáveres.

A los cinco que debian ser fusilados en la plaza del Retiro, fué preciso cargarlos, pues ya hemos dicho que no podian dar un paso.

En dos carros que mandó la Policia se les colocó sobre un colchon y se les hizo salir de la plaza como cabeza de la columna.

Seguian á estos todos los demas presos condenados á presidio y cerraba la marcha la columna de infantería, á poca distancia de la cual mandaba la escolta.

La columna tomó por la calle San Martin hácia el Retiro, donde esperaban los otros cinco banquillos y las otras cinco horcas.

Detrás de la columna, apiñada y amenazadora, ébria de vino y de sangre, seguia aquella multitud feroz en un número considerable.

Muchos grupos se iban desprendiendo de la gran masa, en las boca-calles del tránsito, para tomar por otra calle y ganar mejor sitio en la plaza del Retiro.

Las grandes dignidades de la federacion no iban á tomar parte en el segundo acto del drama.

Los que iban á morir allí eran cinco infelices, cuya muerte no tenia para ellos la menor atracion.

Esta era una segunda parte de la fiesta exclusivamente dedicada al populacho.

Era como quien dice un torito de muchachos despues de la gran corrida donde el destrozó ha sido horrible.

Cuando la gran columna llegó á la plaza del Retiro, esta estaba completamente llena por los grupos que se habian desprendido en el camino y esperaban allí.

Fué necesario que una compañía abriera calle por aquella masa humana, para dejar pasar los carros donde iban los condenados, y para que la tropa pudiera tomar su colocacion.

Durante la marcha, á pesar del bullicio de las músicas y la algazara del pueblo, no se veia un solo habitante en las ventanas ó azoteas.

Todo estaba cerrado y silencioso.

Solo de trecho en trecho se veia abierta una pulperia, de donde salia un grupo de hombres que se agregaba á la columna del pueblo.

Las casuchas y covachones donde hoy se han

edificado los magníficos edificios de Tarnasi y del señor Escalada, estaban tan llenos de pueblo que amenazaban desplomarse.

La plaza del Retiro estaba mas concurrida que en la mejor corrida de toros, á cuya fiesta iba todo Buenos Aires.

Los cinco desgraciados fueron descendidos de los carros de basura al entrar á la plaza, y acompañados por cuatro soldados cada uno, hasta el sitio donde estaban los banquillos, con su correspondiente horca á la espalda.

Aquel espectáculo era bien diverso al que habia tenido lugar en la plaza de la Victoria.

En esta habian dejado de latir tres corazones bravos é incapaces de ceder ante desventura alguna.

Aquí se habian apagado tres espíritus llenos de luz, cuya valentia llegó hasta imponerse en algunos momentos á aquella muchedumbre feroz y cobarde.

En el Retiro solo se trataba de cinco infelices que eran sacrificados con el solo objeto de esterar la poblacion.

De cinco infelices ignorados y desconocidos, que llegaban al banquillo presa del mas íntimo terror y muertos ya puede decirse, puesto que habian perdido, tres de ellos, toda manifestacion de vida.

Solo se conocia que no estaban muertos en la fatiga de su respiracion débil.

Habian perdido toda conciencia de lo que pasaba á su alrededor.

Marquez era el único que caminaba por sus piés, aunque se detenia de trecho en trecho para tomar aliento.

Los otros, ya lo hemos dicho, iban adonde los guiaban, como masas inertes y sin voluntad.

Era pues Marquez el único que iba á sostener el verdadero interés dramático de aquel cuadro, con un espantoso terror á la muerte.

No habia en el Retiro consideraciones que guardar, porque no habia personajes á quienes complacer.

Los detalles de esta segunda ejecucion quedaban al completo albedrío del coronel Maza, que era quien la mandaba.

Quien le hubiera dicho entonces que seria medido con la misma vara!

Los reos de muerte, menos Marquez, fueron puestos y amarrados cada cual en su banquillo, como si se tratara de sacos de harina ó reses muertas.

No tenian ni sombra de ánimo.

Les vendaron los ojos por puro aparato, pues en la vaguedad de aquellas pupilas sin vida, no podia existir ni la idea de la percepcion.

Sus fisonomias lívidas y cadavéricas, sus ojos vagos y desmesuradamente abiertos con un fuerte circulo violado bajo el párpado superior y sus mandíbulas caidas hasta el pecho, acusaban con

el populacho prorrumpió en los insultos más soeces y atrevidos.

—No es verdadero federal!

—Que lo fusilen á él también!

Fué necesario que el oficial que estaba en la reserva de tiradores avanzase con un peloton, para hacer cesar el clamoreo y las insolencias.

Aquel fué un remedio eficacísimo.

Ninguno de los otros reos se atrevió á contravenir lo ordenado.

Todos fijaron la vista en los cinco banquillos y permanecieron allí como en éxtasis.

Fué entonces que el oficial pudo mandar tranquilamente la ejecucion.

—Por piedad! sollozó Márquez, que creyó habian hecho la primera descarga y que él por un milagro sobrevivía.

Por piedad! tirenmé á boca de jarro para que no me hagan penar!

Quiero que me maten de un solo golpe!

El estruendo de la segunda descarga sonó y pudo verse que Márquez se estremeció en una convulsion tremenda y quedó tan inmóvil como un muerto.

En los demás no habia producido la descarga ningun efecto perceptible.

Si habian sido tocados por las balas, estas no habian producido el menor movimiento en los cuerpos, lo que prueba que ya estaban muertos.

El oficial se acercó á revisarlos y Maza llegó al galope hasta los banquillos.

—Qué hay? preguntó.

—Es necesario que avance la reserva?

—Creo que no, mi coronel, replicó el oficial.

Todos han recibido sus correspondientes tres balas en medio del pecho y me parece que tienen bastante.

Para mí los cinco están muertos!

—Y si no lo están, la horca se encargará de ultimarlos.

A ver pues! á colgar estos belitres!

Que avancen esos!

Y señaló á los presos que contemplaban enterrecidos el cadáver de su pobre compañero.

Los presos avanzaron tímidamente, y empezó la operacion de desatar los cadáveres de los banquillos para colgarlos de las horcas.

Los pobres presos, con lo que ya habia sucedido, obedecieron en el acto, aunque con una marcada repugnancia.

—Vivos! vivos! gritó Maza, y al que no ande listo pegarle cuatro tiros!

La repeticion de aquella orden venció hasta el último escrúpulo de aquellos pobretes.

Así es que la operacion de colgar los cadáveres se hizo en un momento.

En seguida se hicieron desfilan los presos y desfiló la tropa en seguida.

El populacho se quedó allí entregado á todo el desenfreno de su maldad y cobardía.

Los cinco cadáveres colgados, empezaron por

ser el blanco de aquellos infames, que les arrojaban naranjas, piedras y terrones de tierra, apostando á cual le daba en las narices, cual en la boca y cual en otra parte.

A los terrones de tierra siguieron los medios frascos vacios, y no teniendo ya que arrojarles, cambiaron de diversion.

Unos venian por debajo y se les colgaban de los pies, para probar si las sogas eran bastante fuertes.

Otros saltaban á la pasada para ver si les alcanzaban la cara con alguna cachetada.

Y no faltó quien, al grito de ¡Viva Rosas! les sepultara el puñal á la pasada.

Y la plebe aplaudía, chillaba y se entregaba á todo género de excesos.

A las dos de la tarde, mas ó menos, se puso en marcha para el Cabildo, la compañía de soldados que debia escoltar los presos hasta la cárcel.

El oficial llevaba el parte de Maza, en que avisaba que regresaban aquellos con uno de menos á consecuencia de haberse visto obligado á fusilarlo, para hacer cumplir las órdenes del Supremo Gobierno, que aquella canalla se negaba á obedecer.

—Qué diablo de Maza! exclamó Rosas al leer el parte.

No ha querido ver incompleta la media docena, y se ha limpiado uno mas!

Y qué le vá uno á decir!

Quién puede con el ardor federal de estos jóvenes patriotas y abnegados!

Apruébesele su conducta, por una nota especial.

Aquella pequeña columna de tropas y presos, fué acompañada hasta la cárcel por una parte de los espectadores del Retiro.

Estos querian entretenerse con los cadáveres de los Reynafé, pues los del Retiro no les ofrecian ya gran aliciente que digamos.

Cuando llegaron á la plaza de la Victoria, otra gran masa de pueblo que se les habia adelantado, se entretenia ya en hacer herejías con los cuatro cadáveres allí espuestos.

A pesar de lo terrible del espectáculo, habia algo de diabólicamente grotesco.

Los cadáveres habian sido adornados con cuantos colgajos pudo inspirar la impiedad.

Los Reynafé, como personas de mayor importancia, estaban cubiertos de cintas celestes, atadas en toda la ropa y otras en la cabeza, en forma de vinchas.

Con esto, el populacho queria escarnecer al partido unitario.

Indudablemente esto era dictado por el mismo Rosas.

Los que hacian cabeza de aquella jarana, eran Parra, Cabrera, Salomon y otras celebridades de aquella época.

Moreira, el terrible Moreira y otros, ocupaban un papel secundario.

Ejecutaban las ocurrencias de los nombrados.

En la horca destinada á Francisco Reynafé habian atado un muñeco grotescamente hecho con pedazos de géneros azules.

Mas abajo del muñeco y en letras muy malas, con federal ortografía, se leia lo siguiente:

“Muera el asesino salvaje unitario Juan Láballe”.

Y la horca estaba cubierta, tanto la cuerda como el palo, de trapos y cintas azules y celestes.

El cadáver del desgraciado Santos Perez habia sido tratado con mas confianza, vista la inferioridad de su persona.

En cada una de sus orejas, á manera de zarcillos y atados con dos piolines que amenazaban cortarlas, se veian colgando dos medios frascos de ginebra.

Á cada rato se trepaba por el palo uno de aquellos energúmenos, y bebía un trago en los medio frascos.

Por supuesto, todo esto era hecho en medio de la algazara mas descomunal y los vivas y mueras mas terribles.

En las piernas de este último cadáver habian atado tambien frascos de ginebra, con cintas celestes, pero vacios.

Aquello era indescriptible.

Á las cinco de la tarde llegó á la plaza un carro de basura, que mandaba la Policia para llevar los cadáveres al carnero.

Pero el populacho se ofuscó de una manera amenazadora.

—No señor! que los dejen otro poco!

—Que los dejen hasta la noche!

—Que los dejen hasta mañana! vociferaba aquel pueblo estúpido y feroz.

—Todavía hay ginebra en los aros de Santos Perez! gritaba otro, y tenemos sed, mucha sed!

Los carreros hicieron causa comun con aquellos bandidos y la farsa impia y sacrilega siguió en un crescendo terrible.

Pasó fué á ver al Gefe de Policia, habiéndose nombrado así mismo en comision, para que éste concediera al pueblo la gracia pedida, y éste mandó consultar el punto con el Juez Maza, quien á su vez lo consultó con Rosas.

El resultado de todas estas consultas fué que

Rosas declaró que no podia contrariar la suprema voluntad del pueblo, y opinando que los cadáveres podian dejarse colgados hasta la oracion.

Á esa hora fueron recién bajados de las horcas, y arrojados á dos carros de basura que debian llevarlos á arrojar á la zanja, recojiendo de paso los cadáveres colgados en el Retiro.

El pueblo del Retiro habia sido aun mas feroz, pues habia llegado hasta mutilar los cadáveres.

Estos, en vez de cintas celestes, habian sido adornados con verdura entre las orejas, narices y boca, donde habian abierto grandes ojales á punta de cuchillo.

La ferocidad de Juan Manuel Rosas estaba satisfecha.

Se habia librado con los Reynafé, de un peligro sério para la federacion; dejaba ocultos segun creía á los verdaderos asesinos de Facundo Quiroga, y aterraba al pueblo con esta advertencia.

—Vean ustedes lo que yo soy capaz de hacer con los enemigos de mi gobierno!

Y el pueblo quedó positivamente aterrado y convencido de que, de aquel hombre no habia nada que esparar, sinó la ruina y la muerte.

Hé aquí ahora como complemento de esta triste historia, la nota en que el Doctor Maza daba cuenta de aquella matanza inicua.

Viva la federacion!

Al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores.

Despues que el Exmo gobierno, por decreto de 16 del corriente devolvió el proceso al Camarista Juez Comisionado, remetiéndole el cumplimiento de lo sentenciado, fueron notificados los reos el Lunes 23, y acto continuo los condenados á muerte puestos en capilla en los lugares y á la hora que determina y designa la sentencia del mismo modo que ejecutados en las plazas de Marte y de la Victoria, hoy 25 á las 11 de la mañana, suspensos en seguida en la horca hasta la oracion, en que llenas las seis horcas de espectacion pública, se mandaron descolgar, todo conformidad al mas estricto cumplimiento de los términos de la última sentencia definitiva de 9 del presente mes y decreto del 16: siendo entregados los cadáveres al Gefe de Policia.

Dios guarde al señor Ministro.

Mannel V. Maza.

FIN DEL LIBRO TERCERO

